Sophie Saint Rose



Serie Escocia

No dañes mi corazón

No dañes mi corazón

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Capítulo 1

Año 874 d.C. Norte de Escocia

Yvaine recogió la cesta con los nabos y caminó por el reguero mirando a su alrededor. Se agachó a toda prisa arrodillándose en la húmeda tierra para tirar de las hojas y sacó otro. Cerró sus preciosos ojos verdes del agotamiento y se pasó la mano por la frente rogando no ponerse enferma también. Miró la cesta casi vacía. Lo que había conseguido no era suficiente para que pudieran comer los cinco al día siguiente. ¿Qué harían después? Reprimiendo las lágrimas de la frustración, apartó uno de sus rizos pelirrojos tras la oreja y se levantó. Fue hacia la casita de piedra cubierta de musgo y su hermano de once años salió con la caña en la mano sin darse cuenta de que llegaba ella. Ella sonrió porque su cabello rubio estaba

trenzado en las sienes, lo que indicaba que su hermana le acababa de peinar. —Angus, ¿vas a pescar al río?

Se sobresaltó volviéndose y al ver que era ella sonrió. —Sí, Yvaine.

—Ten cuidado, no te metas en el agua. Y si ves a alguien del pueblo, vuelve inmediatamente. —Entró en la casa y su hermana se acercó a toda prisa para ver la cesta. —Sí, ya no queda nada en el huerto.

—No podemos seguir así —susurró.

Apretó los labios dejando la cesta sobre la vieja mesa que estaba al lado del hogar, antes de mirar a su madre que tumbada en la cama tosía como llevaba haciendo desde hacía una semana. Y su tos iba a peor. A toda prisa fue a echar otro leño al fuego. —¿Le has dado la tisana de agujas de pino?

—Sí, pero no sirve de nada. —La cogió del brazo para que la mirara. —Tenemos que hacer algo.

Apretó los labios y le hizo un gesto para salir de la casa. —¿Y qué quieres hacer? Dime, porque a mí ya no se me ocurre nada. No tenemos armas para cazar en el bosque porque se las llevó padre para ir a morir a los campos de los McCaig y no tenemos huerto

porque se acerca el invierno. Solo comemos conejo. Pero cuando nieve con fuerza no tendremos ni eso porque se esconderán en sus madrigueras. ¿Qué quieres que haga?

Su hermana apretó los labios. —Casarte.

Parpadeó. —¿Qué has dicho?

—Tu marido tendrá que mantenernos a todos. Será su deber.

En ese momento su hermano de cinco años salió de la casa y tiró de su kilt dos veces para que le cogiera en brazos. Le subió sin pensar mirando los ojos azules de su hermana como si no se lo creyera. —Su deber. También era deber de padre cuidarnos y mira cómo estamos.

Su hermano se acurrucó en su cuello y agarró un mechón de su cabello. Ella acarició su espalda. —No es una solución que encuentre marido.

—De momento sí.

—¡Y por qué no te casas tú!

Se sonrojó. —Estoy esperando a Boing. Vendrá en primavera, ya lo sabes.

Bufó. —No va a volver del sur. Dijo que iba a hacer fortuna. ¿Qué fortuna? Ni que el oro cayera de los árboles en el sur. Ese no

vuelve de la vergüenza, eso si no está muerto ya porque le hayan ensartado la espada por ladrón.

—Volverá, Boing me quiere. ¡Y no es un ladrón! ¿De veras quieres que me case yo cuando tengo la oportunidad de ser feliz con el hombre que amo?

Pero ella tenía que perder su futuro. Apretó los labios. —¿Y con quién sugieres que me case?

—Con alguno del clan no, por supuesto. Aparte de que no quieren ni vernos, antes del problema que tuvimos con el laird ya les habías rechazado a todos. Simplemente por orgullo te dirían que no. —Los ojos de Ada brillaron. —Pero nuestro vecino tiene visita.

—¿Qué?

—Al viejo Alistair ha venido a verle un sobrino, me lo ha dicho Angus que los vio esta mañana en el bosque.

—No hablarás en serio. ¡No le conozco de nada, y puede ser más feo que una boñiga de vaca! ¡Eso por no hablar de que igual está casado o que es una bestia que no trata bien a las mujeres!

—Angus dijo que era grande.

—Con eso me quedo contenta. Voy a ir ahora mismo a conocerle.

Sonrió. —¿De veras?

—¡No!

Entró en la casa y besó a su hermano pequeño en la frente antes de sentarle sobre la mesa. Cogió un cuenco de madera y lo llenó del caldo que había hecho esa mañana. Se privaría de la cena para que se alimentaran los demás, no era suficiente para todos. Se acercó a su madre y se sentó a su lado en la cama. —Madre, tienes que comer.

Esta respirando agitadamente abrió los ojos. —No… No quiero…

—Madre por favor, inténtalo. —Le acercó la cuchara a los labios y consiguió echarle algo de caldo en la boca, pero se puso a toser y lo echó todo. Yvaine apretó los labios porque después de toser estaba agotada. —Ada, prepara más tisana de pino.

—No servirá —dijo su madre sin aliento—. Hija… Debes hacerle caso a tu hermana.

Se quedó de piedra. —¿Qué?

—No sobreviviré a esta noche, tienes que poner a salvo a tus hermanos. Si os quedáis aquí no sobreviviréis al invierno y los de nuestro clan no os ayudarán como no lo han hecho hasta ahora.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la frustración. —La tisana te curará…

Apretó su muñeca con la poca fuerza que tenía. —No cierres los ojos a la realidad. Tu padre lo hizo y mira en qué situación nos ha dejado. Hay que poner comida en la mesa, es tu obligación, hazlo.

—Sí, madre.

Cerró los ojos aliviada. —Cuando os vayáis no digáis nada al laird, buscaría cualquier excusa para quitaros lo poco que nos queda. Iros sin más, sin despediros.

—Pero ese hombre…

—Ese hombre es lo único que te queda, no puedes perderle sea como sea. —Se echó a toser con fuerza y cuando se calmó su respiración silbaba de una manera que le puso la piel de gallina.

—No madre, te pondrás bien.

—Aunque me pusiera bien, solo sería una carga. Una boca más para tu marido. Una boca más que no querrá. Ya serán una carga tus hermanos, pero al menos podrán trabajar. —Miró de reojo a su hermana y le dijo —Sal a por agua.

Ada sorprendida respondió —Hay en la jarra.

—Trae un cubo, ahora. Y que te acompañe el niño.

Su hermana cogió el cubo y salió de inmediato con su hermano detrás. Su madre la miró fríamente. —Escúchame bien, en cuanto lleguéis a vuestro nuevo pueblo debes casar a tu hermana. Si lo ordena tu marido no podrá negarse.

—Pero su Boing…

—¿Ese idiota? No volverá, seguro que ya está muerto, pero aunque volviera, su padre no le dejaría casarse con tu hermana. No después de lo que pasó. Llévatelos de aquí para que puedan tener una vida normal.

Agachó la cabeza mirando su mano. —De acuerdo.

Lillie sonrió con ironía. —Lo harás bien. Eres más lista que yo, más lista que nadie que conozca, sabrás arreglártelas. —Metió la mano bajo el colchón de paja y sacó un anillo de oro con unas muescas alrededor de una piedra tan verde como sus ojos. —Sí, lo tenía yo. Me lo tragué para que no lo encontrara el laird. Si lo hubiera descubierto en nuestro poder nos hubiera matado a todos. Tiene mucho valor, pero no por el oro o la piedra que contiene. Guárdalo, en él está el camino a aquello a lo que aspiraba tu padre.

Lo cogió y lo cerró en su puño.

—Que no te lo vea nadie, ni tu marido ni tus hermanos. Nadie debe saber que lo tienes tú, por él mataron a tu padre.

—Entendido.

—Algún día puede que descubras lo que tu padre no pudo, si es que decide echarte una mano ese Dios del que habla el fraile con tanta fe. Ahora vete a hablar con ese hombre y si para conseguir lo que quieres, debes subirte las faldas, hazlo.

—Sí, madre.

Se levantó lentamente sin dejar de mirarla y su madre rio con desprecio. —Eres igual que tu padre. Hasta su maldito pelo rojo has heredado, espero que lo hagas mejor que él, por la cuenta que os trae.

Ni muriéndose era capaz de ser cariñosa. —Lo haré mejor que él y que tú, no te preocupes. —Se volvió para salir de la casa sin mirar atrás sabiendo que cuando volviera puede que estuviera muerta, pero no pensaba soltar una sola lágrima por ella, ya había llorado mucho por su desprecio en el pasado. No le perdonaba haber nacido con el cabello rojo y se lo había dejado claro cada día de su vida.

Caminando hacia el bosque, se detuvo al ver la piedra donde años atrás se había sentado a llorar y recordó aquel día en que su padre llegaba de cazar. Él suspiró al verla y tiró las liebres en el suelo antes de sentarse a su lado. —Hija, ¿por qué lloras?

—Odia mi pelo.

—Y el mío, ¿crees que yo lloro por ello?

—Eres un guerrero, tú no lloras.

Sonrió cogiéndola por los hombros para pegarla a su fuerte torso. —Lo que ocurre es que tu madre envidia tu hermoso cabello rojo.

Le miró sorprendida. —¿De veras?

—¿No te das cuenta de que siempre quiere cortártelo, aunque ya se lo he prohibido? —Cogió uno de sus rizos de su mejilla. —No dejes que vuelva a cortártelo cuando yo no esté, hija. Escóndete si hace falta, pero no dejes que te lo corte, es la mejor manera de vengarse por sus hirientes palabras.

—¿Por qué no nos quiere?

—Su padre la obligó a casarse conmigo. Una decisión de la que no me arrepiento porque me ha dado los hijos más hermosos de

todas las tierras altas de Escocia. —Revolvió sus rizos rojos. —Venga, lleva esas liebres adentro.

Una lágrima cayó por su mejilla porque desde que él se había ido todo había ido de mal en peor. El laird se presentó en su casa furioso para decirle que su padre le había robado. Pusieron su casita patas arriba y les sacaron a rastras. Su madre que estaba agarrada por dos de sus hombres se mantuvo en silencio, mientras otros retenían a sus hijos. El laird McColton llegó hasta su madre y la abofeteó. —Devuélvemelo.

—No sé de lo que me hablas, mi laird. Te juro por mi vida que no.

La agarró por el cuello apretando con fuerza. —¡Dónde está Angus!

—¡No lo sé! ¡Mi marido dijo que se iba a cazar, pero no regresó!

—¡A dónde ha ido!

Su madre sollozó. —No sabemos nada, no nos dijo nada. ¡No sé lo que ha robado, pero no nos contó lo que tenía pensado hacer, lo juro por Dios!

Él entrecerró los ojos. —Estoy seguro de que mientes, pero salvas la vida porque no tengo pruebas para poder destriparte como me gustaría. Quedáis rechazados por los míos, todos os darán la espalda. No os mato ahora porque esperaré a encontrar a tu marido para despellejaros ante sus ojos por mentirosos.

Soltaron a su madre tirándola al suelo y esta besó los pies de laird que asqueado se apartó. Yvaine le miró con odio y este le pegó un tortazo que la tiró al suelo. Escupió la sangre que salía de su boca sobre la bota del laird y él le pegó una patada en la cara que la tiró hacia atrás sin sentido con una herida en su frente. Se tocó la cicatriz cerca de la sien recordando como semanas después, Aliastair les llevó la noticia de que se decía por el pueblo que habían encontrado el cuerpo de su padre. Pero su vecino les dijo que no se preocuparan porque eso había sido poco después de que el laird visitara su casa y si no los había matado ya, no debían temer. Pero estaban a punto de ser desterrados, así que pedir ayuda a cualquiera de su clan era imposible. Tenían que arreglarse solos y ahora era ella la responsable de sus hermanos. Respirando hondo, enfiló el camino a través del bosque que la llevaría hasta la casa de Aliastair.

Tras un árbol escuchó una risa y le pareció que era la del viejo. Al oír que hablaba con alguien estiró el cuello para mirar la casita de su vecino. Vio como un hacha caía en un tuco partiendo un tronco por la mitad. Entonces un musculoso brazo colocó otro tronco antes de que el filo lo partiera en dos. Miró a su alrededor y pasó de un árbol a otro para verle mejor. Ahora estaba de espaldas con el hacha al hombro hablando con el viejo. Sus ojos recorrieron su fuerte musculatura y su largo cabello negro hasta mitad de la espalda, antes de llegar a su duro trasero cubierto por unos pantalones de fina piel. Era muy alto, mucho más que ella y recorriendo su cuerpo de nuevo su sangre ardió en sus venas. ¿Ese era el sobrino de Aliastair? Si el viejo era muy delgado y encorvado. No, no podía ser. No eran de la misma familia, era imposible.

Se volvió para coger un tronco y lo puso sobre el tuco antes de levantar el hacha con ambos brazos para dejarlos caer con fuerza. Se le cortó el aliento. Era muy apuesto. Su barba era solo de varios días y se preguntó si era de los que se afeitaban de vez en cuando. Le gustaba, no podía soportar esos hombres con tanto pelo en la cara. Además, se notaba que era aseado, su cabello estaba limpio, seguro que se bañaba en el río. Viendo el sudor que recorría

su pecho, su corazón se aceleró y lo hizo más aún viéndose a sí misma tocando el ligero vello en sus pectorales. Estaba casado, seguro, no podía tener tanta suerte.

Él cogió el tronco y dijo en voz bien alta —Sal antes de que te traspase con mi hacha.

Se sonrojó con fuerza y juró por lo bajo. Valor Yvaine, no puedes hacer otra cosa. Salió de detrás del árbol y Aliastair que ahora estaba al lado de su sobrino dijo pasmado —¿Pero qué haces ahí, niña?

—Espiar, eso hacía.

Se apretó las manos y caminó hacia ellos. —Siento importunaros.

—¿Ocurre algo? —preguntó Aliastair—. ¿Tu madre está peor?

—Sí —dijo tímidamente mirándole de reojo.

—No tengo nada que ofrecerte que pueda ayudarla. Yo lo curo todo con corteza y agujas de pino.

—Se está muriendo, viejo. Eso no puede evitarse.

—Lo siento mucho.

Ella miró a aquel hombre y dándose valor dijo —¿Estás soltero?

—¿Qué?

—Si eres soltero. Mis hermanos y yo estamos desamparados, si me aceptaras como esposa nos harías un gran favor. Seré una buena esposa, te lo juro. Soy muy trabajadora y te daré hijos. —Se sonrojó intensamente.

El hombre levantó sus cejas morenas antes de mirar a su tío, que estaba pasmado como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. Incómoda miró a Aliastair que dijo —El laird les ha rechazado. No deberían quedarse por aquí mucho tiempo. —Volvió la vista hacia ella. —Y no deberías llevar el kilt de los McColton, te juegas el cuello.

—Si no lo llevara nos matarían porque lo considerarían un insulto, así que da igual. —Miró los ojos castaños de ese hombre. —¿Me aceptas? —Como no respondía se puso nerviosa. —¿Necesitas pensarlo? —La miraba fijamente. —¿Vuelvo mañana?

Él entrecerró los ojos tirando el hacha al suelo y se volvió para alejarse de la casa. Confundida miró a Aliastair. —¿Eso es que no?

—Niña, ¿sabes dónde te metes?

—No, pero no puedo hacer otra cosa. ¿A dónde vamos a ir? ¿Qué será de nosotros? —Corrió tras él que iba hacia el río. —

Perdona, no he entendido muy bien tu respuesta, guerrero. —Menuda zancada tenía. Corrió más rápido para alcanzarle. —No sé cocinar muy bien, ¿sabes? Pero puedo cuidar el huerto. También sé coser, este vestido me lo hice yo hace dos años con una tela que me trajo mi padre. Y sé tejer. ¿De qué clan eres? No llevas kilt. —Como no contestaba dijo —Lo siento, no es asunto mío. ¿Ves? Soy muy discreta, seré buena esposa. —Gimió. —Eso ya lo he dicho.

Él se detuvo. —¿Por qué iba a querer ocuparme de ti y de tus hermanos?

Se sonrojó porque no sabía qué contestar a esa pregunta. —En algún momento querrás tener una esposa.

—Tengo donde elegir y sin tener que dar de comer a los hijos de otro.

No sabía dónde meterse de la vergüenza. Asintió volviéndose y caminó de vuelta a casa sintiéndose enormemente decepcionada. ¿Qué más podía hacer? Era evidente que no estaba interesado. Miró sobre su hombro para ver que estaba a la orilla del río pasándose agua por la nuca. No le extrañaba que no le faltaran las candidatas si a todas las hacía sentir como a ella. Entrecerró los ojos volviéndose y caminó hasta él quedándose justo detrás. Sus ojos

recorrieron su espalda hasta la cinturilla de su pantalón donde llevaba un puñal. Le escuchó gruñir. —¿Qué quieres ahora?

Se mordió su grueso labio inferior antes de decir —Me preguntaba si nos puedes llevar a tu pueblo. ¿Crees que tu laird nos aceptará? Si nos echara no podríamos volver aquí.

Él se enderezó antes de volverse y Yvaine se puso muy nerviosa viendo como las gotas que caían de su pelo recorrían su fuerte pecho. —No te aceptarán, ni a ti ni a nadie que venga de aquí.

—Oh… Así que son enemigos.

—Por eso no llevo mi kilt.

Sonrió. —Pues mucho mejor. Nosotros somos enemigos para nuestro pueblo, tu laird no debería poner problemas. Los enemigos de alguien son amigos entre sí, ¿no? Es que yo de guerras no estoy muy enterada, bastante tengo con conseguir comida para poner en la mesa.

Él entrecerrando los ojos se cruzó de brazos. —Así que te encargas de tu familia. ¿No tienes hermanos que te ayuden?

—Son pequeños. —Al darse cuenta de lo que había dicho añadió a toda prisa —Pero crecerán rapidísimo, ya lo verás. Mi

hermano Angus pesca.

Levantó una ceja. —¿Hablas del niño que vimos esta mañana?

Sonrió. —Sí, ese.

—No sabe pescar.

Hizo una mueca. —Al menos lo intenta.

—Es un desastre. Se le escuchó venir de lejos, no tiene ninguna precaución con los desconocidos y es evidente que no sabe cazar ni pescar. ¿Qué le enseñó tu padre?

—Poca cosa —dijo entre dientes antes de mirarle a los ojos—. Le enseñó a robar.

—¿Perdón?

—A robar. Le llevaba a robar a los pueblos más habitados de los contornos. —Levantó la barbilla. —Y lo hace muy bien.

—Así que tu padre era un ladrón.

—Como la mitad de por aquí —dijo con desprecio—. Algunos roban con las espadas en los caminos del sur y otros con habilidad. Mi padre era de los segundos.

—Hasta que le mataron.

Hizo una mueca. —Pues sí.

Sin dejar de observarla inclinó la cabeza. —¿Y tú cómo lo haces?

Se sonrojó. —¿Qué?

—¿Cómo se te da robar?

—Pues…

—Habla de una vez, mujer.

Le miró a los ojos levantando su puñal. Asombrado se llevó la mano atrás como queriendo asegurarse de que era el suyo. —No pienso preguntar cómo lo has hecho.

Sonrió. —Sí, mejor no preguntes. —Se lo tendió. —Es muy bonito con esos grabados en el oro de la empuñadura. Y caro. Es un puñal muy valioso y te lo devuelvo. Para que veas que también tengo buen corazón. Podría habérmelo llevado y nunca te hubieras enterado de que lo tenía yo.

—Muy amable.

Sonrió aún más. —Gracias. ¿Me aceptas?

—Te propongo un trato.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¡Sí!

—Todavía no lo has oído.

—¡Si acaba en boda digo sí!

—No acaba en boda.

—Oh… —dijo perdiendo la sonrisa de golpe—. ¡Oye, que yo soy muy decente y no me voy subiendo las faldas por ahí!

—Me alegra saberlo, pero no tiene nada que ver.

—¡Pues habla de una vez! —dijo exasperada porque era evidente que la rechazaba de nuevo. Al darse cuenta de su exabrupto dijo —Quiero decir, habla por favor. Estoy impaciente por oírlo.

Él tenso siseó —Controla tu carácter, mujer… No me gustan las mozas respondonas.

Se sonrojó, pero no dijo ni pío.

—Tu laird tiene una espada que me pertenece.

Se le cortó el aliento. —¿Una espada?

—Es como mi antebrazo de larga y está hecha de plata desde la empuñadura hasta el filo. Al final de esa empuñadura tiene un saliente que acaba con una piedra azul.

La había visto. Era costumbre que el laird la llevara en la mano cuando se reunía con su pueblo y señalaba con ella a unos y a otros dándoles permiso para hablar. Siempre le había encantado

porque era más corta que las que usaban los guerreros de los alrededores. —¿Esa espada es tuya?

—Así que la has visto.

—Sí, sí, varias veces. La usa en las reuniones de mi pueblo. A veces incluso la usa para ajusticiar cuando decide quien tiene la razón. —Se estremeció. —El otro día le cortó con ella la mano al hijo del herrero por tocar a su hija.

Sonrió. —Quiero que me la traigas.

—¿Pero estás loco? —Se volvió y empezó a caminar hacia la casa. —Anda, que menudo marido me han buscado —dijo entre dientes.

—¡Mujer!

Se volvió furiosa. —¡Me llamo Yvaine!

Se acercó a ella. —¿Quieres que te lleve a mi pueblo y vivir segura el resto de tu vida? Pues harás esto por mí.

—¿Pero iré como tu esposa?

—Ya te buscaremos un esposo allí.

Vaya, parecía que no le gustaba mucho. Es que era tener mucha suerte que un hombre así aceptara su mano y más con lo que llevaba con ella. Bufó pensando en su proposición. La verdad es

que tenían que salir de allí cuanto antes, no tenían comida ni perspectivas de conseguirla y él le daba una oportunidad en su pueblo. Puede que encontrara un marido allí. Gimió por dentro, sí, tú quieres este, pero hay que ser realista. Le miró a los ojos. —Hecho.

Él sonrió provocándole un vuelco al corazón. —¿Cuándo la conseguirás?

—Mañana por la noche, tengo que organizarlo todo.

—Bien. Mañana por la noche estaré preparado para irnos. ¿Tenéis caballos?

—No, lo siento. El laird nos robó los animales por lo que hizo mi padre. Tengo un carro, es pequeño pero suficiente para irnos todos con lo poco que tenemos.

—Usaremos mi caballo para tirar de él. ¿Y qué hizo tu padre?

—El laird le acusó de robarle una joya y le persiguió hasta matarle en las tierras de los McCaig. Por el pueblo dicen que le encontraron muerto, pero yo sé que le mataron ellos.

Él entrecerró los ojos. —¿Los McCaig?

—Sí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ni le enterraron, me lo dijo mi amiga Anni un día que me la encontré en el bosque. Entonces ya no la dejaban hablar conmigo y tuvimos que

escondernos. Ella fue la que me dijo que los nuestros habían matado a mi padre y le dejaron allí tirado como a un perro. Pero esos cerdos no recuperaron el anillo.

La miró fijamente. —¿Tienes ese anillo?

—No —dijo asustada porque quisiera también la joya—. Se lo hubiera dado al laird.

—Y os hubieran matado. Tengo la sensación de que eres muy lista y que sabías de sobra que el laird os mataría si se lo mostrabais. Así que lo escondiste, el bosque es grande.

—No sé dónde está ese anillo, puedes creerme o no, me da igual, yo ya lo he perdido todo.

—Excepto a tu familia —dijo con voz lacerante—. Recuerda que aún tienes a tu familia.

—¿Me estás amenazando?

La observó atentamente. —Consigue esa espada. Mañana por la noche iré hasta tu casa a esperar tu vuelta y si traes la espada, solo si traes la espada, os llevaré conmigo. ¿He sido claro?

—Como el agua de ese río.

Pasó a su lado para regresar a casa de su tío y ella se dio cuenta de algo. —¿Cómo te llamas?

—Evander.

Capítulo 2

Ada negó con la cabeza. —¿Tú no habrás dicho que sí?

—¿Tenía otra opción?

—¡Nos van a matar!

—Shusss… —Miró hacia sus hermanos que dormían ya en su cama antes de mirar hacia la de su madre y se le cortó el aliento porque no oía su débil respiración. —Ha muerto.

Ada palideció volviéndose y ambas se acercaron. —¿Madre? —susurró su hermana antes de agacharse para sentir su aliento en su mejilla. Levantó la vista hacia ella y asintió. —Ha muerto.

Las dos la observaron durante unos minutos. No hubo lágrimas, no hubo pena, todo eso que habían sentido con la muerte de su padre no estaba en ese momento. Y era triste sentirse así por

la mujer que te había dado la vida. Realmente triste. Su hermana cogió su mano y susurró —Deberíamos rezar, ¿no?

—Ella no creía en ese Dios del fraile. Además, no sabemos latín, ¿qué vas a rezar?

—¿Qué hacemos entonces?

—Tenemos que enterrarla. Y antes de que la vean los niños. Venga, cógela por los pies.

—Dios mío…

Tiró de su mano para que la mirara. —Ahora estamos solas y solas tenemos que hacer lo que haga falta para que nuestros hermanos tengan algo que llevarse a la boca. Mueve el trasero, cógela por los pies y no quiero protestas.

Ada asintió y apartaron las mantas de lana para mostrar su sucio camisón. Olía realmente mal, pero es que durante las últimas semanas se había negado a que la ayudaran a asearse. De hecho, al principio se ponía como una furia, pero así era su madre. O lo había sido. Entre las dos la cogieron y gimieron por su peso. Su largo cabello rubio se arrastró por el suelo de tierra de la casa mientras la trasladaban.

—Y eso que había adelgazado —dijo Ada con esfuerzo antes de dejarla en el suelo para que Yvaine abriera la puerta. En cuanto lo hizo, su hermana mayor volvió a agarrar a su madre por debajo de los hombros sujetándola por los sobacos y la elevaron para sacarla hasta el exterior de la casa—. ¿Dónde la enterramos?

—En el huerto, la tierra está más blanda.

La llevaron hasta allí e Yvaine dijo con voz agitada —Voy a por la pala.

—Vale.

Entonces escucharon un lloriqueo y apretó los labios. —Corre, ve a ver qué le pasa a Sim.

Ada corrió hacia la puerta y no le quedó más remedio que dejar a su madre allí para ir tras la casa a un pequeño almacén donde estaba la pala. Al cogerla de la pared donde estaba apoyada, tiró otra herramienta y por costumbre se agachó a cogerla para colocarla en su sitio, cuando vio que algo brillaba al lado de una vieja cesta llena de cuerda que estaba casi escondida tras los barriles de cerveza de su padre. Frunció el ceño por su brillo cuando allí apenas había luz y volvió la cabeza sobre su hombro para ver la luna, una luna enorme. Recordó que su padre una vez le dijo que

cuando la luna estaba tan grande había que pedir un deseo y si la luna creía que era el momento, te lo concedería. Pensó en Evander y apretó los labios antes de sisear —Deja de pensar en tonterías. — Miró hacia abajo y siguió viendo el brillo. ¿Qué sería eso? Estiró la mano para cogerlo y al levantarlo vio que era una piedra de un hermoso color rojo. Entrecerró los ojos, ¿cómo estaba allí aquella joya? Se incorporó y al escuchar un crujido en la entrada se volvió de golpe para ver allí la silueta de su hermana. Suspiró. —Me has asustado.

—¿No encuentras la pala?

—Mira…

Su hermana se acercó y Yvaine le puso la piedra sobre la palma de la mano. Se giró y la luz de la luna le dio de lleno. Ada jadeó. —¿Cómo…?

—Vamos, date prisa, tenemos que enterrar a madre y después revisaremos todo este almacén.

—¿Crees que hay más? Los hombres del laird lo registraron todo.

—Pues eso estaba ahí. —Le señaló la cesta. —Debemos sacarlo todo y revisarlo bien. Tengo la sensación de que padre nos

ocultaba muchas cosas.

Estaba amaneciendo cuando terminaron de sacar la última caja de madera. Su hermana la estaba revisando mientras ella todavía con una vela en el interior del almacén repasaba cada tabla buscando alguna pista, pero no había nada que le llamara la atención.

—Aquí no hay nada.

Suspiró volviéndose y entonces iluminó el dintel de la puerta. Al ver dos tablones que hacían de marco miró el lateral de la puerta para ver que solo había uno. ¿Porque el dintel tenía dos? Se le cortó el aliento acercándose a su hermana y le tendió la vela. —Sujeta.

Ada la cogió de inmediato y ella estiró los brazos, pero no llegaba bien. —Espera.

—¿Qué has visto?

Acercó la caja de madera y le dio la vuelta para subirse encima. Palpó el dintel y lo golpeó con los nudillos.

—¿Ahí hay algo? —dijo Ada.

Golpeó el de abajo y era evidente que sonaban distintos. Agarró la tabla superior y encontró una ranura donde meter el dedo. Tiró del tablón y este se desprendió. Al bajarlo muy despacio vio que alguien lo había vaciado por el otro lado y en el hueco había tres bolsitas de rafia. Sorprendida miró a su hermana y bajó de la caja.

—¿Qué es eso? —preguntó su hermana asustada.

—El botín de padre. —A toda prisa dejó el tablón en el suelo y cogió una de las bolsas para quitarle el cordón de cuero que la cerraba. Dejó caer sobre la palma de su mano varias piedras de colores que debían ser muy caras.

—Eso es una fortuna. —Ada impresionada cogió una para ponerla a la luz del amanecer. —¿A quién se las robaría?

—Al laird no, eso seguro. Él buscaba el anillo.

—Pero padre no lo tenía.

Se mordió el labio inferior antes de meter las piedras en la bolsa y abrir la siguiente. Monedas de oro. Y en la siguiente había varias perlas y un colgante de oro que terminaba en una perla tan grande como su dedo pulgar. —Una perla.

Su hermana la miró asombrada. —Jamás había visto algo tan bello. Padre nos las había descrito, pero esta es preciosa.

Palideció al darse cuenta de lo que tenían entre manos. —Estamos muertas.

—Tranquila, nadie sabe que las tenemos nosotras. ¡Somos ricas! —dijo emocionada—. Podemos ir a donde queramos. ¡Podemos tener lo que queramos!

—¡Deja de decir tonterías, Ada! ¡Este es el colgante de alguien con mucho poder! ¿Y las piedras? ¿De dónde crees que salieron? ¡Del mismo sitio!

—Eso da igual, si nos vamos muy lejos no sabrán nunca que las tenemos nosotros. Son nuestro futuro.

Apretó los labios y pensó en el anillo. Ese anillo se lo había robado al laird, ¿por qué? ¿Por qué arriesgar la vida de esa manera? Su madre le había dicho que si tenía la ayuda de Dios, descubriría con él lo que su padre estaba buscando. ¿Qué buscaba si tenía todo aquello? ¿A quién se lo había robado? El laird jamás había tenido una fortuna tal y su esposa jamás lució ese colgante, así que no eran suyas. Aunque puede que lo hubiera robado antes de que ellas nacieran. Miró asombrada a su hermana.

—¿Qué?

—¿Recuerdas lo que decía padre? Que el padre de nuestra madre fue quien le había enseñado las artes de robar. Y que antes de morir le entregó a madre para que cuidara de ella.

—Sí, la conoció cuando fue a tratar con un clan del sur la venta de unos caballos y se quedó con ellos una temporada hasta...

—Que la trajo aquí.

—¿Crees que lo robó allí sin que se dieran cuenta? ¿Que se casó con madre y que la trajo con las joyas?

—No, creo que es el botín del abuelo. La herencia de nuestra madre. —Sacó una de las monedas y las dos vieron la marca que tenían. Una cruz. —Por aquí no hay iglesias ni conventos, madre siempre lo decía.

—Entonces jamás darán con nosotras. Estamos muy lejos de allí —dijo Ada encantada.

—Cálmate —dijo guardándolo todo en las bolsas. Miró hacia fuera. —Ve a despertar a los niños, tienen que ayudar a meter las cosas en el carro.

—¿Pero nos vamos con el forastero? No le necesitamos.

—Claro que sí, ahora más que nunca.

Ada la miró sin comprender. —¿Qué quieres decir?

—Necesitamos llegar a un sitio seguro y él es un guerrero. Podrá protegernos. No podemos irnos solos. ¿Dos mujeres jóvenes y dos niños? Seremos presa de cualquier desalmado que quiera aprovecharse de nosotras y los caminos están llenos de ellos, padre siempre lo decía. Tenemos que conseguir protección hasta que podamos fundir estas monedas.

—¿Has dicho fundir?

—¿Crees que si ven esas monedas no tardarán en cogernos? Recuerda lo que decía padre, no hay que dejar rastro.

—¿Y por qué nos tenía viviendo así si éramos ricos?

—Porque por aquí no podía deshacerse de nada de esto. ¿Conoces a alguien que tenga dinero aparte del laird? La gente por aquí hace trueques y si padre hubiera presumido de dinero, el laird hubiera buscado otra excusa para matarle y se hubiera quedado con todo. ¿Por qué crees que en cuanto robaba en alguna ciudad importante siempre lo vendía y traía cosas en lugar del oro? Alguna tela, botas, pero nunca oro.

—Para que el laird y los ladrones que nos rodean no nos mataran para quitarnos lo que tenemos.

—Exacto. Siempre decía que iba allí a vender quesos y jamás volvía con dinero. Tampoco se podía llevar estas piezas para venderlas en esas ciudades porque son demasiado valiosas para que las tenga uno de las tierras altas, sobre todo si no es un hombre importante.

—Entiendo, si lo guardó todo fue para no levantar sospechas.

—Exacto, protegía no solo su cuello sino el nuestro.

—¿Entonces por qué le robó el anillo al laird?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. ¿Qué importancia tenía ese anillo para que se saltara sus propias reglas?

—Si nos vamos con ese guerrero tendrás que robar la espada. ¿No es extraño que diga que es suya?

—Lo extraño es que alguien de un clan enemigo se adentre en nuestras tierras y se pase varios días visitando a un tío. ¿Tío? Si no ha venido por aquí en años. ¿Tanto amor le profesa que arriesga el cuello por verle?

—Crees que están implicados.

—El viejo se llevaba muy bien con padre y es el único de por aquí que sabe que robamos en nuestros viajes a vender quesos. De hecho, muchas veces después de sus andanzas en la ciudad padre

se pasaba por su casa antes de venir aquí y mostrarnos lo que había conseguido. Tú apenas fuiste con él, pero cuando yo era una niña recuerdo muy bien como sacaba del carro algo para darle. El viejo le daba las gracias, pero apuesto que ese regalo tenía un fin.

—Que cerrara la boca y que no le dijera nada al laird.

Asintió.

—A ver si nos están tendiendo una trampa para encontrar el anillo…

—¿Crees que no he pensado en eso? En estas horas he pensado en todo. No puedo asegurar que todo esto no sea un engaño, pero en este momento y más después de encontrar este tesoro, lo que tengo claro es que hay que salir de estas tierras cuanto antes. Y ese hombre es nuestra mejor opción.

Ada apretó los labios. —¿Tenemos un plan?

Sonrió maliciosa. —Por supuesto.

Vio el resplandor del fuego que había provocado su hermana en uno de los campos cerca del bosque. Durante unos minutos observó como los hombres salían de sus casas para apagarlo. El laird

salió asegurándose el kilt con el cinturón y gritando que fueran hacia allí. Vestida de oscuro con unos pantalones de su padre, con la cara y el cabello cubierto de barro para que no fuera fácil reconocerla, caminó entre las sombras hasta la pared de una de las casas donde pegó la espalda a la fría piedra, antes de sacar la cabeza para mirar la casa grande. Su esposa y varias de sus asustadas hijas estaban en la puerta. Sonrió corriendo hacia la siguiente casa y antes de darse cuenta ya estaba en la parte de atrás de la gran casa del laird. Empezó a subir por las rocas de la pared para llegar a la pequeña ventana que había a tres metros de altura. Era tan ancha como su cadera, así que no le costaría pasar por ella de costado. Cuando su cabeza llegó hasta ella como supuso estaba cerrada y no tenía ni idea de lo que había detrás porque ella nunca había entrado en esa parte de la casa. Sujetándose con una mano empujó la madera que debía estar atrancada al otro lado. Se llevó la mano libre al cuello y tiró de la cuerda que tenía atadas a los extremos dos finas láminas de madera. Metió una por la ranura y empujó hacia arriba antes de inclinar la lámina. Escuchó como la tabla del otro lado caía de los soportes y empujó la ventana. Estaba muy oscuro y con esfuerzo se impulsó para agarrarse a la parte baja del marco, pero no podía pasar los hombros, así que tuvo que ponerse de costado

empujándose con las manos en los extremos de la ventana. Cayó sobre el suelo y gimió porque se había hecho daño en un hombro. Mejor el hombro que la cabeza. Se puso de rodillas y la luz de la luna le permitió ver a un niño mirándola con los ojos como platos desde su cama. Giró la cabeza para ver a otro que también parecía pasmado. Ella susurró con voz grave —Soy el joven del bosque.

—¿Sí? —preguntó el hijo pequeño del laird—. ¿Y qué quieres?

—Ahora te lo digo. No os mováis o me enfadaré.

Los dos asintieron vehementes y ella corrió hacia la puerta. Pegó la oreja y al no oír nada la abrió para ver que el pasillo estaba vacío. Escuchó ruidos en el piso inferior y juró por lo bajo, no le daría tiempo a buscar la espada. Entrecerró los ojos y se volvió mirando al mayor de los niños. —Corre, tienes que protegerte, ve a por la espada de plata de tu padre.

El niño saltó de la cama y corrió fuera de la habitación. Se mordió el interior de la mejilla esperando y el otro niño se acercó al borde de la cama. —No, no te muevas o me enfado. —Él volvió a su sitio rápidamente. —Buen chico. Haré que tengáis muy buenas cosechas.

—¿De veras?

—Tu padre va a estar muy contento con tu comportamiento.

Sonrió encantado y en ese momento llegó su hermano con la espada en la mano. —Oh, estupendo. —Se la cogió a toda prisa. —Iré fuera con ella para protegeros como es mi obligación.

—Gracias —dijeron los dos a la vez.

—Que bien educados estáis. ¿Eso es cosa de vuestra madre?

—Nos reprende si no hacemos las cosas bien —dijo el mayor.

—Hala, ahora a dormir. Y nada de levantarse hasta mañana por la mañana.

—Sí. —Se taparon con las pieles antes de cerrar los ojos como niños buenos.

Tiró la espada por la ventana y colgó una pierna antes de agarrarse a los costados para meter la otra. Se descolgó y tomó aire antes de dejarse caer doblando las rodillas como le había enseñado su padre. Se metió la espada por la pernera del pantalón y la empuñadura la cubrió con la vieja camisa. Empezó a caminar hasta el final de la casa y sacó la cabeza antes de caminar hacia el bosque perdiéndose entre los árboles. Cuando estuvo lo bastante alejada, sacó la espada para no herirse en la pierna y echó a correr hacia su casa. Sin aliento llegó hasta el río, se quitó la ropa y se metió en el

agua que estaba helada. Hundió la cabeza y se masajeó el cabello para que el barro se soltara. Cuando se sintió lo suficientemente limpia, salió para coger su vestido cuando escuchó un crujido tras ella. Se volvió de golpe para encontrarse a Evander mirando sin pudor su cuerpo desnudo, lo que le provocó un vuelco al corazón.

—Has tardado mucho.

Sonrojada se puso el vestido a toda prisa. —Me ha costado entrar.

—Sí, ya he visto el fuego. Tu hermana ya está en la casa.

—Bien. —Se calzó las botas y agarró las ropas con la espada.

—De eso me encargo yo.

Se la tendió y él la cogió por la empuñadura mirándola antes de volverla para revisar la otra hoja. Elevó la vista hacia ella. —Muy bien.

—¿Nos vamos? No sé cuánto tardarán en buscarme.

—Ya está todo listo.

Caminaron hacia la casa en silencio y le miró de reojo. —¿Cuándo te quitó esa espada?

—Eso no es asunto tuyo.

—Me acabo de jugar el cuello por ella, por lo menos podrías contarme eso.

—Repito, no es asunto tuyo —dijo cortante—. Date prisa, no quiero estar por aquí cuando amanezca.

Como era evidente que no quería hablar, se mantuvo en silencio y cuando llegaron su hermana ya estaba en el carro con sus dos hermanos y las pocas pertenencias que tenían.

—Tú atrás con ellos.

—Sí. —Advirtió a su hermana con la mirada para que no hablara y esta asintió mientras se subía al carro.

—Vengo ahora —dijo él antes de alejarse hacia la parte de atrás de la casa.

Ada entrecerró los ojos. —¿A dónde va?

—¿A aliviarse? No lo sé.

—Se puso algo nervioso porque no aparecías y furioso dijo que iba a buscarte. Pensaba que te habían cogido.

Algo se calentó en su interior mirando hacia donde había desaparecido. ¿Había ido a rescatarla? Al pensar en la espada hizo una mueca, porque igual era eso lo que quería. No tardó en volver.

Yvaine observó como subía y agarraba las riendas. —No quiero ni un ruido hasta salir de las tierras de los McColton, ¿entendido?

—Sí —susurró ella antes de mirar a sus hermanos. El pequeño Sim estaba asustado y lo cogió en brazos antes de agarrar una manta de lana y rodear su cuerpo. Ada le puso a ella un chal por encima de la cabeza pues tenía el cabello mojado e Yvaine sonrió ligeramente para darle las gracias. Acunando a su niño susurró a su oído —No debes hablar, ¿me has entendido?

—Sí —dijo mostrando el miedo que tenía.

Ella le besó en la sien y acarició su espalda para calmarle. No tardó en dormirse en sus brazos y miró a Angus, que se había acurrucado junto a su hermana y dormía plácidamente. Qué suerte ser aún un niño, a esa edad todo era mucho más sencillo. Su hermana se rascó la pierna por encima de su vestido y se escuchó un débil tintineo. Yvaine la reprendió con la mirada. No había cosido bien las gemas y el oro en el interior del bajo de su vestido y en la situación en la que se encontraban ese sonido podría delatarlas. Su hermana estiró la mano lentamente e Yvaine vigiló a Evander, que en ningún momento tuvo intención de volverse. Su hermana tocó las piedras en su bajo y asintió como si ya lo hubiera arreglado separándolas, pero mal arreglo era ese. Si había dejado un hueco

abierto entre moneda y moneda podrían chocar de nuevo. Ada le pidió perdón con la mirada y ella hizo un gesto para que lo olvidara. Si volvían a sonar, ya buscaría una excusa.

Siguió vigilando a Evander. Puede que fuera todo un guerrero y muy apuesto, pero algo le decía que no se fiara de ese hombre. Que no la hubiera esperado ante la casa como le había dicho, significaba que le gustaba hacer las cosas a su manera y eso podía ser peligroso. Miró su espalda desnuda. Era evidente que él no tenía frío. Que no tenía frío y que a ellas no les tenía ningún miedo porque no se preocupaba de que le atacaran por la espalda. ¿Pero por qué lo iban a hacer? Al fin y al cabo, ella le había pedido ayuda. En realidad, le había pedido matrimonio, pero en lugar de contestarle que sí había conseguido que robara una espada por él. Entrecerró los ojos, era muy listo. Y muy apuesto. Suspiró mirando su cabello negro. Estaba segura de que era un gran guerrero. Sus ojos bajaron hasta una cicatriz que tenía en el costado. ¿Cómo se la habría hecho? Se la habían tenido que quemar, así que había sido grave. Mucho más que las otras que tenía en el brazo que apenas le habían rozado. Qué extraño que antes no se hubiera dado cuenta de que las tenía, solía fijarse en los detalles, cuando se robaba era esencial fijarse en ellos. Se le cortó el aliento porque por ese hombre su

sangre no ardía como cuando la había mirado desnuda. Dejó a su niño en el suelo antes de meter la mano en la cesta y sacar de debajo de uno de sus vestidos el puñal que había guardado allí.

Ada abrió los ojos como platos mientras se acercaba a él. Rápida y sigilosa le agarró del cabello y colocó el puñal en su garganta. Tenso siseó —Suéltame.

—¿Quién eres? Tú no eres Evander —dijo con rabia—. ¿Qué has hecho con él?

—Estoy aquí. —Volvió la cabeza hacia atrás para verle montado sobre un caballo negro. La miró fríamente. —Suelta a mi hermano.

Furiosa le soltó. —¿Qué es este engaño?

—Tenía que comprobar que no te seguían, mujer —dijo entre dientes antes de mirar tras ella—. Collin, ya hablaré contigo luego.

Este gruñó mirando al frente y Ada asombrada miró a uno y después a otro. —Hermana, esto no me gusta.

—Y a mí me gusta cada vez menos.

Él se acercó a caballo y se puso al lado del carro. —Manteneos calladas.

—¿Por qué vamos al norte?

—¿Quieres quedarte aquí? Os dejaremos encantados.

Molesta por la amenaza siseó —Yo he cumplido mi parte del trato.

—Y yo pienso cumplirlo también. Así que cierra la boca, todavía no estamos a salvo.

—Pero…

—¡Yvaine siéntate!

Su hermana la cogió por el brazo tirando de ella para que se sentara y ella gruñó antes de fulminarle con la mirada. Él se adelantó para ponerse al lado del caballo que tiraba del carro y Ada la agarró del vestido para llamar su atención. —¿Estás loca? —preguntó en voz muy baja—. ¿Quieres que te maten?

Se mantuvo en silencio intentando recuperarse de la sorpresa. Eran hermanos, idénticos además. Si no fuera por las cicatrices jamás les hubiera descubierto, pues hasta el cabello lo tenían cortado a la misma altura. Incluso sus voces eran muy parecidas. Pero algo en ella los diferenciaba muy bien. El que tenía delante no volvía loco su corazón como lo había hecho Evander en cuanto había aparecido. Observándolos era evidente que era Evander quien mandaba y que había ordenado ir hacia las tierras de los McCaig.

¿Por qué? ¿Eran McCaig? Ninguno de los dos llevaba kilt. Algo lógico si te adentras en tierras enemigas. Pero los McCaig no eran enemigos de los McColton. No es que se llevaran muy bien, pero no tanto como para estar en guerra como había oído que pasaba en otros clanes. Tenía tantas preguntas por responder. Pensó en el anillo cosido en el bajo de su vestido como todo lo demás. ¿Por qué lo había robado su padre? ¿Las gemas y las monedas de oro realmente eran de su abuelo o las había robado también? Que robara el anillo no encajaba con lo que él siempre le decía. Recordó las palabras de su padre la primera vez que fueron a un pueblo importante. Se agachó ante ella y la cogió por los brazos. —Escúchame bien, ¿recuerdas todo lo que te he enseñado?

—Sí, padre.

—¿Qué tienes que coger?

—Monedas de los puestos.

—Eso sería estupendo. Tienes las manos pequeñas, no cojas nada demasiado valioso para no llamar la atención.

Asintió.

—¿Y dónde lo debes meter?

—Aquí. —Abrió el bolsillo que tenía un agujero y todo lo que metiera allí caería en una bolsita que tenía bajo el vestido. Así si alguien la cogía y le miraba los bolsillos no encontraría nada.

—Si ves una joya hermosa, una bolsa de dinero o algo demasiado valioso ni se te ocurra cogerlo. Si te sorprenden, te matarán, ¿entendido?

—Sí, padre.

Él sonrió. —Ahora vete.

Se vio a sí misma entrando en el mercado y caminar entre los puestos. Bonita, aseada y bien vestida nadie desconfiaba de ella. De eso se trataba. Se acercó a un tendero que vendía pan y antes de que él se diera cuenta estaba a su lado mirando con gula un bollo de jalea. Él la miró divertido cobrando a una mujer. —¿Quieres uno?

Vio como metía el dinero en una bolsa que tenía bajo el kilt. —¿Cuánto cuesta?

—Para ti nada por ser tan bonita.

Sonrió radiante y cogió el bollo con las dos manos. —Gracias.

—De nada.

Se alejó olvidándose de él. Ya que le había dado el bollo no iba a robarle también, pobrecito. Una mujer estaba gritando al

tendero y tropezó con ella. —Lo siento.

—¡Mira por dónde vas, niña! —gritó antes de mirar al hombre para seguir gritándole.

Se alejó sonriendo antes de darle un mordisco al bollo. Se acercó a su padre que estaba observándola y le dijo —Mira padre, me lo ha dado un tendero.

Él acarició sus rizos rojos. —Comételo rápido que no tenemos mucho tiempo.

—Ya podemos irnos, padre.

Parpadeó asombrado. —¿De veras?

Asintió y él la cogió por la cintura para subirla al carro preocupado por si había hecho algo mal. Se alejaron muy rápido y cuando salieron de la ciudad detuvo el carro. —¿Qué has hecho?

Levantó el vestido y sacó la pequeña la daga con empuñadura de oro. Su padre miró a su alrededor asustado. —¿Qué te había dicho?

—Padre, esa mujer ni se dará cuenta de que se la han robado. —Dio otro mordisco al bollo y sonrió. —Pensará que la ha perdido, la tenía en su cinturón. Es muy fácil de perder.

Esa fue la primera vez que su padre le gritó. Se enfadó muchísimo con ella. Hasta estuvo tres días sin hablarle, por lo que aprendió muy bien la lección. ¿Qué habría pasado con aquella daga? Nunca lo sabría. Pero ella no volvió a robar nada demasiado costoso durante los años que fue con él. A veces iba solo y en esas ocasiones el carro volvía igual de cargado con las provisiones que compraban habitualmente. Nada que llame la atención, nada que pueda hacer sospechar a los que les rodeaban. Si su padre había robado ese anillo, era porque no le había quedado otro remedio. Sabía a lo que se exponía y encontró la muerte. ¿Pero por qué?

En su mente vio a su madre en su lecho de muerte. —Tiene mucho valor, pero no por el oro o la piedra que contiene. Guárdalo, en él está el camino a aquello a lo que aspiraba tu padre.

En él está el camino… Se mordió el labio inferior.

Su hermano pequeño se subió a su regazo y ella sonrió. —Buenos días, dormilón.

—Tengo ganas de hacer pis.

Escucharon un gruñido de Collin, pero tiró de las riendas deteniendo el carro.

Angus se despertó en ese momento y los cuatro bajaron del carro para aliviarse tras los árboles. Yvaine salió de detrás de su árbol y vio a los hermanos hablar en voz baja.

El pequeño Sim llegó en ese momento y cogió su mano. —¿Quiénes son esos hombres?

—Ellos van a llevarnos a nuestro nuevo hogar.

—¿Y madre no viene con nosotros?

Apretó los labios antes de negar con la cabeza. —No, mi vida. —Se agachó a su lado. —¿Recuerdas lo que te dije ayer? Se ha ido al cielo, como dice el fraile.

—¿Madre va a volver?

—No, te reunirás con ella dentro de mucho, mucho tiempo.

—Se ha ido con padre, así que están juntos —dijo Ada poniéndose a su lado—. ¿Qué hacen esos? —preguntó casi sin mover los labios.

—Decirse algo que no quieren que escuchemos, eso es evidente. —Evander miró hacia ellos. —¿Angus?

—Todavía no —dijo con esfuerzo.

Caminaron hacia los guerreros.

—Vamos, daos prisa —dijo Evander—. ¿Dónde está el otro niño?

—Hace caca —dijo Sim como si nada estirando los brazos hacia ella. Le cogió en brazos para subirle—. ¿Vosotros hacéis caca?

Las chicas reprimieron la risa y ambos le miraron fijamente. El niño abrió los ojos como platos. —Sois igualitos. ¿Vuestro padre no se disgustó por tener los hijos repetidos?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Collin.

—Que vuestra madre perdió el tiempo haciendo otro igual en lugar de hacerlo distinto. Nosotros somos todos distintos. Yvaine más que ninguno. Padre estaba muy contento con ella. Yo soy rubio y Ada y Angus, ella no. Y padre la quería más que a ninguno.

—Cielo, eso no es cierto —dijo Ada—. Nos quería a todos por igual.

—¡Con ella se pasó más años!

—Porque es la mayor.

—¡Yo casi no estuve con él, no es justo! —dijo enfurruñado antes de mirar hacia los hombres—. ¿Vosotros tenéis padre?

—Sí —respondió Collin sin entender nada.

—¿Ves? ¿Por qué padre se ha ido al cielo del fraile sin mí? ¿Y madre? —Sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas. —A mí no me querían.

Le abrazó sentándole en su regazo. —Claro que te querían, cielo. Pero Dios se los ha llevado. —Le besó en la sien y le pegó a su pecho. —Él los cuidará a partir de ahora y los veremos dentro de mucho, mucho tiempo.

—Niño.

Sim levantó la cabeza para mirar hacia Evander en su caballo. —¿Quieres venir conmigo un rato?

—¿A caballo? —El guerrero asintió. Sus ojos llenos de lágrimas brillaron de la ilusión. —¡Sí!

—Pues no puedes llorar más, ¿me oyes? A mí no me gustan los llorones.

Se puso de pie pisando el muslo de Yvaine que hizo un gesto de dolor, pero no le reprendió. Evander le cogió en brazos y lo sentó frente a él. —Ahora tienes que comportarte como un guerrero y vigilar. Tú si ves algo extraño me lo dices.

—Sí, sí… ¿Puedo tener una espada?

—Quizás algún día, guerrero.

Yvaine sonrió antes de mirar hacia el bosque. —¡Angus!

—Estoy aquí.

Se sobresaltó porque estaba sentado tras ella. —Oh, cielo, perdona no te había visto. —Le acarició la mejilla, pero él se apartó.

—Hermana deja de tratarme como a un niño.

—¿Hago eso?

—¡Angus! ¡Vigila el camino por el sur! —ordenó Evander desde su posición ante el carro.

—¿Ves? Ya soy un hombre —dijo orgulloso antes de colocarse al final del carro mirando el camino.

Las hermanas se miraron. Al menos el pequeño ya no lloraba y menos mal que no se había dado cuenta de que no tenían nada de comer. A ver cuánto aguantaba.

—Hermana, ¿por qué no duermes un rato? —dijo Ada—. Llevas dos noches sin dormir.

—Estoy bien.

Pero el traqueteo del carro hizo que sus ojos se fueran cerrando poco a poco. Su cabeza cayó a un lado y se sobresaltó abriendo los ojos que coincidieron con los de Evander que

cabalgando al lado del carro dijo —Acuéstate, mujer. Agotada no nos servirás de nada.

Sin aliento vio que hincaba los talones y su hermano chilló de la alegría. Se sonrojó de gusto, la estaba observando. Al mirar a su hermana vio que ella dormía apoyada en una caja. Menuda guardiana estaba hecha. Sintiendo que debía dejarse llevar se tumbó en el suelo del carro encogiendo las piernas y cerró los ojos. El sueño no tardó en vencerla y se vio a sí misma mirando un lago en plena noche. Llovía, pero ella lo ignoró para mirar el agua que en ondas llegaba a la orilla. Su corazón se aceleró y en ese momento una cabeza morena empezó a emerger mostrando poco a poco el rostro de Evander. El agua caía de su cabello y de su barba sobre su mojado pecho desnudo. Caminó hacia ella mostrando a cada paso algo más de su cuerpo hasta llegar a su sexo. Yvaine sin aliento miró sus ojos. —Ven conmigo… Sé mi esposa.

Un chillido la despertó y se sentó de golpe para ver a Sim sobre el regazo de Ada. —¿No te he dicho que tenías que estar callado? Ya la has despertado.

Miró hacia el cielo y se dio cuenta de que era mediodía. Sintió frío, seguramente por estar sin moverse esas horas y se puso un chal sobre los hombros.

—Tengo hambre… —dijo Sim.

—Cielo, hay que esperar. —Le acercó la bota de agua. —Bebe un poco.

Collin se volvió y puso una bolsa de cuero en manos de Ada. Esta la abrió a toda prisa y sacó medio queso, pan, cecina y manzanas. —Por la noche cazaremos —dijo el guerrero ya mirando al frente.

—Gracias —dijo Ada sonrojada de gusto. Le mostró el queso a su hermana—. Mira Yvaine.

—No lo cortes todo, hay que guardar algo por si acaso.

Ada asintió y cogió un cuchillo para empezar a cortar el queso en pequeñas porciones. Su hermano Angus chistó y los hombres miraron hacia él antes de ver que tras ellos, aún muy lejos, había un hombre a caballo que iba en su dirección sin darse mucha prisa como si les estuviera observando.

Yvaine cogió el puñal del canasto y susurró —Hermana guarda la comida, que no se estropee.

Su hermana hizo lo que le mandó y agarró el cuchillo con el que cortaba el queso escondiéndolo bajo su vestido. —¿Qué hace?

—Nos van a asaltar. Los caminos están llenos de hombres que no tienen comida para sus familias y hacen lo que sea para conseguirla —susurró Collin mirando a su hermano—. ¿Les oyes?

Acercó el caballo a ellos y susurró —Nos están rodeando.

—Angus ven aquí —ordenó Yvaine.

Su hermano se acercó a ellas y cogió al pequeño en brazos colocándose entre las dos que los flanquearon.

Yvaine vio un movimiento tras un árbol justo antes de que un niño de la edad de Angus corriera hacia otro árbol.

—Hay niños.

—Hay niños que matan igual que los mayores —dijo Collin—. Hermano, uno en la copa del árbol.

Evander desenvainó su espada y dio un grito de guerra que se escuchó en todo el bosque. Yvaine miró hacia el jinete y este silbó antes de alejarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella sorprendida de que se hubiera ido.

—No os fieis —siseó Collin—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. —Agitó las riendas y el caballo aceleró el ritmo.

Vio salir al niño tras el árbol y como con cara de hambre les observaba alejarse con pena.

Yvaine cogió la bolsa y agarró un pedazo de pan con queso para tirárselo. El niño corrió hacia ellos y lo cogió del suelo. El agradecimiento en sus ojos le llenó el alma y pensó que por esa mirada merecía la pena no comer ese día.

—Tírale el mío —susurró su hermano.

Emocionada cogió otro pedazo y se lo tiró. Su hermana le arrebató la bolsa. —Ya está bien.

Apretó los labios antes de mirar al frente y vio que Evander estaba furioso. —Él no hubiera hecho lo mismo. Es más, si hubiera podido te hubiera matado por esa bolsa.

—Me da igual.

—No nos han atacado porque sabían que no podían superarnos —dijo Collin—. Eres una ingenua si piensas lo contrario.

—Hermana dale el queso a Sim.

Esta se lo dio y el pedazo que le correspondía a ella se lo dio a Angus, que iba a protestar, pero Ada le obligó a cogerlo. Su hermana le tendió el queso a Collin que dijo que lo comiera ella. Sin entender se lo tendió a Evander que dijo —Comedlo vosotras.

—Pero no es justo, no queríamos dejaros sin comer —dijo Yvaine. Él no le hizo ni caso y agitó las riendas adelantándose.

—No pasa nada, estamos acostumbrados —dijo Collin.

—Gracias.

Sintiéndose culpable cogió el pedazo que le tendió Ada, pero esa culpa duró poco cuando saboreó el queso. Comieron en silencio y Sim inquieto no dejaba de ir a un lado a otro del carro que ya de por sí no era muy grande. Ada intentó distraerle con un juego y ella se acercó a Collin. —Perdona, ¿a dónde vamos?

—A casa.

—¿Y eso dónde queda?

Gruñó como si no le gustara la pregunta. —¿Qué más te da que te diga dónde es si no conoces la zona?

Este pensaba que era tonta. —¿Vamos a las tierras de los McCaig?

Se mantuvo en silencio y ella bufó poniéndose en pie para volverse a Evander que ahora estaba tras el carro. —¿Sois McCaig?

—Mujer, ¿no te he dicho que debes mantenerte en silencio?

—¿Aún seguimos en las tierras de los McColton?

—¡Sí, así que cierra la boca!

Furiosa se sentó de nuevo y su hermana susurró —¿Por qué no quieren decirnos a dónde vamos?

—No lo sé, y eso es lo que me inquieta.

Capítulo 3

Apenas se detuvieron en el camino, solo para que bebieran los caballos y para aliviarse. Sim tuvo que subirse de nuevo a caballo para que se calmara un poco. Oscureció y suspiró del alivio cuando se detuvieron en un claro. Se bajó llevándose las manos a los riñones porque no es que fuera precisamente cómoda durante todas esas horas. Evander se bajó del caballo cogiendo al niño con un solo brazo como si fuera un fardo. —Recoged leña. Angus haz el fuego. Nosotros iremos a cazar.

Nadie protestó. Estaban tan cansadas que no eran capaces de hacerlo. Yvaine solo quería dormir. Evander dejó el niño en el suelo y este le siguió corriendo lo que podía debido a su gran zancada. El guerrero se volvió mirándole fijamente. —Quédate con tu hermana.

El niño puso morritos y divertida observó cómo se miraban a los ojos. A ver quién ganaba. Evander puso los brazos en jarras y el

niño le imitó entrecerrando los ojos igual que él. —Sim… Te vas a quedar con tu hermana.

Sus ojos se cuajaron de lágrimas. —¿Tú tampoco me quieres?

Ella jadeó yendo hasta su hermano y lo cogió en brazos para darle un beso en la mejilla. —Cielo, claro que te quiere. —Le advirtió con la mirada. —¿A que sí?

Él gruñó volviéndose y el niño se puso a berrear con fuerza. Evander se detuvo en seco y se volvió. —Niño…

Alargó los brazos hacia él y Evander gruñó regresando a su lado. —¡Haz algo! ¡Nos van a escuchar hasta en casa del laird McColton!

—Intento calmarlo.

—No puedo cazar con el niño.

—Cielo, Evander te va a traer una liebre muy hermosa para que puedas cenar caliente. —El niño la abrazó por el cuello. —Ya verás como está aquí enseguida.

El pobrecito sollozó en su hombro y ella le explicó —Está cansado del viaje y tiene hambre, es normal que se ponga así. —Acarició su espalda. —Tranquilo, vete.

La indecisión en sus ojos casi la hizo reír. Para ser un duro guerrero se ablandaba enseguida. Eso era porque no tenía hijos, porque si los tuviera, hubiera pasado por una situación parecida alguna vez y sabría cómo tratar al niño. Evander se alejó a regañadientes para ir hacia su hermano que le esperaba. Yvaine fue hasta una roca y se sentó con el niño sobre sus muslos antes de apartarle para mirar su carita llena de lágrimas. —Ya verás, te traerá la liebre más grande del bosque y llenarás la barriguita.

—No me ha llevado —dijo pasando su manita por el ojo.

—No podía, es un guerrero y debe tener las dos manos libres por si hay que defendernos. —Se acercó y susurró —Además ya has abusado mucho de él, te ha llevado casi todo el día a caballo.

—Me gusta.

—Ya, ¿pero y si nos atacan los hombres malos? ¿Cómo va a luchar contigo en el regazo? Acepta lo que te den y no pidas tanto, cielo. Eso no está bien.

—¡Me gusta!

Sonrió y le abrazó contra su pecho antes de mirar hacia el bosque. —A mí también me gusta.

No tardaron mucho en volver y Evander asintió porque el fuego ya estaba encendido. Collin tiró tres liebres al suelo ante Ada y esta sonrió. —Qué buena caza.

Este asintió demostrando que ninguno de los dos eran muy habladores. Evander miró al niño que enfurruñado estaba sentado en el suelo ante el fuego jugando con un palo. Yvaine agarró el conejo y le pasó el cuchillo por el vientre para destriparlo mientras veía que el guerrero carraspeaba. —Vamos a asearnos.

El niño no levantó la cabeza e Yvaine reprimió la risa porque su pequeño no le hacía caso. Evander gruñó cogiendo al niño en brazos y este gritó de la alegría. —¿Nos vamos al río?

—¡Angus! ¡Vamos!

Las mujeres sonrieron viendo como corría hacia los hombres. Ada susurró —Son muy apuestos, ¿verdad?

Asintió tirando de la piel del conejo.

—Son fuertes, algo callados, pero no son malos hombres. Solo hay que ver cómo tratan a los niños.

Asintió de nuevo.

—Y nos han traído, si fueran malos se hubieran largado sin nosotras después de arrebatarte la espada que le conseguiste.

—A no ser que quieran algo más, que no se te olvide. Al parecer se te ha olvidado todo lo que hablamos.

Ada perdió la sonrisa. —No, hermana, no lo he olvidado.

—Has decidido ignorarlo porque Collin te parece atractivo.

Agachó la mirada. —Lo siento.

—No solo hablamos de tu vida sino de la vida de tu familia.

—No les harán daño a los niños.

—Estoy segura de que quieren algo de nosotras y sabes muy bien que cuando a un guerrero se le niega algo, es impredecible.

—Te dijo que viviremos bien en su pueblo. A mí me basta y si me ponen comida en la mesa, yo colaboraré en lo que sea. De momento han hecho más por nosotras que nuestro propio laird, eso deberías agradecérselo.

Se iba a levantar e Yvaine la agarró por la muñeca. —Escúchame bien, estás deslumbrada por ese hombre y no puedo culparte, pero nosotras tenemos que cuidar de nuestros hermanos. No olvides tu falda, hermana. —Ada se sonrojó. —Ocultas algo por

lo que podrían rajarte el cuello. Podrían rajarnos a todos. Ni se te ocurra abrir la boca sobre eso, ¿me oyes?

Asintió.

—¡No, quiero que me lo jures por el Dios del fraile! ¡Júramelo!

—Te lo juro.

Soltó su mano. —Trae unas ramas para ensartar las liebres.

Salió corriendo e Yvaine suspiró. No podía culparla por soñar con Collin porque ella no podía dejar de pensar en Evander, pero debían mantener a salvo a sus hermanos.

Giró la rama para darle la vuelta a la liebre y escuchó las risas de su hermano pequeño. Habían tardado mucho y estaba preocupada, pero al fin podía relajarse. Se puso en pie para verles llegar. Los cuatro tenían el cabello mojado y los niños iban sin camisa. Jadeó acercándose. —¿Quieres que se resfríen? ¿Dónde están sus camisas?

—Deben endurecerse, mujer —dijo Evander mostrándoselas.

Se las arrebató de la mano y se dio cuenta de que estaban mojadas. —¡Ada, busca las otras camisas de los niños!

—Sí, hermana.

—Pero…

Miró al pequeño fijamente. —¿Qué has dicho?

—Nada.

—Eso pensaba.

En cuanto se acercaron al carro para coger las otras camisas Yvaine miró a Evander fijamente. —Acabo de perder a mi madre de fiebres, no pienso perder a otro miembro de mi familia. Estamos en invierno, que tú puedas soportar ir sin camisa no significa que pueda hacerlo un niño de cinco años, ¿me he explicado con claridad?

—Les proteges demasiado —dijo con desprecio.

Con los ojos entrecerrados les vio ir hasta el fuego y se sentaron sobre un tronco. Los niños se sentaron cada uno a un lado.

—¿Podéis encargaros de voltear la comida mientras me aseo yo? —preguntó con ironía—. Gracias —dijo sin esperar respuesta.

Fue hasta el carro y colgó las camisas para que se secaran antes de coger la tela que usaba en casa para secarse el cuerpo cuando se bañaba en el río. Caminó en la dirección a la que habían ido ellos. Era evidente que conocían la zona y cuando encontró los caballos se detuvo en seco porque no era un río, era un lago. Un

lago como en su sueño. Se mordió el labio inferior y miró sobre su hombro asegurándose de que estaba sola. Se quitó el vestido y lo dejó caer con cuidado antes de quitarse el vestido inferior. Se descalzó las botas de piel y gruñó porque el agua estaría fría. Odiaba bañarse en invierno. Se metió en el agua hasta la cintura y respiró hondo antes de hundirse metiendo la cabeza. ¡Estaba helada! Sacó la cabeza para tomar aire y nadó durante un rato para entrar en calor. Se miró las manos y la luz de la luna le mostró que ya no tenían sangre de conejo, así que era hora de salir. Se acercó a la orilla y salió pisando la hierba. Después de secarse a toda prisa se puso el vestido interior y escuchó un chillido. Se tensó con fuerza y se puso su vestido rápidamente agarrando las botas para calzarse a la velocidad del rayo. Corrió hacia el campamento y cuando llegó suspiró del alivio por ver a su hermano pequeño riendo con una pata de liebre en la mano.

—¿Qué haces?

Se sobresaltó y giró la cabeza a su derecha para encontrarse a Evander a un par de metros de ella. Él salió de entre los árboles. —¿Por qué has tardado tanto?

—He nadado un poco.

Él miró su rostro fijamente antes de ir hacia el campamento. No era muy hablador y eso la exasperaba porque se moría por saber mil cosas de él. Se acercó al fuego y se sentó al lado de su hermana que le ofreció una pata de liebre. La cogió con cuidado porque aún quemaba y los hombres dijeron algo que no llegó a entender antes de que Evander la mirara por encima del fuego. —Mi hermano hará el primer turno de vigilancia. Os aconsejo que os acostéis cuanto antes. —Se levantó y se alejó para tumbarse cerca del carro sobre un kilt con unos colores que nunca había visto.

Su hermana se levantó de inmediato. —Venga niños, a dormir.

—¿Dormiremos en el suelo? —preguntó el pequeño frotándose los ojos.

—Será divertido. Veremos las estrellas.

—Pero hace frío…

—Yo haré que no tengas frío. —Cogiendo su mano se alejaron y ella observó como les colocaba un par de pieles en el suelo.

Miró a Collin que se mantenía en silencio y preguntó —¿Ese es el kilt de los McCaig?

—No.

—¿Entonces de dónde sois?

—Lo averiguarás muy pronto, mujer. No me hagas más preguntas.

Se levantó y se alejó dejándola con la palabra en la boca. Al mirar hacia Evander se dio cuenta de que la observaba. Yvaine apretó los labios sintiéndose cada vez más insegura. ¿Qué estaba pasando allí?

Cenó sola y cuando terminó, se preguntó si debía apagar el fuego. Collin no estaba a la vista y sabiendo que Evander no estaba dormido, pues sentía su mirada en ella, se volvió para acercarse a él. Mantuvo su mirada sintiéndose más viva que en toda su vida a cada paso que daba y cuando llegó a su lado susurró —¿Debo apagar el fuego?

—Acuéstate, mujer.

Indecisa miró a su familia que ya estaba acostada y dio un paso hacia ellos, pero algo la detuvo para mirarle de nuevo. —¿Cumplirás lo prometido?

—¿Acaso no lo estoy haciendo ya?

—Nos llevas a algún sitio, pero prometiste que estaríamos seguros. ¿Lo estaremos?

—Mucho más seguros que donde os encontré.

La verdad es que fue un alivio escuchar esas palabras y algo dentro de ella le creyó. Esa mirada decía la verdad. —Gracias.

—Acuéstate ya, mujer.

Asintió antes de dar otro paso hacia los suyos cuando escuchó —¿A dónde vas ahora?

Se le cortó el aliento. —A acostarme como has dicho, guerrero.

—Aquí.

Su corazón se aceleró porque en su pueblo solo las esposas dormían con los guerreros sobre su kilt. ¿Le estaba queriendo decir algo? ¿O en su pueblo no se hacía así? —¿Contigo? ¿Sobre tu kilt?

La miró intensamente. Yvaine temió no estar escuchando bien y se acercó tímidamente antes de arrodillarse sobre sus colores. Como él no decía nada se tumbó a su lado y se miraron a los ojos. Evander la cogió por la cintura pegándola a él y cogió un mechón de su cabello antes de acariciarlo entre sus dedos.

—¿Te gusta? —susurró ella—. Mi madre lo odiaba.

—Jamás creas a quien te diga eso. —Soltó su cabello y se tumbó boca arriba mirando el cielo.

Se sintió muy bien porque era evidente que a él le gustaba su pelo, pero tenía una duda que no dejaba de rondar su cabeza, no la dejaría dormir, así que mejor aclararlo cuanto antes. —¿Estamos casados?

Él gruñó antes de volverse para darle la espalda. ¡No había dicho que no! ¡Por Dios, era su marido! Sintió tal felicidad que casi chilla de la alegría. Bueno, ¿y ahora qué debía hacer? ¿Abrazarle? ¿Tocarle? ¿Coger su mano? Los de sus tierras se casaban uniendo sus manos y rodeándolas con una tira del kilt que usaba su pueblo. Juraban sus votos mientras el laird les daba su bendición, pero era evidente que se habían saltado algunos pasos. ¿Qué debía hacer ahora? Sin querer agobiarle mostrándose una esposa ansiosa se acercó un poquito a su espalda. Él la miró sobre su hombro y forzó una sonrisa. Vaya, ¿y ahora qué decía? —Hace un poco de frío.

Él entrecerró los ojos antes de levantarse para ir hasta la alforja que estaba sobre una roca y sacar otro kilt. Regresó y se lo tiró encima antes de tumbarse a su lado. —Gracias.

—A partir de mañana lo llevarás. —Y sin más se tumbó boca arriba a su lado.

Acarició sus nuevos colores. Verde y azul con unas líneas blancas. Al tocar la tela la maravilló su suavidad y tapó su cuerpo

con ella sintiendo de inmediato su calor. Se tumbó a su lado de nuevo y le sonrió. —Tus colores son hermosos, guerrero.

—Me llamarás esposo.

—Sí, esposo.

Él cerró los ojos. Viendo su pecho desnudo temió que se resfriara y también le tapó con su kilt. Como no dijo nada sonrió y cerró los ojos.

A pesar del frío de la noche y de la dureza del suelo, jamás en su vida durmió mejor. Un movimiento a su lado la despertó para encontrarse sola sobre el kilt de su marido. Claro, él tenía que hacer la segunda guardia y se había despertado mucho antes. Se estiró con una sonrisa de oreja a oreja y miró hacia su hermana que aún seguía durmiendo. Buscó a su marido, pero no lo vio por ningún sitio. Empezaba a amanecer, había que ponerse en marcha. Se puso en pie y agarró el kilt de su marido para ir hasta el carro. Se subió casi sin hacer ruido y encontró el cinturón con el broche a juego que su padre le había regalado dos años antes. Se bajó del carro y con agilidad plegó la tela que rodeaba su cintura para agarrarla con el

cinturón antes de pasar la tela sobrante por su hombro y prenderla con el broche al vestido. Cuando terminó sonrió acariciando la tela y regresó a donde había dormido para coger el kilt y sacudirlo.

—Pero qué… —Se volvió hacia su hermana que estaba atónita. —¿Qué haces?

Soltó una risita acercándose. —Ahora es mi marido.

—¿Te ha desvirgado? —preguntó asombrada.

Se sonrojó. —No, me ha pedido dormir con él. Ha querido que me ponga su kilt. Ahora llevo sus colores.

—Pero si eres su esposa no podrás dejarle… Te debes a él.

Se sonrojó. —Nos pondrá a salvo, me lo aseguró. No necesitaremos irnos.

—¿Estás segura? Ni cuando descubra lo que has cosido a…

—No tiene por qué saberlo.

Su hermana pensó en ello y sus ojos fueron a parar a Collin que llegaba del lago con el caballo. —Estoy confusa, pero creía que íbamos a darles un futuro mejor a nuestros hermanos. Ayer me dijiste que sí, no querías que me fiara.

—Pues ya me fío. Y sobre lo del futuro de los niños, eso es lo que vamos a hacer, darles una vida mucho mejor que la que hemos

tenido nosotras. Al menos no se jugarán el cuello por robar —dijo intentando ocultar que se sentía algo culpable por no haber pensado en ellos la noche anterior—. Todo irá bien. Y tienes una oportunidad con Collin, que es mucho más de lo que tenías.

—Crees que no volveré a ver a Boing, ¿verdad?

—Olvídate de ese gañán, ¿quieres? Collin será callado, pero le da mil vueltas a ese estúpido. —Dobló su kilt y dijo —Empieza a recoger, no quiero disgustar a mi esposo si quiere salir cuanto antes.

Guardó el kilt en su alforja y corrió tras los árboles para aliviarse. Cuando terminó se bajó las faldas e iba a dar un paso para volver cuando la agarraron de la cintura tapándole la boca. Intentó revolverse y miró hacia atrás para ver a su marido tras ella. Sorprendida se quedó quieta y él se acercó a su oído. —No hables, nos rodean.

Evander apartó la mano y la puso tras él que ya desenvainaba la espada. Yvaine maldijo no haber guardado el puñal en su bota y haberlo dejado en el carro metido en la cesta, pero sin que su marido se diera ni cuenta cogió el puñal de su espalda antes de echar un vistazo a los alrededores. Su marido empezó a caminar hacia el campamento y le siguió intentando no hacer ruido cuando un hombre con una sucia melena rubia cayó de pie ante Evander.

Asombrada miró la copa del árbol y en otra rama había otro hombre que les miraba con malicia. Sus ojos grises decían que no le importaría matar y se le pusieron los pelos de punta temiendo por su familia

Su marido levantó la espada. —Te aconsejo que te apartes.

—Dame todo el oro que lleves.

Evander sonrió. —¿De veras quieres continuar con esto?

—No te lo digo más, tienes un arquero apuntándote.

—Mientes.

Una flecha cayó a los pies de Evander y este se tensó. —No te voy a dar una mierda, así que quítate de mi vista antes de que me enfurezca.

Miró con gula a Yvaine. —Hace mucho que no estoy con una mujer. Mientras te desangras con las tripas fuera, dejaré que veas como goza conmigo.

Ella dio un paso al frente con el puñal en la mano. —Tócame y será lo último que hagas, cabrón.

El tipo se echó a reír antes de mirar hacia arriba. Parpadeó cuando no vio a su compañero. —¿Qué rayos…?

Evander sonrió de una manera que le puso los pelos de punta. —Se ha ido.

—Pero… —Confundido le miró antes de gritar —¡Dispárale!

El cuerpo de otro hombre cayó desde un árbol que estaba a unos metros. —Al parecer ya ha conocido a mi hermano.

El rubio asustado dio un paso atrás desenvainando su espada y Evander rio por lo bajo. —Tenías dos opciones y has elegido la peor. Veamos quien termina con las tripas fuera. —Su grito de guerra le hizo palidecer y Evander le atacó con su espada. Intentó repelerle, pero su marido giró la espada clavándole la hoja en el muslo hasta chocar con el hueso. El hombre gritó de dolor soltando su arma antes de que la de Evander rajara su barriga de abajo arriba. Impresionada vio como sus tripas caían al suelo y aun así no se moría, sino que intentó evitar que siguieran cayendo poniendo las manos en su vientre mientras gritaba del horror. Su marido le agarró de su sucia melena y se acercó a su rostro. —¿Sabes quién soy ahora?

Temblando de la impresión negó con la cabeza.

Su hermano llegó hasta ellos con un puñal en la mano lleno de sangre y sonrió con desprecio. —Díselo hermano, merece saber

quién le ha quitado la vida.

Evander se acercó a su oído y siseó —Soy Evander McGowan, pero mis enemigos me llaman el Lobo negro.

Yvaine dejó caer el puñal de la impresión y se llevó la mano al cuello sorprendida antes de mirar a su gemelo que rio con desprecio por el miedo que reflejó el rostro de ese hombre.

—¿Y sabes por qué me llaman así?

Al borde de la muerte susurró —Porque proteges tu territorio como hacen los lobos y tu corazón es negro como la noche.

—¡Protejo lo mío, cabrón! —Se enderezó antes de cortarle la cabeza con un corte tan limpio que esta salió rodando hasta los pies de Yvaine.

—Mujer ve con tu hermana.

Asombrada no podía dejar de mirar la cara de ese hombre. —¡Yvaine!

Levantó la vista hacia él. —El Lobo negro.

Su rostro se endureció. —Ve con tu hermana. ¡Ahora!

Sintiendo que su corazón se le salía del pecho caminó alejándose y escuchó —¡Aún queda otro, encuéntrale!

Cuando estuvo lo bastante lejos y oculta por los árboles, Yvaine salió corriendo. Entró en el campamento donde su hermana protegía a los niños con un cuchillo en la mano y al verla tan agitada esta preguntó —¿Qué ha pasado? ¿Qué son esos gritos?

—Súbete al caballo.

—Pero…

—Haz lo que te digo —dijo corriendo hacia el otro caballo que estaba enganchado ya al carro. Empezó a quitar las correas y al mirar sobre su hombro vio que su hermana ya había subido a Angus a la grupa. Este cogió las riendas y su hermana se subió detrás. Cuando soltó al caballo cogió sus largas riendas antes de mirar hacia abajo donde el pequeño se agarraba a sus faldas—. No pasa nada, mi amor.

—Tengo miedo.

—Ahora vamos a dar un paseo a caballo. Suéltame las faldas. —El niño lo hizo a regañadientes y ella con agilidad se subió al caballo. Se agarró a sus crines para inclinarse extendiendo la mano. —Agárrate a mi brazo.

El niño se cogió a la parte superior de su brazo y ella metiendo la mano entre sus piernas tiró de él para elevarle hasta

sentarle ante ella. Dobló las riendas para agarrarlas y tiró de ellas volviendo el caballo hacia su hermana que asustada susurró —¿Qué ha pasado?

—Que me he casado con el hombre más temido de toda Escocia —dijo antes de salir a galope con ella detrás.

El grito de Evander se escuchó en el bosque poniéndole los pelos de punta.

Horas después Ada sobre su caballo susurró para no despertar a los niños —No puede ser.

—No me digas que no puede ser cuando lo he escuchado yo misma. Nadie se atrevería a hacerse pasar por él, lo sabes muy bien.

—¿Y su hermano?

—No lo sé, Ada. No sé cómo llamarán a su hermano, como no sé qué vamos a hacer.

—Te buscará, lo sabes. Nadie le quita lo que es suyo. Padre siempre nos advirtió de que si alguna vez nos encontrábamos con alguno de sus hombres o con él que no nos acercáramos porque mataría a cualquiera que le robara una sola moneda.

—De momento tenemos que buscar un sitio seguro y después pensaremos en qué hacer. —Entonces vio un árbol que le llamó la atención por sus retorcidas ramas. —¿No hemos pasado por aquí antes?

—No digas tonterías, eso significaría que estamos dando vueltas en círculo. Es un árbol como hay mil.

Frunció el ceño mirando el cielo, pero no veía el sol por los árboles. ¿Hacia dónde iban? Habían salido a galope tan nerviosas que ni habían mirado hacia donde se dirigían. Después para no cansar a los caballos habían ido más despacio, pero entre que habían tenido que calmar a los niños y después había tenido que contarle todo lo que había pasado a su hermana, ni se había fijado hacia donde iban. Volvió a mirar al cielo y suspiró del alivio al darse cuenta de que iban hacia el sur. Ellos querían ir al norte, así que iban en direcciones contrarias. Cuando los caballos pasaron un riachuelo se enderezó sobre el caballo. —Ada…

—¿Sí?

—Ya hemos pasado por aquí.

Su hermana miró a su alrededor deteniendo su montura. —Pero eso no puede ser…

En ese momento se movió la rama de un arbusto y ambas miraron hacia allí. Yvaine estiró el cuello para intentar ver lo que había detrás y suspiró del alivio cuando no vio a nadie. Sentir la punta de la espada en su cuello le cortó el aliento y volvió la cabeza lentamente para encontrarse allí a su marido mirándola como si quisiera matarla. —Mujer…

—¿Sí?

—Te has llevado nuestros caballos. Y nuestros caballos siempre vuelven a nosotros.

—Les tenéis bien entrenados.

—Baja.

Cogió al niño por la cintura y se lo tendió. Él gruñó cogiéndolo en brazos sin perderla de vista mientras ella bajaba. —Ada, coje al niño.

Su hermana se acercó de inmediato para coger al niño que despertó en ese momento. Evander agarró a Yvaine de la muñeca y siseó —Ven conmigo.

Ada asustada dijo —No lo haremos más, lo juro.

—¡Mujer cállate! —ordenó Collin.

Tiró de ella hacia el bosque y de repente la agarró por el cuello empujándola contra un árbol. —Escúchame bien —dijo poniéndole los pelos de punta—. Ni se te ocurra hacer de nuevo algo así. ¡Porque eres mía! ¡Tú me quisiste por esposo, así que vuelve a huir de mí y te juro que te vas a arrepentir porque nadie va a dejarme en ridículo! ¿Me has entendido?

Asintió sintiendo cosas en su interior que no había sentido nunca, tan intensas que la dejaban sin aliento. Separó los labios respirando agitadamente y él bajó la vista hasta su boca. La atrajo hasta que sus rostros quedaron tan juntos que sentían sus alientos. —Di que eres mi mujer.

Su corazón dio un vuelco sabiendo que era así, pero también la asustaba lo que eso implicaba.

—¡Dilo!

—Soy tuya.

Dejó caer la espada al suelo y su mano tiró de su falda hacia arriba provocándole un vuelco al corazón. Cuando sintió que metía la mano entre sus piernas algo se estremeció con fuerza en su vientre. Él pasó la mano por su sexo y entrecerró los ojos. Yvaine sintió como sus dedos pasaron entre sus pliegues y su roce provocó en

ella un gemido. Creyendo que le fallaban las piernas se agarró a su antebrazo y él susurró —¿Te enciendes así con todos o solo conmigo, mujer?

Es que ni era capaz de pensar mientras sentía que esos dedos la recorrían de nuevo hasta tocar el botón de su placer. —Como te toque otro hombre, te mato. —La soltó y ella que no se lo esperaba cayó al suelo de rodillas medio mareada mientras él se alejaba. —Date prisa mujer, nos has retrasado mucho.

Se llevó la mano al vientre aún impresionada. ¿Pero qué le había hecho? Su cuerpo se sentía frustrado y sintió ganas de gritar de la impotencia. ¿Qué magia era aquella?

—¡Yvaine, me voy a enfadar! —Como no respondía regresó —¿Pero qué haces?

Angustiada le miró. —No sé qué me ocurre. ¿Qué me has hecho? —Apretó las piernas con fuerza y tuvo que apoyar las manos en el suelo sintiendo que un placer embriagador la recorría de pies a cabeza. Cuando pudo abrir los ojos vio las botas de el ante su cara antes de dejarse caer sobre la hierba mirando el cielo. Qué maravilla. De repente se puso sobre ella. Sonriendo como una tonta dijo —Esto es lo mejor que he sentido nunca.

Su marido gruñendo se desabrochó la hebilla del pantalón separando la solapa que lo habría, antes de bajarse los pantalones sacando su sexo. Y era realmente grande, tan grande que lo miró impresionada porque no tenía nada que ver con el de sus hermanos. —Ahora sí que creo en ese Dios, porque esto tiene que ser obra suya.

Él gruñó arrodillándose entre sus piernas y la agarró por los tobillos para abrírselas bien antes de que casi se tumbara sobre ella apoyándose en una de sus manos. Yvaine sintió su sexo. Mirando sus ojos sintió como entraba en ella solo un poco y se le cortó el aliento porque sintió una ligera presión que fue aumentando poco a poco a medida que la llenaba. Los ojos de él brillaron. —Nunca he tenido una mujer a la que no hubiera tocado otro hombre. —Posesivo la agarró por la nuca y la elevó hasta que sus labios casi se rozaron. —Y tú eres solo mía. —Tomó su boca saboreándola de tal manera que dejó de pensar en lo que sentía en su interior para disfrutar de las maravillas que le provocaba. Ella le acarició con la lengua dejándose llevar y el beso se volvió más exigente, ansioso y de repente Evander movió sus caderas tomándola por completo. Sintió el dolor, sintió la presión, pero sobre todo le sintió a él y jamás

estuvo tan unida a alguien como a su marido. Él con la respiración agitada apartó los labios moviéndose en su interior para salir de ella.

—No —protestó agarrando sus hombros—. No me dejes.

Se deslizó hasta llenarla de nuevo y ella cerró los ojos sumida en el placer antes de que él se moviera de nuevo iniciando una cadencia maravillosa. Evander sujetándose en sus manos entró con más ímpetu en su ser provocando que un grito de placer saliera de su boca. Sorprendida abrió los ojos y él repitió el movimiento con más fuerza. El placer era exquisito, pero la necesidad de más empezó a torturarla y se aferró a sus hombros mientras cada músculo de su cuerpo se tensaba con cada empellón hasta que ya no pudo más. —Por favor, por favor…

Entró en ella con contundencia y de repente todo a su alrededor desapareció mostrándole un placer fuera de ese mundo. Su marido con la respiración agitada se dejó caer sobre la hierba llevándosela con él y tumbada sobre su pecho estuvo totalmente segura de que lo que decían de él era mentira, porque si fuera tan malvado como se rumoreaba, jamás podría dar tanta felicidad como la que ella estaba sintiendo en ese momento. Y era su marido. Pariría a sus hijos y si la muerte no se los llevaba envejecería con él. Se sintió la mujer más afortunada del mundo.

Capítulo 4

Sentada en el carro miró de reojo a su marido que hacía que no la veía. De hecho, no la miraba desde que se habían puesto en camino. ¿Le habría satisfecho? No parecía muy contento cuando la apartó para levantarse y cerrarse los pantalones. Cogió la espada y le dijo —Muévete esposa, o no llegaremos nunca.

Era evidente que no decía palabras cariñosas, de hecho hablaba muy poco, pero había sido gentil y había querido que gozara, lo que era una sorpresa maravillosa. Sabía por su amiga Anni que no todos los hombres eran así. De hecho, su marido le había hecho mucho daño en la noche de bodas, a su amiga no le había gustado nada. Le había dicho que era un momento en el que el hombre se volvía brusco, impaciente, pero que afortunadamente acababa enseguida. Pues a ella le hubiera gustado que le hiciera

esas maravillas durante todo el día. Era evidente que el marido de su amiga no era buen amante.

—¿Te ha pegado? —susurró su hermana.

Miró hacia ella. —No.

—¿No te ha castigado?

Se sonrojó y miró de soslayo a su hermano que vigilaba el camino mientras Sim jugaba con una cuerda. —No, no me ha castigado. —Se acercó a su oído y susurró —Me ha hecho… Me ha hecho suya como un hombre a una mujer.

Su hermana asombrada se apartó para mirar sus ojos. —¿De veras?

Asintió.

—¿Y cómo fue?

Se puso como un tomate. —No debo hablar de eso, pero solo diré que no fue como nos contó Anni.

Ada separó los labios de la impresión. —¿Mejor?

—Mucho mejor.

—¿Te escapas, no te castiga y te hace el amor?

—Shusss… —Miró hacia Collin. —Calla.

—Pues no es tan fiero como lo pintan.

—Sí que lo es —dijo Collin sorprendiéndolas—. Y mucho peor.

—¿Y a ti cómo te llaman? —preguntó su hermana tímidamente.

—¿Cómo crees que me llaman?

—¿El Lobo blanco?

Entonces Yvaine lo comprendió. —Te llaman como a él, creen que sois la misma persona.

—¡Collin!

Todos volvieron la vista hacia Evander que siseó —Dejad la cháchara.

—Será muy bueno en el lecho —susurró su hermana—. Pero tiene mal carácter. —Evander la fulminó con la mirada y su hermana palideció acercándose a Collin sin darse cuenta.

Sim se levantó y alargó los brazos. Su hombre se acercó a caballo y cogió al niño haciéndola sonreír. No, no era todo como se decía por las Highlands.

Esa noche los hombres estaban más relajados, lo que indicaba que no estaban en tierras enemigas o que ya no temían que les asaltaran. Ellos hablaban mientras se encargaban de los caballos y ellas empezaron a buscar leña. Los niños corrían de un lado a otro jugando y sonrió porque desde que había muerto su padre no les veía jugar así.

Su hermana se agachó para coger una rama. —¿Dónde estamos?

—Creo que hemos pasado las tierras de los McCaig, aunque no estoy muy segura. Íbamos hacia el norte, pero nos hemos desviado hacia el este. —Los niños se callaron y escuchó el rumor. Entrecerró los ojos pensando en qué sería aquello. ¿El aire? Tampoco hacía tanto aire. Entonces lo olió y se volvió dejando caer las ramas. —El mar.—Corrió emocionada y los hombres miraron hacia ella. —¡Es el mar! —De repente vio el horizonte azul y sintió en el rostro la brisa del mar. Siguió corriendo sin escuchar como la llamaban y de repente la agarraron por la cintura. Miró a Evander loca de contenta. —¡Es el mar!

—¡Casi te caes por el acantilado!

Asombrada miró hacia el suelo y sorprendida vio que a unos metros el suelo terminaba abruptamente. —Oh…

Sus hermanos se acercaron hasta el borde contemplando aquella inmensidad de agua. Yvaine sonrió. —Es igual a como me había contado padre. —Emocionada miró a su marido y le besó en la mejilla haciéndole gruñir antes de dejarla en el suelo. Se acercó a sus hermanos y contempló como el agua chocaba con las rocas. —Es una maravilla. —Vieron la puesta de sol y como la luz cambiaba de manera hermosa.

—Al parecer les gusta el mar, hermano —dijo Collin divertido.

Evander se acercó a ella y la cogió por la cintura girándola ligeramente. —¿Las ves?

Parpadeó viendo unas ligeras protuberancias sobre la oscura línea del mar. —¿Qué es eso?

—Son Las Órcadas. Nuestro hogar.

Separó los labios de la impresión. —¿Tenemos que llegar allí?

—Iremos mañana, ahora es tarde. —Se volvió y les dijo a los niños —A cazar.

—¿Puedo ir? ¿Puedo ir? —preguntó el pequeño ilusionado.

Collin fue hasta el pequeño y lo cogió. —Te dejaré subido a un árbol.

—¡No! —dijo su hermana corriendo tras él mientras Angus reía.

Ella observó el que sería su nuevo hogar y sintió a Evander tras ella antes de que la cogiera por la cintura para pegarla a su pecho. —¿Qué piensas, mujer?

Acarició sus manos sintiéndose feliz. —No puedo creer que esté aquí. Aquí contigo. —Se volvió entre sus brazos y le abrazó por el cuello. —Y tú tampoco te lo crees, ¿a que no?

Él sonrió robándole el aliento de la sorpresa porque era evidente que no seguía enfadado con ella. —Debo reconocer que conocerte ha conllevado muchas sorpresas. —Miró sus labios con deseo. —Muchas sorpresas.

Yvaine se atrevió a besar sus labios y él tomó el control del beso embriagándola de placer, pero su marido se apartó poco a poco y susurró —Tengo que ir a cazar la cena.

—Sí. —Suspiró mientras se separaban y él cogiendo su mano tiró de ella para que fueran hacia el campamento. Cuando llegaron su hermana dejaba la leña en el suelo para hacer la pira.

—No os alejéis. Hay lobos por la zona.

Asintió y él soltó su mano para adentrase en el bosque. Ahora entendía por qué se habían llevado a los niños, para que estuvieran protegidos pues ellos iban mejor armados. Se acercó a su hermana. —Enciende el fuego, hay lobos.

Su hermana usó la yesca y se incorporó viendo como el fuego se avivaba. —Una isla. —La miró. —¿Qué opinas?

—Que allí estaremos seguras. Empezaremos una nueva vida.

—Entonces lo que llevamos en…

—Lo enterraremos. Buscaremos un sitio las dos y lo enterraremos. Nunca se sabe lo que puede pasar en el futuro.

—¿Y tus temores sobre tu marido?

—Ha demostrado que no es tan fiero como dicen por ahí, ¿no?

—¿Pero por qué estaba en nuestras tierras? ¿Qué buscaba? ¿Ya no te haces esas preguntas? ¿Y por qué dice que la espada es suya? Mintió sobre su parentesco con Aliastair, ¿eso ya no te preocupa?

Decidió ser sincera. —Sí, pero en este instante y después de lo ocurrido en el día de hoy, me preocupa más no volver a verle. Me asusta. Debo elegir y le elijo a él.

Ada apretó los labios. —Entiendo. Quieres que olvidemos lo ocurrido.

—¿El pasado o el futuro? Yo elijo el futuro. —Dio un paso hacia ella. —¿Qué eliges tú?

Su hermana la miró decidida. —Un futuro con Collin, eso es lo que quiero.

Sonrió. —Pues ya no hay más que pensar.

Tumbada al lado de su marido no podía dormir excitada por la vida que le esperaba al otro lado de ese mar que escuchaba. Esperaba agradarles a todos. Se giró de nuevo y al ver los ojos abiertos de su marido se sobresaltó. —Lo siento, ¿te he despertado?

—No dormía.

Se quedaron en silencio durante unos minutos. —¿Qué te preocupa, esposa?

—Lo que hay en tus tierras.

—Eso no debe inquietarte. ¿O te inquieto yo? —Se le cortó el aliento. —Esta mañana huiste de mí.

—Fue una sorpresa saber quién eras.

—Sigo siendo yo, el hombre al que rogaste matrimonio.

—¿Por qué…?

—¿Por qué soy como soy? —Sus ojos se oscurecieron. —Por venganza.

Se le cortó el aliento. —¿Qué ocurrió?

—Cuando matan a alguien que amas, algo cambia en tu interior. No permito desconocidos en mis tierras y aplico justicia con mano de hierro.

—¿A quién mataron?

—A mi abuelo.

—Lo siento, debías quererle mucho.

—Era un buen hombre, el mejor. Y su buen corazón le llevó a la muerte porque a nuestro alrededor solo hay asesinos que buscan enriquecerse. Solo quieren arrebatar a los otros lo que tienen y les da igual los métodos que deban utilizar.

Se sonrojó. —Entonces me desprecias.

Sonrió con ironía. —Tú no eres como ellos, me di cuenta desde el principio.

—¿Por qué estabas allí? Aliastair no es tu tío.

—Te equivocas, era primo de mi abuelo.

—¿De veras? ¿Y por qué no vive con vosotros?

—Es una larga historia y deberías dormir. Deberíamos dormir.

—Por favor cuéntamelo.

Suspiró tumbándose de espaldas y mirando al cielo. —Se criaron juntos muy lejos de aquí, cerca de la frontera con esos perros ingleses. Cuando eran unos niños ya sabían que mi abuelo sería el futuro laird y Aliastair sería su mano derecha. Eran como hermanos. Pero de jóvenes se enamoraron de la misma mujer y su primo decidió irse.

—¿Y cómo sabías dónde vivía?

Volvió la cabeza hacia ella. —Él nos envió un mensajero para decirnos donde estaba el anillo de mi abuelo. Se lo vio al laird en la mano y lo reconoció. Y lo reconoció porque se lo regaló él mismo el día que hicieron a mi abuelo laird de su pueblo. Mi abuelo le había jurado que jamás se lo quitaría mientras estuviera vivo y fue como se enteró de que su primo, su sangre, había muerto asesinado, porque si el anillo estaba allí y no con uno de sus herederos, es que se lo habían arrebatado a la familia.

Su corazón dio un vuelco en su pecho. —El anillo que robó mi padre.

—Tu padre fue el mensajero, Yvaine. Él vino a mí y me lo contó.

Se sentó sorprendida. —¿Mi padre fue a tu casa para darte el mensaje del viejo? ¿Él te contó lo del anillo?

Asintió. —Y yo le ordené que lo robara a tu laird, quería verlo antes de impartir justicia. Lo necesitaba para asegurarme. Pero ya tengo la prueba que necesitaba, tengo mi espada, la espada que me regaló mi abuelo cuando cumplí diez años. El mismo día que asaltaron nuestras tierras y mataron a mi abuelo, violaron a mi madre y casi matan a mi hermano.

—La cicatriz de Collin…

—Le quemé yo mismo la herida para intentar salvarle la vida —dijo con rabia—. Esos cabrones van a morir, eso te lo juro por mis muertos.

Intentando calmarle se tumbó a su lado y apoyó la mejilla en su hombro pensando en ello. —Pero si las tierras de tu abuelo están lejos, ¿cómo es que estas son tus tierras?

—Mi madre era su hija y como cada año estábamos allí de visita. Siempre íbamos unas semanas al final del verano a ver a mi

abuelo. Ahora soy yo quien visito a mi hermano. Collin es el laird de aquellas tierras.

Se le cortó el aliento antes de mirarle. —¿Qué?

—En cuanto me enteré de donde estaba el anillo de mi abuelo, le mandé llamar. Necesita esta venganza tanto como yo.

—¿Me estás diciendo que Collin es laird desde los diez años?

Sonrió orgulloso. —Y se ha ganado su fama sobradamente.

—Vuestra fama.

—Tuvimos que madurar antes que los demás y nos ganamos enemigos. Pocos saben que somos dos pues vivo en una isla y nos han visto poco juntos.

—Y tú diriges a tu pueblo.

Asintió. —El mando me lo traspasó mi padre hace algunos años. Los mismos que tenía Collin.

—¿Tu padre vive?

Asintió mirando las estrellas. —A él también le afectó aquello, ¿sabes? Aunque no lo presenció pues estaba aquí, saber que su familia había estado a punto de morir le marcó. Cambió su carácter, se volvió más protector. De hecho, si me traspasó el mando fue porque no soportaba saber que mi hermano estaba solo en

Castellgold. Se pasaba la mitad del año con cada uno supervisando como dirigíamos a nuestros pueblos, pero cuando tuvimos quince años empezó a relajarse, aunque sigue manteniendo las visitas y asesorándonos. —Sonrió. —Y lo hará hasta que se muera.

—Debe estar orgulloso de vosotros.

Él pensativo acarició su espalda. —Fue una matanza, presencié como mataban a niños que nunca habían hecho daño a nadie. Nunca olvidaré sus llantos. Nunca olvidaré la mirada de mi abuelo justo antes de morir. El miedo en sus ojos. Y te juro por lo más sagrado para mí, que son mis tierras, que haré que paguen el miedo que pasó mi abuelo.

Entonces lo entendió todo. —Mi padre iba a verte de nuevo, ¿no es cierto?

—Para avisarme de que tenía el anillo en su poder. Aliastair lo sabía. —La miró a los ojos. —Dame el anillo, Yvaine.

Furiosa se levantó. —¡Mataron a mi padre por tu culpa!

Él se levantó lentamente. —Sabía el riesgo que corría.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Qué le prometiste? Jamás se hubiera metido en esto sin obtener nada a cambio.

—Protección, fue lo único que pidió.

Sonrió con cinismo. —¡Protección! Ya veo cómo le protegiste. ¿A nosotros nos vais a proteger igual?

—Estaréis a salvo.

Se le puso un nudo en la garganta. —Por eso nos has traído, ¿no? ¡Por tu maldito anillo!

—Por el anillo no necesitaba casarme contigo y lo he hecho. ¡Dame el anillo!

—¿Hermana?

Se volvió para ver como Ada daba un paso hacia ella y como Collin la cogía de la muñeca para detenerla. —¡Por su culpa murió padre! ¡Ellos le enviaron a una muerte segura!

—¿Qué? —Miró a Collin y asqueada soltó su mano.

—¡Solo nos utilizan para recuperar su anillo! ¡El anillo de su abuelo asesinado!

—Yvaine dame el anillo.

Le fulminó con la mirada. —No te importa nadie, ¿no es cierto? ¡Solo te importa tu venganza! ¡Me enviaste a por esa espada sabiendo que me jugaba el cuello y lo hiciste siendo muy consciente de que por tu venganza ya había muerto mi padre! ¡Utilizaste mi desesperación para volver a hacerlo, aprovechaste que no teníamos

ni que llevarnos a la boca! ¡Te daba igual si moría esa noche! ¡Solo querías la prueba de que el laird estaba implicado en el asesinato de tu abuelo!

—Yo no lo habría explicado mejor —dijo fríamente retorciendo su corazón de dolor.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —No pienso dejar que por tu venganza mueran más de los míos.

—Tu familia y tú estáis a salvo. En mis tierras no os tocará nadie. ¡Ahora dame el anillo!

Furiosa se agachó y palpó el bajo de su vestido antes de rasgar la costura interior para sacarlo. Se lo tiró furiosa y él lo cogió al vuelo. Abrió la mano lentamente para mirarlo y se tensó con fuerza. —Sí, es el suyo. El que llevaba en el dedo índice y que arrebataron de su mano justo después de morir. —Levantó la vista hasta sus ojos. —Ahora dame lo demás.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

Sonrió con desprecio. —¿Crees que no sé qué tenéis algo más ahí? Tu hermana lleva tintineando todo el camino y se nota que vuestros vestidos tienen pesos en los bajos. O nos lo dais por las buenas o nos lo daréis por las malas.

—¡Es nuestro! ¡Era el botín de mi padre! —protestó Ada.

—Eso lo decidiré yo. ¡Ahora!

Las hermanas se agacharon lentamente y se abrieron las costuras dejando caer en el suelo las piedras y las monedas de oro con las perlas.

Collin levantó una ceja. —Eso es una fortuna. Ahora decidnos la verdad, ¿de dónde lo sacó vuestro padre?

—Mi padre nunca robaría algo así —dijo Yvaine con desprecio —. Jamás robaría algo tan caro, era su principal norma para no ser descubierto. ¡No se hubiera arriesgado ni con una sola de estas perlas! ¡Por eso no podíamos entender por qué había robado el anillo cuando siempre había sido tan cuidadoso!

—¿Entonces de dónde lo sacó? —Collin se agachó y cogió una de las monedas. La levantó para que le diera la luz del pequeño fuego y juró por lo bajo antes de acercarse a toda prisa a su hermano para mostrársela.

Sintiendo un nudo en la garganta vio como su marido se tensaba con fuerza antes de mirarla. —¿Qué juego es este?

—¿Sabes de dónde es esa moneda? —preguntó Ada temiendo su mirada.

Collin se agachó y levantó el collar de la perla. Su rostro se transformó en una máscara de frialdad y ambas dieron un paso atrás con temor. Cogiendo el collar por la cadena se lo mostró a su hermano. —El collar de madre. Lo llevaba aquel día, ¿lo recuerdas?

Asombrada se llevó la mano al cuello mientras su marido asentía. —Eso no puede ser.

—Y apuesto que todas estas gemas son las que tenía el abuelo en el cofre.

Ambos las fulminaron con la mirada y asustadas dieron un paso atrás. —Tiene que haber un error. ¡Mi padre jamás estuvo donde dices que vivía tu abuelo! ¡Estáis equivocados!

—¡Hace diecinueve años un grupo de hombres atacaron el pueblo de mi abuelo y se llevaron esto! ¿Esa es la única excusa que se te ocurre? ¿Que estamos equivocados? —gritó Evander furioso.

—No sé lo que ocurrió. Ni siquiera sabía que mi padre había robado el anillo hasta que me lo dio… —Se le cortó el aliento recordando la risa de su madre. —Ella lo sabía. Lo sabía y me enviaba a la muerte. Siempre me odió. Siempre nos odió.

—¿Hablas de madre? —preguntó Ada.

—La obligaron a casarse. Su padre se la dio al nuestro. —Se le cortó el aliento. —Hace diecinueve años.

—¿Un pago? —preguntó Collin a su hermano.

—Saben más de lo que dicen.

—No sabemos nada más, os lo juramos —dijo Ada muy asustada sabiendo que se jugaban el cuello—. ¡Madre siempre nos trató mal, a Yvaine más que a ninguno! ¡Nos contaron que el padre de ella se la dio en matrimonio a nuestro padre y se casaron! El abuelo fue quien enseñó a mi padre a robar en las semanas que estuvo en sus tierras. ¡Padre siempre nos dijo que les había conocido cuando fue a vender unos caballos!

—Nuestros caballos —siseó Evander con rabia—. ¡Nuestra herencia! ¡Mataron a los nuestros y les dejaron sin nada!

Ada sollozó. —Nosotras no lo sabíamos.

—No te dejes convencer, hermana —dijo furiosa—. ¡Si él estaba metido en eso cómo es que fue a ayudarles en lugar de hablar con el laird para matar a Aliastair! ¡Estos dos no se hubieran enterado de nada! ¡El viejo estaría muerto y con él se iría a la tumba que el laird tenía el anillo! ¡Mi padre solo intentó ayudaros!

—En eso tiene razón —dijo Collin—. Y murió por ello.

—A no ser que quisiera averiguar qué sabíamos nosotros.

—¡No digas estupideces! ¡Era evidente que no sabíais nada cuando después de tantos años ni habíais aparecido por nuestras tierras! —gritó ella.

—¡Tiene que haber una razón para que tu padre tuviera estas joyas!

—¿Y si se las dio el abuelo como le dio a madre? —preguntó ella. Todos se quedaron en silencio—. Las escondió durante todos estos años. ¿Por qué? Podría haber vivido como un rey lejos de aquí, pero no lo hizo. Siguió con su vida fingiendo ser un campesino y robando de poco a poco para vivir algo mejor, ¿por qué cuando tenía esta fortuna? ¡Podría haberse ido, haber sido comerciante, pero prefirió quedarse en las tierras de los McColton!

Evander entrecerró los ojos —Sí, ¿por qué no vivió como un rey?

Collin le miró. —Porque no quería llamar la atención. Vivía aislado de todos, ni siquiera vivía en el pueblo. ¿Aprendió a robar con su suegro? ¿Le vendió unos caballos? ¿Qué caballos si casi ni tenían para comer?

—Los nuestros.

—Estuvo allí, probablemente con su laird y varios más. Le vendió los caballos a su suegro y consiguió a su esposa. Después volvió a casa donde guardó su botín esperando que llegara el momento de gastarlo.

—No había que llamar la atención —siseó Evander.

—Exacto. Habían matado a un laird, mejor no alterar sus vidas.

—Pero algo cambió sus planes y tuvo que dejar su botín escondido. Mientras tanto robaba solo lo imprescindible para no jugarse el cuello. Ya tenía una fortuna en casa no había razón para arriesgarse.

Collin asintió. —Enseña a sus hijos a robar, les utiliza.

—Pero el laird comete un error, se pone el anillo creyéndose a salvo.

—Y Aliastair lo ve. Se asentó en esas tierras mucho antes de que el propio laird naciera, nadie recordaba que no había nacido allí.

—Y habla del anillo con su padre pues él no puede hacer el viaje. Le pide el favor de que se pongan en contacto con nosotros.

—¿Y cómo sabía Aliastair que vosotros habíais nacido? —preguntó Yvaine molesta porque dudaran de su padre cuando había

perdido la vida por su culpa.

Los hermanos se miraron sorprendidos. —Nunca se lo hemos preguntado.

—Y no solo eso —continuó ella—. Si se fue siendo tan joven, ¿cómo sabía que vuestro abuelo se había casado y que había tenido una hija que se había casado a su vez con un hombre que vivía en la isla? ¿Por qué ir a ver a Evander en lugar de volver a Castellgold? ¿Porque no envió a mi padre a las tierras de vuestro abuelo?

—Aliastair os ha engañado —dijo Ada—. Nos ha engañado a todos.

—Sí, hermana. Él lo planeó todo.

Collin se tensó. —Él sabía lo rico que era el abuelo. ¿Y si le tenía envidia? Había abandonado su hogar porque su primo se casaba con la mujer que amaba. ¡Su primo que era laird!

—¿Crees que se confabuló con el laird McColton para robarnos? —dijo Evander.

—Has visto su pueblo, no son precisamente ricos. ¿Y si en aquella época pasaban hambre? Los hombres se unieron para ir a robar a un laird rico matando a todos los que pudieran reconocerles o al menos eso creían porque nosotros sobrevivimos. Se repartieron

las riquezas y continuaron con su vida sin llamar la atención porque serían ajusticiados por el rey. —Collin miró a Yvaine. —Pero eso no explica por qué tu padre cambió de opinión. ¿Por qué vino a avisar a mi hermano de que el primo de mi abuelo había visto el anillo? No tiene sentido, se delataba a sí mismo y Aliastair. Tenía que saber que tarde o temprano vendríamos a hablar con el viejo y este cuando nos vio se alegró como si deseara que llegáramos. ¡No estaba sorprendido, sabía que íbamos a ir y que habíamos hablado con él! ¡Así que se lo contó!

Ada agachó la mirada y cuando Evander lo vio le gritó —¡Habla de una vez!

Yvaine sorprendida miró a su hermana. —¿Sabes algo?

—Estaba en el bosque recogiendo moras, no fue mi intención escuchar.

La cogió del brazo. —Habla, no te calles ahora.

Miró a los hombres de reojo antes de decir —Yo estaba agachada detrás de un arbusto recogiendo moras sin que me viera el viejo…

—¿Por qué te agachabas? —preguntó sorprendida.

—Siempre me ha dado miedo el viejo, desde niña.

—Continúa… —dijo Evander.

—Padre llegó en ese momento en el carro. Iba con Angus.

—Fue a darle algo como siempre después de sus viajes.

—Sí. Se lo dio y empezaron a discutir. El viejo se quejaba de que era poco. No les entendía bien, pero lo que sí entendí fue que padre le gritaba que pensaba ir. Yo creía que hablaba de otro viaje con mi hermano, pero al día siguiente se fue solo y ahora…

—Crees que hablaba de encontrarse con nosotros —dijo Collin.

Evander dio un paso hacia ellas. —¿Qué le dio?

—No lo sabemos —contestó Yvaine—. Padre nunca lo mostraba ante nosotros. Pero siempre tenían el mismo tamaño porque lo cubría con su mano y se lo daba después de cada viaje desde que yo recuerdo.

—¿Un pago? —preguntó Collin.

—Siempre creí que era para que no le dijera a nadie que mi padre robaba. —Yvaine miró a su hermana que asintió dándole la razón.

—Era una bolsa de cuero. —Todos miraron hacia atrás para ver a Angus de pie a pocos metros. —A padre se la daba un hombre.

Se acercó a él a toda prisa y se agachó para mirarle a los ojos. —¿Estás seguro?

—Sí, una vez le seguí, me dijo que me quedara cuidando el carro, pero tenía curiosidad —dijo asustado porque le castigaran.

—¿Sabes quién era ese hombre? —preguntó Evander.

—No, pero llevaba un kilt con rayas amarillas.

Collin se tensó y fue hasta su alforja que estaba en el carro para sacar un kilt. —¿Cómo este?

El niño miró la tela fijamente antes de negar con la cabeza. —Las verdes eran más gordas. Y no tenía rayas azules, eran negras.

Sorprendido miró a Evander que siseó —Los McCaig.

Yvaine se incorporó preguntándole a su hermano. —¿Sabes lo que había en la bolsa?

Su hermano se sonrojó. —Tenía curiosidad… Padre se fue a nadar al río y…

—¿Qué era? —preguntó Evander ansioso.

—Monedas de plata. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No quería robarle a padre, te lo juro.

—Cielo, sé que jamás hubieras hecho eso. —Le acarició la mejilla antes de mirar a su marido. —Un pago.

Asintió mientras Collin decía —¿Un pago por qué?

—¿Por cerrar la boca? —preguntó Ada.

—Le hubieran matado y los McCaig se la hubieran cerrado para siempre —dijo Evander—. A no ser que estuvieran repartiendo ganancias.

—¿Después de tantos años?

—Está claro que las respuestas las tiene el viejo —dijo Collin furioso—. Volvamos.

—No, iré solo —dijo yendo hacia su caballo—. Tú llévalos a la isla.

—¡No pienso permitir que vayas solo!

Puso la silla sobre su montura y empezó a atarla sin contestar.

—¡Evander, hablo en serio! ¡Podemos partir después de dejarlos en casa! ¡Será un día de retraso como mucho!

—No pienso perder ni un minuto. —Se subió al caballo cogiendo las riendas y lo volvió para mirarla a los ojos. —Si tu padre está implicado en la muerte de mi abuelo ya no serás mi esposa.

Palideció por lo que eso implicaba, pero lo entendía, así que levantó la barbilla con orgullo. —Si no es como dices dará igual, porque este matrimonio está acabado. No pienso vivir con el hombre

que ha llevado a mi padre a la muerte, que juró protegerle y no lo hizo.

Él muy tenso asintió y le dijo a su hermano —Que les den la casa del acantilado.

—Pero está a las afueras del pueblo.

—Cuando madre se entere de que ellas escondían sus joyas no las querrá cerca y padre aún menos. La casa del acantilado, hermano.

Collin asintió y Evander salió a galope dejándola con un nudo en la garganta que la ahogaba. Ya no era su esposa, le había perdido. Y no se lo podía creer cuando unos instantes antes estaba entre sus brazos.

Cinco días después sentada en la hierba frente al acantilado miraba el mar embravecido. Hoy tampoco llegaría, como estaba el mar no podría subirse a la barca que le llevara hasta allí.

Su hermana se sentó a su lado y la abrazó por los hombros pegándola a ella. —No te apenes, lo solucionaréis.

—Se ha acabado y lo supe cuando me di cuenta de que reconocían esa maldita moneda. —Sonrió con ironía. —De todas maneras, este matrimonio no tenía ningún futuro, mi suegra me odia.

—No digas eso.

—En cuanto me bajé del carro supe que detestaba mi cabello rojo y cuando su hijo le contó todo lo que había pasado, vi en sus ojos sus ganas de sangre. Si hasta han puesto dos hombres para vigilarnos. —Sonrió con tristeza. —No, este matrimonio no tenía ningún viso de salir bien.

—Al menos nos traen provisiones —dijo su hermana.

La miró a los ojos. —¿Las ha traído Collin?

Negó con la cabeza. —Uno de los hombres de Evander que se llama Ross. Me ha dicho que Collin se fue en cuanto nos dejó en esta casa.

—Entiendo. Bueno, es un alivio que al menos su hermano le ayude. —Observó como una ola chocaba contra una roca. —¿Qué será de nosotros?

—Prometió que nos cuidaría.

—Si padre estaba implicado en la muerte de su abuelo, nos echarán solo para que su madre no lo recuerde cada vez que nos vea. —Negó con la cabeza. —Teníamos que habernos ido cuando encontramos las gemas encima de la puerta. Fui una estúpida.

—Eh… tú jamás has sido estúpida. Solo te has enamorado y es lógico porque es el hombre más apuesto que has visto nunca. —Se miró el bajo del vestido y lo tocó distraída. —Creí que nuestra suerte había cambiado, que podríamos ser felices, pero al parecer tendremos que ser felices en otro sitio, ¿no?

—Me temo que sí y lo siento mucho, yo te metí en esto.

—Bah… Collin era demasiado bueno para ser verdad. Hasta ahora mi novio era un asaltante de caminos que no tenía suficientes luces como para darse cuenta de que lo hacía fatal, ¿por qué iba a fijarse un laird en mí? ¡Un laird! —exclamó divertida.

—Y bien hermoso, además. Bravo, hermana, porque para tu segundo posible marido no has podido elegir mejor.

—Ahora tendré que conformarme con un…

—Rey.

Se echaron a reír y miraron el mar. —Es hermoso, ¿verdad? —preguntó Ada.

—Verdad.

—¡Yvaine!

Se volvió sobre su hombro para ver a Angus llamándola desde la casa. Al ver a su lado al padre de Evander se tensó, pero se levantó a toda prisa para ir hacia él.

—¿Qué querrá ahora? —susurró su hermana.

—Espero que no quiera echarnos. Sin Evander aquí él es quien manda.

Intentando mostrarse serena, se acercó a él agachando la cabeza en señal de respeto. Douglas McGowan la miró fríamente. —Si queréis comida y cobijo debéis aportar algo a la comunidad.

—Por supuesto, lo que ordenéis. No nos asusta trabajar.

—A partir de mañana, limpiaréis la casa principal y tu hermano pastoreará las ovejas con el viejo Edwin.

Asintió. —Muy bien, como digáis.

—No os acerquéis a mi esposa, no le dirijáis la palabra a no ser que ella os pregunte algo. Haréis vuestras tareas en silencio y sin mirarla siquiera, ¿me he explicado con claridad?

—Sí, señor —contestaron a la vez.

Dio un paso hacia ellas amenazante. —Y rezad porque mis hijos vuelvan pronto, porque sino os juro por las tierras que piso que como les hayáis llevado a una trampa, sufriréis lo indecible antes de dar vuestro último aliento.

Ambas palidecieron viendo cómo se alejaba hacia su caballo. Ada la cogió por el brazo.

—Tranquila, están nerviosos y es lógico. Temen por sus hijos.

—Si no vuelven…

—Si no vuelven no tenemos escapatoria en esta isla y perderemos la vida.

Capítulo 5

Cuatro días después de rodillas limpiaba la chimenea. Por el rabillo del ojo vio que llegaba la señora de la casa y reparaba en su presencia. Keira la miró con odio acercándose y le pegó una patada en la cadera que la hizo caer al suelo. —¡Tú, perra, ese fuego ya debería estar encendido!

—Lo siento señora, pero…

Le dio un tortazo que le volvió la cara. —¿Te he preguntado algo?

Se llevó la mano a la mejilla y negó con la cabeza.

—¡Enciéndelo, tengo frío!

La madre de Evander se la quedó mirando mientras colocaba los leños y las hojas secas para que encendiera.

—¡Date prisa! —Agarró la lámpara de aceite que estaba sobre la chimenea y la tiró contra los leños.

Gritó sacando su mano llena de aceite encendido y lo apagó a toda prisa mostrando cómo se le había quemado.

—Serás inútil —dijo con desprecio antes de alejarse.

Ada que lo había visto todo desde la zona de la cocina se acercó corriendo. —Déjame ver…

Sus ojos se llenaron de lágrimas por como ardía su sonrojada herida. —No es nada.

—Dios mío, ¿cómo dices que no es nada? —Asustada se levantó para mojar un paño y corrió hacia ella para ponérselo sobre la mano. —Esa zorra…

—No empeores las cosas, de momento no la toma contigo.

—No, la toma contigo porque en su locura cree que engañaste a su hijo para casarte con él. Como si le hubieras mancillado o algo así. Está loca.

—No digas eso.

—Tenemos que irnos —dijo asustada—. Temo por ti, temo por todos como Evander y Collin no vuelvan. Ya han pasado nueve días.

—Lo sé, pero no tenemos como salir de aquí —susurró—. Y si nos cogen en nuestra huida nos matarán, porque pensarán que ocultamos algo.

—¡Eh, vosotras! —gritó la cocinera—. ¡La comida no se hace sola!

—Ve, y no hagas nada veas lo que veas y oigas lo que oigas…

—Pero.

—Estoy bien, de verdad.

Su hermana corrió hasta la cocina y la mujer dijo —¡Corta ese jamón!

Yvaine ignorando el dolor de la mano, pues no le quedaba más remedio, recogió el cubo de madera y lo que estaba usando para limpiar antes de levantarse e ir hacia la zona de la cocina.

—¡Ve a limpiar eso fuera! ¡Me lo vas a llenar todo de ceniza!

Se mordió la lengua porque hasta que ellas no habían llegado jamás había tenido su cocina tan limpia. Se volvió para salir de la casa por la puerta de atrás y se dio cuenta de que ya había anochecido. Uff, hacía mucho frío. Después de cerrar la puerta, tiró el agua sucia a unos arbustos y se dirigió al pozo para coger algo de agua. Soltó la cuerda del soporte de hierro y dejó bajar el cubo para

llenarlo. Cuando sintió su peso, se puso a tirar de la cuerda y gimió cuando esta le rozó en la quemadura. Con la poca luz que daba la luna se miró la mano para ver que parte de la palma también se había quemado. Rodeó su mano con el paño y a pesar del dolor tiró de la cuerda. Consiguió coger el cubo y lo llevó hasta el otro para llenarlo de agua. Lo aclaró con el paño sucio y lo limpió lo mejor que pudo antes de escurrir el paño. Estaba tirando el agua cuando escuchó un crujido tras ella. Sobresaltada se volvió de golpe para ver ante ella un hombre muy grande que sonreía malicioso. —Levántate las faldas.

Asustada dio un paso a un lado.

—¡He dicho que te las levantes, puta! —La agarró por la melena y ella le dio con el caldero en la cabeza. Él dio un paso atrás como si estuviera sorprendido. —Serás hija de mala madre. —Se llevó la mano a la cabeza y mostró la sangre en sus dedos. Entrecerró los ojos. —Esto lo vas a pagar, zorra. —Alargó la mano y la agarró por el cabello agachándola con fuerza para darle un rodillazo en la cara que la mareó. Sin darse cuenta de que sangraba por la nariz se tambaleó antes de que el puñetazo la tirara al suelo. Intentó arrastrarse, pero él le pegó una brutal patada en el costado que la volvió gimiendo de dolor, antes de que le pegara otras en

distintas partes del cuerpo, incluida la cara. Era tal el dolor, que se puso de costado mientras la sangre salía de su boca cayendo sobre la hierba.

—Te voy a enseñar cómo hacemos las cosas por aquí. —La agarró por las piernas y muerta de miedo consiguió soltar un pie dándole con él en la cara, lo que provocó que aquel salvaje cayera hacia atrás. El tipo sangrando por la boca sacó un cuchillo y se lo clavó en el muslo con saña. Gritó de dolor sintiendo más aún cuando se lo retorció en la pierna y se lo arrancó. El hombre se acercó de rodillas y levantó el brazo para clavarle el cuchillo en la barriga cuando las mujeres gritando salieron de la casa por la puerta de atrás. Él miró hacia allí antes de salir corriendo.

—¡Yvaine! —Ada angustiada se acercó a ella para ver su cara llena de sangre. Gritó del horror mientras la cocinera se tapaba la boca de la impresión. —¡Ayuda, por favor! ¡Ayuda!

Evander entró en la casa y miró a su alrededor. Su padre se levantó de la mesa sonriendo. —Hijo, al fin habéis regresado.

Le abrazó antes de que su madre le abrazara con fuerza. —Madre, estamos bien. —Sonrió. —¿Dónde está Yvaine? Tengo mil cosas que contarle.

Su padre se tensó. —Hijo…

Perdió la sonrisa poco a poco. —¿Qué ocurre, padre? ¿Está en la casa del acantilado?

En ese momento su hermano entró a toda prisa. —Me lo acaba de decir Ross. Hermano, tengo los caballos fuera esperándonos.

Confundido preguntó —¿Esperando por qué?

Su gemelo no pudo disimular su sorpresa. —Tu mujer se muere, hermano.

Se tensó con fuerza antes de volver la cara hacia sus padres que se mantenían callados. —¿Qué ha ocurrido?

—La atacaron cuando estaba en el pozo sacando agua —dijo su madre—. No hemos encontrado al culpable. Algún forastero que se ha colado en la isla para robar, seguro.

Miró a su padre a los ojos y cuando este apartó la mirada siseó —Hablaremos de esto después.

Se volvió caminando con paso firme hacia la puerta y salió mientras su gemelo miraba a sus padres sin poder creérselo. —Espero que haya merecido la pena.

Su madre levantó la barbilla. —Pues sí, su sangre por la nuestra.

—Madre, acabas de cometer el peor error de tu vida.

Evander detuvo el caballo ante la casa y se bajó a toda prisa para abrir la puerta. Una vela iluminaba la estancia y Ada lloraba al lado del lecho de Yvaine a la que no hubiera reconocido sino fuera por su hermoso cabello rojo. Palideció quedándose sin habla viendo los morados por sus brazos y su mano vendada. Algunos morados tenían días. Collin tras él no salía de su asombro. —Hermano, te juro que les dije que los cuidaran.

Se acercó a la cama y Ada gritó —¿Por qué le han hecho esto? ¡Ella nunca le ha hecho daño a nadie! —Se levantó rabiosa. —¡Dijiste que nos protegerías! ¡Y no lo has hecho como no protegiste a mi padre! ¡Eres un mentiroso, un maldito mentiroso!

Impresionado por su rostro se acercó. —¿Preciosa? Preciosa, estoy aquí.

Ella no respondió y al coger la manta Angus llorando se tiró sobre él. —¡Suéltala! ¡Deja a mi hermana! —Collin le cogió por la cintura para apartarlo y Evander levantó la manta para mostrar su cuerpo desnudo. El morado del costado decía que tenía varias costillas rotas y la herida de su muslo aún sangraba pues había manchado la venda. Sus ojos recorrieron sus piernas hasta llegar a sus tobillos donde los morados decían que la habían agarrado con fuerza.

—Salvaje, fue un maldito salvaje —dijo su hermana antes de sollozar—. Iba a matarla. Mi preciosa hermana… Estuvo fuera solo unos minutos, tenía que haber ido con ella.

—Collin ve a por la curandera.

—¡No la atenderá! ¡Nadie nos quiere aquí! ¡De eso ya se ha encargado tu madre! —dijo Ada con rabia.

—¡Aquí el laird soy yo! —Miró a su hermano. —Ve a por ella, necesitará ungüentos.

Dejó a Angus en el suelo antes de salir de la casa a toda prisa. El pequeño lloraba en su cama. —Calma a tus hermanos.

—¡No la toques! —dijo ella con rabia.

—¡Si no lo hago morirá!

Ada palideció. —Sois unos monstruos.

—Tengo que enderezarle la nariz, no respira bien.

—¡Será por los golpes que le ha dado ese salvaje!

Se sentó a su lado mirando su rostro, lo tenía tan hinchado que enderezar la nariz sería difícil, pero algo tenía que hacer porque la tenía aplastada. Cogió su tabique con ambas manos y rezó por hacerlo bien. Se escuchó un crujido en la habitación y Ada se tapó la boca intentando acallar un sollozo. —Ni se ha despertado —dijo él impresionado antes de bajar la mirada hacia su costado. Ahí no podía hacer nada. Sus ojos llegaron al muslo y sacó el puñal de su espalda para cortar la tela que rodeaba la herida. Al ver su forma redondeada entrecerró los ojos antes de decir —Maldito hijo de puta. —Miró a su alrededor. —Enciende el fuego.

—No podemos, no nos dejan.

—¿Qué?

—Por si ven el humo desde el mar.

—¿Qué tonterías dices?

—Habla con tu padre, al parecer tiene mucho que contarte.

—Te aseguro que lo haré. ¡Enciende el fuego!

Ada fue hasta el hogar y tiró los leños que había robado de la casa. Encendió el fuego a toda prisa y la estancia se iluminó más para ver como él cubría la herida con la sábana intentando que dejara de sangrar. Le tendió el puñal. —¿Cuándo pasó esto?

—Ayer por la noche —dijo cogiéndolo a regañadientes.

Él juró por lo bajo. —Quema la hoja, hay que cerrar ya, ha perdido mucha sangre. —Vio en sus ojos que ese puñal lo utilizaría con gusto para matarle. —Piensa en tu hermana. Si me hieres ella morirá.

—¡Morirá igual! —gritó desesperada antes de sollozar—. La ha destrozado por dentro, lo sé. Escupía sangre por la boca.

Se levantó y le arrebató el puñal. —Apártate de mi camino —dijo entre dientes. Puso la hoja al fuego intentando contener su furia. Cuando la hoja estuvo lo bastante caliente se acercó a toda prisa a ella y sin dudar la puso sobre la herida. El olor a carne quemada invadió la estancia, pero ella no se despertó. Evander apartó el cuchillo para ver que el agujero estaba cerrado casi en su totalidad y sin dudar volvió la hoja para sellar el resto. —Trae agua, tiene que beber.

—Ya lo he intentado, no traga.

Furioso dejó la daga sobre la cama y buscó el agua. Cogió un vaso de madera y lo hundió en el cubo para llenarlo. Se acercó a ella a toda prisa y la cogió con delicadeza de la nuca para elevar su cabeza. —Vamos preciosa, solo un poco.

Dejó caer unas gotas de agua en sus labios y estas entraron en su boca. Con paciencia siguió haciendo lo mismo y fulminó a Ada con la mirada. —¡Se hace así!

Ada se puso a llorar tapándose el rostro y Angus gritó —¡Ha hecho lo que ha podido!

Se volvió hacia el niño. —¡Atiende a tu hermano, que deje de llorar! ¡Ya!

Angus entrecerró los ojos antes de ir hacia Sim y sentarse a su lado en la cama. Se volvió hacia Ada. —¡Y tú deja de llorar! ¡Tus lágrimas no le sirven de nada! ¡Tenías que haber hecho esto ayer mismo! ¡Ahora su sangre se envenenará y será más difícil salvarla!

La puerta se abrió y la vieja curandera entró en la casa. Miró hacia ella y apretó los labios. Lena observó su rostro. —Por su respiración tiene un pie al otro lado, mi laird. No sé si podré ayudarla.

—Haz lo necesario. ¡Cómo si tienes que quedarte a su lado el resto de tu vida, pero sálvala!

Salió de la casa furioso y cerró de un portazo. El grito de frustración del laird se escuchó en toda la isla y Lena miró a Ada. —Calienta agua, tengo que darle una tisana para evitarle las fiebres.

Los dolores eran terribles cada vez que respiraba y las fiebres la hacían sudar copiosamente. Se quejaba en sueños e intentaba moverse, pero cada vez que lo hacía un dolor como un rayo traspasaba su costado haciéndola lloriquear. Pero la vieja dijo que era una buena noticia que se quejara, pues antes no lo hacía y eso era que estaba mejorando. Intentaban darle agua casi continuamente y le cubrían la frente con paños fríos para que las fiebres bajaran, pero no admitía ningún alimento por lo que la mujer dijo que si en un par de días no se despertaba, ya no habría nada que hacer. Estaba consumiéndose poco a poco y las fiebres podrían vencerla en su lucha por sobrevivir.

Ada sin separarse de su lado ni de día ni de noche le hablaba para que abriera los ojos. Collin no sabía qué hacer con ella porque

era evidente lo desmejorada que estaba y temía que enfermara también. Evander iba a verla todos los días cuando sus obligaciones de laird se lo permitían. En una de las pocas veces que Lena había ido a su pueblo por hierbas, al regresar le había dicho a Ada que por allí las cosas no iban bien. —¿Qué quieres decir?

—Olvídalo.

—No, por favor, dime en qué situación nos encontramos. Tengo que pensar en los niños —susurró mirando hacia ellos que dormían en la cama más alejada de la casa—. Por favor.

—El laird les ha ordenado a sus padres que se vayan cuando Collin regrese a sus tierras. Que se vayan con él.

Se le cortó el aliento. —¿De veras ha hecho eso?

—Ha gritado a su madre que si no es capaz de respetar sus deseos durante su ausencia, es que no le respeta como laird y que aquí solo mandaba él. Y después… —Miró hacia la puerta porque sabía que fuera estaba Collin. —Y después ha hecho que a su mano derecha le aten a un poste. Le ha matado a latigazos. Todo el mundo sabía que había sido Wiley, pero nadie creyó jamás que el laird le haría algo así. Ante todo el pueblo reunido gritó que si había alguien más que se atreviera a tocar a su esposa, le mataría con sus

propias manos. El ambiente está muy enrarecido porque Wiley era muy querido entre los nuestros, aunque yo siempre supe que era un sádico —dijo con desprecio—. Hace unos años cuando el laird estaba fuera de la isla, ese salvaje violó a la hija de Ailsa y mintió descaradamente al padre de los gemelos. Dijo que ella le había buscado. Que si tenía morados en el rostro había sido porque intentó robarle después de tomarla. La pobre muchacha tuvo que irse con la familia de su padre.

—¿Douglas le creyó?

—Wiley sabía muy bien como convencerle, era como otro hijo más.

A Ada se le cortó el aliento. —¿Y Evander le ha matado?

—Wiley siempre mataba de una manera, era casi una costumbre. Cuando clavaba el cuchillo lo giraba inconscientemente, porque así le enseñó su padre para hacer más daño a su oponente. Evander lo sabía muy bien, por eso cuando vio la herida de tu hermana supo de inmediato quien había sido. Los golpes que tenía en la cara también le delataban, pero la herida fue lo que le sentenció. Murió como un perro pidiendo clemencia, pidiendo que le matara cuanto antes. ¿Sabes lo que le dijo el laird mientras le daba de latigazos? Que él no había tenido ninguna clemencia con su

mujer y que iba a hacer que sufriera diez veces lo que ella estaba sufriendo. Después de eso Wiley no volvió a abrir la boca porque supo que no conseguiría nada de mi laird —dijo orgullosa—. Ojalá las ánimas se lo lleven muy lejos. —Siguió echando el ungüento en la herida de la mano de Yvaine. —No has preguntado por lo que ocurrió en el sur con ese viejo.

—Me da igual —dijo con desprecio.

Ella miró hacia la puerta. —Ellos tampoco te han dicho nada. Igual es que no se atreven.

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Cuando llegué esta tarde a casa del laird, los gemelos lo estaban hablando en el salón. Simulé que tenía algo que hacer en la cocina para escuchar. Al parecer el tal Aliastair no tenía nada que ver con la muerte de tu padre.

Separó los labios de la impresión. —¿De veras?

—Y tu padre no tuvo nada que ver con la muerte de su abuelo. Eran inocentes y si quisieron ayudar a los nuestros fue porque Aliastair deseaba vengar la muerte de su primo.

—¿Y las gemas?

—Agárrate, tu abuelo por parte de madre participó en la masacre y fue herido gravemente. Una herida que aunque aparentemente curó en su momento, debió dañar algo en su interior. Mientras tu padre estuvo allí enfermó. Sabiendo que se moría le dio la mano de su hija para que la llevara lejos. También le dio parte de su botín para que a su hija no le faltara de nada.

—¿Cómo se han enterado de eso? Todos los implicados están muertos.

—No, todos no. Tu tía está viva.

Se le cortó el aliento. —¿Mi qué?

—Tu tía, la hermana de tu madre que vive en el clan de los McKlein. A su marido también le dieron parte del botín, pero este hombre lo administró con mucha cabeza.

—Así que mi padre llevó el botín a casa, pero jamás lo gastó, lo escondió.

—Según tu tía que estaba presente cuando el viejo le dio la saca con las gemas, tu abuelo le hizo prometer que no le diría nada a tu madre sobre que las tenía porque intentaría robárselas para escaparse. —Conociendo como había sido su madre se lo creía. —Hasta le dio las gracias por librarle de la carga que era su hija. Su

hermana, tu tía, permaneció al lado del lecho de su padre hasta que falleció y se quedó a vivir en la casa con su marido. No son tontos, su marido iba lejos a vender las gemas a un conocido suyo de confianza y se han mantenido desde entonces viviendo cómodamente mientras lo gastaban poco a poco.

—¿Y la saca que Aliastair recibía de los McCaig?

La vieja sonrió. —Según les oí a los gemelos era un pago, efectivamente, pero por los servicios prestados.

—¿Qué?

—Hace unos diez años el viejo pasó por las tierras de los McCaig y salvó al actual laird cuando fue atacado por un lobo. El laird le invitó a pasar una temporada con ellos y Aliastair lo hizo agotado del viaje. Según les dijo el primo de su abuelo a los gemelos, un día caminaba por el bosque y vio algo que relucía en el suelo. Se agachó para ver que era y se dio cuenta de que era plata. Una piedra de plata tan grande como su pulgar.

Asombrada dijo —Encontró una veta.

—Encontró una mina que les ha hecho ricos. Llegaron a un trato. En pago por haberla encontrado, debían darle una saca de plata de tanto en tanto el resto de su vida. Llegaron a un acuerdo y

desde entonces él recibía sus ganancias. —Hizo una mueca. —Pero últimamente la mina no va muy bien, se ha derrumbado una parte y ya no sacan tanto como antes.

—Por eso Aliastair protestaba sobre que la plata era poca en esa entrega. —Sonrió mirando a su hermana. —¿Has oído, Yvaine? Padre era inocente, él no cometió esas atrocidades. —Cogió su mano sana. —Lo sabía, padre era la mejor persona del contorno, sabía que él no había tenido nada que ver.

La mujer miró Yvaine. —Es una pena que no hubieran llegado un día antes.

Los ojos de Ada se llenaron de lágrimas. —Sí, pero ahora ya no se puede hacer nada. —Besó el dorso de su mano. —Tienes que ponerte bien, los niños te echan de menos. Ya no ríen, con lo que te gustaba oírles reír.

Lena emocionada fue hasta la puerta y la abrió para salir del aire viciado de la casa. Collin que estaba sentado en una roca se levantó. —¿Ha muerto?

—Todavía no.

Él apretó los labios. —¿No crees que sobreviva?

—Creo que nunca he visto alguien que luche tanto por vivir. —Caminó hacia él cubriéndose con su kilt y se detuvo a unos centímetros. —Ya se lo he dicho.

Collin suspiró del alivio. —¿Está enfadada?

—No, está triste por el estado de su hermana. Además, el agotamiento la tiene sumida en un estado que no creo que nada la afecte en este momento, nada excepto la muerte de Yvaine. Ahora todo le da igual.

—¿Te ha preguntado qué va a hacer Evander?

—No, solo le interesa que nadie dañe a sus hermanos.

Collin asintió apretando los labios. —Entiendo. No se ha dado cuenta todavía de las consecuencias.

—La guerra que podáis tener en el futuro con esos clanes es lo que menos le importa en este momento. Todo su mundo está ahí dentro, muchacho. Y si piensas que les importará en el futuro, te equivocas. Por vuestra venganza murió su padre, por vuestra venganza Yvaine está a punto de morir. ¿Crees que Ada tiene derecho a vengarse?

Collin se tensó. —Nosotros no matamos a su padre.

—Pero jurasteis protegerle y no lo hicisteis. Como no protegisteis a la esposa de tu hermano que tiene que luchar sola por seguir con vida después de lo que le hizo ese salvaje.

—¡Yvaine!

El grito de Angus les hizo correr hacia la casa y Collin abrió la puerta para ver que Yvaine estaba despierta. Ella sonrió mirándole con sus febriles ojos verdes y susurró —Evander has vuelto.

Collin incómodo sonrió. —Sí, estoy aquí.

Ada le miró asombrada y él ignorándola se acercó. —¿Cómo estás?

Entonces la sonrisa de Yvaine desapareció poco a poco. —Tú no eres Evander. —De repente sollozó. —No le importo.

—Collin vete —dijo Ada furiosa.

—Sí que le importas, mujer. La fiebre te confunde, pero Evander vendrá enseguida y…

—Él no está. Me dejó aquí, con ellos… Ellos me hicieron esto. Me odian, odian mi pelo rojo. Él dejó que me hicieran daño.

Collin impotente miró a Ada que siseó con rencor —Vete de esta casa y no vuelvas.

—Ada…

—¡Vete! ¡En cuanto mi hermana se reponga nos iremos de aquí! ¡Vete de una maldita vez!

Él apretó los puños antes de mirar a Yvaine. —Me alegro mucho de que estés mejor.

—¿Evander? —preguntó de repente. Cerró los ojos y sollozó —. Él me dejó.

Ada intentó consolarla mientras Collin iba hacia la puerta y antes de que cerrara escuchó que le decía —Olvídate de él, hermana. Tú mereces algo mucho mejor, alguien que te ame por encima de todo y que te dé una vida tranquila como siempre has querido. Y yo lo veré porque estaré a tu lado.

Collin al ver que había empezado a nevar juró por lo bajo antes de ir hacia su caballo.

Tardó tres días más en que la fiebre bajara del todo y que pudiera comer lo suficiente como para que Lena se quedara satisfecha. El dolor del costado la mataba cada vez que intentaba moverse y la curandera le daba algo para aliviarla, pero no lo conseguía. Pero lo que más odiaba era tener que hacerse las cosas

encima porque no dejaban que se levantara para que se moviera lo menos posible. Era humillante. Acababa de orinarse sobre las sábanas que habían puesto bajo su trasero cuando la puerta se abrió haciendo que escuchara la ventisca que había fuera y sorprendida vio que Evander entraba en la casa vestido con su kilt sobre una camisa. Él la miró a los ojos. —Me ha dicho Lena que estás mejor.

Se mantuvo en silencio sintiendo que la rabia la consumía.

—Me alegro mucho. Te vamos a trasladar a la casa grande, allí estarás más cómoda y no tendrás que compartir el espacio con tus hermanos. Descansarás mejor.

El laird volvió la vista hacia Ada que en silencio ante el hogar le miraba como si quisiera matarle. —Prepara a tu hermana.

—No se puede mover —dijo Ada con rabia—. Lo ha dicho Lena. Nosotros nos quedamos aquí.

—El invierno ya está sobre nosotros y aquí hace mucho frío con los vientos del mar. Vendréis a la casa —ordenó tajante antes de mirar a Yvaine—. No te pasará nada, mis padres se han ido con Collin.

Ada no pudo disimular su sorpresa. —¿Collin se ha ido?

—Tenía que regresar a su pueblo, volverá en primavera con los hombres. —Abrió la puerta y gritó —¡Acercad el carro!

—¿Pero nos vamos ya? —preguntó Ada asombrada.

—Aquí hace mucho frío —dijo entre dientes —. Trae esas mantas.

Ada a toda prisa las quitó de su cama y se las puso a su hermana por encima. Él se acercó y se agachó para cogerla en brazos.

—Ni se te ocurra tocarme —dijo entre dientes.

Él apretó los labios. —No puedes quedarte aquí, cada vez hace más frío y cuando nieve con fuerza podéis quedaros incomunicados.

—¡No me toques! —gritó porque no le hacía caso.

Evander la levantó mostrando la sábana amarilla, pero ella ni tuvo tiempo para avergonzarse porque gritó de dolor.

—¡Suéltala, suéltala! —gritó su hermana.

—¡Tenéis que salir de aquí! ¡Abre la puerta!

Ada sin saber qué hacer miró a su hermana que estaba pálida del dolor y abrió la puerta tan aprisa como podía. La parte de atrás

del carro estaba justo delante y un hombre estaba arriba dispuesto a cogerla. —Con cuidado, le duele mucho.

—Sí, laird.

Su hombre la cogió y la puso con delicadeza sobre unas pieles, pero ella no pudo reprimir sus gritos de dolor haciendo murmurar a sus hombres. Evander se subió a su lado. —¡Encargaos de su familia! ¡Ross, vámonos!

El carro empezó a andar y ella que miraba el cielo azul cerró los ojos con fuerza sintiendo tantas punzadas en el costado que fue una auténtica tortura. El carro pasó por un bache y las lágrimas corrieron por sus sienes intentando luchar contra el dolor. Evander la observaba en silencio. Un movimiento brusco la hizo gritar de nuevo y cogió su mano sintiendo como todo su cuerpo se tensaba intentando evitar cada movimiento. Se agachó a su lado. —Aguanta, preciosa. —Pasó la mano por su frente. —Enseguida pasará.

Abrió los ojos para mirarle fríamente y soltó su mano.

Él se enderezó intentando no mostrar que le molestaba su rechazo. Yvaine cerró los ojos de nuevo como si no quisiera ni verle y no podía recriminárselo porque si estaba sufriendo era por su culpa. Vio durante todo el camino como su rostro ya de por sí

desfigurado mostraba su dolor y sintió impotencia por no poder hacer nada para aliviárselo. Cuando llegaron a casa se bajó del carro a toda prisa. Su hombre volvió a cogerla y se la tendió, pero Yvaine ya ni tenía fuerzas para gemir de dolor. Ni sintió como la tumbaba en la cama, pero sí suspiró de alivio mientras Lena apartaba las mantas para reconocerla. —Ya estás aquí, niña… Ya estás aquí. Ha pasado todo.

—¿Está bien? —preguntó él impaciente.

—Mejorará, laird. Puedes irte a tus quehaceres. —La cubrió con las mantas.

—Asegúrate de que no le falte de nada.

Lena sonrió. —Y no le faltará.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Yvaine abrió los ojos. —¿Cuándo podré levantarme?

—Paciencia niña, será más largo de lo que crees. No intentes correr antes de gatear, hay que ir poco a poco.

—¿Cuándo?

—Pregúntame lo que quieres saber.

—¿Cuándo podré irme de aquí?

—No hasta que llegue la primavera, así que no tengas prisa en reponerte porque aún queda mucho tiempo.

Capítulo 6

Semanas después caminó hacia el cubo y agachó la cabeza para mirar su reflejo en el agua que Ada había llevado para asearse. Vio su nariz e intentó ponerse de perfil para ver que había curado tan bien que no parecía que se la hubieran roto.

—¿Te duele?

—No, la nariz no. —Se llevó la mano al costado y cogió el paño de las manos de su hermana.

—No, déjame a mí, todavía te duele.

—Ya va siendo hora de que me arregle sola.

—No hay necesidad de que sufras —dijo arrebatándole el paño antes de agacharse y empaparlo. Pasó el jabón por él antes de enjuagarlo de nuevo.

Yvaine puso los ojos en blanco y su hermana le pasó el paño por el cuerpo. Suspiró porque estaba algo caliente. —¿La has calentado?

—El laird ordenó que lo hicieran, pero no ha calentado demasiado, lo siento.

—Está bien así —susurró pensativa.

—El laird ha hecho que me den esta pastilla de jabón, ¿sabes? Huele mejor que la anterior, ¿lo has notado?

—Deja de hablar de él —dijo fríamente.

Ada apretó los labios mojando el paño antes de pasarlo entre sus piernas. Entonces se detuvo en seco.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

Su hermana forzó una sonrisa. —Nada. El morado de la pierna ha desaparecido.

—¿Dónde están los niños?

—Seguro que están jugando en el salón, hay otros niños y así están entretenidos.

—No quiero que les dejes mucho tiempo solos. Puede pasarles algo.

—Los padres del laird se han ido y…

—¿No me has oído, Ada?

—Sí. —Terminó de asearla y la secó con una toalla de lino.

Yvaine regresó a la cama cojeando pues aún no podía apoyar el pie del todo y levantó el brazo del costado sano para apartar su cabello sucio de la espalda. Lena se negaba a que se lo lavara pues le tardaría en secar y temían que enfermara de nuevo. Se sentó en la cama sintiéndose agotada cuando se abrió la puerta y su hermana jadeó. —¿No sabes llamar? —preguntó indignada a Evander que entró en la habitación cerrando como si fuera el dueño, como cada maldito día desde que estaba allí. Ni un solo día podía perderle de vista.

Él la observó. —Ya tienes menos morados.

Se mantuvo en silencio mirando el fuego en el hogar de hierro, que no dejaba de estar encendido desde que la habían trasladado.

Se acercó a ella un par de pasos. —Ada, ¿puedes dejarnos solos?

—No.

Él la fulminó con la mirada. —Ahora.

—No pienso moverme de aquí. Mi hermana no quiere estar a solas contigo, no quiere ni oírte siquiera, así que no, no me voy.

—¡Sal de aquí de inmediato sino quieres que te encierre en otra habitación! —Ada palideció. —¿Me has entendido bien?

Ada preocupada se apretó las manos antes de irse de su alcoba. Evander se agachó ante ella, pero Yvaine se miró las manos. —Estás enfadada, furiosa, pero tendrás que perdonarme, mujer, porque yo no puedo seguir así. —Intentó coger sus manos, pero ella las apartó a toda prisa antes de tumbarse en la cama dándole la espalda. Sabía que esa posición le dolía, pero prefería sufrir a mirarle. Él se incorporó. —¿Tanto daño te he hecho? ¿Tan grave fue mi error?

—Me juraste que estaríamos a salvo y me mentiste. Me dejaste en sus manos. Mi padre murió por tu culpa ¿y encima te atreves a preguntar eso? No solo fue un error el que cometiste, sino varios y todos muy graves. ¿O no recuerdas que anulaste nuestro matrimonio antes de irte? ¿Recuerdas lo que te dije yo? No, no te perdono ni te perdonaré jamás.

Para su sorpresa él se tumbó a su lado, pero ella no protestó. Sabía que si lo hacía sería peor. Era laird, estaba acostumbrado a salirse con la suya.

—Durante muchos años he tenido que ser lo que se espera de mí, preciosa —susurró—. He tenido que simular que no me dolían los golpes, que no estaba enfermo, que podía hacerme cargo de todos los que estaban bajo mi mando. No he podido mostrar mi miedo porque sufrieran por una equivocación mía y debía administrar justicia con mano de hierro. He arriesgado la vida miles de veces y lo único que no he podido hacer es vengar a mi abuelo.

Yvaine ni sintió como las lágrimas corrían por sus mejillas por la sinceridad de sus palabras.

—Es algo que nos ha obsesionado desde entonces. Ver como matan a los tuyos y no poder hacer nada porque te mantienen agarrado, es lo más desgarrador que he sentido nunca. Mi hermano se soltó y el hombre que acababa de ensartar la espada a mi abuelo se volvió clavándosela en el costado. Collin cayó al suelo sin sentido. Creí que estaba sin vida. Mi madre gritó tumbada en el suelo mientras la violaba otro de esos bastardos. Sueño con sus caras, con el momento en que les traspase con mi espada. Y de repente aparece tu padre, sabía dónde estaba el anillo. Había llegado el momento que tanto había esperado. Y también apareces tú. No te esperaba, preciosa, no esperaba sentirme como me siento a tu lado y encima me preguntas si estoy soltero. —Rio por lo bajo. —Me

quedé tan sorprendido que ni sabía qué decirte. Eres preciosa, lista y me sorprendiste cuando me robaste el puñal, pero estaba allí por una razón y no debía olvidarlo. Así que hice que fueras a recuperar mi espada. Sí, te utilicé para conseguir lo que quería, pero el miedo que estuve reprimiendo tantos años volvió y tuve que ir a buscarte. Cuando te vi desnuda al lado del río me dije que no podías ser real. —Se quedó en silencio unos segundos. —No pude evitar hacerte mi esposa. En hacerte mía. Mi mirada te seguía sin darme cuenta, mi cuerpo te anhelaba y cuando vi como caían esas monedas sobre el suelo me sentí traicionado. No puedo culparte por no confiar en mí, porque yo tampoco lo hice en ti y debo reconocer que si te conté la historia de mi abuelo fue para recuperar el anillo antes de llegar a casa. Pero jamás se me pasó por la cabeza que en mi casa no estuvieras segura, preciosa. Sobre todo porque te dejaba en manos de la persona que más confío en esta vida y sabía que Collin te protegería. O eso creía. Supongo que nunca se le pasó por la cabeza que nuestros padres pudieran hacer algo así, que pudieran contradecir mis órdenes y traicionarme. Tengo entendido que mi madre te pegaba cuando mi hermano se fue a buscarme y nadie decía nada por lealtad a mi madre. Y lo que ocurrió con Wiley… Es

que no quiero ni pensarlo. No quiero ni pensar el miedo que pasaste, todo lo que sufriste y yo no estaba. Lo siento, preciosa.

Yvaine emocionada por sus palabras sollozó, pero no se sentía capaz de perdonarle. Sobre todo, porque todavía le dolía el costado una barbaridad.

Él impotente alargó la mano para tocar su brazo. —No llores. —Rozó su piel y ella se estremeció. Apartó la mano temiendo hacerle más daño, pero se dio cuenta de que no le había rechazado. —Preciosa no llores, haré lo que sea.

—Quiero lavarme el pelo.

Él parpadeó creyendo que no había escuchado bien. —¿Qué has dicho?

Le miró sobre su hombro. —Quiero lavarme el pelo.

Frunció el ceño. —Mujer, ¿yo te abro mi corazón y tú me dices eso?

Sorbió por la nariz. —¿Te estás enfadando?

Carraspeó. —No, claro que no. Pero esperaba otra cosa, la verdad.

—¿Como qué?

—¡Qué me perdones! —le gritó a la cara.

Chasqueó la lengua antes de volver la cabeza de nuevo y reprimir una sonrisa porque parecía realmente sorprendido. Pues iba a sudar sangre para que le perdonara. —Quiero lavarme bien, quiero vestirme y quiero salir a tomar el fresco.

—¿Qué fresco si está nevando? —Alterado se levantó. —Ni hablar, tú lo que quieres es irte. ¡Pues entérate bien, no te vas a ningún sitio! —Salió de la habitación dando un portazo y ella levantó una ceja antes de mirar hacia la puerta. Pues sí se había ido.

La puerta se abrió de nuevo y su hombre carraspeó. —Haré que te traigan algo de ropa y si quieres puedes bajar al salón.

—¡Quiero lavarme el cabello, no quiero que nadie me vea con este aspecto! —gritó a los cuatro vientos.

—Mujer, sabes que no puedes.

—¡Me da igual lo que diga esa vieja o me dejas lavarme en condiciones o no te hablo más!

—¡Y que te resfríes! ¡Lo que me faltaba!

Salió dando otro portazo y ella esperó. Después de unos segundos jadeó. Se había ido. Entrecerró los ojos. —Este no sabe con quién trata.

El grito que le metió a Lena se escuchó en toda la casa —¡No pienso comer hasta que no me lave el cabello!

Evander gruñó desde la cabecera de la mesa y el viejo Ulan le miró interrogante. —Si la vieja dice que no, es que no. —Se metió un pedazo de queso en la boca.

—Al parecer tu esposa se encuentra mucho mejor. Solo hay que oírla.

Gruñó y Lena bajó las escaleras con la respiración agitada. —¡Laird, esto no puede ser!

—Eso mismo digo yo —dijo por lo bajo antes de mirarla—. ¿Qué ocurre ahora?

—Se niega a comer. Imagínate, con lo que me ha costado sacarla de las garras de la muerte para que ahora la niña se me ponga rebelde.

—¡Y quiero agua caliente para meterme dentro!

Todos miraron hacia arriba, pero como no decía nada más miraron a Lena que gritó desgañitada —Ni hablar, ¿me oyes? ¡Por encima de mi cadáver!

—¿Cuándo podrá lavarse el cabello?

Lena parpadeó. —En primavera —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

El laird se levantó. —¿Y no crees que es más contraproducente el disgusto que tiene en su estado que bañarse?

—Pues no.

—¿Afectaría a sus heridas?

—Sus quemaduras están casi curadas, mientras el agua no esté excesivamente caliente… Es que se resfríe lo que me preocupa. Si empieza a toser, las costillas no se curarán.

—No hay baño. —Volvió a su sitio y se sentó haciendo sonreír a Lena satisfecha, que con la cabeza alta volvió al piso de arriba.

Evander miró a los niños que sentados a su lado le observaban con los ojos como platos. —¿No he hecho bien?

Ambos negaron con la cabeza y el laird gruñó antes de coger su jarra para beber de su cerveza. —Se olvidará de ello enseguida.

Las mujeres chillaron en el piso de arriba y se levantó de golpe para correr hacia las escaleras. Evander abrió la puerta con fuerza para encontrarse a su mujer en camisón sentada en la cama con su puñal en la mano y un grueso mechón de pelo en la otra. —¡Me dejáis lavarme el cabello o me lo corto!

—¿Has vuelto a robarme el puñal?

—¡Quiero mi baño! —Apretó la hoja contra su cabello.

—¡No lo hagas! —gritó él dando un paso hacia ella—. Tendrás tu baño.

—Pero laird… —protestó Lena.

La fulminó con la mirada. —Que traigan un baño a mi esposa. ¡Ya!

Ada salió corriendo. Evander se acercó extendiendo la mano. —Ahora dame el puñal.

—Ni hablar hasta que esté dentro del agua.

Entonces Evander sonrió dejándola de piedra y al ver su expresión de sorpresa él se echó a reír. —Mujer, no se puede negar que eres insistente. —Se agachó y le dio un rápido beso en los labios antes de salir de la habitación aún riendo.

Lena la miró pasmada. —Se ha reído.

—Se ha reído y me ha besado. —Entrecerró los ojos. —¡Todavía no le he perdonado!

Lena la miró ilusionada. —¡Se ha reído! Una risa de verdad. Solo se ríe con su hermano.

Se le cortó el aliento. —Exageras.

—No, te lo juro. Eso demuestra que se relaja contigo. Con los demás no lo hace, siempre está alerta.

Impresionada dejó caer la mano con el puñal mientras ella iba hacia la puerta.

—Nada de quedarte en el agua demasiado tiempo, ¿me oyes? Un baño rápido y a secar el cabello ante el fuego.

Pensando en ello recordó las palabras de él. He tenido que ser lo que se espera de mí. Era una pena que para conseguir eso hubiera dejado de reír. Que no te dé pena, que no te dé pena que ya empiezas a cambiar de opinión sobre él y tú te vas de aquí en cuanto puedas correr como antes. Entrecerró los ojos, para eso necesitaría algo de oro. Miró la daga en su mano. Igual tendría que robar un poco, lo justo para sobrevivir un tiempo.

Temprano en la mañana Evander salió de su habitación y miró la puerta de la de Yvaine. Se acercó allí y abrió lentamente para ver su rostro dormido iluminado por el fuego. Entró en la habitación para poner otro tronco en el hogar y se acercó a su cama. Estaba preciosa con sus gruesos rizos pelirrojos iluminados por la luz del

fuego. Cogió la daga de encima de la mesilla que había al lado de la cama y cubrió a su esposa con la piel de lobo. Eso le recordó que debía decirles a las mujeres que le hicieran unos vestidos a la altura de su rango. Iba a salir cuando distraído miró la daga y vio que le faltaba una piedra. Frunció el ceño, ¿cuándo se le había caído? Suspiró metiéndosela en la funda que tenía a la espalda antes de salir de la habitación.

Bajó al salón y allí estaban ya varias mujeres preparando el desayuno. Ulan estaba a la mesa con su nieto Ross.

—Buenos días, mi laird —dijo su guerrero.

—Buenos días. —Se sentó en su silla a la cabecera de la mesa. —¿Alguna novedad?

Abuelo y nieto se miraron de reojo antes de decir —Ha nevado mucho.

—Eso no es una novedad. —Una de las mujeres le sirvió cerveza y le puso delante un plato de jamón y queso con un pedazo de pan.

Cogió la jarra y bebió antes de fruncir el ceño. Miró la jarra y vio que no era la suya, la que le había regalado su hermano con su nombre tallado en el oro. —¿Dónde está mi jarra?

La mujer se sonrojó. —No lo sé, mi laird. De noche la dejé donde siempre, en el estante de la cocina.

—¿Me estás diciendo que me han robado la jarra? ¿A mí?

—Eso parece, la he buscado por todos los sitios y no la encuentro.

—Pienso dar con ella, mi laird —dijo el viejo ofendidísimo—. Y castigaré al culpable.

—¿Ha desaparecido algo más?

Todos hicieron un gesto con la cabeza y él sin entender miró hacia la chimenea. Al principio no cayó en lo que le querían decir, pero al mirar encima de la enorme chimenea encendida se dio cuenta de que faltaba algo. Asombrado se levantó porque faltaba el enorme medallón de plata que estaba colgado allí desde la época de su bisabuelo. —¿Pero qué rayos…?

—Es inexplicable, mi laird —dijo Ross.

Asombrado miró a sus hombres que hicieron una mueca. —Encontradle, ¿qué hacéis ahí sentados?

Se levantaron en el acto, pero entonces recordó la daga y dijo —Un momento. —Miró hacia la escalera y en ese instante bajaba Angus, que como si nada fue hasta la cocina, cogió un bollo de jalea

y salió de la casa. —Ya me encargo yo de esto. —Siguió al niño y salió tras él. Le vio caminar hacia el pozo y lo pasó de largo. Le siguió hundiendo los pies en la blanda nieve y no pudo menos que admirarle porque a pesar de que le costaba muchísimo caminar él continuaba. El niño llegó al establo y entró tras él para verle acercarse a su caballo. Desapareció entre los animales y cuando vio sus piernas bajo la panza de Heleno, Evander se escondió entre los caballos. Vio salir al niño del establo sin que se diera cuenta de que estaba allí. Evander estiró el cuello y observó cómo iba de nuevo hacia la casa hasta que le vio desaparecer tras el pozo. Entrecerró los ojos y gruñó antes de ir al final del establo. Palmeó a Heleno y le apartó para mirar la paja que tenía tras él. Se acercó y se agachó para apartarla. Al ver su espada de plata puso los ojos en blanco. Y eso que robaban sin llamar la atención. Siguió apartando paja para ver debajo el gran medallón, la jarra y varias cosas más. Al parecer esa noche habían trabajado mucho. Se puso de pie y puso los brazos en jarras. ¿Y ahora qué debía hacer? ¿Enfadarse? ¿Hacerse el tonto? Su mujer quería escaparse. Gruñó yendo hacia la salida y se cruzó con uno de los suyos. —Devuelve a la casa todo lo que hay tras Heleno.

—¿La caca?

—¡Deja de decir tonterías, Norris!

La puerta se abrió con fuerza golpeándose contra la pared haciendo que Yvaine casi saltara de la cama. Sentada sobre el colchón con los ojos como platos vio que su marido entraba en su habitación con cara de querer soltar cuatro gritos. —Mujer…

—¿Qué te pasa? ¡Estaba dormida!

—¡Estarás agotada después de no parar en toda la noche!

No entendía nada. —¿De qué hablas?

Le puso delante el puñal. —¡De esto!

—¿Quieres que te apuñale?

—¿Pero qué dices, mujer?

—¡Estoy dormida! —Se tumbó en la cama y se cubrió con la piel. —Estoy cansada, déjame dormir.

Se debatió entre gritarle o dejarla dormir porque al fin y al cabo estaba convaleciente, pero si sus hermanos estaban robando, estaba seguro de que ella tenía algo que ver. —Al puñal le falta una piedra.

Ella abrió un ojo. —¿Una piedra?

—¡No te hagas la tonta! ¡Tus hermanos están robando por toda la casa!

Jadeó indignada mirándole con rabia. —Qué mentira. ¿Cómo puedes acusarnos de algo así?

En ese momento pasó Angus ante la habitación arrastrando una espada y la punta chirriaba contra el suelo. Gimió porque no era muy discreto, pero es que su padre siempre les había dicho que la mejor manera de robar era la naturalidad.

Su marido carraspeó y gruñó antes de mirarle. —La debe necesitar para algo, ya te la devolverá.

—¡Es la espada de mi abuelo!

—Igual quiere aprender a guerrear, a ver si le enseñas, seguro que se aburre mucho sin salir de la casa.

—¡Preciosa, el establo está lleno de cosas de valor de mi familia! ¿Qué te propones? ¿Escapar? ¡Pues vete olvidándote porque necesitas una barca para salir de aquí! ¿Acaso sabes llevar una barca en mar abierto en pleno invierno?

Se sentó de nuevo. —No, pero puedo aprender.

—¡Te ahogarías antes de llegar a la orilla!

—¿Y dónde dices que tienes las barcas?

—¡No te lo he dicho!

—Sí que lo has dicho.

—Que no.

—Si lo dices de nuevo…

—¡Qué no lo he dicho!

—¿Seguro?

—¡Preciosa, deja de robar!

—Yo no he robado nada —dijo levantando la barbilla.

—Yvaine… —Levantó la almohada de golpe y allí había una bolsita de cuero.

—¡No!

Se la arrebató antes de que pudiera evitarlo y Evander la abrió para volcar lo que había en su interior sobre la palma de su mano. Asombrado vio una de las monedas de oro de su abuelo, la gema y una cucharita de plata que usaba su madre cuando eran pequeños para darles el brebaje que les hacía la vieja para que crecieran fuertes y sanos. Levantó una ceja antes de mirar a su mujer. —¿Has entrado en la habitación de mis padres?

—Eso es en pago por los golpes, no he robado. Es una… indemnización. Me lo debían.

—Te lo debían. Y yo te debía la gema.

—¡Exacto! ¡Por no cumplir con tu papel de marido responsable! —Entrecerró los ojos. —¡Y puede que me quede con alguna cosa más en compensación por tu desastroso comportamiento! —Asintió. —¡Sí, creo que es lo que voy a hacer!

—¡Qué no te vas a ir, así que no necesitas nada!

—¡Eso ya lo veremos! —Se tumbó. —¡Ahora déjame dormir!

—Me llevo esto y me llevaré todo lo que cojas. —Fue hasta la puerta y gritó —¡Angus, vuelve a coger algo de la casa para llevarlo al establo y te quedarás sin comer todo el día!

Ada pasó a su lado. —¿Ocurre algo?

La miró de arriba abajo y al ver que de debajo del vestido salía una piel de lobo levantó la vista de nuevo sin disimular su asombro. —¿Te has metido una piel entre las piernas?

Se puso como un tomate. —Es que tengo frío. Es una zona muy delicada para una mujer, ya sabes, no puede coger frío.

Escucharon una risita y ambos miraron hacia Yvaine. —¡Diles a tus hermanos que paren!

—¿De qué?

Gruñó yendo hacia las escaleras y Ada levantó el pulgar. —Tranquila, que la mitad no lo ha descubierto.

Acomodando las almohadas se fijó en el símbolo grabado del cabecero de la cama y distraída porque estaba demasiado bajo como para que lo viera nadie dijo —Perfecto. —Su hermana cerró la puerta y se alejó contenta mientras Yvaine pasaba los dedos por el círculo. Qué extraño grabar algo en un sitio donde se pondrían las almohadas. Suspiró tumbándose y sonrió por lo furioso que se había puesto su marido. ¿Qué más podrían robar? Tenía que registrar de nuevo la habitación de la bruja de su suegra. Seguro que algo escondía de valor.

A la hora de la cena el pequeño Sim estaba de lo más inquieto, algo muy extraño porque solía cenar y quedarse dormido junto al fuego después de jugar con los guerreros que le había tallado el viejo Ulan. Al ver que Lena intentaba que cenara y él se negaba a punto de ponerse a llorar, Evander le miró. —Sim ven aquí.

El niño saltó del taburete y corrió hacia él para sentarse sobre su muslo. —¿Qué te ocurre?

—Me duele.

—¿El qué te duele?

Se tocó la barriga y Lena se levantó de inmediato. —¿Cómo no me has dicho que te duele? —Le tocó la frente y la mujer negó con la cabeza.

Angus salió corriendo escaleras arriba.

—¿Qué le ocurre al niño, vieja?

—Algo debe haberle sentado mal. Le haré una tisana y se le pasará enseguida.

Su esposa en camisón y con su largo cabello suelto empezó a bajar las escaleras cojeando, dejando a todos con la boca abierta, sobre todo a sus hombres.

—¿Sim? ¿Qué te ocurre, mi amor?

El niño saltó de su regazo para correr hasta ella. —Me duele.

Se agachó ante él. —¿La barriguita?

—Sí.

Se acercó a la mesa y cogió su jarra de cerveza para darle de beber. El niño bebió con ganas y cuando terminó le entregó la jarra antes de que eructara con tal fuerza que les hizo reír a todos.

Ella sonrió. —¿Mejor?

—¡Sí! —Corrió hasta su sitio y se puso a comer con ganas.

Alargó la mano y cogió una pata de conejo.

—Mujer… —dijo él por lo bajo.

Masticando le miró a los ojos.

—Estás en camisón —dijo entre dientes.

—¿Y?

—Y descalza. —Se levantó y la cogió en brazos llevándola con pata y todo hacia las escaleras.

Él empezó a subir. —No deberías haber bajado.

—Pobrecito, le pasa desde pequeñito. —Dio otro mordisco y de la que pasaban hacia la cama tiró el hueso en el hogar. Evander la sentó sobre las pieles mientras se chupaba los dedos y él al ver lo que hacía se quedó mirando sus labios. —Está bueno. —Chupó su pulgar haciendo que su marido gruñera. —¿Pasa algo?

—Esposa…

—¿Sí?

—¿Tienes hambre? —preguntó con voz ronca.

—No demasiada. —Se pasó la lengua por el labio inferior. Se tumbó y su camisón se subió hasta la mitad del muslo mostrando su quemadura.

Él la miró y pasó la mano por allí. —Ha curado bien.

Sintiendo su caricia se le cortó el aliento. —Sí.

La mano subió lentamente provocando que unos calores la recorrieran de arriba abajo.

—¿Te duele mucho el costado? —Llegó hasta su trasero y acarició su glúteo.

—Algo —respondió con la respiración agitada.

Gruñó antes de apartar la mano. —Es una pena, preciosa. —Se volvió. —Una pena.

Se sentó de golpe. —No, pero no duele tanto. Un poco de nada. Casi ni lo siento.

Él salió de la habitación cerrando la puerta. —¡De veras! ¡Ya no siento nada! —Al darse cuenta de que no volvía gimió. —Maldita sea. —Agarró el vaso de agua y bebió con tales ganas que parte cayó sobre la pechera del camisón. Cuando terminó respiró hondo. —Casi ha pasado. En unos minutos ni lo recordarás.

Capítulo 7

Al día siguiente tenía un humor de mil demonios y todo el mundo se dio cuenta porque no hablaba con nadie. Y es que el sueño de la noche anterior no solo había incentivado sus ansias de tocar, lamer y hacer gritar de placer a Evander, sino que empezaba a dudar si irse de allí. Al fin y al cabo, era su marido o al menos eso decía él a todo el mundo. La necesitaba. Y la risa del otro día era buena prueba de ello. Ansiosa apartó las mantas y gritó haciendo que todos los que estaban en el salón, que eran unos cuantos, miraran hacia arriba.

—¿Le ocurre algo a tu esposa? —preguntó el viejo.

Él reprimió una sonrisa. —No, de hecho está mucho mejor. Mucho, mucho mejor.

—Está furiosa —dijo Angus—. Cuando está así mejor no acercarse, laird.

—Gracias por el aviso.

Ada bajó corriendo las escaleras y preocupada se acercó a Lena. —No sé qué le ocurre, todo le molesta. ¿No serán fiebres?

—No, debe ser tanto encierro que empieza a hacer mella en ella.

El laird bebió de su jarra que era de nuevo otra, pero ni se dio cuenta pendiente del piso de arriba.

—He oído que hubo gente que se volvió loca después de un invierno sin salir de casa, laird —dijo Ross.

—Eso nunca le pasaría a mi esposa, nos tiene a nosotros.

—Sí, hijo —dijo su abuelo—. Eso le pasa a gente que está totalmente aislada.

Su mujer empezó a bajar las escaleras cubierta con una piel y dijo —Quiero ropa. —Se miró los pies. —Y unas botas.

—Lena…

—Sí laird, uno de los vestidos ya está listo. —Fue hasta ella y le dijo a su mujer —¿Vienes? Lo tengo arriba. Y deja de caminar descalza.

—Es que no tengo botas.

—Es que no tenías que haberte levantado. Pega uno de tus gritos, que ya nos estamos habituando.

Se puso como un tomate. —¿Grito mucho?

—Casi tanto como tu marido.

—Pues es culpa suya, yo antes no gritaba.

Ada carraspeó, así que Yvaine se volvió. —¡No gritaba! ¡Daba órdenes porque soy la mayor! ¡Así que chitón, no vaya a ser que ordene que te cases con el más feo de por aquí!

Varios levantaron la mano y Ada se sonrojó hasta la raíz del pelo. —Hermana ve a vestirte —dijo entre dientes.

—Ada ya tiene prometido.

Todos dejaron caer las manos decepcionados, pero las hermanas le miraron sin poder creérselo. —¿Cómo que has comprometido a mi hermana?

—Debe casarse, ya tiene la edad.

Bajó un escalón. —¡Cómo que has comprometido a mi hermana! —gritó furiosa—. ¡Ni se te ocurriría!

—Es bella y está en edad casadera. Tuve que aceptar su mano.

—Eso no es responsabilidad tuya.

Se tensó por su respuesta. —¡Cómo tu marido sí y como laird también!

—¡No va a aceptar! ¡Y yo menos!

—No es necesario, ya he aceptado yo por ella y por ti. Se casará en cuanto mejore el tiempo.

Se le cortó el aliento bajando otro escalón. —¿Entonces no es de aquí? Hay que esperar porque no es de aquí, ¿verdad? Para que pueda llegar a través del mar.

—¿No es de aquí? —preguntó Ada mirándole esperanzada.

—Mi hermano llegará en cuanto mejore el tiempo.

Ada chilló de la alegría y corrió escaleras arriba para abrazarla. —¡Me voy a casar con Collin!

Ella sonrió. —Felicidades hermana.

—¿Y yo con quién me caso? —preguntó Sim.

—Tú tienes que crecer —dijo el laird.

Una niña de unos tres años se acercó y le dio la mano. Este la miró y se fue con ella a jugar ante la chimenea.

—Está claro que esta familia me hace mucho caso.

Todos rieron y el viejo le dio una palmada en el hombro. Ella sonrió aún abrazando a su hermana y le dio las gracias con la mirada.

Se estaba poniendo el bonito vestido de terciopelo azul cuando la puerta se abrió. Ella lo dejó caer mirando hacia allí y su esposo entró en la habitación. —Estás muy hermosa. —Se acercó a ella y la abrazó por la cintura pegándola a su pecho.

—¿Tengo que ponerme el kilt?

—No sino quieres. —La besó en la frente. —¿Te duele?

—No —respondió rápidamente.

Él se echó a reír. —Mujer, sé que aún te duele. Me he roto las costillas y se lo que duele y tarda en curar. Y eso que no fue un golpe como el tuyo.

—Las mujeres curamos antes.

—Igual mañana curo tu inquietud, hoy estás tan hermosa que voy a lucirte.

Sus ojos brillaron de la emoción. —¿De veras?

—Esta noche celebraremos la bienvenida de tu familia a nuestro clan.

—¿Una fiesta?

—Una fiesta.

—Y después…

—Mañana.

Decepcionada preguntó —¿Por qué?

—Porque después estarás agotada.

—Si no puedo bailar.

—Entonces no puedes hacer esfuerzos.

—Si lo haces tú todo.

El laird se echó a reír. —Eso no será siempre así, mujer. Tú también puedes hacer mucho para satisfacerme en el lecho.

—¿De veras? ¿Ves como no podemos perder el tiempo? —Le besó en los labios antes de lamerlos con ansias. —Te quiero en mí.

Él acarició sus glúteos con ganas. —Mujer…

La puerta se abrió y Ross apartó la mirada. —Lo siento, laird.

—¿No sabes llamar? —preguntó furioso.

—Lo siento, he abierto sin pensar, como antes te daba igual. Hay un problema con Monroe, se ha vuelto loco. Está pegando a sus hijos, a su esposa y a todo el que intenta acercarse. Los hombres no pueden con él.

Tenso se apartó. —Últimamente no es el de siempre. Veamos qué ocurre.

Yvaine suspiró poniendo los brazos en jarras. —Esto es lo que pasa cuando te casas con un laird, pero esta noche es mío, vaya que sí.

Sentada ante la chimenea hablando con su hermana vio como uno de los hombres de Evander la sacaba a bailar y rio al verla girar. El grandullón la giraba tan deprisa que parecía que iba a lanzarla al otro lado del salón. Volvió la vista hacia su esposo y perdió la alegría. Bebía de su jarra con expresión seria mientras escuchaba lo que le decía el viejo Ulan. Era lógico que no disfrutara mucho de la fiesta porque había tenido que matar a un amigo, a un buen amigo. Al parecer había perdido totalmente la cabeza y hasta le había atacado a él. Viendo la herida en su brazo apretó los labios por lo

que había dicho su esposa ante el cadáver del guerrero. Por lo visto llevaba semanas con un fuerte dolor de cabeza, no podía comer, ni dormir y lo que le había dado la vieja no había servido de nada.

Se levantó y cojeó hasta él sentándose a su otro lado. Sentía que la necesitaba y demostró que era así cuando sin mirarla cogió su mano por encima de la mesa.

Ulan la miró y sonrió. —¿Qué opinas de tu nueva casa?

—Oh, es hermosa. Jamás imaginé vivir en una casa así. Tiene habitaciones —dijo impresionada—. Es mucho más grande que la de mi antiguo laird.

—Eso fue cosa del bisabuelo de Evander. Odiaba que las estancias estuvieran separadas por mantas. Mandó construir el piso de arriba, así quedó este salón tan espacioso.

Miró a su marido. —¿De veras?

—Y nunca adivinarías de dónde sacó la idea.

—No conocí a tu bisabuelo, pero si me dices eso… —Entrecerró los ojos pensando en ello. —¿Tu abuelo de la frontera?

—El padre de mi abuelo. Eran amigos.

—Y los nietos se casaron.

—Y tuvieron a los gemelos —dijo Ulan—. Yo les conocí a todos, qué grandes hombres.

—Así que les conociste.

—Tengo muchos años, niña. Era un crío la primera vez que el gran Evander McMhaoil llegó a esta casa.

—Evander…

—¿Y sabes cómo se llamaba el abuelo de mi padre?

—Collin.

Él sonrió. —Fue un homenaje a ellos.

—Que grandes hombres y grandes guerreros.

—¿Se conocieron en una contienda?

—No precisamente, niña. Se conocieron unos meses antes de la contienda. Pero su amistad hizo que lucharan juntos contra el clan de los McCaig y de los McKlein cuando llegó la batalla. Y consiguieron una gran victoria. Les arrasaron.

Asombrada miró a Evander. —No me lo dijiste.

—Eso fue hace muchos años.

—¿Y cuando murió tu abuelo no pensaste que…?

—Sí que lo pensé, preciosa. Todos lo pensamos, pero no había ningún indicio que indicara que habían sido ellos. De hecho mi padre me llevó hasta las tierras de los McCaig y no reconocí a ninguno de sus hombres. Y lo mismo con el otro clan. De hecho el laird de los McKlein murió una semana antes que mi abuelo.

Asintió. —Así que vuestras familias han sido aliadas desde hace muchos años. Increíble estando tan lejos unos de otros. Hay muchos clanes entre ellos.

—Eso es lo más sorprendente, niña —dijo Ulan encantado por su interés en la historia que le estaba contando—. Los McKlein eran aliados por matrimonio con los McCaig y con estos últimos siempre tuvimos problemas porque querían quedarse la isla. Estaban los jefes de los clanes en Edimburgo para vender unas pieles y hubo una trifulca en una taberna.

—El bisabuelo Evander salió en defensa de los nuestros y se hizo una amistad. El medallón que intentaste robarme, el que está sobre la chimenea, fue un regalo suyo cuando se terminó la casa.

Ella volvió la vista hacia allí. Era un gran círculo dividido en cuatro partes. En una de ellas dos manos unidas, en otra de las partes había dos espadas en cruz, en la siguiente había grabados dos estandartes entrelazados por el mástil y en el último había un

arcón abierto que mostraba protuberancias como si estuviera lleno de monedas. Sintió que un frío intenso la recorría. Se volvió para mirarles y forzó una sonrisa. —Al parecer estaban muy ligados.

Ulan asintió. —Mucho, se convirtieron en hermanos y esa amistad fue muy próspera para ambos clanes.

—¿En qué sentido?

—Mi padre decía que nosotros les dábamos lo que necesitaban y ellos nos correspondían de la misma manera. Ambos clanes ahorrábamos oro y eso nos hizo más ricos.

—Entiendo.

—Los clanes se repartieron los cultivos —dijo su marido.

—Así os abastecíais de todo.

—Y lo mismo con los animales. De hecho, aún seguimos haciéndolo. Ellos crían caballos y vacas, nosotros ovejas y cerdos.

—¿Y lo trasladáis todo cada año?

—Exacto, mitad y mitad. Y el sobrante lo vende cada clan para los gastos en otras cosas.

—¿Y nunca os han robado en el traslado?

Ambos rieron por lo bajo. —Algún clan que nos ha encontrado en el camino lo ha intentado, pero hace tiempo se les quitó las

ganas de volver a atacarnos.

El viejo rio. —Alguno que ha sobrevivido al Lobo negro ha ayudado a ello hablando de sus andanzas.

Pensó en ello. Había oído hablar del Lobo negro, pero nunca le habían dicho a qué clan pertenecía. —Así que los que os atacan para robaros no saben de qué clan sois.

—Nos aseguramos de ello. No llevamos el kilt. Así no saben a dónde nos dirigimos. Fue idea de mi bisabuelo para proteger los clanes que en los traslados se quedaban con menos hombres.

—¿Y lleváis las ovejas en barco?

—Hasta la costa, pero nunca saben dónde descargamos. Elegimos distintos puntos tanto de recogida como de desembarco. Es algo que planeamos previamente.

—¿Y seguro que merece la pena tanto riesgo?

Ambos rieron por lo bajo. —Sí preciosa, merece mucho la pena.

—Sí que debe ser provechoso para correr tantos riesgos —dijo preocupada porque hacían eso cada año.

En ese momento llegó Ross que había bebido de más y se puso a hablar por los codos con los hombres hasta que su marido

sonrió, algo que agradeció a ese hombre muchísimo. Distraída volvió la vista hacia los que bailaban y sus ojos se elevaron hasta el medallón. Los estandartes, las espadas y las manos, todos unidos para conseguir el oro. Mataron a sus enemigos y consiguieron enriquecerse. Años después alguien atacó a los McMhaoil cuando los gemelos y su madre estaban allí de visita. Con odio, con saña… ¿Por qué? ¿Por el oro? ¿Aquello fue una venganza? ¿Pero si era así por qué no matar a toda la familia? No habían matado a los gemelos. Si habían herido a Collin había sido fue porque se había soltado para intentar ayudar al abuelo y lo demuestra que a Evander no le habían herido, ni a su madre. ¿Esos traslados tendrían algo que ver? En esos viajes no llevaban los kilt que los identificaban, nadie fuera del clan podía saber que ellos trasladaban fortunas en víveres. ¿Pero no era esperar demasiado que nadie se hubiera ido de la lengua en todos esos años? Era evidente que no se relacionaban mucho con otros clanes porque jamás había oído hablar de los gemelos. Eran como un clan único separado por las circunstancias. Si veían a uno de los gemelos pensaban que era el mismo hombre. Se le cortó el aliento porque era evidente que sus enemigos pensarían que Collin había muerto en el asalto a los McMhaoil, lo que reforzaba la teoría de que fueran un solo hombre.

Agarró el brazo de su marido llamando su atención. —Cielo, ¿visitáis a otros clanes? ¿Tenéis relación con otros clanes?

Él sonrió. —¿Para qué? No les necesitamos. Mis bisabuelos rompieron relaciones con otros clanes y sabiendo que entre nosotros éramos aliados nos dejaron en paz. —Perdió la sonrisa poco a poco. —Hasta lo de mi abuelo.

—E hirieron a Collin gravemente.

—Preciosa, ¿en qué piensas?

—Vosotros habéis fomentado que todo el mundo piense que el Lobo negro es una sola persona.

—Sí, pero nadie vivo sabe de qué clan es y de momento nadie lo ha relacionado conmigo o con mi hermano. Su fama es mucho más aterradora que la nuestra. Siempre que aparece lleva pantalones de cuero, no un kilt. Es moreno y fuerte, pero hay muchos hombres así. Además, no salimos mucho de nuestro clan.

—¿Quién va a vender?

—Ulan o… —Apretó los labios. —Antes lo hacía Wesley.

—¿Te das cuenta de que todo el mundo piensa que es la misma persona quien dirige ambos clanes?

Ambos asintieron.

—Los dos niños empezaron a dirigir los clanes al mismo tiempo. Para todos son el laird, nadie les llama por el nombre y menos ante desconocidos. Cuando aparecen cada uno lleva su kilt, lo que ha fomentado que todos piensen que es la misma persona quien dirige ambos clanes.

—Igual que con el Lobo negro.

Su marido asintió. —Sí, exactamente. Sabemos que algún día se darán cuenta, es cuestión de tiempo, pero no nos preocupa. Es lógico que algún día alguien cometa un error que revele nuestra identidad.

—Y más ahora que os casáis con mujeres distintas —dijo Ulan antes de reír.

Su marido frunció el ceño. —Preciosa, ¿qué te preocupa? Ya te he dicho que aquí estás a salvo.

—No sé… Ese medallón me ha puesto los pelos de punta.

Él miró hacia el medallón. —¿Por qué?

—No sé. —Se levantó lentamente. —Creo que me voy a acostar, me siento cansada.

Evander asintió pensativo. —¿Necesitas a Lena?

—No, no la molestes, no es dolor solo cansancio. Me he excedido. —Forzó una sonrisa. —Solo necesito dormir. —Se alejó hacia la escalera y cuando empezó a subir su hermana se aproximó a ella. —Sigue bailando.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que estoy algo cansada.

—Yvaine, ¿qué ocurre?

—Nada.

—Estás inquieta, lo sé —dijo siguiéndola.

—No, de verdad… Disfruta, hoy te has comprometido.

—Ya estaba comprometida antes, pero no me lo habían dicho. —La cogió por el brazo. —¿Qué ocurre?

Miró tras ella. —Es por ese medallón.

Su hermana se volvió para mirarlo. —Pesa como un muerto, me costó un montón bajarlo de ahí.

—He sentido algo… Como si hubiera algo malo tras ese medallón.

—Pues detrás no hay nada que yo haya visto. Salvo el grabado, claro.

Entrecerró los ojos. —¿Grabado?

—Sí, por detrás está grabado.

Agarró la mano de su hermana y fueron hacia la habitación. En cuanto entraron cerró la puerta. —Esta noche me lo mostrarás.

—¿Tengo que bajarlo de nuevo? La última vez por poco se me cae.

—Quiero ver lo que hay detrás.

—¿Por qué?

—Aquí hay algo que no está bien. ¿Por qué han ocultado a todos que uno de los gemelos estaba vivo?

—¿Qué?

—Lo han hecho. Por eso no habíamos oído nada sobre ellos. Se comportaron con nosotras como hacen siempre. Para todos solo hay un laird, me lo acaban de confirmar. Además, si todos supieran que son dos serían más fuertes, ¿no? Todos los pueblos colindantes sabrían que el laird está con los suyos, pero prefieren que crean que solo hay uno que está un tiempo con unos y con otros. Además, ¿no sería más lógico que se dejara ver a uno de ellos como el Lobo negro? Así nadie les tocaría, con su fama nadie se atrevería, pero hacen todo lo contrario. Es como si fuera una leyenda que nadie relaciona con ellos. Y otro punto, se reparten todo entre los dos

clanes aún con la distancia que hay entre ellos. Lo trasladan de un lado a otro, vacas, caballos, ovejas…

—¿Por qué?

—Dicen que eso les da más dinero, pero es un riesgo llevar esa fortuna en víveres de un lado a otro, podrían quedarse sin nada.

Ada frunció el ceño. —¿Qué es lo que estás pensando, hermana?

—Que nos ocultan algo y tengo la sensación de que es algo muy importante. Sus bisabuelos ya eran amigos, como hermanos, eso han dicho. Y esa alianza ha perdurado sin ayuda de nadie hasta ahora. ¿Has oído alguna vez que un laird meta a su pueblo en una guerra después de una trifulca en una taberna? ¿Por la muerte de un igual puede, pero por alguien a quien no conoces vas a arriesgar el pellejo de tus guerreros? —Su hermana la miró sin entender y se lo explicó todo tan aprisa como podía.

Ada se sentó en la cama pensando en ello. —Crees que los bisabuelos se conocían de antes.

—Creo que sí y que la trifulca en la taberna hizo que el laird McMhaoil tuviera que posicionarse para salvarle el pellejo a los McGowan. Después estuvo a su lado en la lucha, por supuesto.

Desde ahí para todos eran aliados, ¿pero tan amigos se hicieron como para poner en manos de otra persona la mitad de tu cosecha? He visto a hombres darse de cuchilladas por el reparto de unos gramos. Somos desconfiados por naturaleza, ¿jamás discutieron por la mitad de todo? Han sido muchos años para que nada, absolutamente nada les hiciera desconfiar del otro clan. Vacas, ovejas, caballos… ¿Cómo sabían que era un reparto justo?

—Porque confiaban ciegamente.

—Porque estaban convencidos de que nadie del otro clan los traicionaría. Ahora lo dirigen los hermanos y ya no hay razón para esa desconfianza, ¿pero en todos los años anteriores? Ulan me ha dicho que era un niño cuando los lairds se conocieron. Deben haber pasado al menos sesenta años de traslados.

—Demasiado tiempo y demasiado oro pasando de unas manos a otras.

—Eso mismo pensé yo en cuanto me lo dijeron. ¿Pudiste ver el grabado?

—Apenas, tuve que cubrirlo con una piel para que no me descubrieran. Me pareció ver algo así como una raspa de pescado.

La miró sin entender. —¿Una qué?

—Vale, estaba oscuro, pero se me pareció un poco. Pero aunque haya grabados tras el medallón, ¿a dónde nos lleva eso? Es algo que hicieron sus bisabuelos.

—Te digo que aquí pasa algo.

—Que no descubrirás a no ser que alguien te lo cuente. ¿Por qué no le preguntas a tu marido?

—Él ya me ha contado lo que quiere contarme.

—Igual te cuenta más y resuelve tus dudas.

Se mordió el labio inferior y la puerta se abrió de golpe sobresaltándola. Evander la miró. —¿No te ibas a acostar?

—Oh, estaba charlando con mi hermana de vuestra familia.

—Preciosa, estabas cansada. Podéis hablar mañana.

Ada se levantó y le dio un beso en la mejilla. —Que descanses.

—Hasta mañana.

Su hermana se fue cerrando la puerta y dudando en si las había oído, empezó a quitarse el vestido de terciopelo mostrando el que tenía debajo de fina tela beige. —¿Subes ya a acostarte?

—Venía a darte las buenas noches.

Asintió dejando el vestido sobre el respaldo de la silla y le sonrió, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos. Evander se acercó y acarició su mejilla hasta llegar a su cuello. —¿Qué pasa, preciosa? ¿No te encuentras bien?

—No sé… Siento que algo no va bien.

Él se tensó. —No me has perdonado.

—Que tu madre ordenara que me pegaran, me violaran y me mataran no es algo fácil de perdonar. Y que tú no estuvieras aquí para ayudarme tampoco.

Dejó caer la mano. —Entiendo.

—Además no eres sincero conmigo. —Se apartó para ir hacia la cama y empezó a desabrocharse las botas.

La miró incrédulo. —¿En qué te he mentido yo?

—¿En todo y desde el principio?

—¿Qué quieres decir? ¡La que me has mentido has sido tú!

—¿Sí? ¿En qué? ¿Cuando te pedí matrimonio no fui sincera?

—Llevabas el tesoro de mi abuelo en tus faldas, ocultabas el anillo, aunque sabías que era importante para mí.

—Tú ocultaste a tu hermano y no me dijiste todo lo que había pasado con tu abuelo. ¡Si llego a saberlo todo no me caso contigo!

—Le señaló con el dedo. —Además, es lógico que te lo ocultara, ¿no? ¡No te conocía!

—¡Y yo a ti tampoco!

—¡Ja! ¡Si soy transparente!

—¡Robas, eres experta en ocultar lo que sientes!

—Y qué bien te vino que robara. —Entonces se dio cuenta de algo. —Tenías la espada.

—¿Qué?

—Tenías la espada, ¿para qué necesitabas el anillo para demostrar que los McColton estaban implicados en la muerte de tu abuelo?

—¡No es que lo necesitara, pero lo quería, era mío!

—¿Y por qué no lo llevas puesto?

—¿Qué?

—¿Por qué no lo llevas puesto? Es un símbolo, un recordatorio de todo el daño que te hicieron, que le hicieron a tu familia. ¿Por qué no te lo has puesto?

—Lo tiene mi hermano como laird de su clan. Al fin y al cabo era del jefe de los McMhaoil.

Entrecerró los ojos. —Mientes.

—Preciosa, no entiendo a qué viene todo esto, hace unos momentos estabas bien.

—¡Hace unos momentos no sabía que me ocultabas más cosas!

—No oculto nada, te lo he contado todo —dijo furioso.

—¿Sí? Esta es la habitación de tu hermano, ¿no es cierto?

Se tensó. —¿Y?

—¿Y? No me había dado cuenta hasta que mi hermana me dijo lo del medallón. —Apartó las almohadas para ver un grabado en el cabecero de la cama. Un círculo con varios tridentes entrecruzados señalando unos símbolos que no reconocía. No sabía leer ni escribir, pero había visto suficientes letras en el libro que tenía el fraile de su pueblo para darse cuenta de que no se parecían en nada. —¿Qué significa, Evander?

—Es un símbolo de protección celta.

Ahora sí que estuvo segura de que mentía. —Mi madre era más que la mujer y la hija de un ladrón, respetaba la cultura celta por encima de todo. Despreciaba al fraile porque solo decía mentiras según ella. Hacía ritos cada luna llena y nos enseñó todo lo necesario para hacerlos nosotras, jamás dibujó en la tierra nada

como esto. Ni uno solo de estos símbolos tienen nada que ver con eso.

—No los conocería.

Se dio por vencida, era evidente que no quería decirle lo que ocultaba y sintió un miedo atroz por los suyos. —¿Me juras que no me mientes?

—Te juro por lo más sagrado para mí que nada ni nadie va a haceros daño. Que aquí estarás segura, te daré cualquier cosa que te haga feliz y tendrás la vida que siempre has soñado. La vida que te mereces, preciosa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Me lo juras?

—Es un símbolo celta. —La abrazó y ella rodeó su cintura con sus brazos. —Se que estás agotada después de todo lo que has sufrido desde que has llegado, pero no hay que temer. —La cogió en brazos y la tumbó sobre la cama antes de sentarse a su lado. La besó suavemente en los labios y escucharon golpes abajo. Él suspiró. —Tengo que bajar antes de que me destrocen el salón.

Asintió y observó cómo se alejaba. Cuando cerró la puerta miró el techo y no habían pasado ni tres minutos cuando la puerta

se abrió de nuevo sigilosamente. Ada se acercó a la cama. —¿Qué hacemos?

—Espera a que todos se duerman y bajamos al salón.

Capítulo 8

Bajaron las escaleras lentamente para no hacer ruido y fueron hasta la chimenea que aún tenía unas brasas y proporcionaban luz. —Ayúdame, esa silla pesa mucho.

Entre las dos cogieron una de las sillas que estaban ante la chimenea y la acercaron. Ada se subió y con las dos manos descolgó el medallón. Gimió por lo que pesaba. Yvaine a toda prisa extendió los brazos para ayudarla cogiéndolo por abajo y su hermana bajó una pierna. Le dieron la vuelta. En un círculo que ocupaba toda la superficie había los mismos símbolos que en el cabecero de la cama. En el centro dentro de otro círculo había tridentes cruzados señalando las letras con sus puntas curvadas en forma de copa y en lo que sería los mangos había pequeñas rayas que los cruzaba. Por eso su hermana había visto una raspa de pescado, porque se parecían mucho excepto por la cabeza.

—¿Qué es esto?

—El mismo símbolo que hay en mi cama, que en realidad es la cama de tu prometido. Estoy segura de que esto está grabado en todas las camas de los de la familia.

—¿Qué significará? —Pasó el dedo por la ranura de uno de los símbolos. —Esto no es latín.

—Mi marido dice que es celta.

Sorprendida la miró a los ojos. —Falso. Madre sabía más que nadie de símbolos celtas.

Observó el dibujo, que era más detallado que el grabado en la cama. Había uno con una forma cuadrada. Estaba de costado por lo que la esquina miraba hacia el exterior del medallón. De la esquina contraria salían dos líneas como si hubieran querido hacer otro cuadrado pegado, pero se hubieran quedado a la mitad. No tenía ni idea de lo que significaba aquello. Suspiró. —Estamos perdiendo el tiempo.

Su hermana cogió algo de ceniza de la chimenea y se pintó uno de los símbolos en el dorso de la mano. —¿Qué haces?

—Alguien tiene que saber qué significa. Preguntaré por ahí.

—No, no puedes preguntar. Le dirán a mi marido que no me he tragado sus patrañas.

—Es solo un símbolo de todos los que hay aquí. Diré que lo he visto dibujar a un niño o yo qué sé. Algo se me ocurrirá. —Sus ojos brillaron. —Diré que he soñado con él.

Sonrió. —Bien, hermana. A ver qué puedes conseguir.

A la mañana siguiente se levantó e hizo la cama. Hizo una mueca porque la pierna le dolía después del exceso del día anterior, pero tenía que recuperarse y en la cama sus músculos se debilitarían aún más, así que era hora de empezar a trabajar. Bajó las escaleras mirando hacia el medallón de la chimenea. Volvió la vista hacia la mesa y sonrió a Ross. —Buenos días.

—Buenos días, Yvaine. Te has levantado temprano.

—Es una costumbre que espero no perder, se aprovecha mejor el día.

Una de las mujeres se acercó. —¿Gachas?

—Sí, gracias. —Se sentó ante Ross. —Tú también has madrugado.

—El laird quiere revisar los tejados, ha nevado mucho y teme que alguno se desplome. Habrá que limpiarlos. —Bebió de su jarra. —Además hay que arreglar una pared del establo. Ayer los caballos se pusieron nerviosos.

—¿Y cuál puede haber sido la razón? ¿Los lobos?

—Siempre en esta época del año merodean por aquí buscando alimento. El laird ya ha advertido a las madres que vigilen a sus hijos.

Se estremeció solo de pensarlo. —Eso es horrible.

—Desgraciadamente ya ha pasado.

—Qué horror, pobre madre.

Él hizo una mueca. —Sí, mi madre lo pasó mal.

—Cuánto lo siento —dijo impresionada—. ¿Fue un hermano tuyo o un pariente?

—Una hermana. Tenía unos meses. Mi madre la llevaba en un canasto. Lo dejó a su lado en el río para coger agua y esa bestia se abalanzó sobre el canasto. Casi ni le dio tiempo a verle y ya se la llevaba.

Era raro que los lobos se acercaran tanto a una población y más aún para atacar buscando comida. —Tienen que estar

hambrientos. ¿Y atacan a los animales?

—Alguna que otra vez. Tenemos perros que nos avisan, pero siempre hay alguna baja.

Él volvió a beber y al levantar la jarra vio que debajo tenía uno de los símbolos del medallón. Se quedó sin aliento. —¿Qué es eso? —preguntó como si nada.

La miró sin entender. —¿El qué?

—Lo que hay grabado en la jarra. Me parece conocido, pero ahora no me doy cuenta de donde lo he visto antes.

Él levantó la jarra y se tensó. —Oh, pues no sé, será que el que talló la madera le hizo una muesca.

Soltó una risita. —Pensarás que soy tonta.

Se relajó. —Claro que no. —Se levantó. —Bueno, tengo que irme.

Vio su desayuno a la mitad.

—Hay mucho que hacer.

Sonrió. —Por supuesto, que pases un buen día.

Vio como se alejaba a toda prisa y cogía la piel del gancho antes de abrir la puerta sin ponérsela siquiera. La mujer se acercó con un cuenco. —Aquí tienes.

—Te llamabas Effie, ¿no es cierto?

—Sí, mi señora.

Tenía que acostumbrarse a que la llamaran así. Intentó centrarse. —Effie pensarás que soy tonta.

—Oh, no señora.

—Es que ayer mi marido me mostró unos símbolos para celebrar nuestro matrimonio y me dijo lo que eran, pero había bebido tanta cerveza que ahora no lo recuerdo.

Effie se sentó a su lado. —¿Unos símbolos?

—Sí, dijo que eran para protegernos o algo así. No quiero que se enfade conmigo si me pregunta por ellos. ¿Si te los describo me podrías decir de nuevo qué son?

Ella sonrió. —Si los conozco…

Una que había picado. —Gracias, gracias.

Ella le dibujó con el dedo el símbolo del cuadrado. Effie se tensó. —¿El laird le ha dibujado eso?

Sonrió. —Sí, ¿qué significa?

—Prosperidad, familia… Buena posición social.

—Claro, esta marca significaba eso. ¿Y esta?

Dibujó una que parecía un rayo.

—Oh, esa nos avisa de que hay que pasar a la acción, ¿sabe? Hay que hacer la tarea que tengamos pendiente.

—Espero que no se me olvide de nuevo, no quiero decepcionarle —dijo antes de dibujar una flecha hacia arriba.

—Esa es la runa Teiwaz, representa el coraje, la fuerza de voluntad, la justicia. Es una runa que avisa de la llegada de grandes victorias.

Se le cortó el aliento. —¿Una runa? —La miró a los ojos. —¿Qué es una runa?

Effie palideció. —Me ha engañado, el laird no le ha hablado de nada de esto.

Iba a levantarse, pero ella la agarró por la muñeca. —Me lo vas a contar.

Asustada negó con la cabeza. —Antes muerta a que me saque algo más.

—¿Qué me oculta mi marido?

Miró hacia la escalera. —Por favor suélteme.

—¿Qué significa el símbolo que está grabado en mi cama?

La mujer a punto de llorar suplicó —No puedo decirlo.

—¿Tan grave es?

—¡No! Pero lo he jurado por mi vida. Entiéndame, señora, si su marido no…

Escucharon pasos en las escaleras y a toda prisa la soltó. Effie disimulando fue hacia la cocina y ella sonrió a su marido que no pudo ocultar que estaba encantado de verla. —Buenos días, preciosa. Has madrugado.

—Acostúmbrate esposo, siempre me levanto temprano. —Él se acercó y le dio un beso en los labios. —Al parecer tenéis mucho que hacer, antes me he encontrado con Ross.

—Sí, algunos tejados ya están viejos, hay que tener cuidado.

Effie se acercó con el desayuno del laird y ella empezó a comer. —Y hay lobos.

Él asintió. —No quiero que salgas de casa.

—No pensaba salir.

—De ti me lo espero todo —dijo divertido.

—Muy gracioso, mi laird. —Le miró con amor. —¿Y qué debo esperar yo de ti?

Se la comió con la mirada. —Puede que te lo diga esta noche.

Se sonrojó de gusto. —Estoy deseando que se oculte el sol.

Angus bajó corriendo las escaleras y se acercó a su hermana para susurrarle al oído.

El laird divertido preguntó —¿Qué has dicho, Angus? ¿Acaso no puedo oírlo yo?

Pálida volvió la vista hacia él y Evander se tensó. —Esposa, ¿qué ocurre?

—¿Vikingos? —Evander se tensó mientras Effie se desmayaba en la cocina. —¿Sois vikingos?

Él apretó los labios. —No sé de dónde sacas esa absurda idea.

—¡Ahora lo entiendo todo, por eso se aliaron vuestros bisabuelos! ¡Porque erais vikingos asentados aquí y al ver a uno de sus compatriotas en peligro le ayudó!

—¿Crees que si unos vikingos se asentaran aquí no lo sabrían los de las islas colindantes?

Entrecerró los ojos. —¡Yo no he visto a los McCaig en mi vida y viven al lado! ¡Puede que los laird tengan más contacto, pero simplemente poniéndose un kilt, asunto resuelto! —Se llevó la mano al pecho de la impresión. —Les aniquilasteis, ¿no es cierto?

—Yo no hice nada —dijo entre dientes.

—¡Invadisteis la isla y les matasteis a todos para asentaros aquí. ¡Adquiristeis sus costumbres, su apellido y su kilt!

—¡Esposa solo dices tonterías!

—¡Pues explícamelo!

La miró fijamente. —¿Sabes lo que es vivir en un lugar tan hostil que nada crece a tu alrededor excepto unos pocos meses al año? Mi pueblo moría de hambre. Mi bisabuelo se subió a un barco en busca de un futuro para los suyos y les trajo aquí. No había más que unos pocos hombres que no se resistieron, te lo aseguro. Le juraron lealtad y se trasladó a todo nuestro pueblo en dos viajes. Aquí había un futuro. Esos hombres les enseñaron la lengua, las costumbres, cedieron su kilt y mi bisabuelo les dio un futuro a sus familias. Nos volvimos uno. Ellos adquirieron nuestra cultura y nosotros la suya cogiendo lo mejor de ambos para formar nuestro propio clan. Sabíamos que debíamos ocultarnos, siempre lo hemos sabido, porque después de las incursiones de otros de los nuestros nos jugábamos el cuello. Somos enemigos y los demás clanes lo verían como una invasión después de todas las vidas que han segado los vikingos en el sur. Nos matarían a todos.

Se mordió el labio inferior. No podía culparles por buscar un lugar mejor para vivir, ella había hecho lo mismo intentando salvar a

los suyos. —¿Angus?

—¿Sí, hermana?

—Jamás dirás nada de esto a nadie fuera del clan, ¿me has oído? No se hablará de esto fuera de estas tierras, júraselo al laird.

—Sí, hermana. —La rodeó para acercarse a su esposo. —Juro por mi vida que mis labios están sellados.

Él asintió. —Gracias.

—Habla con tu hermana sobre esto —ordenó ella—. Y adviértele de los peligros de que se entere de esto alguien que no debe.

El niño corrió hacia las escaleras y Evander cogió su mano. —¿Lo entiendes?

—Sí, y entiendo por qué me lo has ocultado y por qué os habéis aislado de los demás.

—Todo el mundo puede cometer errores.

—Como el grabado en mi cama.

—El aegishjalmur es un símbolo de protección. Además, se dice que tiene propiedades mágicas y es capaz de conferir invisibilidad ante nuestros enemigos.

Sonrió. —Muy apropiado.

Cogió su mano. —¿Te molesta que no sea…?

—Tú eres Evander, lo demás son tonterías. —Acarició su mano. —¿Habéis tenido que negarlo en el pasado? ¿Alguien descubrió...?

—Hubo un hombre que dijo que mi bisabuelo hablaba de manera extraña y le acusó de ser vikingo, ahí intervino…

—Tu otro bisabuelo.

—Los pictos ya le conocían y dio credibilidad a mi clan. Más aún cuando se unió a la lucha.

—Así que los McMhaoil llegaron primero.

—Unos veinte años antes.

—Y de ahí su unión.

—Entre ellos podían hablar de su tierra natal en su propio idioma. A pesar de la distancia su alianza era inquebrantable.

Ella sonrió. —¿Le enseñarás ese idioma a nuestros hijos?

—Por supuesto, es parte de sus raíces.

Pensó en ello. —¿Crees que eso tuvo algo que ver en la muerte de tu abuelo?

—Estoy seguro de que no. Nos hubieran matado a todos sin piedad. Aquello fue un robo. Sabían que era rico y nos atacaron. —

Sus ojos se escurecieron. —Recuerdo perfectamente como un hombre con un saco en la mano arrancaba del cuello de mi madre el colgante de la perla mientras esa bestia la violaba.

—Les encontraréis a todos.

—Y morirán, te lo aseguro. —La besó en los labios. —Gracias por librarme de esta carga, preciosa.

—De nada. —Siguió comiendo sus gachas y soltó una risita. —Una vez mi amiga Anni me dijo que los vikingos eran grandes amantes.

Se la comió con los ojos. —¿Eso dicen?

—Cuando no te violan y te matan, claro.

Él gruñó. —Mujer, que los de por aquí tampoco se quedan mancos.

—En eso tienes toda la razón. Lo de amantes no puedo atestiguarlo, pero…

Él gruñó haciéndola reír y en ese momento escucharon un gemido en la cocina. Estiraron el cuello para ver que Effie se despertaba como si estuviera sorprendida y se sentaba de golpe diciendo —¡Yo no he dicho nada!

Las risas se escucharon en toda la casa.

Esa noche estaban cenando y los hombres hablaban su idioma relajadamente, lo que indicaba que el laird ya les había dicho que estaban al tanto de la situación. Sentada a su lado se acercó a su marido y susurró —¿Me lo enseñarás?

—¿Para qué quieres aprenderlo? Preciosa, no lo necesitas. Además, saberlo te pone en riesgo.

—¿Y si alguien planea matarme aquí a mi lado? Yo ni me enteraría. ¿Qué opinas de eso, marido?

Él entrecerró los ojos. —Te lo enseñaré.

Sonrió radiante. —Sabía que cambiarías de opinión.

La miró con deseo. —Esposa, creo que deberíamos empezar con las lecciones.

—Estoy impaciente.

Se levantaron y todos los de la mesa miraron hacia ellos. El laird la cogió en brazos haciéndolos reír. Fue hasta la escalera y le dijo —¿Te duele el costado, esposa? Quiero la verdad.

Había sido sincero con ella, no podía mentirle ahora. —Un poco. —Acarició su nuca. —Pero serás delicado.

Él elevó una ceja haciéndola reír. El golpe de la puerta principal contra la pared hizo que se volviera rápidamente e Yvaine sorprendida vio que su cuñado entraba en la casa cubierto con una piel y la espada en la mano. Evander se tensó dejándola en el suelo y Collin le miró a los ojos.

—¿Qué te ha traído hasta aquí, hermano?

—Problemas. Reúne a los hombres, están a punto de ponerse en marcha. No hay tiempo que perder.

—¿Evander? —preguntó asustada.

Su marido le hizo un gesto con la mano para que se mantuviera callada y empezó a bajar los escalones. —¿Quiénes son los implicados?

—Los McCaig, los McColton y los McKlein como suponíamos. Se han enterado de que buscábamos respuestas, seguramente por la hermana de la madre de Ada.

Evander sonrió. —Así que ha dado resultado.

Collin sonrió. —Como dijiste, hermano. En cuanto el laird McColton se dio cuenta de que también le faltaba la espada, se puso en movimiento y se han enterado de que les buscábamos. Las ratas han salido solas para intentar matarnos por sorpresa. Los hombres

que tenía vigilándoles han visto como se preparaban para atacar. No esperarán a la primavera. Te he venido a buscar porque uno de mis espías dice que se dirigirán a mis tierras y saldrán en la próxima luna llena. Se lo escuchó al mismo laird McKlein. Padre se ha quedado para ultimar los detalles de defensa, pero no podemos perder tiempo.

—¡Preparaos! —gritó haciendo que todos sus hombres fueran hacia la puerta.

Viendo como su marido cogía un hacha que estaba asegurada a la pared se le puso un nudo en la garganta. Los niños corrieron hacia ella y se abrazaron a sus piernas.

—¡Vamos, vamos! ¡Armaos y a los caballos! ¡Ross, que preparen los barcos!

Ulan se acercó al laird. —¿Y si cambian de opinión y vienen hacia aquí?

—Eso no pasará, no tienen barcos. Sabíamos que iniciarían la batalla en las tierras de Collin, creen que el laird está allí. Mi hermano se ha dejado ver lo suficiente como para que lo piensen. Intentarán matarle porque se creen que estamos desprevenidos y sin laird los pueblos son más vulnerables.

Angustiada se apretó las manos y dijo a los niños —Dejadme, tengo que despedirme de mi esposo. —Los niños obedientes lo hicieron de inmediato. Yvaine bajó los escalones y caminó por el salón que era un caos hasta llegar hasta él que estaba dando órdenes a Ross.

Aliastair entró en la casa portando la espada y miró a su alrededor. —Qué recuerdos. Es como si estuviera reviviendo la primera vez que entré en esta casa aún siendo un mocoso imberbe.

—Viejo, ¿a dónde te crees que vas? —preguntó Evander sorprendido.

—A vengar a mi primo, chico. Esos perros lo van a pagar con su vida. Seguro que la sangre de esos traidores hará que la hierba crezca mucho más hermosa en nuestras tierras.

Evander sonrió antes de agarrar su antebrazo en señal de saludo. —Eso seguro, viejo.

Aliastair miró hacia ella. —Chica nunca has estado más hermosa.

Su marido se volvió y apretó los labios acercándose a ella. Vio el miedo en sus ojos y la abrazó. —No quiero que te preocupes.

—Dime que volverás, es lo único que quiero saber.

—Volveré, tenemos que celebrar una boda, ¿recuerdas?

Sintiendo unas terribles ganas de llorar susurró a su oído —Recuerda tú la promesa que me hiciste. Me ibas a dar la vida que siempre he soñado y me harías feliz. Solo tú me haces feliz y te necesito a mi lado.

En ese momento la madre de Evander entró en la casa cubierta por una piel de lobo blanco y a Yvaine se le cortó el aliento mostrando su sorpresa. Se separó de su marido sin poder creérselo, se había atrevido a volver.

Su marido se volvió y juró por lo bajo. —No se podía quedar allí, preciosa. Sé que solo ha estado fuera unas semanas, pero…

—No quiero a esa mujer en nuestra casa —dijo entre dientes. Le miró a los ojos—. Casi me mata.

Evander apretó los labios. —Ahora no tengo tiempo para esto.

—Pero…

—¡Yvaine, tiene que quedarse! ¡Allí habrá una batalla!

Se hizo el silencio a su alrededor mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. —No puedo creer que me hagas esto.

—No es justo que me hagas este reproche en este preciso momento —dijo tenso—. Ella tenía sus motivos y deberías

comprenderla también.

Yvaine dio un paso atrás como si la hubiera golpeado y tremendamente decepcionada ni sintió que las lágrimas caían por sus mejillas. Keira se acercó sonriendo como si fuera la dueña y se quitó la piel tendiéndosela a una de las mujeres que la cogió enseguida. —Veo que te has recuperado. Me alegro mucho.

Sin contestar no dejó de mirar los ojos de su marido esperando que se disculpara, pero en lugar de eso dijo —Hablaremos cuando vuelva. —Se volvió para irse sin besarla siquiera y gritó —¡A los caballos!

—¡Evander!

Este ya en la puerta volvió la cabeza para mirarla. Ella no pudo disimular su desprecio porque si se ponía del lado de su madre en algo tan grave como lo que había ocurrido, su matrimonio no tendría futuro. Ya le había perdonado una vez que faltara a sus promesas, pero que pretendiera que esa mujer y ella convivieran bajo el mismo techo era inaudito. Eso significaba que no tenía en cuenta sus sentimientos y no lo haría nunca. Había vuelto a faltar a su juramento y eso no pensaba perdonarlo. —No estaré aquí cuando vuelvas.

Él se tensó con evidencia. —Sí que estarás.

—Al contrario que tú, yo sí cumplo mi palabra, cueste lo que cueste. —Se volvió sin esperar su respuesta y empezó a subir las escaleras. —¡Niños!

Estos corrieron tras ella y Evander apretó el hacha con furia. Miró a su madre que hizo un gesto sin darle importancia. —Se le pasará, hijo. Tú tienes cosas mucho más importantes en que pensar.

Se acercó a su madre. —Como vuelva a sufrir algún daño, no te hablaré más —dijo haciéndola palidecer—. Ella no es responsable de lo que pasó, ni siquiera había nacido, te aconsejo que intentes reparar el daño que le hiciste, madre. Y cuanto antes, no quiero que se disguste.

—Claro que sí, hijo. Déjalo en mis manos.

Ada observándoles ni se dio cuenta de que Collin se acercaba a ella. Este carraspeó. Ada le miró fríamente. —Me acaban de decir que ya te han comunicado…

Levantó la barbilla. —No me han comunicado nada, guerrero. ¡Ni falta que hace! —Se volvió furiosa y empezó a subir las escaleras dejándole con la palabra en la boca.

Evander se acercó a su gemelo y le palmeó el hombro. —Vamos hermano, tenemos otras cosas en las que pensar.

Otras cosas en las que pensar. Yvaine oculta entre las sombras de la escalera se llevó la mano al vientre intentando retener el sollozo que luchaba por salir y su hermana al subir se sorprendió de verla allí, pero la abrazó de inmediato. —No te apenes.

—No le importo.

—No digas eso, todo esto le ha tomado por sorpresa. Vamos a la habitación, es mejor que te tumbes, todavía no estás bien del todo.

Se dejó llevar y cuando entró en la habitación allí estaban los niños. —A dormir, a la habitación que yo voy ahora. Yvaine y yo tenemos que hablar de una cosa.

—¿No podemos quedarnos? —preguntó Angus asustado—. ¿El laird va a vengarse? ¿Y si esos clanes llegan hasta aquí?

Yvaine se sentó en la cama y dos gruesas lágrimas cayeron por su mejilla. —No vendrán, ¿no has oído al laird? No tienen barcos.

Angus mostró su alivio. —¿De veras?

—Venga, a la cama, mañana hay que levantarse temprano. Cuando llegue a la habitación os quiero ver dormidos. —Ada los llevó hasta la puerta. —A soñar con que nos comemos una bandeja de bollitos de jalea.

En cuanto cerró la puerta se volvió y se miraron fijamente. —No llores hermana, no quiero que derrames ni una lágrima más por su culpa, no lo merece.

Es que ni sabía qué decir. Una hora antes se reían a la mesa y ahora su matrimonio había acabado. —No tenía que haberle creído —dijo casi sin voz—. Tenía que haberlo imaginado cuando solo les envió lejos. No hubo castigo por lo que me hicieron. —Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas mientras Yvaine sonreía con tristeza. —Se tumbó en esta misma cama a mi lado y me dijo que me había utilizado en su venganza. Hizo que fuera por esa maldita espada. Arriesgó mi vida por su familia. Su familia —dijo con desprecio—. Me ha utilizado desde el principio y tuvo el descaro de decirme que cuando las joyas de su familia cayeron al suelo se había sentido traicionado. Mi padre había muerto, mi madre estaba en su lecho de muerte cuando me pidió esa espada, sabía que tenía unos hermanos que cuidar y él se sintió traicionado. Pero nos trajo hasta aquí y ni se aseguró de que estuviéramos bien atendidas. Decía que

era su esposa, pero su venganza era más importante. Su familia es más importante. —Sollozó. —¿Y yo qué soy? Le voy a dar un hijo. ¿No soy importante?

Su hermana se arrodilló ante ella y cogió sus manos. —Claro que eres importante, lo eres para mí. —Besó sus manos. —Lo eres para nosotros. Te ha defraudado dos veces, pero no dejaré que lo haga de nuevo.

La miró fijamente. —No estás sorprendida de lo del bebé.

—Ya lo sabía. Hace unos días secándote entre las piernas me di cuenta de que no habías sangrado desde que nos fuimos de nuestro hogar. Pero no debes preocuparte por eso, he robado lo suficiente para que podamos irnos lejos.

—¿Y Collin?

Se tensó. —La ha traído y te ha hecho daño. Estábamos a su cargo cuando casi te matan. Eso se lo perdoné emocionada por esa boda porque he de reconocer que no le había olvidado, ¿pero la trae a esta casa? No ha pensado en cómo te sentirías en cómo me sentiría yo al tener bajo el mismo techo a la mujer que tanto daño te ha hecho. Jamás seré su esposa porque como has dicho su familia es lo más importante para él. Me iré donde tú vayas y él ya es agua

pasada. Pero todavía no podemos irnos. No estás recuperada, es invierno y no tenemos un barco. Debemos pensarlo todo muy bien antes de dar el paso porque ahora esa bruja es la señora de la casa. Nadie te hará caso a ti estando ella aquí, pues es una de los suyos. Además, como nos sorprendan en la huida encontrarán lo robado y nos jugaremos el cuello con ella aquí. ¿Crees que no aprovechará la oportunidad para quitarnos del medio y así justificar ante sus hijos por qué nos ha matado? Es muy lista. Esa es la excusa que necesita para no quedar mal ante todo su pueblo. Mira cómo ha vuelto, con una sonrisa en el rostro como si no hubiera hecho nada. Debemos ser más listas que ella, hermana. Tú no saldrás de la habitación, puedes poner esa excusa pues no te has recuperado. Mientras tanto los niños y yo buscaremos lo que necesitamos. —Apretó sus manos. —Ya lo habíamos pensado la otra vez y creo que ahora podemos poner en práctica nuestro plan.

Yvaine asintió. —La balsa.

—De hecho ya he robado la sierra, las cuerdas y todo lo que podemos necesitar. Y está escondido en el bosque con todo lo demás.

—No quiero estar aquí cuando vuelva.

—No volverán hasta la primavera.

La miró sorprendida. —¿Crees que estarán tanto tiempo fuera?

—Oí a tu marido, le decía a Ross que estaría al mando mientras él no estuviera. Le preguntó cuándo creía que volvería y le contestó que en primavera porque después de la batalla piensan ir hasta los clanes a recuperar lo que les han robado. Eso lleva tiempo y más en invierno. Y si se comportan como llevan haciendo durante todos estos años…

—Se repartirán las ganancias a la mitad y Evander debe traer esas riquezas. Una cosa es trasladar caballos por un camino nevado y otra muy distinta trasladar carros.

—Exactamente. Así que tenemos tiempo, hermana. Tiempo para hacer esa balsa y para planearlo todo al mínimo detalle mientras te recuperas totalmente. Disimularemos tu embarazo todo lo posible hasta el momento de irnos.

Asintió limpiándose las lágrimas. —Siento una pena enorme —dijo antes de respirar entrecortadamente.

Ada negó con la cabeza. —No, hermana. Una pena sería que viviéramos con hombres que no nos quieren ni nos respetan. Porque eso nos convertiría en nuestro padre y yo no pienso vivir así.

Capítulo 9

Se acarició su pequeño vientre mirando el mar que ya no estaba tan agitado como hacía una semana. Ada se puso a su lado y sonrió. —Ha llegado el momento.

—Sí. —El día despejado permitía ver la costa.

—¿Qué hacéis aquí?

Se tensaron al oír la voz de Keira. Se cubrió bien con el grueso chal de lana tapándose la barriga y se volvió lentamente para ver a su suegra subida a su caballo.

—Deberíais estar en la casa.

—Mi hermana quería dar un paseo.

Su suegra la miró fijamente. —No tienes buen aspecto, cuando regrese mi hijo no quiero que me culpe de tu mala salud.

—Hay cosas que me revuelven el estómago —dijo con desprecio.

Esta se enderezó en la silla. —Cómo se nota que tú no viste morir a tu padre mientras te violaban.

—¡Yo no vi morir a mi padre porque estaba intentando llegar a vosotros para ayudaros! —gritó mostrando la furia que llevaba dentro.

Keira apretó los labios antes de tirar de las riendas para volver el caballo e hincó los talones en su vientre para salir a galope.

El labio inferior de Yvaine tembló y su hermana la miró preocupada. No solo le había pasado factura el disgusto por convivir con esa mujer cada día, sino que su embarazo no la estaba tratando bien pues vomitaba todo lo que comía. Estaba más delgada y demacrada. Lena le había preguntado mil veces qué le ocurría para intentar ayudarla, pero ella le había dicho simplemente que echaba de menos a Evander y necesitaba que volviera. Todos creían que había perdonado a su marido por ponerse del lado de esa bruja, al fin y al cabo, era su madre. Y eso las beneficiaba porque no se imaginaban que iban a irse.

—¿Ayer cogiste la comida? —preguntó viendo como Keira se alejaba.

—La llevó Angus. Ya está todo listo.

—Pues vamos a buscar a los niños. Es hora de empezar una nueva vida.

Caminaron hacia su antigua casa en el acantilado donde los niños estaban jugando. Silbó y los niños miraron hacia ellas antes de correr en su busca. Juntos bajaron a la playa por el camino del acantilado y entre todos cogieron la balsa que habían construido. Se veía robusta porque no habían querido escatimar en espacio. Habían clavado, atado y asegurado con tablas cada uno de los troncos, pero el inconveniente es que pesaba una barbaridad y tuvieron que arrastrarla un pedazo del camino. Y sobre las piedras que había en la playa era difícil. Al llegar a la orilla rieron dejándola caer. Corrieron a la pequeña cueva donde lo habían guardado todo y regresaron a la balsa para atar las bolsas a las cintas que estaban sujetas en los troncos.

—Niños arriba —dijo Yvaine.

Se subieron con agilidad y las hermanas cogieron los remos escondidos en la arena. Se volvieron y caminaron hacia ellos. —La

empujaré un poco —dijo su hermana—. Sube.

—No, sube tú. Ahora.

Ada la conocía lo suficiente para saber que no le haría caso, así que se subió a la balsa. Yvaine dejó el remo sobre la balsa y la empujó con ambas manos. En el agua no pesaba tanto. Cuando el agua le llegó a los muslos su hermana se asustó. —¡Sube! —La agarró del brazo y tiró de ella. Se raspó la pierna, pero lo consiguió.

Su hermana se puso a remar y una ola los elevó peligrosamente. —¡Rema, rema! —gritó Yvaine ignorando el agua que cayó sobre ellos. Remaron todo lo que pudieron y fue un alivio pasar las olas porque el mar estaba mucho más calmado, aunque no tanto como parecía desde el acantilado. El pequeño Sim no dejaba de llorar y Angus le abrazó por los hombros intentando protegerle. —Enseguida llegamos.

—¿Yvaine? —El pequeño quería ir con ella.

—No cielo, quédate ahí con tu hermano. ¿Ves lo lejos que estamos ya de la costa? Enseguida llegaremos a tierra, ya verás.

Remó mirando a su hermana que estaba roja del esfuerzo y es porque habían llegado a un punto que prácticamente no se movían. Una corriente las estaba llevando y se asustó de veras.

Remó más fuerte intentando salir de allí. Al mirar a su hermana vio algo oscuro a su derecha. Volvió la cabeza de golpe para ver el barco. Se le cortó el aliento dejando de remar. Había vuelto, Evander volvía a casa. Su hermana cuando se dio cuenta de lo que miraba en respuesta hundió el remo. —No te detengas.

Remaron con fuerza y tan nerviosas estaban por si ellos les veían, que ni se dieron cuenta de que salían de la corriente. Cuando la costa estuvo lo suficientemente cerca como para ver las rocas en la playa, les dolían los brazos horrores. —Ya está ahí —le dijo a los niños—. ¿La veis? ¿Veis la playa? Ya estamos cerca.

Sim sonrió agarrándose a su hermano. —¡Mira, Angus!

Sin dejar de remar echó un vistazo hacia el barco que ya había llegado a la isla, no habían reparado en ellos. Sintió un nudo en la garganta porque no le volvería a ver. Todos los sueños que había tenido sobre la vida que llevarían juntos se habían roto por segunda vez, pero se alegraba por haberle conocido, porque le había enseñado lo que era sentir amor, había llenado su corazón y cuando la acariciaba la hacía sentir completa. Con tristeza agachó la mirada antes de susurrar —Adiós Evander.

A unas millas a las afueras de Edimburgo, Ada entró en la casita que habían arrendado y dejó la carne que había comprado sobre la mesa. Yvaine cortando los puerros sonrió. —¿Qué te ha dicho el carnicero?

—Me ha pedido matrimonio. Otra vez. Estoy por no comer carne nunca más.

Rio por lo bajo. —Pues compremos ovejas, cabras, gallinas…

—No sería mala idea. Necesitamos unas cuantas gallinas más.

—Seguro que Duncan nos vende animales a buen precio.

El perrito que el dueño de la finca les había regalado, se puso a ladrar en el exterior y ambas miraron hacia la puerta abierta. —¿Y los niños?

—Cazando conejos. —Se limpió las manos con un paño y fue hasta la puerta para ver que el perrito le ladraba a los árboles que estaban al otro lado del camino que llevaba a la entrada de la finca. Entrecerró los ojos. —Ahí hay alguien.

Su hermana cogió el cuchillo y se acercó a ella. —¿Estás segura?

—Mira a Pinto, jamás hace eso.

—Igual es un animal.

—Le tendría miedo, si teme hasta los ratones. La última vez que vio uno tuve que cogerle en brazos.

El perro empezó a ladrar con más fuerza y Ada miró hacia un árbol. —¡Ahí hay alguien!

—Eso ya te lo he dicho yo.

—He visto una pierna.

—Mierda.

—Ya te dije que no teníamos que vivir tan lejos de cualquiera, ¿y ahora cómo nos defendemos? Nos lo van a quitar todo, todo lo que no tenemos escondido, claro. ¡Pero eso dará igual porque estaremos muertas!

—Ve a por los niños.

Ada iba a salir corriendo cuando el perrito dejó de ladrar y volvió hacia ellas moviendo su rabito negro tan contento. Ambas parpadearon viéndole entrar en la casa y su hermana preguntó —Pinto, ¿se ha ido el de la pierna?

—¿En serio crees que te va a contestar?

—Es muy listo, mucho. Y se hace entender. —El perrito ladró. —¿Ves? —Ambas miraron hacia el bosque y esperaron. —Ha tenido

que irse, sino el perro no hubiera vuelto tan contento.

Sí, ella también pensaba lo mismo. Ahora Pinto se sentía seguro, solo había que verle que se había espatarrado en el suelo sin mirar a la puerta siquiera.

—De todas maneras, ve a buscar a los niños.

Ada salió corriendo y ella siguió vigilando los árboles sin fiarse un pelo, pero al cabo de unos minutos se dio por vencida porque no veía nada extraño. Pensando que su hermana tenía razón y que debían encontrar una manera de defenderse, iba a volverse cuando escuchó un chirrido. Y después otro. Estiró el cuello y Pinto corrió fuera poniéndose ante la casa para ladrar a una carreta que se acercaba por el camino. —¡Pinto, no! —Salió de la casa y se puso la mano sobre los ojos para ver un hombre y una mujer en el carro.

El hombre sonrió. —¡Buenos días! —Detuvo el carro frente a la casa. —¿Necesita telas? Tengo las mejores telas de toda Escocia.

—No, no necesitamos nada.

—¿Seguro? —Él miró su vientre. —Veo que va a tener un bebé. ¿Para él no necesita nada?

—No, gracias.

Sonrió a la mujer y está la correspondió antes de que su marido agitara las riendas y gritara —¡Hasta la próxima!

Se despidió con la mano e iba a volverse hacia la casa cuando vio a Evander al otro lado del camino vestido con sus pantalones negros y por su cara no estaba nada contento. Su corazón dio un vuelco.

—Pinto entra en casa —ordenó antes de dar un paso hacia atrás. El perro entró en la casa y ella le gritó —¡Vete de aquí!

Él siguió mirándola fijamente antes de empezar a caminar hacia ella con paso firme. —Mierda. —Entró en la casa y cerró la puerta colocando el travesaño antes de correr hacia la puerta de atrás y abrirla para salir corriendo hacia el bosque con Pinto detrás. Se agarró el vientre.

Escuchó un fuerte golpe y miró hacia la casa sin dejar de alejarse. El grito de guerra la estremeció por dentro y corrió más rápido. Silbó y el silbido de su hermana le indicó que estaba cerca. Fue hacia ella lo más aprisa que pudo y la vio cogiendo a su hermano pequeño en brazos porque no corría lo suficiente. Se encontraron y Ada preguntó —¿Qué ocurre?

—Evander está aquí y si antes has visto una pierna en el árbol es que no está solo.

En ese momento varios hombres las rodearon, entre ellos Collin que estaba tan furioso como su gemelo.

—¿Y ahora qué hacemos, hermana?

—Rezar lo que nos enseñó el fraile, porque están furiosos y que nos escapáramos ha sido una deshonra ante su pueblo. —Los hombres se acercaron y ellos se apiñaron sin quitarles ojo.

Evander llegó en ese momento. —Esposa, llevo semanas buscándote.

—Pues no tenías por qué. ¡Largo de mis tierras!

—Tengo entendido que no son tuyas. —Su mirada bajó hasta su vientre. —Como ese hijo que llevas en tus entrañas.

Le miró furiosa. —¡A ti te daba igual que muriera! ¡Te fuiste dejándonos con ella!

—¿Acaso mi madre te hizo algún daño en mi ausencia? ¿Lo hizo? —preguntó fuera de sí.

No contestó porque si no entendía que su propia presencia le revolvía las tripas no merecía la pena discutirlo.

—¡Apresadlas!

Sorprendida vio que los hombres se acercaban y Ada sacó el puñal de su bota al igual que Yvaine. —No os acerquéis.

—No les hagáis daño —dijo Evander molesto.

Un hombre enorme que no había visto nunca en el clan se acercó a ella sin ningún temor e intentó cogerla del brazo, pero ella dio un giro rodeándole y quitándole el puñal de su cinturón antes de estirar los dos brazos armada. Este entrecerró los ojos. —Muy hábil.

—Aléjate —dijo fríamente.

Sintió que alguien se acercaba por detrás y ella giró el cuchillo en el aire en un visto y no visto para que la hoja quedara hacia el suelo. Bajó su brazo rápidamente y clavó su acero en el muslo del que tenía detrás, pero este sin gemir siquiera la agarró por el cabello pegándola a su pecho. —Mujer, ahora sí que me has enfadado. —Evander arrancó el puñal de su muslo y le puso la hoja en su barbilla antes de sisear —Suelta el otro.

Abrió la mano dejando caer el puñal al suelo mientras que su hermana y los demás eran atrapados por los hombres de Collin. Dedujo que eran de Collin porque de allí ella no conocía a ninguno, así que tenían que ser de su clan. —¿Qué vas a hacer con nosotros?

—Ahora me vas a llevar donde tienes escondido el anillo.

Palideció, había ido por el anillo de su abuelo. —¿Y después te irás?

—No colmes mi paciencia, mujer.

Ada la miró asombrada. —¿Le robaste el anillo?

—¡Padre arriesgó la vida por él! ¡Era suyo!

—¿Pero estás loca?

Su hermana no se lo podía creer y se sonrojó ligeramente. —¡Es nuestro seguro!

Su marido la volvió para mirarla. —¿Seguro?

Sonrió maliciosa. —Si nos pasa algo, si desaparecemos de la noche a la mañana cierta persona lo llevará ante el rey. ¿Qué crees que dirá al ver las runas grabadas alrededor de la piedra?

Su marido se tensó. —No has sido capaz.

—Claro que sí, cielito. Por mi familia soy capaz de cualquier cosa. —Le miró fríamente. —Suéltame.

—¡Dónde está el anillo! —gritó en su cara.

—Vas a sudar sangre antes de recuperarlo, eso te lo juro por el Dios cristiano.

La miró como si no se lo creyera. —Mientes, nunca nos harías daño.

—Cuando sientes como te rompen los huesos, cuando sufres el dolor de la traición, sueles cambiar de opinión.

—¡Buscadlo en la casa!

Rio con maldad. —Pueden intentarlo, pero no darán con él. No soy tan estúpida como crees.

Los hombres se alejaron y su marido apretó el cabello de su nuca acercándola a su rostro. —No hagas que tenga que haceros daño, mujer. Ese anillo pone en peligro a mi pueblo y pienso recuperarlo.

—Suerte tuviste que nadie se diera cuenta de las runas del anillo en mi antiguo clan, ¿crees que tendrás tanta suerte esta vez? Creo que el rey está más que familiarizado con las andanzas de los vikingos por estas tierras. Y es muy culto. En cuanto vea el anillo sabrá de qué se trata. ¿Crees que le costará averiguar la verdad? Solo tiene que seguir las pistas que le he dejado por los contornos sobre ti. Imagínate que sus hombres encuentran tu tartán.

—Serás zorra —siseó furioso.

Se le puso un nudo en la garganta por su desprecio, pero aun así siseó —Tú proteges a tu familia y yo a la mía. Y pienso hacerlo hasta que me quede un aliento de vida.

—¡Buscad esas pistas! ¡Rápido!

El resto de los hombres se distribuyeron y Collin se acercó sujetando a Ada del brazo. —¿Y si no damos con ellas?

Sonrió de una manera que le puso los pelos de punta. —Ha hecho esto por su familia, en cuanto vea sangrar al pequeño nos lo contará todo.

Perdió todo el color de la cara mirando a su hermana a los ojos, que se tensó con evidencia mientras los niños gritaban de miedo. Sintiendo que su corazón se aceleraba porque su engaño no había dado resultado, alargó la mano sin que él se diera cuenta robándole el puñal de la espalda y poniéndoselo en su propio vientre. —Suéltame.

Sorprendido miró hacia abajo y perdió la sonrisa de golpe. —Mujer suelta eso.

—Antes de que les hagas daño a ellos me mato y me llevo a tu hijo conmigo.

—¡Suelta eso!

—¡Yvaine no! —gritó su hermana horrorizada.

Sin mover el gesto apretó el cuchillo en su vientre hasta que la sangre manchó el vestido. —Si me mato jamás lo encontrarás.

—¡Preciosa suelta el puñal!

—¡Suéltales, no te lo digo más!

Él soltó su cabello y vio por el rabillo del ojo que soltaban a su familia justo antes de recibir un golpe en la cabeza que la dejó inconsciente en el acto. Evander la cogió por las axilas antes de que cayera al suelo y miró a Ross como si quisiera desmembrarle. —Reúne a los hombres.

—¿Y las pistas?

Miró el rostro inconsciente de su esposa por el que corría un hilo de sangre que se deslizó por su piel hasta su cuello. Él entrecerró los ojos y cogió el fino hilo de cuero que llevaba Yvaine al cuello, lo arrancó con un golpe seco y les mostró el anillo que salió del escote. —Jamás se separó de él.

Se despertó entre sus brazos con un terrible dolor de cabeza. El movimiento que sentía le hizo cerrar los ojos porque la mareó. Estaba sobre un caballo. Escuchó la voz de su hermana protestando porque no la agarrara tan fuerte y abrió los ojos de nuevo sin darse cuenta. Su marido la miró y apretó los labios. —¿Estás bien?

Ella cerró los ojos de nuevo porque no quería ni verle. —Ah, no. No vas a volver a dejar de hablarme. Soy yo quien debería estar furioso contigo. Me has dejado en ridículo ante mi gente, mujer. ¿Dónde se ha visto que un hombre tenga que perseguir a su esposa por la mitad de las Highlands?

—¿Cómo diste con nosotros?

—¿Dos mujeres y dos niños? ¿Y además una pelirroja? Fuiste dejando rastros desde que llegasteis a la costa. Os perdimos pensando que estabais en Edimburgo, pero al preguntar en el mercado nos dijeron que solíais ir.

—Y seguisteis a mi hermana esta mañana.

—Ayer. Has estado inconsciente desde entonces.

—El anillo...

—El anillo ya está en mi poder como todo lo demás. Tu hermana nos dijo donde escondisteis lo robado cuando mi hermano amenazó con matar al perro. —La miró fríamente. —Ahora escúchame bien, sé perfectamente que nada de esto habría ocurrido si tú no das la orden, así que a partir de ahora te comportarás como todos esperan de la esposa de un laird, cumplirás mis órdenes y te

mantendrás calladita. Muchos ya no confían en ti ni en los tuyos. Nunca tendría que haberte confiado nuestro secreto.

No podía culparles por pensar así. —Si estamos en peligro déjanos marchar.

—Eso nunca, ¿me oyes? Ahora enderézate y mantente callada.

Con su ayuda consiguió sentarse e ignoró su mano en la cintura rozando su barriga hasta que se aseguró de que estaba sujeta. —¿Estás bien?

Mareada ni fue capaz de hablar porque sintió una arcada.

—¡Yvaine! —gritó su hermana viéndola vomitar inclinada a un lado a punto de caerse del caballo.

Collin con Ada sentada en su grupa se acercó de inmediato mientras su hermano la sujetaba con un brazo por debajo del pecho. —¿Está bien?

Un sudor frío la recorrió y vomitó de nuevo haciendo que todos se detuvieran. —Recibió un golpe muy fuerte, laird. He visto morir a hombres por golpes así —dijo la voz de un hombre.

—¡Cállate! ¡Ella es muy fuerte! —Cuando dejó de vomitar volvió a tumbarla entre sus brazos como si fuera una niña y le puso

cerca de los labios la bota de agua para que bebiera. —Bebe preciosa, hace mucho que no lo haces.

Sintiendo que no podía beber apartó los labios y preocupado miró a su hermano. —Enseguida llegaremos a casa. Lena se hará cargo de ella. Démonos prisa.

Iniciaron de nuevo el camino y ella que no era capaz de abrir los ojos agradeció que el sueño la venciera para que ese dolor desapareciera.

La siguiente vez que se despertó sintió que se balanceaba, que estaba sobre una piel y que tenía frío. Protestó con un gemido y se volvió intentando tapar sus piernas con el vestido. Evander agarró otra piel para cubrirla de inmediato. Su hermana atada de pies y manos en una esquina le miró con odio. —Esto es culpa tuya.

—¡Cállate!

—Pero a ti solo te importa el maldito anillo, tu maldita familia. Ella no te ha importado nunca. —Evander miró hacia ella y vio el desprecio en sus ojos. —Jamás te perdonará, esta vez no.

—Cierra la boca.

Provocadora rio. —¿Ahora haces que te importa? ¿Qué buscas, guerrero? —Entrecerró los ojos. —Entiendo, buscas ese niño

que lleva en su vientre, ¿no es cierto? Te aconsejo que hagas lo que sea para que su bebé viva, porque como no sea así y mi hermana sobreviva, una noche te cortará el cuello de parte a parte. Ya ha perdido a su padre por tu culpa, casi pierde ella la vida, pero como muera su hijo… Arrasará con todo tu pueblo antes de expirar su último aliento.

—Deja de decir disparates, mujer —dijo Collin acercándose a ella—. Mantente callada, mi hermano no tiene paciencia y yo estoy perdiendo la poca que me queda.

—Oh, ¿ya no quieres casarte conmigo? —preguntó como si fuera una pena enorme—. Menudo disgusto me acabas de dar, amorcito. —Mirándolo con odio escupió en sus botas. —Maldito el día en que convencí a mi hermana para que fuera a pedir matrimonio a tu hermano. Más nos valía haber muerto de hambre, cabrones.

Collin se agachó ante ella y la agarró por el cuello para que le mirara. —Ese día sellasteis vuestro destino, así que deja de hablar de una maldita vez porque puede que me canse de ti y de los tuyos. Puede que cumpla tu deseo y encuentren tu cadáver en algún campo cercano, ¿me has entendido? —dijo con voz lacerante.

Le escupió de nuevo en la cara demostrando que tenía valor y Collin apretó los labios. —Esto lo vas a pagar.

—¡Pues mátame de una vez!

La agarró por los brazos levantándola de malos modos y tiró de ella hacia la bodega mientras Ada gritaba furiosa que era un cerdo. Cuando bajaron las escaleras debió taparle la boca porque solo se oyeron gemidos y varios golpes en la parte de abajo. Evander suspiró mirando el rostro de su esposa que mostraba que algo le dolía. De repente ella se estremeció como si aún tuviera frío y Evander ya no supo qué hacer. Elevó la vista hacia el cielo estrellado y susurró —Odín ayúdame.

Se despertó en la cama de Evander y se imaginó que era porque su hermano habría reclamado la suya. Tenía hambre y elevó la cabeza para ver a Lena sentada en una silla dormida como un tronco. Menuda guardiana estaba hecha. Se sentó en la cama y se levantó lentamente para no despertarla. Fue hasta la puerta y la abrió lentamente hasta que tuvo suficiente espacio para pasar. Se preguntó si su hermana estaría en su antigua habitación y fue hasta

allí muy despacio abriendo la puerta para encontrarse las camas vacías. ¿Qué hora sería? El pasillo solo lo iluminaba la luz de la habitación del laird, pero no se oía nada en el piso de abajo. Debían estar fuera de la casa. Fue hasta las escaleras y vio la luz al final de ellas. Empezó a bajar y se encontró el salón casi vacío. Sim estaba jugando con los guerreros que se había dejado allí. —Pum, pum —dijo haciendo que pelearan.

—Chisss.

El niño miró hacia allí y sonrió de oreja a oreja. Le hizo un gesto para que se mantuviera callado y Sim corrió hacia ella subiendo las escaleras. Se agachó a su lado. —¿Dónde están tus hermanos?

—Angus ha ido con el laird a cazar y Ada está encerrada en su habitación.

—¿Encerrada?

—Su marido ha dicho que hasta que no la meta en cintura no saldrá.

Se tensó con fuerza. —¿Has dicho marido?

—Les casó el laird ante todos. Ella no dijo ni pío, pero les casó igual.

—¿No me digas?

—Y se rieron por su cabezonería. Y bebieron, bebieron mucho. A Ada la encerraron para que no diera por saco y allí sigue. Está castigada.

—Ya veo.

—¿Estás malita?

—No cielo, otros se van a poner más malitos que yo cuando acabe con ellos. —Le besó en la mejilla. —Vuelve a tus juegos. —Subió las escaleras y susurró —¿Ada?

—¡Aquí! —Miró hacia su antigua habitación y corrió hacia allí. —¿Yvaine? —preguntó inquieta.

—Estoy bien, no te preocupes.

—¡Se ha casado conmigo! Después de lo que hizo se ha atrevido a casarse conmigo —dijo indignada—. ¡Y ahora pretende que le dé un hijo! Dice que su hermano le lleva ventaja, ¿lo puedes creer?

—Shusss… ¿Dónde está la llave?

—La tiene él. Ayer cuando se quedó dormido salí y le encerré con su propia llave, pero me pillaron antes de salir de la casa.

—Mierda.

—No podemos escapar, pero te juro que se va a arrepentir de esto.

—Y tanto que se van a arrepentir. —Frunció el ceño. —¿Qué piensas hacer? No le mates.

—¿Matarle? ¡Cómo voy a hacerle eso, es mi marido! Hasta madre no le mató y eso que no le soportaba.

Puso los ojos en blanco. —Y haces muy bien —dijo antes de añadir por lo bajo—. Porque era lo que nos faltaba.

—¿Qué?

—Tú aguanta, ya te sacaré de ahí.

Alguien carraspeó y volvió la vista hacia Lena, que ante la puerta de la habitación del laird cruzada de brazos empezó a dar golpecitos con el pie en el suelo. —Estás descalza y tienes prohibido salir de la habitación.

Hizo una mueca. —¿Hermana?

—¿Sí?

—Creo que voy a tardar un tiempo en sacarte, pero tú no te preocupes.

—Vale.

Caminó hacia Lena y gruñó entrando en la habitación.

—Ahí tienes agua y todo lo necesario. Come. Cuando llegue, avisaré a tu marido de que ya estás bien. —Cerró la puerta y escuchó el candado al cerrarse.

Jadeó indignada. —¡Esto no es necesario!

—Claro que lo es, niña. Mira que escaparte... ¡Ni quiero pensar en lo que te podría haber pasado!

Molesta fue hasta la cama, pero recordó que quería aliviarse. Agarró el pequeño barreño de metal de debajo de la cama y sobre él suspiró. ¿Y ahora qué hacía?

Capítulo 10

A cada minuto que pasaba se enfurecía más. Comiendo queso sentada en la cama miraba hacia la puerta como si sus ojos pudieran calcinarla. Cómo le gustaría ser hombre para dejarles las cosas muy claritas. Terminó de comer todo lo que había en el plato y bebió sedienta la cerveza que quedaba en la jarra. Iba a posarla en la mesilla cuando escuchó que se abría el candado. La puerta se abrió y la jarra chocó contra la pared a punto de darle a su marido, que hizo una mueca antes de volver la vista hacia ella. Este sonrió. —Estás mucho mejor.

—¡Muérete!

—Eso no pasará en un corto espacio de tiempo, así que ponte cómoda para disfrutar de nuestro futuro juntos.

—Muy gracioso.

Se puso ante ella con los brazos en jarras. —Como veo que no te has repuesto de ese irracional enfado tuyo, te quedarás aquí hasta que recapacites por tus malas acciones.

—¿Qué malas acciones?

—¡Abandonarme! —gritó sobresaltándola—. ¡Y apuñalarme! ¿Te parece poco?

—¿Te duele?

—¡Sí!

—¡Más dolió lo que me hizo tu madre!

—Vas a tener que aprender a convivir con ella porque no se va a ir, este es su hogar. ¡Ella y mi padre se quedarán aquí hasta que se mueran!

—No pienso quedarme.

—Claro que lo harás.

—Me escaparé de nuevo.

Se acercó a ella. —Mujer como si tengo que engrilletarte a la pared, pero a mí no vas a humillarme de nuevo ante los míos.

Le arreó un tortazo que le volvió la cara y él gruñó antes de mirarla de nuevo. —Te aseguro que esa mano no la vas a usar en mucho tiempo. —La agarró de la muñeca y ella gritó dándole de

patadas, pero como si no la sintiera tiró de ella hasta el poste de la cama. Al ver las cadenas en el suelo gritó de nuevo intentando golpearle con la otra mano, pero le engrilletó la muñeca al poste de la cama sin ningún miramiento. Como ella no dejaba de golpearle con la otra mano también se la agarró y se subió sobre ella tirando de su brazo para tumbarla. No tardó en engrilletarla también. Él a horcajadas sobre ella sonrió. —A ver si así aprendes.

—Cabrón.

Rio antes de bajar la vista por el escote del camisón y metió la mano por él para acariciar su pecho erecto. —Tienes los pezones duros, mujer. ¿Te has excitado?

—¡No me toques!

—Comprobémoslo. —Su otra mano se metió entre sus piernas y a Yvaine se le cortó el aliento cuando sintió sus dedos en su sexo acariciándola de arriba abajo. —Parece que no. —Pasó la mano de nuevo rozando el botón de su placer y ella sintió que el fuego recorría su vientre. —Ya veo. —Metió el dedo en ella. —Aquí está, el elixir de tu deseo. —Ella apartó la cara sintiéndose traicionada por su propio cuerpo y furioso la agarró por la barbilla para que le mirara. —Escúchame bien, harás lo que yo te diga cuando te diga y serás

una buena esposa. Intentarás soportar a mis padres por el bien de todos, ¿me has entendido?

—Antes muerta.

Evander palideció por sus palabras. —Cambiarás de opinión o no verás al bebé nunca más.

Le escupió a la cara y él levantó la mano, pero algo le detuvo. —Vamos pégame.

Él gritó levantándose de la cama y furioso golpeó la pared dejando un rastro de sangre antes de salir dando un portazo. Los ojos de Yvaine se llenaron de lágrimas viendo la sangre. Su corazón dio un vuelco porque había preferido dañarse a sí mismo que pegarle a ella. Sin poder evitarlo sollozó y se preguntó si estaba siendo una egoísta que alteraba la vida de todos porque no podía olvidar el dolor que había sufrido por culpa de sus padres. Miró al techo y las lágrimas corrieron por sus sienes. ¿Pero cómo ignorarlo cuando casi la habían matado? ¿Ahora tenía que convivir con ellos y hacer como si nada? No se veía capaz.

Tres días después su marido entró en la habitación y sin decir palabra le quitó los grilletes. Ella mirando el techo ni se movió porque sabía que cuando lo hiciera el dolor recorrería su espalda. —Si te portas bien no habrá más castigos —dijo ignorando el olor que desprendía, pues Lena solo estaba autorizada a darle de comer y de beber dos veces al día por lo que hasta se había hecho sus necesidades encima.

Sin hablar ni sintió que las lágrimas de la impotencia se escapaban de sus ojos y él apretó los labios. —Mujer, no lo hagas más difícil.

—¿Tú lo soportarías? —preguntó como ida—. ¿Soportarías los insultos que me infliges?

Dio un paso hacia ella para que le mirara y furioso dijo —De hecho, los he soportado. ¿Qué crees que hubiera hecho otro laird por haberle robado y abandonado? ¡Por haberte llevado a mi hijo! Esto no es nada para lo que tenía que haberte hecho.

Pálida vio cómo iba hacia la puerta y antes de salir la miró. —Aséate y baja a cenar. Es una orden.

Inmediatamente entró Lena que simuló que no le molestaba el olor para acercarse. Bajó los brazos lentamente reprimiendo un

gemido de dolor y esta negó con la cabeza. —No te enfrentes a él. No le lleves la contraria, niña. Te quiere en su vida, a otra la hubiera matado.

Reprimiendo las ganas de llorar siseó —Lo que tú no entiendes, lo que no entiende él, es que no voy a estar con un hombre que no valora mis sentimientos. Ni ahora ni nunca.

—Pues vas a sufrir, niña. Porque si sigues por este camino este castigo no será nada comparado con lo que te hará. Piénsalo por el bien de todos.

Bajó las escaleras al salón y todos se quedaron en silencio contemplándola. Jamás había estado más bella. Su cabello brillaba rodeando su hermoso rostro y el vestido que Lena le había dado de un color verde intenso ensalzaba sus ojos. Cuando llegó abajo miró hacia la mesa del laird donde todos ya estaban esperando. Su marido a la cabecera, su padre a su derecha y su hermano había dejado un hueco para que se sentara junto a su esposo. Se acercó porque no le quedaba más remedio y se sentó en silencio.

—Buenas noches, nuera —dijo su suegra al lado de su esposo.

Elevó la vista hacia ella mirándola con odio y esta apretó los labios.

Douglas ante ella dijo —Hijo, al parecer tu esposa no tolera nuestra presencia.

—Si a mí me hubierais roto los huesos, tampoco la toleraría, padre —dijo Evander muy tenso—. Así que intenta no volver a sacar el maldito tema.

—¿Por qué no intentamos pasar una noche en paz? —preguntó Collin antes de acercarle una bandeja con venado—. ¿Gustas?

Ella no movió el gesto y su marido dio un golpe en la mesa sobresaltándola. —Vas a comer, no pienso dejar que mates a mi hijo por tu cabezonería.

—Ya he comido —dijo sorprendiéndole.

—¿Cómo que has comido?

—Antes bajé a la cocina.

Él miró hacia Effie que se sonrojó. —Tenía hambre, laird. No pude negarme.

—¿Puedo levantarme y regresar a la habitación?

—No.

Sus manos acariciaron su vientre y suspiró volviendo la cabeza hacia Angus que sentadito al lado de su suegra no probaba bocado mirándolos alerta. Le hizo un gesto para que comiera y este cogió su pata de liebre para darle un mordisco. Al ver que Sim sentado a su lado hacía lo mismo sonrió. —¿Dónde está mi hermana?

—Al parecer tu hermana todavía no está preparada para bajar —dijo Collin antes de gruñir—. Es tan cabezota como tú. —Tiró un hueso hacia atrás y Pinto llegó corriendo para cogerlo.

—¡No! —exclamó levantándose—. ¡Pinto suelta eso!

Asombrados vieron como corría tras el perrito para cogerlo y quitarle el hueso de la boca, pero este no lo soltó. —He dicho que lo sueltes.

Este gimió antes de abrir la boca.

—¿Pero qué haces, mujer? ¡Es un perro!

—¡El último que tuvimos se murió después de comer un hueso, no pienso dejar que pase de nuevo!

Regresó a la mesa y se sentó con él encima acariciando su lomo. Cogió un pedazo de venado y se lo dio en la boca para que se pusiera contento. Eso la hizo sonreír y su marido dijo —No se le dan más huesos al perro.

Su suegro chasqueó la lengua. —Morirá de otra cosa, es muy pequeño.

Ella le fulminó con la mirada. —Pues procura que viva mucho tiempo, viejo, porque entonces pensaré que lo has matado tú para darme una lección sobre cómo debo comportarme y te aseguro que esta vez no me quedaré de brazos cruzados.

—¿Has amenazado a mi marido?

—¿Te ha sonado a amenaza, suegra? ¿Quieres darme un tortazo para que vuelva al redil o vas a enviar a alguien a violarme y a matarme? —Esta se sonrojó con fuerza mientras se echaba a reír. —Claro que sí, porque tú eres una cobarde, pegas cuando alguien está indefenso y envías a tus esbirros a que hagan el trabajo.

Keira miró a su hijo. —Es evidente que tu esposa no lo olvidará nunca.

Esa mujer la sacaba de quicio. —¿Acaso vosotros olvidasteis vuestra venganza?

—¿De eso se trata, esposa? ¿Quieres venganza?

—¡Quiero justicia! —gritó furiosa—. ¡Contradijeron a sabiendas las órdenes del laird y comen a tu mesa!

Varios murmuraron a su alrededor y Evander la miró a los ojos fríamente. —Quieres justicia.

Douglas se enderezó. —Hijo…

—¿Qué temes, padre? ¿Acaso no debo cumplir siempre con mi obligación, caiga quien caiga? Eso es lo que me enseñaste cuando me pusiste al mando con diez años.

—Me dijiste que los habías desterrado y aquí están de nuevo.

—Ya lo he entendido, esposa, pero si me pides que aplique el castigo, ¿a dónde irán? La esposa de Collin, tu hermana, tampoco los tolera. ¿Debo expulsar a mis padres por haber sentido odio hacia ti al creerte una traidora? ¿Y acaso no lo has sido cuando volviste a robar el anillo?

Palideció mirándole incrédula. —¿Me comparas con ellos? ¿Comparas a mi familia con ellos? —Soltó al perrito y se levantó. —Nuestra familia lo único que ha hecho ha sido luchar para ayudaros en todo lo que ha podido, ¿y qué ha recibido? ¡Promesas

incumplidas y castigos inmerecidos! ¡Cómo el que está cumpliendo mi hermana en su habitación!

Evander se levantó lentamente. —Siéntate.

—¡No pienso hacerte caso, tú no eres mi laird!

Varios jadearon por el insulto. —¿Qué has dicho? —preguntó él con voz lacerante.

—¡El deber de un laird es proteger, proveer y hacer justicia!

Dio un paso hacia ella amenazante. —Así que no soy tu laird.

—¡Ni mi esposo! —gritó mientras se le rompía el corazón en mil pedazos porque sabía muy bien que llegaría un castigo por su osadía pública—. ¡Te repudio!

Fuera de sí la agarró por el brazo. —¡Retráctate!

Le miró con odio. —Antes muerta.

—Igual ese momento llega antes de lo que crees. ¡Quedas desterrada de la aldea, vivirás en la casa del acantilado y en cuanto des a luz a mi hijo, te quiero fuera de mis tierras!

—Pues muy bien —siseó.

—Si crees que puedes escaparte con mi hijo, estás muy equivocada. ¡Ross!

Este se levantó. —¿Sí, mi laird?

—Quiero una guardia ante la casa día y noche hasta que se vaya de aquí.

—Como digas, laird. —Este la cogió por el brazo y tiró de ella hacia la puerta.

Sus hermanos gritaron y se dio cuenta de que ellos no iban con ella. —¡No! ¡Angus!

—Ellos se quedan. —Su marido sonrió con maldad. —Y tu hermana también. Se irán con Ada mañana mismo a las tierras de Collin.

—¡No! —gritó desgarrada. Los hombres la cogieron por los brazos e intentó resistirse—. ¡No, Angus! ¡Angus…! ¡Sim! ¡No me los quites! —La arrastraron hacia la puerta, aunque luchó contra ellos la sacaron de la casa. —¡Mis niños!

Escuchando sus gritos el laird se sentó en su silla intentando no mostrar nada.

—¡Maldigo el día que puse mis ojos en ti! ¡Fuiste mi ruina! —gritó rota de dolor—. Ada volveré a por ti, ¿me oyes? ¡Jamás nos separarán!

Apretó los labios antes de mirar a su gemelo, que ya escuchaba los gritos de su esposa en el piso de arriba llamando a

Yvaine con desesperación. —Gracias por complicarme la vida, hermano.

—Al menos estará a tu lado, que es mucho más de lo que tengo yo —dijo con voz ronca antes de coger la jarra y beber sediento, ignorando como se miraban sus padres con satisfacción.

Sentada en la cama de la casita sentía frío. No tenía leña para encender el pequeño hogar y tampoco había comida ni agua, pero no pensaba pedir nada de eso a la guardia que estaba fuera, porque lo único que le preocupaba en ese momento eran sus hermanos y que se irían ese día. Tenía que abandonar la isla en cuanto diera a luz y para eso aún faltaba un tiempo. Collin ya habría advertido a los suyos de que podría ir hasta allí y no le permitirían llegar hasta su familia, si es que conseguía alcanzar sus tierras. Una mujer sola por los caminos era una presa fácil, pero tenía que recuperarles. Tenía que sobrevivir, tenía que escapar antes de dar a luz y llegar a ellos antes de que entraran en las tierras de los McMhaoil. Frenética miró a su alrededor. Los guerreros de Evander habían sacado de la casa cualquier cosa que pudiera usar como arma, pero algo debía quedar por allí. Se levantó y empezó a buscar, pero se mareó por la falta de

alimento. Tuvo que sentarse apoyándose en la mesa y en ese momento la puerta se abrió mostrando al laird que agachó la cabeza para entrar en la casa. La miró fríamente antes de echar un vistazo a su alrededor. —¿No enciendes el fuego, mujer? La casa es de piedra, hace frío.

Se mantuvo en silencio y él fue hasta el hogar para jurar por lo bajo antes de ver que aparte de la leña no había ni comida ni agua. Se enderezó. —Haré que te traigan lo necesario, no quiero que mi hijo sufra por tu culpa.

El labio inferior de Yvaine tembló por las ganas que tenía de gritarle que era un cerdo, pero seguramente diría que ella se lo había buscado, así que eran malgastar palabras que empeorarían su situación.

Él la miró fijamente. —¿No piensas decir nada?

Lentamente levantó la vista hasta sus ojos. —Me has quitado todo lo que me importaba, hasta la libertad. Me arrepiento de haberte amado, porque es amor malgastado en alguien que no merece la pena. El día que puse mis ojos en ti, más me valía haberme quedado ciega.

Él sonrió sin ganas. —¿Pero me has amado alguna vez? Me pediste matrimonio por interés y como no me plegué a tus deseos mostraste tu verdadero carácter, mujer. —Apoyó las manos en la mesa para sisear —Si te hubiera importado, nunca te hubieras ido y hubieras luchado por mí.

No pudo disimular su desprecio. —¿Tú hablas de luchar? ¿Tú que te has puesto del lado de los enemigos de tu esposa? La lealtad en un matrimonio debe ser inquebrantable y tú no me has sido leal nunca.

—¿Y tu lealtad, esposa?

—¿Acaso yo no te he sido leal? Te perdoné. Ignoré el daño que me habías hecho para disfrutar de mi amor por ti. —Una lágrima cayó por su mejilla. —¿Y cómo me lo pagas? Humillándome. Traicionándome de nuevo al incumplir tu promesa. —Él se quedó en silencio. —Sabes de sobra que hiciste mal y esta conversación es inútil, así que si has venido es por otro motivo. No pierdas el tiempo y vete al grano de una maldita vez.

La observó unos minutos y se enderezó. —Quiero que hables con tu hermana.

Se le cortó el aliento. —¡Sí!

—Un momento, quiero que le hables para que se vaya con mi hermano voluntariamente.

—Antes muerta —dijo con rabia.

—Piénsalo bien. Ella tiene la oportunidad de tener una buena vida al lado del hombre que ama, ¿vas a arrebatarle eso? ¿Eres tan egoísta que no te das cuenta de que tus quejas solo enturbian su futuro? —preguntó furioso dejándola sin habla de la impresión—. Ada y los niños tendrán una buena vida allí, no les faltará de nada y mi hermano la ama. Puede ser muy feliz, pero es obvio que tú no puedes estar en su futuro. ¿Piensas hacer que se la lleve a rastras para que le tenga el mismo odio que tú me tienes a mí? ¿O de verdad la amas y dejarás que se vaya a vivir su vida como merece?

Su corazón lloró en su pecho pensando en lo que le decía. Sin ella en la vida de Ada, viviría al lado del hombre que amaba y ya no tendría necesidades nunca más. Y ella pensando en cómo llevársela cuando no era justo. Que ella hubiera entregado su corazón a un hombre que no lo merecía no significaba que Collin fuera igual. Y de hecho no lo era, él nunca había faltado a su palabra con su hermana. Al pensar en no ver nunca más a Ada y a los niños sintió que se le desgarraba el alma, pero Evander tenía razón así que susurró —Quiero verla. Quiero despedirme de ella y de los niños.

Dio un paso amenazante hacia ella. —Como le digas algo que dañe el futuro que tiene con mi hermano, te juro que lo vas a pagar.

—Nunca haría daño a mis hermanos, son mi sangre y moriría para evitar que algo les hiriera.

Evander asintió antes de salir. —Haré que vengan de la casa —dijo antes de cerrar la puerta.

Se echó a llorar cubriéndose el rostro con las manos. Lo había perdido todo.

Una hora después escuchó movimientos fuera y se puso de pie apretando sus mejillas para darles algo de color. La puerta se abrió y sonrió a su hermana que corrió hacia ella para abrazarla con fuerza. —¿Estás bien?

—Sí, tranquila. —La apartó para mirarla. Llevaba un vestido de terciopelo color borgoña que ensalzaba su belleza. —Estás preciosa.

—Es regalo de Collin —susurró preocupada apartándose.

Los niños llegaron corriendo y se agachó para abrazarlos. —Al parecer vais a hacer un gran viaje —dijo emocionada.

—¿Tú no vienes con nosotros? —preguntó Sim disgustado.

—Voy a tener un hijo, no es momento de hacer viajes. —Acarició su mejilla. —Pero allí estaréis muy bien y haréis muchos amigos. Hacerle caso a Ada en todo, ¿me entendéis? Ahora ella manda. —Ambos asintieron. —Sed buenos y recordad que os quiero mucho. —Les abrazó con fuerza intentando reprimir las lágrimas, pero tuvo que soltarles porque debían irse. Al levantarse vio a Collin muy tenso en la puerta. —Cuidarás de ellos, ¿verdad?

—Con mi vida, no te preocupes.

¿Que no se preocupara? Eso sería imposible. Miró hacia su hermana y sonrió con tristeza.

—No puedo dejarte aquí —dijo Ada sin dejar de llorar.

—Claro que puedes, te lo ordeno. —La abrazó con fuerza. —Quiero que seas muy feliz y lo serás con Collin.

—¿Cómo voy a ser feliz cuando tú te quedas aquí?

—Estaré bien. Tendré a mi hijo y estaré bien.

—Ven con nosotros, por favor.

Collin se tensó. —Esposa, eso no puede ser y sabes muy bien por qué.

Apretó sus manos llamando su atención. —Cuando me casé con él sellé mi destino, como tú has sellado el tuyo con Collin. No puedo salir de aquí, pero tú sí y no voy a dejar que tires tu futuro por mi culpa. Seré feliz sabiendo que tú lo eres, así que no quiero que desaproveches ni un solo minuto llorando por mí, ¿me oyes? —dijo firme—. Tranquila, mi situación se arreglará.

—¿Eso crees? —preguntó esperanzada.

—Por supuesto que sí —dijo Collin—. Y volveréis a veros antes de lo que crees.

—No es un adiós definitivo, hermana —dijo aunque sabía que no era cierto—. Venga, iros que se hace tarde para cruzar el mar.

—Te quiero —susurró Ada entre lágrimas antes de abrazarla de nuevo.

—Y yo a ti.

Los hermanos abrazaron sus piernas y les dio besos a todos sabiendo que eran los últimos. —Cuidaos mucho.

Empezaron a salir y Ada resistiéndose a irse caminó más lentamente. Collin cogió su mano y ella susurró —Soñaré contigo.

—Y yo contigo, hermana.

Salieron de la casa cerrando la puerta y ella sollozó volviéndose sin soportar más el dolor, que fue tal que cayó desplomada en el suelo.

Se despertó en su camita y sintió el calor del fuego. Al volver la cara vio a Evander mirando las llamas con la mirada perdida, pero él se dio cuenta de que estaba despierta y se levantó. —¿Cómo estás?

El odio de su mirada se lo dijo todo deteniéndole en seco. Él asintió. —Te he traído varias cosas, Lena se ha encargado de poner en la cesta todo lo que pudieras necesitar. Me avisará para el parto.

Fue un alivio no verle más y lo mostró en su cara. —Veo que no te importa. —Fue hasta la puerta y la iba a abrir, pero se detuvo. —¿Crees que no sé qué te he fallado? —dijo con la voz tomada de la emoción provocando que ella retuviera el aliento—. Lo sé muy bien. Esta vez no voy a excusarme por mi comportamiento. Cuando salí a buscarte sabía a lo que me exponía, te había hecho daño al aceptarla de nuevo, pero me dije que si te seguía lo hacía por mi pueblo, por recuperar ese maldito anillo que nos ponía en peligro a

todos. Sabía de sobra cual sería tu reacción, pero no pude evitarlo aun sabiendo en qué acabaría todo. No fui capaz de dejarte ir, preciosa. Pero tampoco soy capaz de negar a las personas que me dieron la vida y todo lo que soy. Y lo siento. Si hubiera mostrado un poco de la generosidad que has mostrado hoy con tu familia, tú serías feliz lejos de aquí, pero me equivoqué pensando que me perdonarías de nuevo y estas son las consecuencias. Cuando des a luz, te daré una generosa suma para que vivas cómodamente lejos de aquí. Para que comiences una vida nueva.

Vio en su perfil como apretaba los labios y no pudo evitar que las lágrimas cayeran por sus mejillas.

—Siento haber destrozado tu vida, pero si te sirve de algo, haber perdido tu amor ha destrozado mi alma, porque sé que nunca encontraré a nadie que me haga vibrar como tú, preciosa. —Salió de la casa a toda prisa y ella gritó de dolor escuchando como su caballo se alejaba.

Caminó hacia el acantilado por orden de Lena, que se negaba a que estuviera todo el día metida en la casa. Contempló como el

mar golpeaba las rocas y se abrazó a sí misma porque azotaba un viento frío que presagiaba tormenta. Al acercarse un poco más al borde Ross dijo —No. Atrás.

Dio un paso atrás. ¿Acaso temían que se tirara? Qué tontería, lucharía hasta el final. Caminó por la hierba mirando al horizonte pensando en sus hermanos, ya habían pasado unos meses. Cada día se preguntaba cómo estarían y rogaba de corazón porque fueran muy felices. El viento la azotó en la cara y distraída tropezó con una piedra cayendo de rodillas. —¡Yvaine! —Ross corrió hacia ella. —¿Estás bien?

—Qué torpe. —Forzó una sonrisa. —No la he visto.

—¡Ve a llamar a Lena! —le ordenó a su compañero.

—No, de verdad estoy bien. —Se levantó con su ayuda. —No ha sido nada —dijo disimulando el dolor en la pierna—. No ha pasado nada, no tengo ni un rasguño.

—¿Seguro?

Asintió. —Es mejor que vuelva a casa, este viento es insoportable.

Ross asintió observando cómo se movía y al darse cuenta de que no cojeaba suspiró del alivio. Yvaine caminó hacia la casa y

cerró la puerta lentamente antes de apoyarse en ella agarrando su vientre por el dolor que la traspasó. Cerrando los ojos respiró hondo. Había llegado el momento. Algo pronto, pero se lo imaginaba, pues por las patadas que le daban estaba convencida de que eran dos y allí no había sitio para que siguieran creciendo. Cuando el dolor remitió un poco caminó hasta la cama para prepararlo todo. Pasó el pequeño cuchillo que le habían dado por la llama de la vela y cuando estuvo bien caliente lo dejó sobre la cama. Tuvo que apoyarse en la mesa y gimió de dolor esperando a que pasara. Había visto parir a su madre y sabía que todavía faltaba un rato hasta que tuviera que empujar. Cogió unos paños que tenía preparados para el parto y los colocó en una banqueta al lado de la cama reprimiendo las lágrimas porque echaba muchísimo de menos a su hermana. Ella habría estado a su lado, ayudándola y dándole ánimos. Sin embargo, estaba sola. Se negaba a llamar a nadie porque hasta que la descubrieran podría estar con sus hijos y esos eran los momentos que atesoraría en el futuro.

Cuando acomodó las almohadas en la pared, se quitó las botas antes que el vestido de faena que se ponía a diario, pues no quería manchar su hermoso vestido verde. En vestido inferior se sentó en la cama y apoyó la espalda contra las almohadas. Cerró los

ojos con fuerza soportando el dolor y vio el rostro de Evander sonriéndole. Las lágrimas cayeron por sus mejillas sin poder evitarlo y el dolor se volvió más intenso por lo que agarró las mantas reprimiendo un grito. Cuando pasó, respiró agitadamente con la frente perlada de sudor. Aquello iba a ser más duro de lo que pensaba, pero tenía que aguantar sin gritar. Intentaría no hacerlo, aunque sabía que los hombres que la vigilaban estarían lo bastante lejos como para no escuchar nada. Como debían pasar la noche allí, el laird les había hecho una casita desde donde veían su casa pues no podía permitir que estuvieran allí día y noche mojándose si es que llovía. Desde su casa a la suya había unos metros y con el viento que hacía ese día esperaba que no les llegaran los llantos de los niños. Unas horas, solo rogaba por unas horas con ellos.

El dolor volvió con fuerza y algo mojó la cama, pero ella ni se dio cuenta intentando soportar ese martirio. Cuando terminó estaba agotada y recordó cómo su padre le decía a su madre en el momento del parto. —¿Estás bien, bonita mía?

Esta asintió con una sonrisa. —Esto no es nada.

Él tiernamente pasó un paño por su frente. —Sé que podrás hacerlo, eres muy fuerte. —Ella le miró con amor y cogió su mano que él besó como si atesorara ese momento. —Gracias, gracias.

—¿Por qué me das las gracias? —preguntó su madre sorprendida.

—Por no haberte ido, por no abandonarme.

Le miró con ternura. —¿Soy muy dura contigo?

—Me lo merecía, no tenía que haberte obligado a…

—Shusss, no deshonres a nuestros dioses por la elección que hicieron por mí. Tú fuiste mi destino y agradezco que seas un buen hombre.

Su padre sonrió con tristeza. —Pero no me amas, nunca me amarás.

—Te amo a mi manera, ¿no es suficiente?

Vio en el rostro de su padre que no lo era y su madre sonrió con tristeza. —No, para ti nunca es suficiente. Siempre quieres más de mí y me exiges que llegue hasta donde no puedo llegar.

—¿Tan difícil es?

Se quedó mirando al vacío. —En otra vida, antes de que mi padre me entregara a ti, tu amor era lo que más anhelaba. Que alguien me quisiera como tú me amas ahora cuando nunca me sentí querida, era un maravilloso premio que al parecer no merecía. Cuando te vi por primera vez mi corazón saltó y creí que al fin

habías llegado a mi vida, pero me trataste como a ganado, como una oveja a la que se pudiera comprar, jamás pensaste en mis sentimientos.

Él iba a decir algo, pero le interrumpió. —Escuché las palabras que os dijisteis mi padre y tú, no me mientas más. Él no me quería y tú tampoco. En aquel momento solo era una carga que venía con una fortuna en joyas, que ese despreciable le había robado a alguien. Yo para ti no era nada.

—Pero llegué a amarte y te juro que nunca toqué lo que me dio.

Le miró con desprecio. —Cuando aceptaste su bolsa perdiste la oportunidad de conquistar mi amor, porque por avaricia rompiste lo que sentía por ti. Por pura avaricia te casaste conmigo, el amor no entraba en tus planes. No es culpa mía que tú empezaras a sentir algo por mí después, eso no formaba parte del acuerdo al que llegaste con mi padre. —Sonrió con tristeza. —Soy tu esposa, la madre de tus hijos y te trato con respeto como me enseñó mi madre, pero no permitiré que nunca más dañes mi corazón.

Sin aliento al recordar esas palabras de su madre se dijo cuanto se parecía ella. Nunca se dio la oportunidad de amarle de nuevo porque se sintió utilizada por él. Su padre la había amado

intensamente y no fueron felices porque ella nunca perdonó que cogiera esa saca por aceptar su mano. ¿Fue demasiado dura? ¿Lo estaba siendo ella con Evander? Otro dolor la recorrió borrando cualquier pensamiento, porque solo podía pensar que sus hijos la desgarrarían por dentro. Gimió agarrando las mantas hasta que pasó el dolor. Se sentía tan sola que sollozó. ¿Y si le hacía llamar? ¿Acudiría o mandaría a Lena? El temor a que le quitaran los niños de inmediato, hizo que no se moviera mirando hacia la puerta. Sollozó tapándose el rostro con las manos sin saber qué hacer.

Capítulo 11

Evander inquieto caminaba de un lado a otro del salón mientras el viejo Ulan le observaba. —¿Qué ocurre, laird?

—Ya está muy avanzada, no debería estar allí sola.

—Pues hazla venir. Eres el laird, puedes hacer lo que te venga en gana.

Su madre bajó las escaleras y al ver cómo se tensaba se detuvo en seco. —¿Ocurre algo?

—No —respondió molesto antes de ir hacia la puerta y salir dando un portazo.

Keira asombrada miró a Ulan. —¿Pero qué he hecho?

—Igual una disculpa no hubiera venido mal, mi señora —dijo levantándose—. Antes de ver cómo sufre un hijo, hay que tragarse el orgullo. Me voy a casa.

Douglas sentado ante la chimenea casi apagada apretó los labios y dijo —Ven esposa, siéntate a mi lado.

—¿Has oído a ese viejo?

—Perfectamente. Ven.

Keira fue hasta él y se sentó muy tiesa en la silla de al lado. —Sé lo que me vas a decir.

—Ulan no ha errado en sus palabras, nuestro hijo sufre y es culpa nuestra.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Que le ruegue a una campesina? —dijo con desprecio.

Douglas apretó los labios. —Ella no tenía la culpa de nada, mujer. Lo sabes muy bien, solo ayudó a tu hijo a encontrar la verdad después de muchos años. Hicimos mal y es normal que no nos perdone, como nosotros no perdonamos a quienes nos dañaron.

Keira apretó los labios molesta con las palabras de su marido, pero no dijo nada. Douglas se levantó y la besó en la sien. —Vamos a la cama, mujer. Es muy tarde.

—Nos tendremos que ir de nuestro hogar —dijo con rabia.

—Es el precio que deberemos pagar por nuestros actos.

—No pienso permitirlo.

—Pues entonces ruega por su perdón, esposa, porque es la única solución que se me ocurre para que nuestro hijo sea feliz.

Evander se bajó del caballo y vio luz bajo la puerta, lo que le llamó la atención porque ya era muy tarde. Ross se acercó corriendo.

—¿No duerme?

—No lo sé, mi laird. Normalmente a esta hora ya no hay luz, pero hoy es distinto. Lleva toda la tarde inquieta, hasta paseó poco antes de oscurecer. Cuando se cayó iba a llamar a Lena, pero…

—¿Se cayó? —preguntó tenso.

—Sí, mi laird. Pero dijo que estaba bien y caminaba normalmente. He estado pendiente por si me necesitaba, pero no ha abierto la puerta de nuevo y no quiero molestarla por si duerme.

—Muy bien, vete a casa, me quedaré yo con ella.

Ross asintió antes de silbar a su compañero, que de inmediato corrió hacia su caballo atado tras la casa. Evander miró hacia la puerta y se acercó para escuchar, pero con el viento que hacía no se oía nada. Maldijo su mala suerte y puso su mano en la

manilla de la puerta empujando hacia abajo el tirador para abrirla. Lo hizo poco a poco para escuchar un gemido y asustado abrió lo suficiente para ver a su mujer sentada en la cama con las piernas abiertas y sudando a mares. El frío debió alertarla y miró hacia allí respirando agitadamente. Al verle sus ojos se llenaron de lágrimas. —Estás aquí.

Entró a toda prisa y se acercó a ella. —Pero… —Palideció al ver algo entre sus piernas. —¿Eso es el niño?

—Van a nacer.

—¿Pero cómo no me avisas? —gritó sintiendo un miedo atroz.

—¡Porque me los vas a quitar! —Se echó a llorar e impotente se acercó a ella. —Me los vas a quitar y no te quiero aquí.

—Pues aquí me quedo. —Nervioso dijo —Mujer, ¿qué hago para ayudarte? ¿Llamo a Lena? Sí, mejor llamo a Lena.

Sorprendida susurró —¿Quieres ayudarme?

En ese momento la traspasó un dolor y asombrado vio cómo se ponía roja como un tomate empujando con fuerza. Un grito salió de su garganta poniéndole los pelos de punta y atónito vio que salía la cabeza. Yvaine agotada se dejó caer en las almohadas y él gritó —¡No pares no ha salido del todo!

Le fulminó con la mirada. —Se hace así.

—¿Y tú cómo lo sabes si no has parido nunca?

—¡Asistí a mi madre en los partos! ¡Y no me distraigas!

—Voy a llamar a Lena.

Se volvió a toda prisa. Un grito de su esposa hizo que regresara junto a ella cogiendo su mano y esta la apretó con una fuerza que le dejó impresionado. De repente le soltó para meter las manos entre sus piernas y el bebé se puso a llorar con fuerza. Yvaine lo colocó algo más adelante sobre el colchón y Evander vio como cogía el cuchillo para cortar el cordón. Sin perder el tiempo enrolló lo que quedaba sobre su barriga antes de coger un paño que tenía al lado y mojarlo en agua para empezar a limpiarlo. En ese momento se dijo que esa mujer no podía salir de su vida, que haría cualquier cosa para que se quedara a su lado porque la amaba más que a sí mismo. Ella le miró y sonrió. —Es una niña.

—Y es hermosa como tú.

Rio sin dejar de llorar mientras la limpiaba. —Tiene tu pelo.

—Y tus pulmones —dijo emocionado.

Asintió loca de felicidad y la secó como pudo antes de cubrirla con una manta de suave lana que le había hecho Lena. La cogió en

brazos sintiendo una felicidad inmensa. Fascinado vio como pasaba el dedo por su frente y su naricilla diciendo unas palabras que parecían celta, pero que no llegó a entender.

—¿Qué has dicho?

—Le he dado la bienvenida a este mundo y le he deseado salud, prosperidad y amor. —Le miró a los ojos. —Lo hacía mi madre con cada uno de sus hijos.

—Es hermoso.

—Ella es hermosa. ¿Me acercas el canasto? Tiene hambre, pero ahora no puedo darle de comer.

—¿Por qué?

De repente palideció crispando los labios.

—¿Mujer? ¿Qué te pasa?

No fue ni capaz de contestar y algo viscoso salió de su interior poniéndole a Evander los pelos de punta. —¿Qué es eso? ¿Qué te ocurre?

Cuando el dolor cesó susurró agotada —El canasto.

Él lo agarró rápidamente y cogió a la niña de sus brazos para posarla sobre las mantas que tenía el cesto de mimbre. —¿Qué ocurre? Algo no va bien, lo sé.

—Shusss, viene otro.

Sin aliento vio como empujaba de nuevo y él agarró su mano necesitando hacer algo. —Vamos, preciosa. —Yvaine gritó y él acarició su espalda empapada. —Todo va a ir bien, tiene que ir bien.

Cuando descansó, él mojó otro paño limpio y se lo pasó por la frente. —Dime que esto es normal.

—Sí —dijo con una agotada sonrisa en el rostro—. Pero este es más grande. Costará un poco más.

—¿Cómo que es más grande? Tienen que ser iguales como mi hermano y yo.

—No siempre es así, cielo. En mi pueblo una mujer tuvo un hijo y una hija en el mismo parto. Y no se parecían en nada.

—Por Odín, ¿eso puede ser?

Asintió con la respiración agitada. —Ahí viene.

Empujó de nuevo y él la animó lo que pudo. Jamás sintió más miedo que en ese momento porque parecía que no podía expulsarlo y después de varios intentos ya estaba agotada. Temía que si la dejaba sola no la encontrara viva al regresar e intentando ayudarla empezó a empujar la barriga hacia abajo en cada intento hasta que salió el niño que se encargó de sujetar él. Sin fuerzas ella no fue

capaz ni de moverse y Evander cortó el cordón. —Preciosa, no he visto bien eso que le has hecho en la barriga.

—Coge el cordel y átalo con fuerza alrededor para que no sangre.

Él vio el cordel al lado de los paños y lo cogió a toda prisa. Sonrió a su bebé que no dejaba de llorar. —Se parece a mí. —Ató el cordón e hizo todo intentando imitar a su esposa. Le cubrió con la manta con cuidado y lo levantó sonriendo a su mujer. —Va a ser todo un guerrero. —Se lo puso en los brazos y ella le miró emocionada antes de repetir las mismas palabras que le había dicho a su hija mientras acariciaba su rostro.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró ella mientras una lágrima rodaba por su mejilla —. Es tan hermoso…

Su hija se puso a llorar llamando su atención y él se la elevó para que la viera. —Tiene hambre. —Se abrió el camisón y antes de darse cuenta su hijo ya estaba buscando su pezón. Impresionado vio como lo atrapaba con su boquita y ella rio por lo bajo. —Serás impaciente. —Le apartó un poco y dijo —Dámela.

Se la entregó y vio como la ponía en su otro pecho. La niña se enganchó inmediatamente. Cuando se aseguró de que mamaban Yvaine dejó caer la cabeza hacia atrás cerrando los ojos. Él cogió una manta y se la puso bajo el codo para que no hiciera fuerza al sujetar a la niña. Buscó a su alrededor, pero no encontró nada para ayudarla en el otro brazo. Si estuviera en casa estaría mil veces más cómoda y se maldijo por su estupidez.

Ella abrió los ojos y miró a la niña. —Ha dejado de mamar.

—¿Ya?

—No sé. —La niña bostezó como si estuviera muy a gusto y preocupados porque hubiera dejado de comer tan pronto se la quedaron mirando.

—Parece que duerme.

Yvaine sonrió. —Mira que manos tiene…

—Preciosa, estás cansada, deja que la ponga en el cesto. —Se la cogió con cuidado de sujetar la cabeza y la dejó en su camita. —Preocupado miró de nuevo a su alrededor. —No tenemos cesto para él.

—Lena solo trajo uno.

—Necesitamos muchas más cosas. Mantas, cosas que necesitéis las mujeres en estos casos. No sé, ¿ayuda?

—No necesito ayuda —respondió más tensa—. Puedo encargarme sola de ellos. ¿O me los vas a quitar ya?

Él apretó los labios. —No te los voy a quitar.

Se le cortó el aliento. —Pero dijiste…

—Olvida lo que dije.

—¿Que lo olvide? —preguntó incrédula—. ¿Cómo voy a olvidarlo si no he dejado de pensar en ello durante estos meses?

Carraspeó incómodo. —Voy a ir hasta la casa, traeré lo que creo que necesitas.

Asombrada vio que iba hacia la puerta y se largaba a toda prisa. —¿Que lo olvide?

Gruñó subiéndose al caballo. —Te has explicado perfectamente, laird —dijo entre dientes tirando de las riendas antes de hincar los talones—. Así seguro que lo perdona todo.

Estaba dormida cuando él regresó y Lena entró en silencio con las mantas en las manos. Se acercó a ella a toda prisa. —

Levántala para que pueda cambiar la cama.

Lena tiró las mantas a un lado y cogió al pequeño para meterlo en el cesto que llevaba Evander. Él con cuidado la cogió en brazos y Yvaine se despertó. —Estás aquí —susurró somnolienta.

—Duerme, debes descansar.

—Qué bien lo has hecho, niña. Son preciosos.

Sonrió agotada apoyando la mejilla sobre su pecho. —Sí que lo son.

Se volvió a dormir y la mujer quitó las mantas sucias haciendo de nuevo la cama con las sábanas de calidad que usaba el laird y las mejores pieles. La tumbó haciendo que suspirara de placer y la cubrió con la piel. Lena le pasó la mano por la frente. —Parece estar bien. Y por lo que he visto ha expulsado las bolsas, se repondrá muy pronto. Ya ha demostrado que es dura de pelar —susurró.

—¿Debemos hacer algo más?

—Mañana querrá asearse, ¿quieres que me quedé?

—No, me quedaré yo con ellos.

—Felicidades, laird.

Él sonrió. —Gracias.

La mujer se fue dejándolos solos y estuvo mirando a sus hijos dormidos durante varios minutos hasta que su pequeño abrió la boca como buscando algo. Se preguntó si tenía hambre o simplemente estaba soñando. Miró a su esposa que dormía plácidamente y se preguntó si debía despertarla. El niño no lloraba, así que decidió no hacerlo. Se tumbó a su lado y ella totalmente dormida se puso cómoda apoyando la mejilla en su pecho. Pensativo acarició su cabello y se dio cuenta de que no habían dormido juntos en una cama desde que se habían casado. Menudo matrimonio era el suyo.

Un llanto la despertó y sobresaltada se apoyó en algo duro para sentarse. Al ver allí a su marido tumbado a su lado se quedó de piedra, pero más de piedra se quedó al estirar el cuello y ver los dos canastos con sus hijos listos para mamar. Suspiró porque había pensado que era un sueño. Dolorida pasó sobre Evander para ponerse de pie al lado de la cama. Hizo una mueca por su sucio vestido interior. Esa sangre sería difícil de quitar. Cogió al niño y se lo puso en el brazo, pero para coger a la niña lo tenía complicado. Ni corta ni perezosa agarró la cesta de la niña por las asas y la puso

sobre la mesa, pero con el niño en el otro brazo tenía miedo de no agarrarla bien y gruñó diciendo —Pues no vas a esperar. —Se volvió y gritó —¡Evander!

Este se despertó de golpe y ella sonrió dulcemente. —La niña tiene hambre.

—Oh… —Se levantó para acercarse y mientras ella se sentaba en la silla él la cogió de la cesta. —¿Ves cómo necesitas ayuda?

Hizo una mueca porque no podía negarlo. El niño agarró el camisón tirando de él y la tela pasó por encima del otro pecho impidiéndole a la niña mamar por lo que se puso a llorar como una descosida. —Ya, ya… —No tenía manos y miró a su marido. —¿Podrías…?

Él carraspeó. —Sí, por supuesto.

Tiró del escote hacia abajo y rozando su suave piel dejó a la vista su pezón. Su niña se tiró a él mientras sus padres bastante incómodos miraban hacia todos los sitios menos a ellos.

—Tendrás que trasladarte.

Le fulminó con la mirada. —¿Cómo has dicho?

—Necesitas ayuda. En la casa hay gente de sobra para que te eche una mano. Además, aquí casi no hay espacio y hace frío para

mis hijos.

—¡Son mis hijos!

La miró fijamente. —También son míos.

—Dijiste que no me los quitarías. ¡Deja de torturarme!

Él suspiró como si estuviera agotado. —Preciosa, lo que menos quiero es torturarte, te lo aseguro.

—Entonces me quedaré aquí —dijo asustada porque cambiara de opinión—. Aquí estaremos bien. Además, antes vivíamos cuatro, ahora somos tres y ellos no ocupan nada. Tendré el fuego encendido siempre.

—No te arreglas para darles de mamar.

—Buscaré la forma. —Sus ojos brillaron. —Ya lo sé, me los ataré al pecho. Mi madre lo hacía cuando iba al huerto. Se los llevaba con ella.

Se sentó ante ella y apoyó los codos en las rodillas pensando en ello. —Quiero que vuelvas y no solo por los niños.

Le dio un vuelco al corazón. —Sabes…

—Sé muy bien lo que hay, preciosa, pero aun así necesito que vuelvas.

—Me desterraste —susurró—. Ahora no puedes desdecirte ante tus hombres.

—Eso me da igual, solo me importa que me perdones.

Se emocionó por sus palabras. —Eres el laird, quizás más adelante lo entiendan.

—Me importa muy poco lo que entiendan o no, soy el laird y mi palabra es ley.

—Tú lo has dicho, Evander. Tu palabra se cumple, ¿qué pensarán tus hombres cuando tú mismo no la cumplas? —Apartó la mirada. —Además yo no quiero volver.

Él se tensó. —Entiendo, no me has perdonado.

Negó con la cabeza y emocionada susurró —Me llamaste zorra, me humillaste ante todos cuando sabías que tenía razón y todo para que me plegara a tus deseos y viviera con esas personas que solo quieren mi mal. No, no puedo perdonarte. —Intentó reprimir un sollozo, pero no pudo.

Él apretó los labios intentando vencer las ganas que tenía de abrazarla, de consolarla y no podía. No podía por su propia estupidez, pero no pensaba rendirse. —Tú también dijiste cosas.

—Lo sé.

—¿Y te arrepientes?

Sorbió por la nariz. —No. —Le miró de reojo y vio que estaba a punto de reírse. —No tiene gracia.

—No, no la tiene. Desgraciadamente no tiene gracia nada de lo que ha pasado desde que nos conocimos. Pero no lo cambiaría por nada, porque estar a tu lado ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Deja de decirme esas cosas —dijo sonrojada de gusto.

—¿Por qué?

Le miró molesta. —¡Porque me las creo y luego vienen las decepciones! ¡Llevo meses aquí sola!

Él carraspeó. —Preciosa, no querías verme.

—Anda qué mentiroso, ¿cuándo he dicho yo eso?

Parpadeó. —¡No hacía falta que lo dijeras, ni me mirabas, ni me hablabas!

—¿Crees que ha sido fácil después de perder a mi familia estar aquí sola todo el maldito día?

—Me imagino que no.

Se le quedó mirando. —¿Por qué siempre tengo que pagar yo tus traiciones, Evander? —Su marido palideció. —Con los demás

tienes palabra, ¿y por qué con tu esposa no?

Se quedaron en silencio varios minutos más. No le sorprendía que no le contestara y la verdad ya daba igual. Él había roto su matrimonio y ella tenía demasiado rencor. Igual sí que era como su madre. —Coge a la niña, ya ha terminado —susurró.

Él se acercó a cogerla en brazos y la iba a dejar en el canasto. —No, póntela al pecho para que suelte el aire. —Elevó al niño y se lo puso cerca del hombro para darle palmaditas en la espalda. —Así.

La intentó imitar lo mejor posible y la niña soltó un eructo de campeonato. Ella sonrió por su cara de sorpresa. —Por Odín, ¿qué ha sido eso?

—Se ha quedado a gusto. Ya puedes acostarla.

Él lo hizo cubriéndola con la mantita y dijo —No les hemos puesto nombres.

—Eso lo hace el padre.

La miró. —¿Tienes alguna idea?

Había pensado en cientos de nombres en esos meses y dijo sin mirarle —Me gusta Sheena y suponía que le pondrías tu nombre si era niño.

Él asintió. —Sí, así es. Se llaman Evander y Sheena McGowan.

Sonrió tímidamente. —Gracias. —Se levantó con el niño y lo puso sobre la cesta. Eran dos angelitos porque ya se habían quedado dormidos. Les miró. —No puedo creer que hayan salido de mí, que sean nuestros.

Él apoyó la mano sobre su hombro observándolos y ella miró esa mano como si fuera una serpiente venenosa. Se apartó a toda prisa y fue hasta el hogar donde empapó un paño en agua y se levantó el vestido inferior para pasárselo por las piernas y el sexo. Él vio como el agua enrojecida bajaba por sus tobillos mojando la piedra del suelo. Sus ojos subieron por la figura de su esposa. El fuego que tenía delante dejaba al trasluz su figura por la fina tela del camisón. Y ese trasero era de lo más apetitoso. ¿Cómo podía pensar en esas cosas cuando la pobre acababa de parir? Olvídate Evander, la puñetera cuarentena te tendrá en dique seco una temporada. Eso si dejaba que la tocara algún día, que lo dudaba mucho por como acababa de reaccionar.

Ella dejó caer el camisón por delante y le miró sobre su hombro. —¿No piensas irte?

—No —respondió sorprendido—. ¿Y si me necesitas? ¿Y si los niños necesitan algo? ¿Cómo pedirás ayuda a la casa?

Entrecerró los ojos. —Tú lo que quieres es convencerme.

—Pues ya que lo dices sí. Allí estarías mucho mejor como…

—¿Cuando tu madre ordenó que me mataran?

—¿No podrías olvidarlo, aunque fuera en una sola conversación?

Se sonrojó antes de ir en silencio hasta el arcón y lo abrió para sacar un camisón. Le dio la espalda para quitarse el que llevaba y se puso el limpio. Asombrado vio que lo cogía y lo metía en agua antes de empezar a frotar. —¿Pero qué haces? Vete a la cama, estás agotada.

—Es que sino la sangre no se quitará.

La cogió en brazos y tuvo que soltar la prenda porque sino se la llevaría con ella. La tumbó en la cama y la cubrió con las pieles. Él sonrió. —Ahora a dormir.

Se miraron a los ojos y sintiendo que se emocionaba por tenerle allí se volvió dándole la espalda. Le escuchó suspirar antes de que Evander se tumbara a su lado.

—Muy bien, pues me vendré yo aquí.

Ella sonrió antes de cerrar los ojos.

Una semana después la casa era totalmente distinta, porque el laird había ordenado a sus hombres que trajeran su cama de la casa grande y también ordenó al ebanista dos cunas que podrían haber sido para unos príncipes. Una llevaba grabada una mariposa y la otra un caballo. Como habían quitado las camas de sus hermanos ahora había mucho más espacio. Pero el siguiente problema no tardó en aparecer. Una noche acababa de dejar al pequeño Evander en su cuna cuando él llegó de la casa grande. —¿Qué tal todo, preciosa?

—Bien —respondió ella viendo como se quitaba la espada y la dejaba sobre la mesa—. ¿Ocurre algo?

Él apretó los labios. —Mis padres quieren conocer a los niños. Y varios de la aldea me lo han dejado caer en estos días. No han podido celebrar su nacimiento y…

—Entiendo. —Fue hacia la cama y se sentó pensando en ello. —Podrías llevárselos y…

—¡Esto es ridículo, Yvaine! ¡Soy el laird, mi sitio está en aquella casa!

—Pues vete.

—¿Te da igual? ¿Te da igual que me vaya?

Sintiendo que su corazón se encogía susurró —Ya estoy acostumbrada a que te vayas, vete.

—Eres muy injusta. —Agarró la espada. —Pero la culpa es mía por creer que podrías olvidar lo ocurrido.

—No quiero vivir con alguien que me ha hecho daño, ¿tan difícil es de comprender? ¿Si alguien hiciera daño a Evander tú qué harías?

—Le mataría —dijo sin dudar.

Se le quedó mirando y él gritó —¡Son mis padres!

—No te pido que les mates, pero no quiero verles. No me fío de ellos. Han cometido un crimen y ni siquiera me han pedido perdón.

—Son orgullosos.

—¡Y yo también! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Tú lo has dicho, si a tu niña la hubieran molido a golpes, hubieran intentado violarla y asesinarla, esa persona moriría bajo tu espada, pero yo no he recibido nada salvo reproches. ¡Reproches de mi marido! ¿Cuándo vas a abrir los ojos de una vez y darte cuenta de que mientras ellos sigan aquí lo nuestro no tiene futuro? ¡Y les elegiste a ellos! ¿Por qué sigues torturándome con este maldito

tema? —Se echó a llorar tapándose el rostro con las manos. —Igual debería irme, yo no le importo a nadie.

Evander dejó la espada y se acercó a toda prisa. —Me importas a mí.

—No es cierto, solo me quieres porque he tenido a los niños, antes ni venías por aquí.

Él hizo un gesto de dolor, porque no podía negarlo, esas palabras habían dolido. Y tenía razón, ¿cuándo iba a dejar de fallarla? —Nos iremos.

Se le cortó el aliento y apartó las manos para mirar su rostro. —¿Qué has dicho?

—Nos iremos con mi hermano, dejaré el clan en manos de mi padre hasta que fallezca y podremos volver. Si mi madre aún está viva entonces, se trasladará a las tierras de Collin.

—¿Harías eso por mí? —preguntó ilusionada.

Él sonrió antes de asentir con la cabeza. —Sí, preciosa.

Sonrió radiante antes de abrazarle con fuerza. —Gracias, gracias.

La besó en la coronilla. —No es nada.

Douglas muy tenso siseó —No hablarás en serio.

—No nos habéis dejado otra opción —dijo a la cabecera de la mesa mientras su madre palidecía—. Mi esposa no quiere ni veros, vosotros con vuestra actitud arrogante ni habéis sido capaces de pedir disculpas y yo, que estoy en medio, no tomé las medidas que se esperaban de mí.

—¿Qué medidas? —preguntó su madre asombrada.

—Justicia, madre. Justicia para la esposa del laird —dijo fríamente sonrojándola—. Contradijiste mis órdenes, lo que ya en sí es una sentencia de muerte, lo sabes muy bien.

Ninguno de los dos dijo una palabra.

—Así que no me queda otra opción que tomar esta decisión muy a mi pesar porque eso implica dejar el puesto por el que he trabajado tanto. Así que padre, te cedo el mando.

—No lo quiero.

Sonrió con ironía. —No sé por qué, pero me lo esperaba. Me cediste el mando con diez años, era evidente que no estabas muy dispuesto a dirigirles a todos. ¿Qué ocurre, padre? ¿Demasiada responsabilidad?

—¿Me estás llamando cobarde? Te recuerdo que estuve a tu lado en cada paso que dabas, al igual que lo estuve con tu hermano.

—Claro, tenías que cuidar de los dos.

—Exacto, dos niños haciendo el trabajo de hombres, y lo hicisteis bien, tan bien que los vuestros os veneran, no querrán que yo tome el mando ahora.

Su madre se adelantó. —Si la convences…

—Eso no va a pasar. No tolera vuestra presencia y lo entiendo. Como yo no la toleraría si hubiera sido el agraviado.

Los ojos de su madre mostraron su decepción. —Nos iremos con Collin.

Douglas apretó los labios. —Eso solo trasladaría el problema a otro matrimonio. ¿O crees que tu nuera te va a tolerar después de ver el sufrimiento de su hermana?

—Me disculparé —dijo asombrándolos. Se puso como un tomate—. ¡Yo también sé disculparme!

Temiendo que aquello acabara muy mal dijo —Madre…

—No pasará nada.

—Mi mujer puede tener mucha mala leche cuando le conviene.

—Seré muy suave. —Levantó la barbilla orgullosa. —Me perdonará, lo conseguiré.

Una hora después su madre entraba en la casa con el vestido roto, los pelos revueltos y varios arañazos por la cara. —Es como una gata salvaje —dijo indignada haciéndoles reír.

Evander se levantó mirándola de arriba abajo. —Ha sido indulgente.

—¿Tú crees? —Levantó un brazo para mostrar un mordisco en condiciones, hasta había marcado carne. —Es una bruta. Me sacó a rastras. —Sonrió de oreja a oreja. —Pero pude ver a los niños, qué guapos. Han salido a ti.

—¿Te ha perdonado? —preguntó ansioso.

—Qué va. —Fue hasta la mesa y cogió su jarra de oro para beber con ganas. —Pero lo intentaré mañana de nuevo. Me está empezando a gustar esta muchacha.

Asombrados vieron que iba hacia la escalera y gritaba —¡Un baño!

Su padre se levantó y Evander le preguntó —¿A dónde vas?

—¿A disculparme?

Él gimió pasándose la mano por el rostro y Ulan rio por lo bajo. —Tranquilo laird, que al final cederá.

Capítulo 12

Respirando hondo abrió la puerta de casa y vio a su mujer tarareando mientras revolvía algo en el hogar. Le miró sorprendida. —¿No te has quedado a cenar en la casa grande?

—Hoy voy a cenar con mi esposa.

Ella hizo una mueca. —Cielo, no soy buena cocinera.

—Pues huele deliciosamente. —Se acercó y acarició su espalda mirando la olla que tenía un aspecto horrible, pero aun así dijo —Estoy deseando probarlo. —La miró y acarició la mejilla que se había raspado. —¿Esto te lo hizo mi madre?

—Tu padre me raspó con su anillo al intentar que me quitara de su chepa.

Evander se echó a reír. —Ya le he visto llegar. Le has arrancado un mechón de la barba.

Soltó una risita. —Sí, he hecho una trenza con él y me la voy a colgar del cuello como símbolo de mi victoria.

Riendo por lo bajo se acercó y la besó en la sien. —Bien hecho, preciosa.

—¿Les he magullado mucho?

—Mañana volverán por una segunda ronda, no te preocupes.

Maliciosa sonrió. —Estaré preparada.

—Pero no les mates, ¿quieres? Lo están intentando.

—Vale. —Ilusionada corrió hacia el arcón y lo abrió para sacar un vestido. —Me pondré este para volver a casa. Lo he ajustado a mi nueva barriga.

—Tu hermana te verá hermosa en vuestro reencuentro.

Se mordió el labio inferior. —Tu madre me ha dicho…

Él mirando a los niños se tensó. —Da igual lo que diga mi madre.

—Me ha dicho que tu padre no quiere el puesto.

Apretó los labios. —Encontraremos la solución.

—Dice que seguramente vivirán un año o dos más a lo sumo.

—Mi padre está hecho un toro.

—También dicen que perderán el habla o empezarán a babear sin enterarse de nada. Que para qué vamos a irnos para volver enseguida.

Él entrecerró los ojos. —Mujer, ¿te ha convencido? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

Se sonrojó. —Bueno, se ha disculpado. Hasta ha llorado por todas las emociones que sentía creyéndome una traidora. El fraile dice que es de buen cristiano perdonar. Igual mañana les doy otra paliza, pero creo que voy a hacerlo.

Reprimió una sonrisa. —Me parece muy bien. Habrá que secuestrar a algún fraile para que venga por aquí a ver si reforma a unos cuantos.

—¿Lo harías? —Rio ilusionada. —Será mejor que no porque sabemos que tenemos un secreto que guardar y cuantos menos de fuera mejor.

Se acercó a ella y la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —Así que les has perdonado.

—Han sido sinceros, sobre todo tu padre. —Acarició su nuca. —Está arrepentido. A tu madre ya la repasaré mañana para que se arrepienta del todo.

—Sé que lo harás bien. —Acercó sus labios y a ella se le cortó el aliento porque hacía mucho que no la besaba de esa manera y ansiosa se puso de puntillas para llegar hasta ellos. —Gracias preciosa.

—¿Por qué? —preguntó medio mareada al sentir su aliento.

—Lo haces por mí y te lo agradezco. —Atrapó su boca saboreándola como si la hubiera deseado toda su vida y ella le respondió con toda el alma mareándose por todo lo que le hacía sentir. Su marido bajó las manos hasta sus nalgas y las amasó con ganas mientras disfrutaba de su boca. Necesitando tocarle acarició sus hombros y sus manos bajaron por sus pectorales. Cuando su uña rozó su pezón él se estremeció gruñendo en su boca. La agarró por los glúteos levantándola y la dejó caer sobre la cama haciéndola reír. Su marido le levantó las faldas y soltó una risita. —No podemos.

—Esto que voy a hacer sí.

—Todavía no estoy recolocada por dentro, eso dice Lena y… —Al sentir su lengua en el botón de su placer gritó pues lo que sintió la tomó por sorpresa.

Impresionada por la intensidad apretó las pieles en sus manos mientras Evander saboreando sus húmedos pliegues

susurraba —Un elixir. —Su lengua la recorrió de nuevo y al llegar al botón de su placer lo rodeó antes de chupar con fuerza. Yvaine creyó que se volvía loca y gimió arqueándose mientras él no le daba tregua. Sintió que todo su cuerpo estaba en tal tensión que se rompería en dos, justo antes de que su lengua la acariciara de nuevo haciéndola sentir un éxtasis indescriptible.

Él sonrió por su cara de placer. —¿Has disfrutado, esposa?

—Uhmm —dijo sin entender una palabra.

Dejó caer el kilt al suelo y se quitó las botas. —¿Recuerdas aquellas lecciones que te prometí? Es hora de que sepas de cuantas maneras podemos darnos placer.

Le miró con deseo. —Ven aquí, guerrero.

Durante las siguientes semanas el laird no podía estar más contento y todos lo notaban después de esos meses en los que su mal humor había hecho historia entre los suyos. Su esposa estaba de vuelta con sus dos hermosos hijos y sus suegros llevaban con ella una relación de tira y afloja que a veces era de lo más divertida. De

hecho, muchos iban a cenar para ver las pullas que se lanzaban los unos a los otros, pero sin acritud.

Una noche el laird con su hijo en brazos se sentó a la mesa. —Collin estará al llegar con el cargamento —dijo cortándole el aliento—. ¿Lo nuestro está preparado para que se lo lleve?

—Sí, laird —dijo Ross con la boca llena.

—¿Mi hermana va a venir? —preguntó ilusionada.

Él gimió por dentro. —No lo creo, esposa. Es un viaje peligroso, no creo que su marido se lo haya permitido.

Jadeó indignada. —Claro que vendrá, mi hermana no dejaría pasar la oportunidad. —Entonces pensó en ello. —Creía que hacíais cada uno un viaje.

—Y así es, pero este año por los pequeños se ha hecho así. Creo que a partir de ahora nos turnaremos. Por eso vienen a final de verano para que se hayan recogido las cosechas de ambos clanes.

—Es duro para el clan que lo hace ese año, pero se pierde menos tiempo —dijo Douglas—. Bien pensado, hijo.

Ella sonrió porque su marido lo había hecho por ella, por no irse de sus tierras antes de parir y se lo agradeció muchísimo.

Escucharon un sonido y todos se quedaron en silencio mirándose los unos a los otros. Yvaine vio como su marido se tensaba y el sonido se escuchó de nuevo. —¿Qué es eso?

—Un cuerno —dijo su suegra pálida.

Evander le dio el bebé a su madre levantándose y gritó —¡A las armas!

Asustada vio como su suegro también se levantaba. —¿Pero qué ocurre?

—Vikingos —dijo su suegra—. Son vikingos.

Se levantó con la niña en brazos mientras su marido daba órdenes a diestro y siniestro. Era evidente que la situación era grave. —¿Qué van a hacer?

—Defender las tierras que hemos conquistado, niña. No dejar que nos roben todo lo que tenemos y que maten a todo el que se encuentren.

—Vosotros no hicisteis eso.

—Desgraciadamente no todos somos iguales.

Evander se acercó y la cogió del brazo. —Quiero que te quedes aquí y que ordenes a todas las mujeres que traigan a sus hijos, ¿me has entendido?

—Sí.

—Después quiero que os encerréis y no abráis a nadie excepto a Ross o a mí.

Asintió y él acarició su mejilla. —Cuida de nuestros hijos.

Había sonado a despedida y temió por él. Temió por todos. Las mujeres muy asustadas entraban en la casa con los niños y se dio cuenta de que ella era la persona de más rango de la casa. —¡Muy bien, colocaos por el salón y manteneos calladas!

Su suegra se puso a su lado. —Tienes que ser más firme —siseó—. Demuestra que el laird supo elegir bien a su esposa.

—¡Silencio! —gritó haciendo que todas la miraran—. ¡Colocaos por el salón y quiero silencio! ¡Debemos estar atentas a lo que ocurre fuera y con tanto lloriqueo no se oye nada! ¿Me habéis entendido?

Las mujeres asintieron antes de distribuirse por el salón. Miró a Keira.

—Esto no me gusta —dijo su suegra—. Últimamente se hablaba del afán de conquista de los del norte, si no es solo una incursión estamos en problemas.

Palideció. —Por Dios, no digas eso.

—Ruego a Odín que no sea así, pero no pinta bien. Ármate para matarte si te cogen. No querrás vivir si te atrapan, te lo aseguro. Lo que se cuenta de ellos a veces se queda muy corto.

Sin aliento vio como ponía un pie sobre el banco y sacaba su daga de la bota.

—Pero son de los vuestros…

—Puede que nos consideren traidores. Todo dependerá del jarl que los dirija. Roguemos porque Odín sea clemente.

Asustada por su marido caminó hacia la puerta y al mirar al exterior vio la aldea vacía. Ulan se había quedado con ellas como otros ancianos y se encargó de cerrar la puerta pasando el enorme tablón que la bloqueaba. ¿Rogar? ¿A quién? No sabía a quien recurrir para que los suyos sobrevivieran.

El sonido de los cuernos fue cada vez más cercano y varias mujeres dijeron que los barcos se acercaban. Muchas rogaban porque no fueran a su isla entre todas las que había. Una hasta sacrificó un pollo dejando que la sangre manchara el suelo rogándole a Odín que las protegiera. Varias empezaron a hablar en

el idioma de su marido y su suegra susurró —Ni se te ocurra abrir la boca hasta que todo haya pasado. Que te crean una de las nuestras.

Asintió sabiendo que se jugaba el cuello y se sentó en el suelo lejos de la puerta principal dejando a su hija dentro de su cesta por si necesitaba tener las manos libres. Su suegra dejó al niño al lado de su hermana y se sentó a su lado. Keira se sacó por la cabeza la cadena que tenía al cuello mostrando el medallón que escondía bajo el escote. Se lo puso en su cuello atando la cadena muy corta para que el medallón se viera bien. Sorprendida vio que era un Aegishjalmur como el que estaba detrás del medallón y emocionada porque intentara protegerla susurró —Gracias.

—No debí hacerlo. —Respiró hondo mirando al frente mientras dos mujeres giraban el medallón de encima de la chimenea. —Pero a veces el rencor te nubla el juicio. —Sonrió con tristeza. —Mi esposo me apoyó porque me ama, pero sabía que no tenía razón. Debí seguir las órdenes de mi laird, debí respetarle.

—Él lo entendió.

—No, no lo entendió. —Sonrió con tristeza. —Lo consideró un insulto y tiene razón. Insulté su mando, puesto que se ha ganado con creces. Insulté a mi hijo por no respetar sus deseos e insulté la

memoria de mi padre al no castigar a la persona correcta. Él no hubiera querido eso. Se habría avergonzado de mí.

—Debió ser un gran hombre.

Sonrió. —Lo era, el mejor de los hombres. Y mis hijos tienen mucho de él, lo que me hace sentir muy orgullosa.

Cogió su mano. —Saldremos de esta. Ese Odín tuyo no puede quitarme a mi marido ahora que nos hemos reconciliado.

—Espero que ese Dios tuyo le eche una mano.

Se acercó y susurró —Todavía no le conozco muy bien, pero por probar no perdemos nada.

Keira rio por lo bajo cuando se escuchó un fuerte golpe en la puerta que las hizo gritar del susto. —¡Abrid!

—Es Ross —dijo Ulan corriendo hacia la puerta. La abrió con ayuda de otros dos hombres y la mano derecha de su marido entró en la casa con la respiración agitada.

Ella se levantó. —¿Qué ocurre?

—Muchos barcos se acercan a las islas por el norte. Demasiados para ser una simple incursión. Vienen con afán de conquista. El laird me ha dicho que os suba al barco y os lleve al otro lado del mar. Collin está de camino.

Pálida negó con la cabeza. —No, yo no me voy.

—¡Tú harás lo que te ordene tu laird! —gritó su suegra.

—No puedo dejarle solo, no puedo…

Ross dio un paso hacia ella mientras las mujeres corrían hacia la puerta. —Haz lo que ordena tu esposo. Solo quiere salvaros la vida. Vienen a conquistar, no dejarán a nadie vivo para que les moleste después.

Muerta de miedo miró a su suegra que susurró —Haz lo que te dice tu marido, niña. Salva a tus hijos, ese es tu deber.

Fue a toda prisa por las cestas y se las dio a su suegra que asustada negó con la cabeza. —No.

—Mi hermana les cuidará como si fueran suyos. Debo ponerlos a salvo, pero también me debo a mi marido. Si puedo ayudar, lo haré.

Su suegra emocionada cogió las cestas. —Niña…

—Por favor, ponles a salvo. En las tierras de Collin estarán seguros, los clanes protegerán la costa para que los vikingos no la crucen.

—¡Vamos, debemos darnos prisa! —gritó Ross.

Keira cogió las cestas y dijo —Que Odín te proteja.

Observando como su suegra se alejaba con los niños sollozó porque seguramente no volvería a verles. Pero debía luchar por su marido, debía luchar por el futuro de sus hijos igual que lo hacían los hombres. Una muchacha se puso a su lado y le tendió una espada pequeña. La miró sorprendida y esta hizo una mueca. —No tengo familia, no tengo nada, si me quitan mi casa para qué quiero vivir.

Sonrió con tristeza. —¿Cómo te llamas?

—Amber.

Al ver sus ojos lo entendió. —Un nombre precioso.

—Bah, no tenían mucha imaginación.

Rio. —Eso también puede ser. ¿Y qué hacemos?

—Proteger la aldea.

—¿Cómo?

Amber sonrió maliciosa. —Si se atreven a subir de esa playa, se llevarán una sorpresa.

Estaba amaneciendo cuando terminaron de colocar el grueso espino sobre el suelo del camino que subía de la playa del norte. Tenían las manos llenas de heridas, pero había merecido la pena.

Por allí no podrían pasar a no ser que escalaran el acantilado, pues las agujas eran tan afiladas que traspasarían sus suelas. En caso de que lo intentaran con éxito ellas incendiarían el espino para asegurar que no pasaran más.

Miró hacia la costa donde se suponía que había una batalla. En las islas cercanas se veían los fuegos. —¿Qué les estarán haciendo?

—Ni lo pienses, lo más horrible que se te ocurra se queda corto.

—¿Tan salvajes son?

Amber apretó los labios. —Mi abuelo contaba historias que ponían los pelos de punta. —Rio por lo bajo. —Decía que los escoceses son blanditos a su lado.

—¿Blanditos nosotros? —Entrecerró los ojos. —Los clanes les aniquilarán.

—¿Pretendes dejarles pasar? —preguntó divertida.

Agarró la espada que tenía a su lado. —No.

—Bien dicho. Veamos qué ocurre. —Corrieron subiendo la colina para tener mejor vista de la playa. En esa zona de la colina el suelo sobresalía del acantilado lo que les dejaba casi sobre los

hombres que estaban en la arena. Estos fuertemente armados vigilaban el barco que estaba a unos metros en el mar.

—¿Por qué no hacen nada?

—No lo sé.

—Llevan así horas. —Estiró más el cuello. —¿Dónde está mi marido?

Amber miró hacia el barco. —Creo que está allí.

En ese momento vieron que del barco que tenía una cabeza de serpiente en la proa dos hombres bajaban a una barca que empezó a dirigirse a la playa. Se le cortó el aliento al ver la cabeza de un hombre moreno. —Estaba negociando.

Su amiga entrecerró los ojos. —¿Crees que se molestará por el espino?

La miró horrorizada. —¡Hemos impedido que puedan subir!

—Chica, yo pensaba en librarme de nuestros enemigos después de que los nuestros se reunieran con Odín.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Intentaba proteger la aldea, no pienso disculparme.

—¿Y de qué nos sirve la aldea sin hombres en ella?

—¡Oye, que yo no tengo marido, no estoy acostumbrada a pensar en los hombres!

Vieron como Evander saltaba de la barca con semblante serio y Amber susurró —No ha ido bien. Al final usaremos el espino.

Con un nudo en la garganta vio como él cogía la espada que le tendía uno de sus hombres y les decía algo que les ponía en guardia. —Va a haber batalla, no ha podido negociar.

Amber suspiró como si fueran muy pesados. —Bien, pues vamos por las piedras.

Yvaine asombrada vio que se levantaba. —¿Qué piedras?

Las señaló en un montón a unos metros. —Se quitaron de los campos hace muchos años, para cultivar, ¿entiendes? Te cae una de esas en la cabeza y no lo cuentas. ¿Tienes buena puntería?

Sonrió maliciosa. —Bastante buena, pero se me acaba de ocurrir una idea que creo que nos irá mejor.

Escogieron piedras del tamaño de su puño y a toda prisa untaron solo una de sus caras con brea. —Nos quemaremos —dijo Amber.

—Que no, ya lo he hecho antes.

Asombrada parpadeó. —¿De veras?

—Una vez mi hermana tiró una moneda al fuego sin querer y por miedo a que la riñera mi madre la saqué del fuego y no me quemé.

Revisó el fuego que tenía preparado, el cubo de agua, la antorcha y las piedras. —Estamos listas. —Miró hacia la costa donde el barco empezaba a avanzar. —¡Ya vienen!

Metió la mano vendada en el agua y agarró una piedra para acercarla al fuego. Esta prendió y la tiró a la barca con toda la fuerza que podía. Se quedó a unos metros, pero lo volvió a intentar. La piedra chocó contra la cabeza de uno de los vikingos prendiendo su pelo. El hombre se puso a gritar levantándose y todos cayeron al agua.

—Si que tenía mierda en el pelo, que fácil ha prendido —dijo Amber divertida.

Soltó una risita cogiendo una piedra más grande y la acercó al fuego. Se puso de pie mirando la otra barca que estaba más lejos y dejó que se acercara mientras los hombres de su marido corrían a la orilla y luchaban con los que habían caído al agua. Sintiendo que se

quemaba lanzó la piedra, pero cayó sobre la cabeza de uno que parecía que se estaba ahogando. —Mierda.

Amber tiró en el mismo momento en que la barca se acercaba tanto que los hombres empezaban a saltar gritando a la batalla. La piedra cayó en la barca y esta se incendió.

—No está mal —dijo Yvaine antes de tirar a la otra embarcación, pero la piedra revotó cayendo al agua—. Vaya. —De repente una llama iluminó el interior de la barca y rio porque también la habían incendiado.

Mojó la mano y cogió la piedra quemando la brea. Vio que dos hombres corrían hacia el camino que subía. —Atenta. —Tiró la piedra dándole a uno en el pelo, pero ni se dio cuenta de que se le quemaba para seguir corriendo. Su melena se movió tanto que quemó el cabello del de al lado que de repente se puso a gritar dándose de manotazos. A Yvaine ni le dio tiempo a ver como corrían de nuevo hacia la orilla, porque al igual que Amber, tiró piedras a todo guerrero que se saliera de la batalla. De repente con una piedra en la mano no vio a nadie de pie que no tuviera el kilt de su marido y gritó levantando los brazos antes de que su esposo la siguiera con los suyos.

Rio abrazando a Amber. —Lo logramos.

—De momento.

Perdió la sonrisa poco a poco volviendo la vista hacia los otros barcos que atacaban el resto de las islas. —Sí, de momento.

Capítulo 13

Decidieron quitar un pequeño paso de los espinos para bajar a la playa. Tardaron un poco, pero cuando lo consiguieron corrieron lo más rápido que pudieron hacia ellos que aún vigilaban la playa.

—¡Laird! —gritó uno de los McGowan.

Evander se volvió para verla correr hacia él y se tiró a su marido que la abrazó con fuerza. —Eres una loca.

—Una loca que te ama.

—¿Y los niños?

—A salvo con tu madre. —Se apartó para mirarle, tenía una herida en el brazo, pero nada de importancia. —¿Qué te han dicho?

—Nos consideran escoceses —dijo con rabia—. ¿No es irónico? Toda la vida me he escondido por ser vikingo y ahora resulta que no lo soy.

Acarició su mejilla. —Eres mi hombre y eso basta.

Sonrió. —Volverán y serán más.

—Estaremos preparados y les obligaremos a negociar.

—Irán por el sur, por el este, será imposible detenerlos.

—Entonces tendremos que darles algo que quieran. —Miró hacia el barco. —¿Quién dirigía a esos hombres?

Su marido sonrió. —El jarl Sorensen.

—¿Y no ha venido a luchar?

—Es un viejo.

—Pues tenemos que hacernos con ese viejo. —Viendo la distancia dijo —Y sé cómo lo vamos a hacer.

Evander negó con la cabeza. —No me gusta tu plan.

—Si se trata de pasar desapercibido, yo soy tu mejor hombre. ¿Hay alguien que robe mejor que yo por aquí?

—Preciosa, no vas a robar una joya o una espada, vas a robar un hombre de carne y hueso que tiene dos veces tu peso y es un guerrero acostumbrado a matar.

—Tú provoca la distracción, de lo demás me encargo yo. —Miró hacia el barco y dijo —Dame hasta el mediodía para que me prepare. —Le dio un beso en los labios antes de salir corriendo para subir el sendero. Amber corrió tras ella y mientras Yvaine iba hacia el pueblo su amiga cubrió el sendero con los espinos como Evander había ordenado. Su amiga corrió hacia la hoguera por si se iniciaba otro ataque. Además, desde su posición podría vigilar la costa por si otro barco se dirigía en su dirección.

Sin aliento corrió hasta la casa grande y entró empujando la puerta con fuerza. Se quitó el vestido mientras corría y subió las escaleras de dos en dos quitándose el vestido interior antes de entrar en su habitación. Corrió hacia el arcón y agarró los pantalones de cuero de su marido. Se los puso e hizo una mueca porque le quedaban enormes. Agarró un cinturón y se lo puso a toda prisa. Se agachó para meter los bajos en sus botas. Cogió una de las camisas que su marido usaba en invierno y se la puso remetiéndosela por la cintura. Agarró su cabello y lo dividió por partes antes de empezar a trenzarlo. Tiró de unas tiras de cuero de otra camisa y ató la primera trenza antes de empezar con la siguiente. Cuando terminó las cuatro, cogió las de los laterales y las ató una a la otra para parecer más masculino. Corrió hacia abajo y se acercó a la cocina agarrando

el bote de miel. Se lo untó en el cabello y cuando lo empapó bien fue hasta la chimenea y se untó el cabello con la ceniza para oscurecerlo por completo. Corrió fuera de la casa y se detuvo en seco al ver a Lena sentada ante su casa llorando. —¿Qué haces?

—Nadie me echará de mi casa y si lo hacen será con los pies por delante. —La miró de arriba abajo. —¿Qué haces vestida así?

—Tengo que secuestrar a su jefe en su barco.

—¿Tú sola?

—Un golpe en la cabeza y un cuchillo en el cuello mientras me lo llevo nadando.

La mujer entrecerró los ojos. —¿Y te vas a subir al barco?

—Esa es la idea.

La mujer entró en la casa.

—¿Qué haces? Si quieres luchar ven conmigo.

Salió de la casa con un tarro. —Si vas a subir… —Quitó la tapa y sacó unas bayas de un rojo intenso. —Con una sola de estas tumbarás a quien sea.

Entrecerró los ojos. —Cuando dices que tumbaré, te refieres…

—Si no se mueren, tardarán en despertarse muchas horas. Una vez un niño se comió una y creímos que se moría, tardó tres

días en volver a la vida.

Sonrió maliciosa. —¿Cuántas tienes en ese tarro?

Nadó hasta el barco y sujetó la bolsa con los dientes antes de agarrar la gruesa cuerda que sujetaba el ancla. Al llegar al agujero del casco se metió por él con sigilo asegurándose de que en la bodega no había nadie que la sorprendiera. Se agachó tras unos barriles y estiró el cuello para ver la escalera. Valor, Yvaine. Caminó hasta allí. Agachando la cabeza subió las escaleras y decidida fue hasta uno de los remos. Agarró una soga y la apartó mientras algunos miraban hacia la isla. Uno de los guerreros miró hacia ella e incluso frunció el ceño viendo su ropa mojada y temió que la delatara, pero después de unos segundos el tipo se alejó como si nada. Sintió tal alivio que casi se desmaya. Vio el barril del agua y se acercó dejando caer la bolsa de las bayas trituradas dentro. Sabía que eso de momento no funcionaría, pero si podía matar a unos cuantos aunque fuera dentro de unas horas a ella le valía. Se giró para ir como si estuviera en todo su derecho hasta los hombres que estaban discutiendo con frases secas. En el centro había un hombre de barba blanca y era evidente que era quien mandaba. Miró el cielo

y sonrió porque ya era mediodía. Su marido también debía pensarlo, porque en ese momento él y sus hombres empezaron a correr hacia la playa. Justo a tiempo. Agarró un remo y se lo puso al hombro mientras aquellos salvajes se reían. Silbó con fuerza y el jarl con otros dos se volvieron para recibir un remazo en toda la cara. Dos cayeron al agua, pero el jarl puso los ojos en blanco antes de empezar a desmayarse inclinándose hacia adelante, así que Yvaine se lanzó sobre él tirándole por la borda. Le agarró por el cabello y le puso el cuchillo bajo la barbilla. Uno se iba a tirar al agua a rescatarle, pero ella gritó —¡Tírate y le mato!

Se detuvo en seco demostrando que conocía su idioma y gritó a los demás para que no se movieran. Nadó hacia atrás mientras le gritaban cosas que no entendía y su marido llegó hasta ella. —¿Qué dicen?

—Mejor que no lo sepas.

Soltó una risita. —La cara que han puesto.

Evander cogiendo a ese hombre de los pelos tiró de él hacia la orilla. Sus hombres le agarraron. —¡Atadle!

El barco empezó a alejarse y ellos con la respiración agitada les observaron mientras se iban. —Van a buscar ayuda —dijo su

marido.

—Pues espero que beban mucho.

Evander la miró sin entender. —Lena me ha dado unas bayas que al parecer tumban a la gente.

Su marido sonrió. —Si son las bayas que creo, es una pena que no tengamos para todos. —La cogió por la cintura para pegarla a él. —Lo has hecho muy bien.

Le miró con amor. —¿Crees que servirá para algo?

—Al menos tenemos algo para negociar. —Miró al jarl atado en el suelo. Le sangraba la nariz. —¿No le habrás matado?

—No, ¿no ves cómo simula estar dormido? Mira como mueve el párpado.

Sonrió y la besó en los labios. —Eres preciosa, valiente y muy lista.

—Tienes suerte de haberme pillado.

Él rio por lo bajo. —Eso mismo me digo yo cada día. Ahora sube a vigilar.

—Sí, quiero ver a dónde ha ido ese barco.

Le dio un beso rápido y corrió hacia el sendero. El laird la observó apretando los labios antes de volverse e ir hacia el jarl. Sus

botas quedaron al lado de su cara y le dijo en su idioma —Dime quien es tu jefe.

Abrió los ojos antes de mirar hacia él. —No te servirá de nada. La decisión está tomada.

Se agachó a su lado y miró el horizonte. —Mi abuelo llegó a estas tierras y nos vamos a quedar. No nos rendiremos. La sangre llenará estas playas, pero te juro por Odín que será la vuestra.

—Las Órcadas serán vikingas. Tú ya no eres uno de los nuestros —dijo con desprecio—. Solo hay que ver tu kilt.

—He protegido a mi pueblo y no me arrepiento. ¿Quién os ha enviado?

—¡Hijo!

Se volvió hacia su padre que estaba al final de la playa con un cuerpo ante él. Le hizo un gesto para que se acercara y lo hizo corriendo. —¿Qué ocurre? —Vio que el hombre tenía los ojos abiertos.

—Es uno de los que tiró tu esposa con el jarl, casi se ahoga. Escucha lo que dice.

Se acercó a él. —¿Qué quieres decir, guerrero?

—Tu padre me ha preguntado quién nos manda. Nadie. Estamos huyendo.

—¿Huyendo de quién?

—Del rey. Harald ha puesto precio a las cabezas de nuestros jarls —dijo con la respiración agitada.

Se le cortó el aliento. —¿El rey os busca?

—Sí, ha conquistado nuestro pueblo y nos ha expulsado de nuestras tierras, pero algunos jarls intentaron matarle. —Volvió la vista hacia él. —Estoy harto de que me traten como a un perro. He arriesgado la vida por ellos muchas veces a cambio de nada, ahora mismo acabo de salvar la vida de nuevo y ya es hora de poner fin a esto. Sé que Odín me está dando una oportunidad. —Se sentó mirándole a los ojos. —Eres un vikingo, aunque luzcas otros ropajes, lo sé. Si me aseguras que tendré un pedazo de tierra que pueda arar, te ayudaré en lo que sea.

—Estás traicionando a los tuyos por un futuro incierto.

—No tan incierto como el que ya tenía. Ya no me creo sus sucias mentiras. Por su culpa, por su osadía he perdido todo lo que tenía y no estoy dispuesto a perder la vida. Y te aseguro que muchos piensan como yo.

Entrecerró los ojos. —¿Cuántos piensan como tú?

—Como la mitad de los hombres que están en esos barcos.

Miró a su padre. —¿Qué opinas?

—Si buscan un nuevo jarl, ¿por qué no tú? —Douglas sonrió malicioso.

—Será imposible hablar con esos hombres en plena lucha.

—Tú sí, pero él…

Ambos miraron hacia el guerrero que se levantó mostrando que era incluso más alto que él. —Creo que ahora tenemos otros problemas.

Miraron hacia la costa, se acercaban dos barcos. —Esos no son de los nuestros, les dará igual que tengáis al jarl.

—Joder… —Miró hacia el acantilado y vio a su esposa de pie al borde de él observando. —Padre, haz que se vaya. Llévatela de aquí.

—Se ha quedado porque quiere ayudar, hijo. No se irá y ordenándoselo yo mucho menos.

—¿Una mujer rebelde?

Evander sonrió. —No lo sabes bien, amigo.

Él alargó la mano. —Erik Olafson.

Le agarró por el antebrazo. —Evander McGowan.

—Hijo, di tu verdadero nombre.

—Evander Halvorsen. Es la costumbre de ocultar quienes somos. —Miró los barcos. —No podremos con todos.

Un grito de guerra les hizo volverse de golpe para mirar el acantilado y al ver a su hermano allí apretó los labios porque lo que menos quería era perder ese día también a su gemelo. Miró a su esposa que abrazaba a Amber. Douglas rio dándole una palmada en el hombro. —No podía ser más oportuno.

—¿Tu hermano?

—¿No se nota?

Erik rio por lo bajo mientras sus hombres bajaban por el sendero con las espadas en la mano. —Esto ya es otra cosa. —Sacó su espada de la vaina. —¿Listos para triunfar o morir?

Collin muy serio se acercó a ellos. —Hermano, esto no me gusta.

—A mí tampoco. —Se abrazaron. —Dime que has venido solo.

—He dejado a mi esposa en la costa. Desde allí se ven los fuegos. —Miró a su padre y le abrazó. —La he dejado con madre, los

niños y los demás. Se han quedado con los viejos. —Miró a Erik levantando la cabeza. —¿Y tú quién eres?

—Un desertor.

—Buena manera de presentarte a alguien que tiene una espada en la mano.

—Yo también tengo una.

Collin miró a su hermano. —¿Qué está pasando, Evander?

—Huyen del rey Harald y al parecer han elegido Las Órcadas para establecerse.

—¿Y pensaban que nos íbamos a quedar de brazos cruzados? —Los cuatro se volvieron. En ese momento los hombres estaban bajando a las barcas.

—No pueden subir ese sendero —dijo Evander.

—No subirán, hermano. —Se volvió y gritó —¡No dejéis que salgan de la playa!

Sus hombres gritaron elevando sus armas.

—Ordénales que no ataquen hasta que lleguen a la arena.

—¿Por qué?

—Mi mujer ya estará preparada.

Yvaine empezó a lanzar piedras y Collin vio que le daba a un guerrero en el casco antes de que la piedra cayera sobre la piel del de delante y prendiera. Varios se levantaron intentando apagarle la espalda, pero uno sin darse cuenta de que tenía un puñal en la mano se lo clavó. Collin asombrado miró a Erik que puso los ojos en blanco.

Eran tantas barcas que las mujeres no daban abasto y cuando dos llegaron a la orilla Evander gritó corriendo hacia ellas con sus hombres detrás.

Los guerreros se mezclaron y Amber no sabía qué hacer. Iba a tirar otra piedra cuando Yvaine le agarró del brazo. —¡Tira a las barcas, no podemos herir a los nuestros! —De repente vio que uno subía por el camino con la espada en la mano. —¡No, no! —Agarró la antorcha y la espada para correr hacia él, pero cuando llegó el vikingo ya había llegado arriba. Con la respiración agitada se miraron a los ojos. —Vuelve antes de que pierdas la vida. —Se dio cuenta de que no la entendía y gritó —¡Fuera de estas tierras!

Él sonrió malicioso y de repente una piedra le dio con fuerza en la sien haciendo que pusiera los ojos en blanco antes de caer de costado tan largo como era. Asombrada le miró antes de volver la

vista a Amber que a pocos metros sonreía maliciosa. —Creo que son más efectivas así, amiga.

—Ya veo. —Se acercó al espino y viendo que algunos subían por el sendero bajó la antorcha haciendo que prendiera. Los vikingos se volvieron con tanta prisa que alguno cayó precipicio abajo y ambas rieron. Entre las dos cogieron al que estaba en el suelo y lo arrastraron hasta el borde antes de empujarlo con los pies para que cayera al mar.

Yvaine contempló la lucha con impotencia sin dejar de admirar como su marido intentaba proteger lo que era suyo, haciendo honor al Lobo negro pues no había en esa playa un guerrero mejor. Mientras giraba sobre sí mismo cortó el vientre de uno de sus enemigos antes de clavar su espada en el costado de un vikingo que atacaba a su padre. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque en esa batalla estaba demostrando que pensaba en los suyos antes que en sí mismo. Se estremeció al ver que le herían en el costado, pero él siguió luchando con más rabia que antes si eso era posible. Amber cogió su mano. —Lo conseguirán.

Abrió la boca para contestar y sintió el filo en su nuca. —Tira la espada.

Amber chilló volviéndose para encontrarse cinco hombres que las miraban con ganas de sangre. Yvaine dejó caer la espada sobre la hierba y el que estaba detrás de ella siseó —¿Eres tú quien está matando a mis hombres, perra escocesa?

Si iba a morir, lo haría con orgullo. —Defiendo a los míos como haría cualquiera.

—Cualquiera no. —La agarró del brazo para volverla y ella se quedó sin aliento por lo apuesto que era. Su melena rubia llegaba hasta la mitad de su espalda y estaba trenzada desde sus sienes. Sus ojos azules eran tan claros que estremecían el alma. Pero no solo ella fue la sorprendida porque él también la miró fijamente como si no se lo esperara. —¿Quién eres?

—Soy la esposa del laird.

—Del jarl —la corrigió Amber a toda prisa—. Y yo soy su hermana.

Él sonrió malicioso. —¿De veras? Esto sí que no me lo esperaba. —La empujó contra uno de los hombres. —¡Atadlas! ¡Son importantes para esos perros, igual si ven como las destripamos depongan las armas!

Le miró con desprecio. —¿Así ganáis vosotros las batallas, guerrero?

La agarró por la barbilla con fuerza. —Antes de que pierdas la vida te voy a enseñar mucho sobre cómo las hacemos nosotros.

—Estoy casada con un vikingo, ya me ha enseñado todo lo que tengo que saber. —Le escupió a la cara y este la agarró por el cuello mientras ella siseaba —Cabrón.

Se echó a reír en su cara. —Tienes valor, zorra, eso no voy a negarlo. —La soltó con desprecio y miró hacia la playa donde sus hombres estaban perdiendo la batalla.

Cuando uno de sus hombres la agarró por los brazos Amber gritó intentando soltarse y Evander se volvió para ver como su esposa era empujada para que caminara. —¡Yvaine! —gritó fuera de sí antes de correr hacia el sendero. Erik le empujó para que cayera y se levantó a toda prisa poniéndose en guardia ante él.

Erik apretó los labios. —No la matará, si no lo ha hecho ya es que no la matará. Asegura la playa, vikingo, tu esposa puede esperar. La utilizará para negociar.

—¿Qué busca? ¿Quién es?

—Es quien nadie quiere tener de enemigo, ni el mismo rey. Es Karl Frediksen.

No pudo disimular su sorpresa.

—Ya veo que has oído hablar de él. El rey atacó sus tierras para demostrar su poder. Se unió a los fugitivos porque no tuvo más remedio, de repente era un proscrito de la corona. Tu esposa no podía haber caído en mejores manos, aunque es un asesino despiadado con sus enemigos, jamás he oído que hiciera daño a una mujer sin razón. Si tu esposa se mantiene callada, si no le da problemas, puede que salga con vida de esto.

Preocupado miró el acantilado donde ya no se les veía. —¿Mi esposa callada? —Sintió que el terror le recorría. —Mi esposa jamás se mantendría callada cuando algo le disgusta.

Erik apretó los labios. —Asegura la playa, mi jarl. Es el mejor consejo que puedo darte.

Observó como amanecía por la estrecha ventana que había en la pared de piedra. Habían pasado muchas horas desde que se las habían llevado a esa isla. Sentada en el frío suelo de piedra con

las manos atadas a la espalda y un tobillo engrilletado miró hacia Amber que temblaba a su lado. Había llegado el momento. —Acércate, nos daremos calor.

—¿Has oído lo que ha dicho ese del otro lado de la puerta?

—¿Qué más da que lo haya oído si no lo entiendo?

Amber se acercó a ella y se pegaron la una a la otra. —El que vigila la puerta acaba de decir que han ordenado matar a todos los hombres de esta isla.

Palideció. —Harán lo mismo con todas, incluso con la de Evander. Tenemos que salir de aquí. —Miró hacia la puerta. —¿Escuchas algo?

—No, ahora no.

—Vuélvete un poco. —Su amiga lo hizo y empezó a desatar sus manos.

Cuando la liberó su amiga se volvió para hacer lo mismo con sus muñecas. —¿Y el grillete? No podrás abrir el candado.

Sonrió maliciosa mientras Amber quitaba el nudo de sus ligaduras y abrió la palma de la mano para enseñarle las llaves. Su amiga asombrada tiró de la cuerda. —No puede ser…

—Mi padre me enseñó bien. ¿Recuerdas que insulté a ese cerdo que nos engrilletó antes de que se alejara para coger las cuerdas del otro hombre? ¿Y que regresó para pegarme? —Amber asintió viendo su pómulo amoratado. —Era solo una distracción.

—¿Y por qué ahora? Llevamos horas aquí.

—Ahora se oyen menos gritos, hay menos gente a nuestro alrededor. —Le dio una llave y con la suya abrió el candado de su grillete a toda prisa dejándolo en el suelo sin hacer ruido. Se levantó y Amber la imitó, pero ella negó con la cabeza haciendo que se sentara de nuevo. Se acercó a la ventana y poniéndose de puntillas miró por ella. Había cuerpos por todas partes y una de las casas estaba en llamas. Al ver como sacaban a un grupo de niños de la casa más grande se le revolvieron las tripas. Corrió hacia la otra ventana que estaba justo en frente y miró. —Mierda.

—¿Qué ocurre?

—Estamos prácticamente en el centro del pueblo. Es difícil que no nos vean al salir.

—De todas maneras, si consiguiéramos salir de aquí no tenemos una barca para regresar a nuestra isla.

Un hombre entró en el pueblo con la espada en la mano seguido de otros cinco. Yvaine entrecerró los ojos porque aunque estaban muy lejos el que iba delante se parecía mucho a su marido, pero no llevaba su kilt sino unos pantalones de cuero. Debía estar teniendo visiones. A medida que se acercaban se le cortó el aliento porque sí que era Evander. —Son ellos.

Amber se levantó. —¿Ellos?

—Los nuestros.

—¿Están locos? —Se acercó a toda prisa intentando mirar. —Les van a matar.

Caminaron entre esos asesinos. —Eso es, mi amor, camina como si nada. —Pasaron ante ella, pero aún estaban tan lejos que no podía llamarles sin llamar la atención. —Se van, se van... —Su amiga iba a gritar y le tapó la boca. —¿Estás loca? ¿Quieres que todos se nos tiren encima? Hay que pasar desapercibidos.

—¿Y si se van a otra isla a buscarnos?

Miró hacia la puerta. —Muy bien, hay que salir. —Fue hasta los candados y quitó las llaves antes de ir hacia la puerta y tomar aire. Elevó el puño y golpeó dos veces. Decidió apartarse un poco y la puerta se abrió de golpe mostrando un guerrero que le sacaba la

cabeza. —Amigo, igual queréis recuperar vuestras llaves —dijo abriendo la mano y mostrándoselas.

Sorprendido las miró y dijo algo que ella no entendió acercándose para coger una. Este sonrió. —Takk.

Sonrió a su vez antes de pegarle una patada entre las piernas que le hizo gemir cayendo de rodillas. Agarró su puñal y le traspasó el cuello de parte a parte.

Amber chasqueó la lengua viendo como caía sobre el suelo. —Encima que te da las gracias.

—Que se lo agradezca a ese Odín. —Sacó la cabeza y vio a otro hombre de espaldas a ella apenas a cuatro metros, pero estaba distraído hablando con un muchacho. Le hizo un gesto a Amber que se acercó como si nada. —Habla en tu idioma. Camina a mi lado como si tal cosa hablando tu idioma, pero solo cuando yo te diga.

Amber asintió y la siguió cerrando la puerta antes de pasar tras la espalda del guerrero. Se alejaron a toda prisa y dijo —Ahora.

Su amiga empezó a hablar en noruego y ella asentía muy seria mientras pasaban entre un grupo de guerreros que las miraron, pero ninguno las interrumpió. Siguiendo la dirección que había

tomado el grupo de su marido caminaron sin detenerse o dudar. —Muy bien, lo haces muy bien —dijo por lo bajo—. ¿De qué hablas?

—De lo guapo que es mi amante, el gran Karl Frediksen.

—¿El que nos cogió? —preguntó espantada.

Amber se sonrojó. —Bueno, no puedes negar que es muy apuesto.

—Sigue hablando en tu idioma.

Su amiga empezó a parlotear y hasta soltó una risita, pero ella ni se dio cuenta porque vio a Ross metiéndose tras unos arbustos antes de desaparecer. —Vamos, están allí.

Se apuraron para no perderles cuando de repente se abrió la puerta de una casa y su captor salió de ella hablando con otro hombre. Ellas pasaron ante él dejándole con la boca abierta y las siguió con la mirada. Yvaine miró sobre su hombro y siseó —Amiga, espero que seas veloz.

Ambas echaron a correr y Karl gritó señalándolas provocando que los hombres corrieran tras ellas.

—Mierda, mierda —dijo Amber saltando el seto.

—¡Corre! —Pasaron entre los árboles. —¡Corre Amber!

Miró hacia atrás para ver que entre los que las seguían estaba ese Karl que gritó furioso cuando sus ojos coincidieron. De repente vio a Ross que se había detenido y asombrado vio que pasaban ante él. —¡Corre!

El guerrero echó a correr y cuando Amber tropezó la agarró de la mano tirando de ella. —¡Por aquí! —gritó Ross desviándose al norte. Empezaron a bajar una colina y los árboles se despejaron, fue cuando vio a su marido a unos metros hablando con un hombre enorme.

Corrió hacia él y Evander distraído miró hacia ella antes de abrir los ojos como platos. —¿Mujer? ¿Sabes el susto que me has dado?

—¡Corre!

Él vio a los hombres que les seguían y entrecerró los ojos volviéndose hacia ellos. Erik gruñó poniéndose en guardia antes de que al menos veinte de los McGowan se acercaran para cubrirles las espaldas. Se detuvo ante su marido sorprendida de que les enfrentaran y al mirar hacia atrás se dio cuenta de que debían ser diez hombres nada más los que les seguían.

Su marido la agarró del brazo y siseó —Ve hacia el barco.

—¿El barco?

—Tras aquellas rocas hay un sendero que te llevará a la playa, mujer. Espérame allí.

Amber se alejó. —Vamos, esto es cosa de hombres. Ya se han arriesgado mucho por venir a buscarnos, no les distraigamos más.

Tenía razón no debería haber ido a buscarlas. Su corazón se emocionó porque era un loco. Se acercó a él y le besó en los labios antes de mirar sus ojos. —No dejes que te maten, marido.

Él sonrió. —Ve con ella.

Amber cogió su mano y se dejó llevar sin dejar de mirar a su esposo. El hombre enorme gritó algo a los que se acercaban.

Ambas corrieron de nuevo y no tardaron en ver el barco cerca de una pequeña playa de piedras. Angustiada miró hacia atrás, pero poco podría hacer para ayudarle. Cuando llegaron a la playa miraron hacia el barco. —¿Y la barca?

—¿Qué barca? —preguntó su amiga metiéndose en el agua—. Ese barco tiene poco calado y se ha acercado lo suficiente para poder llegar nadando. Venga, vaga…

Jadeó indignada. —¿Vaga yo? ¿Te recuerdo que ya he hecho esto antes?

—Y muy bien, por cierto. Leche, qué fría.

Empezaron a nadar hacia el barco y su amiga fue la primera en llegar a la escala que estaba en estribor. —Malditas faldas —siseó apartando la falda mostrando su pierna. Le costó un poco subir, pero cuando llegó arriba estiró la mano para ayudarla, lo que demostraba que era una amiga de verdad.

—Gracias. —Sin aliento fue hasta la proa pues desde allí se veía a los hombres en la colina. Frunció el ceño porque no luchaban, parecía que discutían. —¿Qué estará ocurriendo?

—Cuando nos íbamos el grandullón gritó que tu marido podía ayudarles.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

—Algo de una alianza. Eso no lo oí muy bien.

Estaban negociando. Sintió que sus esperanzas se renovaban. —Si ese hombre se pone a favor de los nuestros…

—Ganaremos la batalla. Karl Frediksen es el mejor luchador del norte.

La miró fijamente. —¿Por qué le conoces?

—Le conocemos todos. Sus hazañas han traspasado fronteras. Se dice que nació con el favor de Odín y te aseguro que

cuando escuché quien nos había prendido ya lo daba todo por perdido.

—¿De veras? Pues se enfrenta con el Lobo negro, a ver quién gana —dijo orgullosa. Ambas miraron hacia la colina. —De momento no gana nadie, aunque sí que parecen furiosos. Cuéntame algo sobre nuestro enemigo.

—Tiene una hermana a la que adora. Dicen que es capaz de recorrer los confines de la tierra si ella se encapricha de algo. Una vez en una de sus incursiones le llevó un caballo de oro que consiguió en oriente. Es un gran marino, y sus tierras son las más productivas de todos los fiordos.

—Hablas de su hermana, ¿y su esposa?

Amber hizo una mueca. —Murió con su bebé al dar a luz. Dicen que la amaba tanto que no ha vuelto a casarse. ¿Sabes lo que me extraña? Que él esté aquí. Incursiones sí, ¿pero intentar conquistar unas tierras? Él ya es muy rico. —Chasqueó la lengua. —Aunque a veces estos grandes hombres tienen que hacer cosas por alianzas o cosas así.

—No considero que sea un gran hombre.

—Si estuvieras en su bando si lo creerías. Sus hombres son los más leales de toda noruega.

—¿Cómo sabes esas cosas si vivís aquí y ocultáis vuestra identidad?

Amber se sonrojó, lo que la alertó. —¿Amiga? Estoy esperando.

—Bueno…

—¡Amber!

—Este año no ha ido por ti, la venganza de su abuelo y otras cosas, pero el laird suele ir.

—¿Suele ir a dónde?

—A hacer el sacrificio a Odín.

Se le cortó el aliento. —¿El sacrificio a Odín?

—Claro, por eso nos ha pasado esto, porque no ha hecho el sacrificio.

—¡Amber, estoy esperando!

—Va hasta nuestro antiguo fiordo y mata varias ovejas, su sangre mancha la tierra mientras él ruega por nuestro bienestar. Nosotros también lo hacemos aquí, pero es una tradición que nunca se ha perdido. Ya lo hacían sus bisabuelos por temor a Odín y ellos

siguieron la tradición. Hay que tener cuidado con los dioses, son caprichosos.

—¿Me estás diciendo que mi marido cada año va hasta vuestras antiguas tierras a hacer un sacrificio para que Odín no se enfurezca?

Su amiga sonrió. —Y que así continuemos con esta prosperidad. Bueno, la que teníamos hasta que llegaron esos.

—Y ahí es donde se entera de todo lo relevante.

—Sí. Regresa y nos lo cuenta durante las noches de invierno. Este año lo he echado de menos. —Suspiró mirando la colina. —¿Crees que ese apuesto guerrero ya se habrá casado?

La miró como si tuviera cuernos.

—¿Qué? ¡Soñar no cuesta nada!

—Igual deberías fijarte más en Ross, que es quien te acaba de salvar la vida.

Se puso como un tomate.

—Ah, que ya te has fijado en él.

—Y me ha rechazado —dijo entre dientes.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡No!

—¡Sí! ¡Y de muy malas maneras! ¡Dice que él es el hombre y que cuando quiera casarse ya elegirá él la esposa que más le convenga!

—¿Te dijo eso?

—Desde entonces no le hablo. —Levantó la barbilla orgullosa. —Y él no me habla a mí desde que rompí una jarra de cerveza sobre su cabeza.

—Oh… —Reprimió la risa.

—No tiene gracia.

—No, claro que no.

Amber miró hacia la colina. —Cuando murió mi padre creí que me lo pediría, pero no. Me sentía tan sola…

Sintiéndolo por ella acarició su espalda. —Lo siento.

—Me costó muchísimo pedirle matrimonio, para que luego me tratara así.

—Yo le pedí matrimonio a mi marido, ¿sabes?

La miró sorprendida. —¿De veras?

—Sí, y también me rechazó.

—¿El laird te rechazó?

—Y me mintió, utilizó y un montón de cosas más que no quiero recordar. —Miró hacia él. —Pero mi corazón es suyo y se arrepintió de haberme tratado así.

—Quizás Ross también se arrepienta.

—Igual deberías hablarle de nuevo a ver si te abre su corazón. A los guerreros les cuesta un poco.

—¡Mira, se van!

Sin aliento miró hacia allí y efectivamente su marido se alejaba de aquellos hombres que les observaban. Sintiendo que se le secaba la boca de miedo susurró —¿Han llegado a un acuerdo?

—Creo que sí, no les atacan. —Amber chilló de la alegría antes de abrazarla. —No nos quitarán nuestras tierras.

Sonrió esperando que su amiga tuviera razón, aunque no creía que fuera tan sencillo.

Capítulo 14

Su marido fue el último en subir al barco después de asegurarse de que todos sus hombres estaban bien. Cuando llegó arriba empapado, la agarró a la cintura y la pegó a él para mirarle bien el rostro. Cogió su barbilla y giró su cabeza para mirar su pómulo. —¿Te lo hizo su jarl?

—No, fue otro hombre que nos custodiaba.

Él besó su mejilla y ambos cerraron los ojos disfrutando de su contacto. —Preciosa, creí que te perdía.

—Estoy aquí, a tu lado. —Se apartó para ver la herida en su brazo y la quemadura en su costado. Se le cortó el aliento. —Ahora para los demás vuelves a ser igual que Collin.

—¿Y para ti?

Le miró a los ojos. —Para mí eres único, mi amor. Nadie puede hacerme sentir como tú.

Él atrapó sus labios y la besó apasionado hasta marearla de placer. Su marido se apartó y gritó a sus hombres —¡Volvamos a casa!

Empezaron a remar y ella preguntó —¿Cómo ves la situación?

Preocupado apretó los labios antes de responder —Lo bastante grave como para llegar a un acuerdo.

—¿Qué quieres decir?

—Debo hacer que todos los míos abandonen la isla para mantenerles a salvo mientras cumplo una misión.

—¿Qué misión?

—Llegar al rey Harald para que le devuelva sus tierras a Frediksen, entonces él matará a nuestros enemigos en nombre del rey, me devolverá mi isla y nos entregará Las Órcadas.

Se le cortó el aliento. —¿Serás capaz de hacerlo?

La miró a los ojos y sonrió. —¿Serás capaz de hacerlo tú? Tiene debilidad por las mujeres hermosas.

Sonrió maliciosa. —¿No me digas?

—Y si le llevamos algo que le agrade mucho, puede que llegue a escucharnos.

—Supongo que eso que puede agradarle es difícil de conseguir.

—Menos mal que tus manos son muy hábiles, esposa.

Minutos después parpadeó mirando a su marido. —¿Me estás diciendo que tengo que ir contigo a las tierras del hombre que me secuestró, coger a su hermana con el caballo de oro que le regaló y sacarles de las tierras que ahora domina otro jarl? ¿Que después llevaremos el caballo al rey y le convenceremos de que nos ayude? ¿Y cuando consigamos su ayuda, regresaremos y entregaremos esa mujer a su hermano para que se dé cuenta de nuestra buena voluntad?

Hizo una mueca. —Lo has entendido muy bien, esposa.

—¿Tú estás loco? —gritó haciendo reír a sus hombres por lo bajo mientras remaban.

Evander carraspeó. —Es nuestra única opción.

Empezó a caminar de un lado a otro.

—¡Si queremos que Frediksen nos ayude a recuperar las islas es nuestra única opción!

—¿Y si el rey nos ayuda a conquistarlas? Al fin y al cabo, como has dicho son enemigos de la corona, igual si les decimos donde están…

Erik carraspeó. —Yo no me fiaría de Harald, señora. Una cosa es que estén bajo el manto de la corona noruega y otra muy distinta que Harald se haga cargo de ellas. ¿Quién le garantiza a tu marido que le dejará al cargo de su isla y no impondrá otro jarl como en las tierras de Frediksen?

—Tampoco puede garantizarlo ese Frediksen.

—Ese hombre ha dado su palabra de que nos ayudará a conquistar su isla de nuevo y yo le creo. Si algo es garantía, es la palabra de un Frediksen.

Miró a su marido a los ojos. —¿Crees que tiene razón?

—Su fama le precede, mujer. Si le han quitado sus tierras es porque no estaba de acuerdo con lo que estaba haciendo la corona respecto a los impuestos. El rey le tiene miedo, temía que más jarls se pusieran en su contra uniéndose a él y ha buscado la excusa que necesitaba para poner precio a su cabeza.

Así que el rey era alguien de poco fiar. —¿Quién nos garantiza que le devuelva sus tierras? ¿Por un caballo de oro?

—Es un símbolo. Está dispuesto a volver si el rey es magnánimo y Frediksen conquistará nuestras islas para él. Harald ampliará su territorio, que es lo que lleva buscando los últimos años y no tendrá que mover ni un dedo. Más impuestos, más ganancias para la corona.

—Entiendo. Pero no recuperarás del todo tu hogar, mi amor. Siempre estarás a la sombra del rey. A expensas de sus caprichos.

—Es el precio que debemos pagar por seguir con nuestro modo de vida. Por seguir en nuestra isla. —Se volvió hacia sus hombres. —¿Estáis de acuerdo?

Estos asintieron. Evander la miró a los ojos. —¿Crees que podrás hacerlo?

—¿Alguien sabe cómo es de grande ese caballo?

Agachada junto a su marido tras una gran roca llena de musgo apretó los labios porque en ese momento salieron dos hombres de la casa del jarl. —¿Es que no se van a dormir nunca?

—Creo que ya no queda nadie en el salón. Mira, ahí salen las mujeres. —Cuatro mujeres salieron hablando las unas con las otras. —Esperemos un poco por si hay alguna más.

Inquieta se sentó apoyando la espalda en la roca y él sonrió. —Eres una mujer muy impaciente, esposa.

—Estamos lejos de nuestros hijos.

Él apretó los labios cogiendo su mano sin dejar de mirar la casa. Yvaine sintió un nudo en la garganta. —Son tan pequeños, si faltamos no nos recordarían.

—También lo hacemos por ellos, para que tengan un futuro. Evander será el futuro jarl y quiero dejarle mis tierras como me las dejaron a mí.

Volvió la vista hacia él y se miraron a los ojos. —No me fío de que el rey cumpla su palabra si logras convencerle. No me fio de él. Si ha quitado sus tierras a ese vikingo, es capaz de hacer lo que sea por conseguir sus propósitos. ¿Y si decide que quiere Las Órcadas sin que le molestéis ninguno de los dos? —Su marido apretó los labios. —Veo que lo has pensado.

—He pensado mil cosas en estos días, mujer. Solo espero que se sienta lo bastante agradecido como para que nos ayude cuando le

digamos dónde están los que intentaron matarle.

—Y le entregaréis Las Órcadas sin que mueva un dedo.

Asintió. —Como te dije.

Suspiró volviéndose. —No sale nadie más, voy ya. —Iba a levantarse cuando su marido la cogió por el brazo. Se detuvo mirándole a los ojos, estaba asustado por ella. Yvaine sonrió. —Mi amor, no correré riesgos.

—Te amo.

Se le cortó el aliento y emocionada se tiró a sus brazos para abrazarle con fuerza. —Y yo te amo a ti, mi vida. No pasará nada, volveré a tu lado.

La pegó a él. —Si me necesitas grita lo más fuerte que puedas, preciosa.

Sonrió sabiendo que sería enviarle a la muerte y eso no lo haría nunca. Acarició su mejilla antes de besar sus labios. Se puso en pie mostrando sus pantalones de cuero negro y su chaleco de la misma piel regalo de su marido en cuanto llegaron a tierras vikingas. —Todo irá bien.

Se alejó hasta llegar al tronco más próximo a la casa del jarl y estiró el cuello para mirar a su alrededor. Todo estaba en calma.

Corrió hasta la casa y en lugar de ir hacia la puerta principal, la rodeó para entrar por detrás pues puede que en la zona del salón hubiera gente durmiendo. Su marido le había explicado que las casas de allí eran distintas a las de Escocia y que algunos jarls incluso dormían con sus animales en el salón. Lo que la beneficiaba, porque no les sobresaltaría cualquier ruido que ocurriera en la noche. Al llegar a la puerta de atrás esta se abrió de golpe y se pegó a la pared un segundo antes de que le tiraran un cubo de orina a la cara. La puerta se cerró y ella hizo un gesto de asco pensando de la que se había librado. —Mierda —dijo por lo bajo antes de mirar hacia arriba. Era evidente que esa casa tenía dos pisos como la de su marido, pero no había una sola ventana. Evander decía que era para que no pasara el frío en invierno que era muy crudo y debía serlo porque a pesar de la época en la que estaban hacía mucho más frío que en su casa. Miró la puerta y entrecerró los ojos. Habría que provocar una distracción. Habían descartado el fuego por si Frediksen se enfadaba, ya que al fin y al cabo los que vivían allí eran de su pueblo. Al principio creía que podría entrar sin distracciones, pero estaba claro que iba a ser más difícil de lo que pensaba. Entonces pensó en ello. Eran sus gentes, ¿no le querían tanto? Harían lo que fuera por él. Por intentarlo no perdía nada. Levantó la

mano y llamó a la puerta. Esta se abrió mostrando a una joven de unos dieciocho años con sus cabellos castaños revueltos y cara de aburrimiento. —¿Tú quién eres?

Mierda, no había pensado en el idioma. Le hizo un gesto con la mano para que la siguiera y susurró —Karl Frediksen.

A la muchacha se le cortó el aliento y sin pensar salió de inmediato. Corrió con ella y fueron hasta donde estaba su marido que asombrado susurró —¿Qué haces?

—No me entiende. Dile que venimos de parte de Frediksen.

Su marido apretó los labios y vio como desconfiaba de ellos por hablar en otro idioma. Evander le dijo algo que la relajó. Es más, cuanto más hablaba su marido más se emocionaba ella que le susurró algo.

Impaciente Yvaine dijo —¿Qué?

—Dice que no será difícil convencer a Agathe, que es la hermana del jarl Frediksen, pero sacar el caballo va a ser muy complicado.

—¿Por qué?

—Porque está en la habitación del jarl.

—Pregúntale si es muy grande.

Él lo hizo y la mujer asintió. Puso la mano a la altura de la cintura y dijo unas palabras.

—Al parecer pesa mucho.

—No.

Ella dijo algo y su marido apretó los labios. —Lo tuvieron que trasladar hasta su habitación entre cuatro hombres robustos.

Miró a su marido. —¿Qué hacemos?

Él le preguntó algo a la muchacha y esta entrecerró los ojos antes de asentir, pero le contestó algo que parecía que a su marido no le gustaba nada.

—¿Qué?

—Puede pedir ayuda a gente fiel a su verdadero jarl, pero sabe que en cuanto se despierte el nuevo les matará a todos por quitarle su tesoro.

—Pues matémosle.

—Eso puede enfurecer al rey. Además, también tendríamos que matar a sus hombres y sería iniciar otra guerra. Esos hombres seguro que tienen familias que se ofenderían contra Karl Frediksen y es lo que menos queremos en este momento.

—¿Entonces tenemos que sacarlo solos aunque luego tomen represalias contra ellos?

La mujer dijo algo.

—Dice que podemos decir que se lo ha llevado Odín porque es un regalo divino. —Su marido sonrió. —Si se despierta sin saber lo que ha ocurrido, sin que sus hombres hayan visto nada no podrá explicarlo ni acusar a nadie pues aunque registren a todos no lo encontrarán.

—¿Y a la hermana de Frediksen también se la ha llevado Odín? —preguntó con ironía.

La joven le replicó y hasta ella entendió lo que quería decir. Su marido carraspeó.

—Sí, lo he entendido, es muy hermosa. —Realmente no le extrañaba con lo apuesto que era su hermano. —Así no podremos sacar el caballo, alguien puede ver a nuestros hombres cuando lo trasladen. Hay que cambiar el plan. —Ambos la miraron. —Hay que quemar la casa del jarl y necesitamos un cadáver de mujer.

El cadáver no fue difícil de encontrar porque tan solo unos días antes había muerto una mujer al dar a luz. Su marido la había enterrado lo bastante lejos del pueblo como para no sentirse torturado y la mujer que les ayudaba les dijo dónde estaba. Ya con el cadáver en la cama de Agathe, que ya estaba a salvo en el barco, sus hombres y ellos estaban pendientes de cada una de sus órdenes.

Yvaine pasó ante ellos. —¿Listos?

Los cuatro asintieron.

—Pues vamos allá. —Corrió con la bolsa de brea y la repartió estratégicamente en las esquinas de la casa antes de ir hasta la puerta de atrás y rozarla con las yemas de los dedos. La puerta se abrió y la mujer le entregó el palo ardiendo. Corrió hacia las esquinas y empezó a encenderlas mientras se iniciaba un fuego en el interior de la habitación más próxima al jarl. Nadie dio la voz de alarma como ella había ordenado. Entre las sombras se acercó a sus hombres y observaron como la casa empezaba a quemarse. Viendo como avanzaba de rápido dijo —Arde bien.

Todos sonrieron.

—Bien, ¿todos tenéis cubiertas las manos? No sabemos si el fuego ha llegado al caballo. —Miró las manos llenas de vendas de su marido y asintió antes de ver las cuerdas en la mano de Erik. Las usarían para sacar el caballo sin tener que tocar su metal ardiente.

En ese momento se escucharon los gritos y algunos salieron de la casa espantados pidiendo ayuda. Un hombre salió desnudo dando órdenes. —Cariño, ¿es el jarl?

—El mismo.

—Pues vamos allá.

Agarraron los cubos de agua y corrieron hacia la casa. En cuanto llegaron al piso de arriba la mujer que les ayudaba con la mitad de la cara cubierta por un paño húmedo señaló una habitación. Los hombres entraron sin perder el tiempo. El caballito era la cosa más hermosa que había visto en su vida. —Cariño, ¿tenemos que dárselo al rey?

Silbó rodeándolo. —Eso me temo, preciosa.

Erik pasó las cuerdas por lo que sería la panza del caballo y entre los cuatro lo elevaron sin esfuerzo. Yvaine cogió una piel y se la puso por encima.

—¿Se le ven las patas? —preguntó su marido.

—No. —Salieron con él y la mujer prendió la cama y todo lo que había a su alrededor con la antorcha. Los hombres iban con los cubos vacíos en las manos libres mientras ella se ponía delante del caballo para ocultarlo a la vista. Y así bajaron las escaleras mientras los hombres tiraban cubos para intentar apagar el fuego que había en un extremo del salón, por lo que para apagarlo les daban la espalda. Llegaron a la puerta trasera y otra mujer abrió la puerta. Al salir, otro de sus cómplices que tiraba agua en la esquina de la casa del jarl, les hizo un gesto indicando que el camino estaba despejado.

—Vamos, vamos… —Apuraron el paso y cuando salieron de detrás de la casa un carro les cubrió hasta que llegaron al bosque.

Cuando estuvieron a cubierto otros hombres les reemplazaron y caminaron en silencio de vuelta al barco que estaba bastante lejos. Minutos después ya alejados del pueblo ella susurró —¿Crees que les harán algo?

—El símbolo de Odín que dibujamos en el patio con la espada del jarl a su lado se lo dejará claro. —Reprimió una sonrisa. —Ese no va a dormir en una buena temporada. —Cogió su mano. —No te preocupes, que el caballo haya desaparecido en el incendio les dará la oportunidad de alegar que Odín se lo ha llevado como pago por la ofensa a su verdadero jarl.

—¿Y tu Dios no se ofenderá contigo por utilizarle?

—Es por una buena causa.

—He oído decir a Amber que tus dioses son caprichosos.

—De momento están de nuestra parte.

Sonrió. Era cierto que de momento no les habían dado la espalda y eso la alivió.

Llegaron al barco y Agathe esperaba impaciente en la borda al lado de Amber. La verdad es que la belleza de esa mujer dejaba sin habla con su larga melena de un rubio tan claro que parecía blanco y esos ojos azules tan impactantes como los de su hermano. Cuando subieron ellas se acercaron de inmediato. —¿Todo ha ido bien? —preguntó Amber.

—Según nuestros planes. —Su marido le mostró el caballo que subía en ese momento.

Nerviosa Agathe se acercó a ella para susurrar —¿Ha habido heridos?

Que preguntara por los suyos demostraba que no era egoísta ni caprichosa e Yvaine sonrió. —No, ninguno. No ha habido lucha y cuando nos íbamos todos estaban bien.

Suspiró del alivio. —Son mi familia, no me gustaría que les ocurriera nada.

Su marido empezó a dar órdenes y las tres le miraron. —¿Y ahora? —preguntó la hermana del jarl.

—Ahora iremos en busca del rey. Mi marido debe hablar con él.

Agathe se apretó las manos nerviosa. —Harald no es un buen hombre.

Eso temía, pero había que intentarlo. —Buen hombre o no, espero que sea un buen negociante, porque lo que le ofrecemos no le costará ni uno solo de sus hombres.

—Mi hermano nunca dejó que me viera antes de ser rey.

Sorprendida la miró. —¿Y eso por qué?

—Temía que se encaprichara de mí y que nos presionara para casarme con él. Afortunadamente se casó con Gyda y eso dejó de preocuparle a mi hermano.

—¿Gyda es su esposa? —preguntó Amber.

Agathe asintió. —De la que dicen que debe estar muy enamorado. Se casó con ella a pesar de esperarla durante años. Al parecer no quería casarse con él hasta que no fuera rey de Noruega.

—Entiendo. —Por lo visto aunque al rey le gustaban las mujeres hermosas su esposa debía agradarle mucho, mucho como para casarse con ella después de sus exigencias. Yvaine pensó en ello durante unos minutos y de repente sonrió antes de volverse hacia su marido. —Esposo, ya sé cómo vamos a convencer a ese caprichoso rey.

El barco atracó en Velsfold y todos recorrieron la pasarela. Las mujeres bellamente ataviadas iban rodeadas de los hombres. El caballo de oro era llevado por cuatro guerreros e iba sobre una peana hecha especialmente para la ocasión. Todo el mundo se quedaba mirando el hermoso caballo de oro. Unos hombres se acercaron y su esposo que iba delante habló con ellos. Cuando escucharon lo que su marido tenía que decir, asintieron y les escoltaron hasta una gran casa donde les hicieron esperar en el salón. Yvaine admiró la increíble escalera labrada hasta en el frontal de los escalones. Impresionada miró a Agathe que no parecía impresionada en absoluto, sino que estaba más bien nerviosa. Le cogió la mano y la apretó para darle confianza. Unas mujeres se acercaron con jarras de hidromiel y las cogieron antes de que se les

invitara a sentarse a una mesa. Su marido la miró de reojo y susurró —Tenemos que esperarle.

Ella asintió antes de beber. Miró a Agathe sentada a su lado, le temblaba la barbilla y se aproximó a ella para susurrar —Como no dejes de temblar y nos delates, te parto las piernas.

Amber sonrió. —Eso dará igual cuando sus espadas nos traspasen el vientre.

En ese momento un hombre se acercó a su marido y este se levantó mirándola a los ojos. Escucharon pasos en las escaleras y miraron hacia allí. Erik se levantó y los demás hicieron lo mismo. Yvaine no se esperaba al hombre que descendía, la verdad, con todo lo que había escuchado esos días esperaba un rey del tamaño de Erik, pero apenas la sobrepasaba a ella en un palmo y aunque era fuerte no era temible, la verdad. Intentando no expresar nada en el rostro, le vio alargar la mano hacia una mujer bellamente vestida de azul, que se levantó de una silla ante el fuego para ir a otro salón donde los reyes se sentaron en dos grandes sillas.

Se acercaron y el rey miró fijamente a Evander antes de decir algo con un tono muy seco.

Su marido no se dejó intimidar y habló. Ella entendió el nombre del hermano de Agathe y se lo confirmó cuando el rey miró hacia su amiga que casi se desmaya de miedo. El rey dijo algo y Evander asintió. Cuando su marido mostró el regalo, los ojos de la reina consorte brillaron de la alegría y Gyda aplaudió emocionada levantándose. Corrió hacia el caballito y lo acarició antes de reír y montarse para deleite de su esposo que la miraba indulgente con una sonrisa. Sonrisa que traspasó a su marido mientras decía unas palabras mucho más suaves. Había picado el anzuelo. La conversación continuó y durante un momento el rey frunció el ceño. Evander se tensó, pero entonces Harald separó los labios como si estuviera sorprendido antes de asentir. El rey se levantó y salió de la sala. Su rostro mostraba que estaba satisfecho.

Su marido se volvió hacia ella y susurró —Ha aceptado, es una batalla que se ahorra. Frediksen debe conquistar Las Órcadas en su nombre y venir aquí con las cabezas de los jarl que le han traicionado. Después podrá regresar a su casa a recuperar sus tierras, siempre y cuando le jure lealtad. —Miró a Agathe. —Espero que tu hermano no se eche atrás ahora.

—Mi hermano tiene palabra.

—Más nos vale, porque no ha dicho nada sobre quien dirigirá Las Órcadas cuando esto acabe.

—Oh, cielo… —dijo decepcionada.

Apretó los labios. —Al menos recuperaremos nuestras tierras.

Por el momento, pensó ella mirando hacia la puerta por donde los reyes habían desaparecido.

Un hombre se acercó y le dijo algo al jarl que asintió. —Hemos sido invitados a compartir su mesa esta noche.

Agathe negó con la cabeza. —No, por favor.

—No podemos negarnos —siseó Amber—. Si queremos su favor, no.

Su marido cogió su mano llamando su atención. —Tú te quedarás en el barco. Si te preguntan algo puede ofenderse porque no sabes su idioma.

Le miró sorprendida. —¿Y para qué he venido ahora?

—Porque no me fiaba de que te ocurriera algo en el barco, pero ahora que saben que estamos con el rey, allí estarás segura.

Gruñó porque no le gustaba nada perderse esa cena. En realidad, no le gustaba quitarle ojo a su marido por si le pasaba

algo, pero al parecer no podía replicar. —¿Entonces no te considera un traidor? —susurró.

—No, ha entendido que nuestra familia fuera hasta allí para buscar que comer. Al fin y al cabo, él amplía territorios cada día para su gente. Es evidente que conseguir Las Órcadas para el reino de noruega no le ha parecido nada mal.

Sonrió. —Entonces todo va bien.

Evander asintió. —Regresemos al barco, cuanto menos tiempo nos quedemos por aquí mucho mejor.

Se dirigieron hacia la puerta y el rey que estaba en el hall le preguntó algo a su marido que le detuvo en seco. Este contestó como si estuviera confundido y el rey rio haciéndole un gesto para que fuera con él. Evander se volvió y le hizo un gesto de asentimiento a Ross antes de alejarse. Preocupada salió de la casa para ver que le invitaba a subir a un caballo. Había tanta gente a su alrededor que no podía preguntar nada. Nerviosa miró a Ross que la cogió por el brazo para tirar de ella disimuladamente hacia el barco. Cuando se alejaron lo suficiente preguntó —¿A dónde ha ido?

—Le ha invitado a cazar.

—¿A cazar?

Preocupado miró a Erik. —El laird ha ido solo.

—No pasará nada. Harald desea esas tierras y apuesto que quiere comprobar qué clase de hombre es.

Capítulo 15

Preocupada paseaba por la cubierta del barco y pasaron las horas. Ross y otros hombres fueron a la cena. Agathe no se sintió capaz. Erik dijo que las excusaría diciendo que la esposa de Evander estaba preñada y no se encontraba muy bien por la premura del viaje. Siguió paseando y el sol se ocultó. Aquellas horas la estaban matando de preocupación. Se detuvo para mirar el pueblo y Agathe se puso a su lado. —No te preocupes, no pasará nada.

—Evander tiene mucho carácter y es orgulloso.

—Debe serlo para ser jarl.

Sonrió con tristeza. —Jarl, laird… ¿Por qué todo debe ser tan complicado?

—Lo complican los hombres. Guerras, muertes… Nunca tienen suficiente.

—Mi marido solo quería vivir en paz.

—Por eso deben aprender a luchar, para defender lo que les pertenece. Como mi hermano. Ese cerdo… —dijo con rabia—. Se lo ha quitado todo.

—Lo recuperará, estoy segura.

—Pero tendrá que arrodillarse para conseguirlo. ¿Con qué cara mirará a sus hombres?

—Esos hombres están deseando regresar a casa. A veces hay que olvidar ciertos agravios por un bien mayor.

En ese momento vieron unas mujeres que se acercaban al barco. —Es la reina —dijo Agathe impresionada.

—¿Qué buscan?

—Haz que eres muda.

—¿Qué?

La reina seguida de dos mujeres que llevaban cestas en las manos subió la pasarela y con una sonrisa en los labios se acercó a ellas para hablar con Agathe, que intentando hacer ver que estaba cómoda en su presencia, habló suavemente. Gyda sonriendo miró a Yvaine y cogió sus manos diciéndole algo que no entendía. Madre mía, tenían que salir de allí ya. Agatha habló por ella y la reina la

miró con sorpresa. —¿Muda? No era muda cuando entró en mi casa esta mañana.

Quiso morirse allí mismo. —Me entiende.

—Mi padre quiso que aprendiera. Él lo había hecho por sus incursiones, le enseñó un fraile que decidió mudarse con nosotros.

—Siento haberle mentido, pero…

—Entiendo tu preocupación. Ven, sentémonos. Estoy deseando que me cuentes tu historia. Lo de regalarme el caballo fue idea tuya, ¿no es cierto?

No pudo disimular su sorpresa. —¿Cómo…?

Gyda se echó a reír. —Lo vi en tu cara mientras tu marido hablaba. Como si tu idea hubiera dado resultado.

—No fastidie, siempre disimulo muy bien.

La reina rio con ganas y se sentaron en los bancos donde los hombres remaban. Amber subió de la bodega donde estaba durmiendo y abrió los ojos como platos al ver a la reina allí. —Pero come —dijo la reina mostrándole las cestas antes de hacerle un gesto a Amber para que se acercara—. Comed mientras me cuentas cómo conociste a un vikingo en las Highlands.

Como si fueran cuatro amigas hablaron durante horas tomando un delicioso hidromiel.

Gyda rio con las anécdotas de su matrimonio y la apoyó con sus enfados.

—Así que me regalaste el caballito de oro para que os apoye ante mi marido —dijo inteligentemente.

Se sonrojaron y la reina rio levantándose. —Lo haré —dijo cortándoles el aliento—. Os apoyaré porque creo que es lo justo. Hablaré con mi marido para que Halvorsen domine Las Órcadas.

Confundida miró a Agathe. —¿Y ese quién es?

—Tu marido —dijo Amber entre dientes.

La reina rio a carcajadas sonrojándola. —Perdón, me cuesta un poco aprenderme esos nombres.

Gyda cogió sus manos. —Han sido unos momentos muy agradables en vuestra compañía que atesoraré siempre. Pero ahora quiero que me prometáis algo. —Ambas asintieron. —Si algún día necesitáis mi ayuda, venid a verme. Y si no la necesitáis venid a verme igual, por favor y quedaos unos días. Estaré encantada de recibiros.

—Es muy amable —dijo Agathe—. Nos sentimos honradas.

Hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Buen viaje de vuelta.

—¿Señora?

Esta se volvió e Yvaine le mostró que tenía en la mano un colgante del que caían tres hermosas perlas. Colgante que unos minutos antes Gyda tenía en su pecho. Jadeó sorprendida antes de echarse a reír. —Quédatelo.

—Oh, pero solo lo he hecho para divertirla —dijo azorada.

—Y lo has conseguido. Quédatelo y di que la reina de noruega te lo dio por ser encantadora.

Se sonrojó de gusto. —Gracias, es un honor. Jamás he tenido algo tan hermoso.

—Pues entonces regañaré a tu esposo. Una mujer tan hermosa como tú debe estar cubierta de joyas. —Pasó la mano por la barbilla de Agathe y de Amber. —Lo mismo que vosotras.

—Cuesta encontrarlo —dijo Amber con descaro.

Gyda se echó a reír. —Sí, pero siempre, siempre déjate guiar por el corazón como lo ha hecho Yvaine. —Les guiñó un ojo antes de ir hacia la pasarela y bajar con su séquito detrás.

Sin palabras fueron hasta la borda para ver cómo se alejaba. Cuando desapareció de su vista se miraron antes de chillar de la alegría abrazándose. Yvaine las apartó para mirarlas. —¿Creéis que de veras nos ayudará?

—Sí, lo he visto en sus ojos —dijo Amber—. Ha sido sincera.

—¡Entonces solo nos queda zarpar! ¿Qué hace ese marido mío perdiendo el tiempo? —preguntó loca de contenta.

La alegría fue desapareciendo poco a poco durante las siguientes horas. Al parecer la cena había terminado en fiesta, eso había dicho uno de los hombres que por órdenes de su marido había vuelto al barco para avisarla. Lo que le llamó la atención fue que el guerrero de Evander salió corriendo de vuelta, lo que le indicaba que esa fiesta en honor a su marido estaba siendo de lo más entretenida. Se cruzó de brazos gruñendo y siguió esperando, pero cuando llegó la mitad de la noche ya no lo soportó más y sin que el vigía se diera cuenta porque estaba roncando como si no hubiera un mañana, bajó por la pasarela. Corrió hacia la casa del rey para echar un vistacito. Los cánticos la hicieron entrecerrar los ojos y empujó la

puerta para ver a varios hombres cantando tirados en el suelo del hall. Ross abrió los ojos como platos viéndola pasar y se levantó a toda prisa para intentar interceptarla, pero ella fue hasta el salón donde se oía la música. En la mesa del fondo estaba su marido riendo con la copa en alto mientras una mujer con los pechos exageradamente grandes se la llenaba. Al ver cómo le miraba el escote con descaro la recorrió tal furia que se puso roja de la rabia y apretando los puños gritó —¡Marido!

Se hizo el silencio en la sala y el rey borracho perdido miró hacia ella parpadeando al ver a esa hermosa mujer de cabello rojo alborotado con cara de querer matar y hablando en un idioma que no debería hablar.

—¿Pero qué rayos haces aquí, mujer? —preguntó su marido sorprendido con voz de que debía de haber dejado de beber hacía mucho.

Señaló hacia la puerta. —¡El barco espera!

Evander se levantó tropezando consigo mismo antes de inclinarse hacia delante por lo que tuvo que apoyarse en la mesa con las manos. El rey iba a decir algo, pero su esposa con una sonrisa le tocó en el brazo antes de susurrarle algo al oído. Este sonrió apoyando la espalda en la silla.

—Mujer… Nunca haces lo que se espera de ti.

—Mira, mira… ¡Mueve el trasero!

—¡Regresa al barco!

Se acercó a la mesa y puso los brazos en jarras. —Te lo digo por última vez, marido. ¡Si crees que voy a esperar para que sigas divirtiéndote mientras tus hijos están a días de distancia sin saber si sus padres volverán con ellos, estás muy equivocado!

Evander gruñó acercándose por encima de la mesa. —Regresa al barco, no te lo digo más.

Entrecerró los ojos sintiendo una decepción enorme. —Puede que no te moleste hacer esperar a los tuyos, pero yo no tengo un solo minuto que perder. —Se volvió y caminó rápidamente hacia la puerta. Furiosa cerró de un portazo. Recorrió el pueblo y cuando subió la pasarela gritó —¡Nos vamos!

Los hombres que dormían se sentaron extrañados. —¿Nos vamos? ¿Y el laird?

—¡Nos seguirá! ¡Debemos dar aviso cuanto antes al jarl, así que nos vamos! ¡Venga, moved el trasero, tenemos que regresar a casa!

Los hombres a toda prisa se sentaron en los bancos mientras uno subía la pasarela y otro quitaba los amarres.

Amber con ojos somnolientos se acercó cerrándose el chal sobre el pecho. —¿Nos vamos sin ellos?

—Estaban demasiado ocupados —dijo entre dientes—. Nos seguirán cuando hayan terminado.

Amber la miró con desconfianza. —¿Seguro que el laird ha ordenado esto?

Levantó una ceja y su amiga gruñó. —Te ha enfadado.

—Ni te imaginas cuánto. Mientras todo su pueblo está en las Highlands esperando, él está borracho riendo y cantando. Mientras sus hijos, que aún se alimentan de mi pecho no pueden estar entre mis brazos, él mira los pechos de otra —siseó con rabia—. Mientras su esposa está esperándole muerta de preocupación por lo que está ocurriendo, él no tiene ninguna prisa por reunirse conmigo. ¿Si estoy enfadada? Estoy furiosa.

—¿Y crees que llevándonos su barco va a aprender la lección?

—Al menos se le caerá la cara de la vergüenza al tener que pedirle uno al rey.

—Se enfurecerá contigo. Le estás dejando en evidencia ante sus hombres poniendo en duda su autoridad.

—Abandoné a mis hijos por él —dijo sintiendo que la rabia destrozaba su pecho—. Les dejé en manos de otras personas por asegurarme de su bienestar. Eso es lo único que debería importarle y en su cabeza solo debería haber ansias porque regresaran a nuestro lado. No solo me molesta que se divierta mientras nosotros sufrimos, mientras todos los suyos sufren porque no saben que será de su vida, me molesta que haya perdido el control emborrachándose en campo enemigo, que sea tan confiado.

—Pero la reina…

—Sabes tan bien como yo que para los que tienen poder, lo que hoy es blanco mañana podría ser negro. Tendríamos que habernos ido de aquí en cuanto pudiéramos para que el rey no cambiara de opinión. Y son palabras de mi marido, no mías.

—¿Y si el rey cambia de opinión mañana porque no estemos aquí? ¿Y si considera que ya que no puede controlar a su esposa no tiene bastante poder como para dirigir Las Órcadas?

Gruñó volviéndose y gritó —¡Deteneos, he decidido que vamos a esperar a mi marido!

Todos suspiraron del alivio como si presintieran que aquello no estaba bien. Yvaine la miró con rabia. —¿Ahora eres la voz de mi conciencia?

—Soy mucho más, amiga —dijo divertida antes de mirar hacia el pueblo donde los hombres llegaban en ese momento haciendo eses. Erik incluso era sujetado por dos hombres que sudaban y todo. Ross al ver que el barco ya no estaba en el puerto corrió hacia ellos tropezando con sus propias piernas antes de caer de bruces en el embarcadero haciendo reír a sus hombres.

—¿A dónde te crees que vas, mujer? —gritó Evander pasmado.

Se cruzó de brazos. —¡A casa, a buscar a mis hijos!

—¡Vuelve aquí de inmediato! —gritó furioso.

—¿Qué has dicho? No te entiendo, debe ser de todo lo que has bebido que se te traba la lengua.

La fulminó con la mirada. —Mujer…

—Evander no me provoques.

—¡Donald trae el barco aquí!

—Sí, mi laird.

—Remar hacia allí y os juro por mi madre que os haré la vida imposible. —Los hombres soltaron los remos en el acto.

Su marido vio asombrado que el barco no se movía. —¿Pero qué hacéis, inútiles? ¡Venid aquí!

—¡Lo siento mi laird, pero tu mujer tiene muy buena puntería con una simple piedra como para arriesgarse a morir cuando tú la perdonarás mañana!

Evander se sonrojó mientras sus amigos se echaban a reír. —¡No la perdonaré! ¡Recibirá su castigo por desobedecerme! —Se tiró de los pantalones hacia arriba y gritó —¡Qué ya va siendo hora de que te meta en cintura!

Ella entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

—¡Soy tu marido!

—Uy, uy…

Un arenque ahumado le dio a Evander en toda la cara haciéndole trastrabillar hacia atrás y cayó del embarcadero al agua. Salió a la superficie moviendo la cabeza con fuerza para apartar el cabello de la cara mientras los borrachos se reían a carcajadas. —Esto lo vas a pagar —dijo entre dientes antes de empezar a nadar hacia el barco.

—Se ha cabreado —dijo Amber por lo bajo.

—¿Y qué? —Furiosa fue hasta las escaleras de la bodega y empezó a bajar.

Agathe estaba allí de pie sin saber muy bien qué hacer.

—Te aconsejo que subas porque va al llegar mi marido y no está nada contento.

Subió las escaleras de dos en dos y oyeron —¡Subid al barco, idiotas! ¡Tenemos que irnos! —Sus pasos se oyeron en el techo de la bodega y ella le esperó con los brazos cruzados.

Bajó los escalones demostrando que el bañito le había espabilado y la miró como si quisiera descuartizarla. —¿Qué has hecho, mujer?

—¡Dejarte las cosas muy claras! ¡A ver si así entiendes de una vez lo que son las prioridades!

—¡Sé perfectamente lo que tengo que hacer sin que tú me lo digas!

—Ah, ¿sí? —Dio un paso amenazante hacia él. —¡Mientras tú te estás divirtiendo, tus hijos no maman de mi leche! ¡Mientras tú te diviertes, tu gente no sabe cuál será su futuro! ¡Mientras tú ríes con esa de los pechos grandes, yo estoy aquí muerta de preocupación!

—¡Era un invitado del rey! ¡No podía retirarme hasta que él lo hiciera! ¡La reina me había dicho que estabais bien!

—¿Bien? ¿Y cómo sabes que tus hijos están bien en tierras enemigas?

Él palideció. —¡Tú estás furiosa por lo de esa criada, todo esto es porque no sabes controlar tus celos!

—No, no sé —dijo dejándole de piedra porque lo reconociera —. ¡Porque eres mío!

El rostro de Evander se relajó. —Y solo tengo que mirarte a ti.

—¡Sí! ¿O acaso yo miro a otro hombre?

—¡Lo que me faltaba por oír! ¡Es que ni se te ocurriría!

Sus ojos se llenaron de lágrimas sin poder evitarlo. —La mirabas.

—Preciosa, era difícil no mirarla cuando me ponía los pechos delante de la cara —dijo entre dientes.

Furiosa se quitó el vestido mostrando dos círculos húmedos sobre sus pechos en el vestido inferior y se volvió para tumbarse sobre una piel dándole la espalda. Su marido carraspeó. —Yvaine, ¿qué es eso?

—¿El qué?

—Tus pechos están mojados.

Ella sollozó alarmándole y se acercó de inmediato arrodillándose a su lado para volverla de espaldas. —¿Qué es eso?

—Leche.

La miró sin entender. —La leche que no toman tus hijos. Se me sale.

Impresionado metió la mano en el escote para apartarlo y mostró su pecho con el pezón humedecido. Él le rozó el costado del seno e Yvaine se apartó como si le doliera. Sollozó. —Voy a perder la leche de nuestros hijos.

—Preciosa, ¿qué dices?

—Cuando se deja de dar el pecho, el cuerpo deja de dar leche. Lo sé por mi madre. —Él apretó los labios mientras ella se echaba a llorar poniéndose de costado y se tapaba el rostro con las manos. —Tendrá que amamantarles otra.

Impotente vio como su esposa sufría por perder el alimento de sus hijos y susurró —A no ser…

Se volvió para mirarle. —¿Qué?

—Que alguien mame, ¿no?

Se le cortó el aliento antes de que él se agachara lentamente sin dejar de mirarla a los ojos y pasara la lengua por su sensible pezón. —Sabe muy bien, esposa. Néctar de los dioses. —Se metió el pezón en la boca y chupó suavemente apretando con la lengua. El alivio que sintió fue casi inmediato y también sintió otras cosas que no fueron alivio porque su cuerpo empezó a arder de una manera que creyó que se volvería loca. Al cabo de unos minutos su marido soltó su pecho y susurró con voz grave —¿Mejor?

—Ajá… —respondió mareada de placer.

—¿Vamos con el otro?

—Sí, por favor —dijo impaciente.

Él metió su otro pezón en la boca para chupar con ansias provocando que un gemido saliera de su garganta mientras arqueaba su cuello hacia atrás. Evander sin dejar de chupar tiró de su vestido inferior hacia arriba para acariciar su trasero con ganas. Soltó su pezón. —Preciosa, ¿crees que han pasado días suficientes? Me muero por entrar en ti.

—Sí —dijo sin aliento. Sintió su miembro rozando sus húmedos pliegues y cuando se empezó a deslizar en su interior gimió de placer al sentirle.

—¿Te duele?

Le miró a los ojos y acarició su cuello. —No. Ya no me duele nada. —Se acercó para atrapar su boca y se besaron ansiosos girando sobre la piel. Sobre él movió sin darse cuenta sus caderas elevándose y tuvo que separar sus labios por el placer que la traspasó. —Eso es, preciosa —dijo agarrando sus caderas para volver a entrar en ella tan al fondo que creyó que se volvía loca—. Cabalga sobre mí. —Se enderezó sobre su marido y apoyó las manos en su pecho para elevarse sacando su miembro poco a poco. Él cerró los ojos disfrutando de lo que le hacía y al darse cuenta de su gozo se sintió poderosa por lo que se dejó caer lentamente siguiendo su instinto. Y ese instinto le dijo que debía ir más rápido. Se dejaba caer sobre su miembro con más urgencia, cada vez con más fuerza y sintió como la carne que rodeaba su miembro se tensaba con cada movimiento rogando por no perderle. Cayó sobre él de nuevo y Evander con la respiración agitada dijo —Voy a derramarme en ti.

Fue tal el placer que la recorrió con sus palabras, que en su interior apretó su miembro con fuerza mientras se dejaba caer haciendo que los dos estallaran en un placer inmenso. Cayó sobre él

sin fuerzas rodeándole de rizos rojos y Evander sonrió acariciando su espalda. —¿Estás bien?

Ella besó su cuello en respuesta.

—Preciosa, creo que no lo has entendido...

Medio mareada de placer levantó la vista para mirarle. —Estoy bien. —Sintió como su miembro se endurecía de nuevo en su interior. —Oh, preguntas si estoy bien para eso. —La miró como si quisiera comérsela entera antes de atrapar sus labios y ella deseosa respondió con toda el alma.

Miraron la costa, al fin estaban en casa. O casi, porque lo que miraban era las Highlands donde se suponía que seguían sus amigos y familiares. Habían pasado trece días desde que les habían dicho que les esperaran allí. Yvaine estaba impaciente por ver a los niños. Su marido se acercó y la cogió por los hombros. —Estarán bien. Collin se habrá encargado de que no les pasara nada a ninguno de ellos.

Forzó una sonrisa. —Sí, por supuesto.

—Todo se solucionará antes de que te des cuenta. —La besó en la sien antes de alejarse y gritar —¡Aproximaos a la playa!

Muy nerviosa se apretó las manos y al no ver a nadie se temió lo peor. Los clanes tenían que haber visto la llegada de los barcos vikingos a sus costas y los McCaig no eran precisamente aliados después de todo lo que había ocurrido entre ellos. Tenerlos refugiados en sus tierras no les habría gustado nada. El temor a que a su familia le hubiera pasado algo se intensificó.

Amber se acercó a ella y apretó los labios. —Collin se los ha debido llevar a sus tierras.

—Espero que haya sido así.

Entonces varios hombres con el kilt de los McMhaoil se acercaron y gritaron levantando sus espadas. Sonrió al ver que Collin aparecía en la playa con una sonrisa en los labios y en ese momento vio como su hermana bajaba corriendo el camino del acantilado con sus hermanos detrás e incluso el perro. Sus ojos se cuajaron en lágrimas de la alegría. —Estáis vivos.

Los del barco gritaron, pero al mirar la cara de Collin vio que perdía la sonrisa poco a poco mirando a su hermano. Volvió la vista

hacia Evander que agachó la cabeza antes de volverse y ordenar —¡Las barcas, rápido!

Se acercó a él a toda prisa. —¿Qué ocurre?

—Mi padre ha muerto.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Cómo lo sabes?

—En la contienda en la playa le hirieron. Lena desesperadamente intentó curarle e hice que le trasladaran en ese momento porque temía que nos atacaran. La mirada de mi hermano lo dice todo, mi padre ha muerto.

—Lo siento muchísimo —dijo avergonzada porque había tenido que ir a rescatarla cuando su padre estaba aún vivo y después había tenido que alejarse de él para negociar por su pueblo. Y ella recriminándole ante sus hombres que no era un buen líder. —Mi amor, lo siento.

Él se alejó apesadumbrado y se sintió mucho peor por no poder consolarle en esos momentos. Había sido una egoísta, él había dejado sus sentimientos a un lado para cumplir con su deber y para no preocuparla no le había dicho nada. Se mordió el labio inferior. Eso ya no podía arreglarlo, pero pensaba apoyarle en todo de ahora en adelante.

Amber y ella se sentaron en la primera barca mientras que Agathe decidió quedarse porque no tenía a nadie a quien saludar. Su marido le dijo que fuera primero para aprovechar el tiempo, pues él tenía que hablar con su hermano de todo lo que necesitarían para la nueva contienda y no tendría tiempo para salir de la playa. Partirían cuanto antes hasta la isla donde se suponía que estaba su aliado, así que no debían perder el tiempo. Ross y otros guerreros que las acompañaban remaron hacia la orilla. Miró a su marido que en la borda observaba como se alejaban. Tuvo un mal presentimiento porque estaba muy serio y no creía que fuera solo por enterarse del fallecimiento de su padre. Cuando pisó la orilla se dio cuenta de que la había engañado porque el barco empezó a alejarse. —¿Evander?

—¡Cuida de nuestros hijos!

Asustada porque no eran muchos hombres para enfrentarse a la batalla gritó —¡Evander, no!

Mirándola a los ojos dijo —Cuida de ellos, preciosa.

Se detuvo mientras se alejaban y sintiendo que se le retorcía el corazón del miedo susurró —Cuídate mucho, mi amor.

Los brazos de sus hermanos la rodearon y sollozó. —Todo irá bien —dijo Ada—. Según mi marido, ya ha pasado lo peor.

—No, lo peor empieza ahora.

Sentada ante el fuego del campamento con su hijo en brazos, le tarareó para que se durmiera. Su suegra se sentó a su lado y sonrió con tristeza al ver a la pequeña en la cesta a su lado. —Es una pena que mi esposo no los vea crecer.

—Los verá desde donde esté.

Keira sonrió. —Has sido muy valiente.

—No, valientes son ellos que están arriesgando la vida por nosotros. Valiente fue tu marido.

Su suegra asintió antes de que ambas miraran al frente. Al otro lado de la hoguera Amber repartía la comida entre los guerreros y fue evidente que a Ross le dio una porción más grande de liebre que a los demás. Este sonrió mirándola a los ojos y le dijo algo que la sonrojó. Al parecer su relación estaba mejorando y esperaba que en el futuro su amiga pudiera desposarse con él. De repente Amber jadeó. —¿Que caliente tu cuerpo esta noche? ¿Quién te crees que soy, guerrero? —chilló llena de rabia antes de arrebatarle el pedazo de liebre de la mano y alejarse furiosa. Su amiga se sentó en un

tronco y empezó a comerla mirándole con rencor. Ross rio por lo bajo mientras Yvaine reprimía una risita.

—La vida sigue —dijo Keira pensativa.

Asintió. —Nada se detiene porque nos haya ocurrido esto.

Su suegra la miró. —¿Quieres que me lleve a los niños para que cenes tranquila?

—No te preocupes, no tengo mucha hambre. —Miró a su bebé dormidito en sus brazos y le acarició la mejilla. —Cómo han crecido. Están muy distintos.

—Pues te aseguro que son los tuyos.

Rio por lo bajo mirando su cabello negro. —No lo había puesto en duda.

Sim llegó corriendo y se arrodilló ante ella. —Ada pide que vayas, pero no se lo puedes decir a nadie.

Preocupada le puso a su suegra el niño en brazos antes de seguir a su hermano. Se adentraron en el bosque y vio a su hermana apoyada con una mano en un tronco mientras vomitaba. Corrió hacia ella. —¿Hermana?

Esta tuvo otra arcada, pero ya no tenía que expulsar. —Sim trae algo de agua.

Su hermano corrió mientras ella la cogía por la cintura. —Respira hondo. —Ada lo hizo. —Intenta no pensar en ello. Cuando me quedé embarazada y tenía esas náuseas tan fuertes eso me ayudaba.

Poco a poco su respiración se calmó y con los ojos llenos de lágrimas la miró. —No estoy en estado.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Estoy sangrando entre las piernas, así que no es eso.

La posibilidad de que estuviera enferma le puso los pelos de punta.

—No se lo digas a mi marido, ya tiene bastantes preocupaciones.

—Lo que sería una preocupación para él, es que estuvieras enferma y no lo supiera. Hablaré con Lena para que te revise. Seguramente es algo que te ha sentado mal y con unas hierbas te pondrás buena pronto.

—¿Tú crees?

Agachó la mirada y su perfil iluminado por la luna mostró lo delgada que estaba. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? —¿Desde cuándo vomitas así?

—Desde que llegamos.

—Pero eso fue hace semanas. Voy a buscar a Lena. —La ayudó a sentarse. —No te muevas de aquí.

Su hermana hizo una mueca demostrando que no tenía ni energías para hablar. Corrió hacia el campamento y buscó a la vieja que ya estaba tumbada sobre su tartán. —Lena.

La mujer abrió un ojo. —Mi hermana te necesita.

Apartó el kilt para sentarse. —¿Qué le ocurre?

—No lo sé, pero no me gusta.

Ambas fueron a toda prisa hasta donde estaba Ada que se abrazaba el vientre. Lena se agachó a su lado. —¿Te duele?

—Llevo muchas horas sin comer.

—¿Te entran ganas de vomitar si comes?

—Sí.

—¿Cuánto llevas así?

—Tan mal unos días. Antes me sentía inquieta, no dormía bien, ahí fue cuando empecé a perder peso.

Lena entrecerró los ojos y pasó la mano por su frente antes de decir —¿Cuándo hiciste de vientre por última vez?

Pensó en ello. —Pues no sé muy bien, ¿tres días?

—Túmbate de costado y abraza tus piernas, quiero comprobar algo. —Lena levantó sus faldas y después de apartar sus gasas separó sus nalgas. La vieja apretó los labios y se enderezó para mirarla. —Tiene gusanos en su interior. Ha comido o bebido algo que se los ha transmitido.

Separó los labios de la impresión porque un niño de su aldea había muerto de eso. —Dime que tienes algo que pueda ayudarla.

—Lo tengo, pero allí. El aceite de ricino al principio la pondrá peor porque tendrá retortijones y defecará a menudo, pero después de unos días los matará. Si no hacemos nada…

Ada se volvió para mirarla. —Ahora no podéis ir. Puedo esperar.

—¿Esperar? Tú no vas a esperar nada. —Miró a Lena. —¿Dónde tienes ese aceite?

—Iré contigo, así cogeré algunas cosas que necesito.

—Pues ya estamos perdiendo el tiempo. Hay una barca en la playa.

—No, no —protestó Ada—. No debéis ir, es peligroso.

—Es de noche, si nos damos prisa puede que lleguemos antes de que amanezca. Además, no sabemos cómo va la lucha, igual allí ya no hay enemigos. —La agarró de los brazos. —Ven que te ayude a…

—¡Ada! —Collin se acercó corriendo. —Esposa, ¿qué te ocurre?

Esta forzó una sonrisa. —Nada.

—No, nada no. Está enferma.

Collin palideció cogiéndola en brazos. —Lena dime que se pondrá bien.

La vieja hizo una mueca. —Tengo que regresar a casa.

Capítulo 16

En la barca y vestida de negro de nuevo, llegaron a la costa. Ella y los demás bajaron de la barca para tirar de ella hacia la arena. Ross se puso a su lado mientras otro guerrero ayudaba a la vieja a bajar. —No tardes mucho o iré a buscarte. Tu marido me despellejaría si te ocurriera algo y Collin también.

—Aún no ha amanecido. Dame hasta el mediodía. —Lena se puso a su lado también vestida de negro y con un cuchillo en el cinturón como llevaba ella. Aparte llevaban otro en la bota. —¿Lista?

La mujer asintió.

—Haz siempre lo que yo te diga. Vamos.

Empezaron a subir el sendero que conocía tan bien y al llegar arriba la mujer tuvo que descansar un poco. Mientras lo hacía ella miró hacia su casita de piedra. Daría lo que fuera por volver a estar

viviendo allí con su marido y los niños, por revivir aquellos días juntos.

Lena se puso a su lado y dijo —¿Lo hueles?

Respiró hondo y llegó hasta ella el olor del fuego. —Sí.

—Nuestro pueblo está habitado.

—Venga, no perdamos tiempo. —Caminaron hasta el pueblo en silencio y al llegar se escondieron tras unos arbustos para ver el fuego ante la casa del laird. También había restos de huesos de vaca, lo que indicaba que para alimentarse habían matado parte del ganado que su marido había dejado en el campo para que pastase. Miró hacia la casa de Lena y le susurró —Quédate aquí, tengo que saber si alguien vive en tu casa.

—Por Odín, ten cuidado.

Refugiada entre las sombras fue de casa en casa sin hacer ruido hasta llegar a la casa de la mujer. Escuchó atentamente y se oía un ronquido. Juró por lo bajo porque tendría que matarle para que no diera la voz de alarma. Subió un escalón y luego otro. Alargó la mano para intentar empujar la puerta rezando para que no estuviera atrancada por dentro, cuando una mano le tapó la boca cogiéndola por la cintura. Gimió intentando soltarse y al mirar hacia

atrás vio a su marido que sonrió. —Mujer, nunca estás donde deberías.

Emocionada se volvió para abrazarle con fuerza. —Estás aquí.

—Y tú también. —La agarró por los brazos para apartarla. —¿Se puede saber qué haces aquí?

—Ada está enferma.

Escucharon un crujido y asustados miraron hacia atrás para ver que Erik estaba allí con una espada en la mano. Este hizo un gesto de saludo con la cabeza y ella sonrió antes de mirar a su marido que susurró —Tenéis que iros.

—No puedo, necesito un aceite que hay en esta casa. —Le rogó con la mirada. —Te juro que luego nos vamos.

Él apretó los labios. —Muy bien, empezaremos por aquí. —Se enderezó sacando su espada. Loca de contenta por verle se tiró a él y le dio un beso en los labios. Agarrándola por la cintura con un solo brazo la saboreó antes de apartarse y mirar sus ojos. —Te he echado de menos, mujer.

—Y yo a ti.

Su marido se apartó y ella corrió por detrás de las casas hacia Lena que estaba al lado de un guerrero que tenía una espada en la

mano. —Tranquila, yo le traje al mundo, no me haría daño.

Sonrió. —Vamos, Evander nos despejará el camino.

Regresaron a la casita por donde había venido y escucharon un gemido antes de unas pisadas. Su marido saltó los escalones y ella corrió hacia la entrada. —Vete, nos arreglaremos solas —susurró.

—Ten cuidado.

En ese momento se escucharon unos gritos y los guerreros salieron del bosque fuertemente armados. Desde la puerta de la casa de la vieja vio como su marido se reunía con el jarl en el centro del patio y Evander gritó —¡Matad solo a los que se resistan! ¡A los demás prendedles hasta que hable con ellos!

Sus guerreros gritaron mientras varias puertas se abrían mostrando a hombres con espadas en la mano dispuestos a la batalla, pero su marido fue directamente hacia su casa. Orgullosa vio como daba una patada a la puerta y entraba seguido de sus hombres. Miró hacia atrás para ver el cadáver de un joven en la cama de Lena. Esta le escupió a la cara antes de agarrar una bolsita que estaba bajo el colchón de lana. —Esto siempre funciona, maldito.

—¿Qué es eso?

—No preguntes tanto, niña, que luego sabes tanto como yo. Solo te diré que la puse cuando me fui, para desear la muerte del que ocupara mi cama y lo ha hecho a la perfección.

Se metió la bolsa en el escote, pero esta salió de su camisa cayendo al suelo sin que se diera cuenta. Ella sin decir nada vio como cogía un tarro de barro para meterlo en una cesta. También cogió hierbas y hablando sola revolvía tarros para seguir buscando. Disimuladamente se acercó a la cesta y mirando a la vieja de tanto en tanto para que no la pillara, se agachó para recogerla del suelo y se volvió a alejar hacia la puerta. Divertida quitó el cordón. No quería decírselo, ¿eh? Pues lo descubriría sola. Tiró su contenido en la palma de la mano y se quedó sin aliento al ver un puñado de gemas. Unas gemas idénticas a las que tenía su padre escondidas. Sin poder creérselo se volvió y en ese momento Lena agarró la cesta, pero cuando vio lo que tenía en la mano volvió a dejarla en el suelo. La mujer sonrió con tristeza. —Sabía que alguien se enteraría.

—Tú les dijiste a los McCaig que mi marido y su familia estaban en las tierras de los McMhaoil. —Se le cortó el aliento. —Y lo hiciste por Douglas que fue el único que se quedó aquí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Le conocí siendo mucho más joven que tú y le amé desde el primer momento. Vino a las tierras de los McCaig con su padre porque los míos necesitaban grano y se lo vendieron a un gran precio como buenos comerciantes. Mi laird estaba furioso con ellos y hubo una riña. Sabía que no volvería a verle por allí como no le había visto hasta entonces, así que me escapé llevándome conmigo todo lo que mi madre me había enseñado.

—Y viniste aquí donde sabías que estaba.

—Sí. Me encontraron en la costa muerta de hambre semanas después cuando iban a trasladar uno de los cargamentos y me trajeron a la isla. Mis curaciones me dieron un puesto entre ellos y aprendí su idioma. Ya casi nadie se acuerda de que no nací aquí. Era una de los suyos.

—Pero se casó con Keira.

—Dos años después regresó con ella de uno de sus viajes. Vi como su vientre crecía del fruto de su amor, un amor que fue dejando una huella en mí. Yo les traje al mundo y vi la felicidad en sus ojos —dijo con la mirada ida—. Una felicidad que nunca viviría con él.

—¿Cómo se te ocurrió hacer tal barbaridad?

Derrotada se dejó caer en la silla. —Cuando los gemelos iban a cumplir diez años Douglas se puso enfermo. No era nada, pero insistí en que se quedara. Como todos los años a la vez que se trasladaba el cargamento, su esposa y sus hijos irían a ver al abuelo. El día antes de que partieran atravesé el mar y fui hasta mi antiguo pueblo. Pedí ver al laird y este aún furioso conmigo me golpeó, pero le dije que si me perdonaba, sabría como pagarle.

—Y les delataste.

—No llegaron a tiempo para robarles porque tuvieron que reunir a otros clanes, pero sabiendo que había oro en las tierras de los McMhaoil decidieron ir más allá para despojarles de todo lo que tenían. —Le rogó con la mirada. —No pensé que… Les rogué que no hicieran daño a los niños.

—Querías que muriera Keira. Me imagino tu sorpresa cuando regresó.

Se echó a llorar tapándose el rostro. —Me traicionaron, fue lo único que les pedí y me traicionaron.

No se lo podía creer. Levantó la mano con su botín. —Y este fue el pago que te dieron.

—El laird se rio de mí y dijo que cogiera la bolsa, cerrara la boca y que le informara si llegaban a conocer alguna vez que ellos estaban implicados.

—Tú les avisaste. Fuiste tú quien les dijo que Evander había dado con ellos.

—No, no, ¡te juro que no! ¡Jamás le haría daño a los chicos! ¡Los McCaig se enteraron solos! ¡Te lo juro por Odín!

Apretó los labios y sus ojos recayeron en la cesta. Esa mujer era la única que podía salvar a su hermana.

—Por favor, no me delates. ¡Me arrepentí! Me he arrepentido toda mi vida. —Sollozó. —Y verle morir, no poder hacer nada por él ha sido ya bastante castigo.

Ni se quería imaginar lo que sentiría ella al perder a Evander. La diferencia es que esa mujer jamás había sentido el amor de Douglas, porque nunca la había querido. Aquello era una locura. A toda prisa metió las gemas en la bolsa. —¿Por qué has cogido la bolsa? ¿Piensas irte?

—No, era por si al quitar el colchón manchado de sangre la descubrían.

Tiró la bolsa en la cesta. —Deshazte de esto.

Se le cortó el aliento. —¿No vas a delatarme?

—Has salvado muchas más vidas de las que has quitado, entre ellas la mía. No, no voy a delatarte y jamás, jamás hablaremos de esto de nuevo. Vamos, tenemos que salir de aquí cuanto antes. —Agarró la cesta y fue hasta la puerta con la mujer detrás limpiándose las lágrimas. Al salir vieron que la lucha en el patio ya casi había acabado y que ya había amanecido del todo. Erik al verlas todavía allí gritó —¡Esperad!

Se detuvieron mientras él se acercaba. —El jarl Frediksen tiene una herida, tú sabes curar, ¿no mujer? —Lena asintió. —Ven, aprisa. No podemos perderle.

Fueron hacia la casa y vieron que el jarl estaba tumbado en la mesa del laird gritando que le dejaran. Su marido le agarraba de un brazo. —¡Estate quieto!

—¡Ni se os ocurra quemarme!

Lena asomó la cabeza y gruñó al ver la herida en su vientre que iba de parte a parte. —No es muy profunda, podemos vendarla.

—¿Estás segura, vieja?

—Sí. Voy a por vendas y el ungüento.

Al salir pasó al lado de Yvaine y le dio las gracias con la mirada antes de correr al exterior. Suspirando dejó la cesta en el suelo y su marido se acercó a ella. —Debería enfadarme porque aún estéis aquí, pero no puedo negar que es un alivio.

Los muertos en el suelo del salón le pusieron un nudo en la garganta. —¿Estás bien? —preguntó ansiosa.

—Sí, preciosa. —La abrazó y la besó en la sien. —Hemos vuelto.

—¿Ya ha terminado?

—Sí. —Se apartó para mirarla a los ojos. —Preciosa, ¿qué ocurre? ¿No estás contenta?

—Sí, claro que sí. Es una noticia buenísima que todo haya terminado. —Besó sus labios cerrando los ojos para disfrutar de su contacto. —Volvemos a casa.

Él sonrió y se alejó para atender al jarl Frediksen que no dejaba de pegar gritos. Yvaine caminó hasta fuera de la casa y viendo todo el caos a su alrededor se sentó en una roca sintiéndose una traidora. Pero debía pensar en Ada, en el jarl, en todas las personas a las que Lena podía salvar en el futuro y sabía que su marido perdería los nervios con ella, que Keira la odiaría a muerte y

con razón. Lena no se dio cuenta de que estaba allí cuando volvió y entró en la casa apurada para curar al jarl. No era mala mujer, no, no lo era. Sabía que no. Solo se había dejado llevar por los celos, la rabia y el amor. Había sido una mala acción, pero se había resarcido con creces a lo largo de los años. Y si hubiera querido dañarlos aún más, podía haber revelado su verdadera identidad para que les masacraran a todos. Entonces recordó las bayas y frunció el ceño. ¿Por qué si solo quieres matar a una mujer no haces que coma esas bayas trituradas en cualquier comida? ¿Por qué enviar a sus hombres a la muerte? Se le cortó el aliento y corrió hacia la casa para encontrársela vendando al jarl. —¡Aléjate de él!

Lena de espaldas a ella se tensó enderezándose. —Creí…

—¡Y yo creí que me habías dicho la verdad, pero me has mentido! Tú enfermaste a Douglas y tu intención era que todos murieran, ¿no es cierto?

Su marido se tensó. —Mujer, ¿de qué hablas?

—¡Ella lo ideó todo! ¡Ella fue a ver a los McCaig para decirle que os ibais en el traslado, para que os mataran en el camino y quedarse con todo lo que transportabais! ¡Fue ella la que les avisó de que les habíais descubierto y ella es la que ha enfermado a mi hermana para venir hasta aquí a esconder la prueba de su delito! —

Se acercó a la cesta y sacó el saquito que le tiró a su marido. Miró a Lena a los ojos. —Tú les querías muertos por eso no les envenenaste con las bayas aquí, porque sería sospechoso que murieran solo Keira y los gemelos. Los ojos del laird podían posarse en ti como sospechosa, ¿no es cierto? Tenían que morir fuera de estas tierras para que la culpa no recayera en la curandera. Tú les traicionaste y los McCaig te traicionaron a ti al no matar a Keira y a los gemelos, pues sabían que Douglas por sus hijos levantaría las Highlands hasta dar con los culpables. Guardaste tu secreto todos estos años, pero llegué yo y descubrieron más cosas. Los gemelos no cejaban en intentar encontrar a los culpables y no sabías que secretos guardaba yo. Mi padre ya había venido por aquí y mi marido había contado ya que yo tenía las gemas y el colgante de Keira. Me tenías miedo. No podías permitir que se descubriera que habías sido tú quien lo había ideado todo. No, tenías que hacer algo no podías perder lo poco que tenías con Douglas. Por eso discretamente acicateaste a Keira contra mí. Pero te diste cuenta de que habías cometido un error cuando mi suegra mandó que me mataran, mi marido se enfureció con sus padres, así que me curaste con mimo porque sabías que si moría, Evander nunca se lo perdonaría. Cuando Douglas se fue de estas tierras desterrado por

su falta al jarl, te dijiste que tenías que hacer algo para que la situación cambiara. Tenías que delatar a los implicados para saciar la sed de venganza de la familia. De esa manera se olvidarían. El antiguo laird McCaig había muerto hacía mucho y puede que te libraras, así que visitaste a los McCaig de nuevo, seguro que disfrazada, para ponerles alerta sobre que ya sabían quien estaba implicado en el asesinato de su abuelo. Por supuesto los clanes se pusieron en marcha, lo que hizo que los espías de Collin avisaran a su laird. Cuando regresaron de la batalla nadie te recriminó nada y supiste que habías triunfado, nadie te había delatado. Douglas volvía a casa y todo iba estupendamente. Al menos podías verle, pero llegaron esos perros del norte y nos quitaron nuestro hogar. Se te olvidaron las piedras al irte o temiste que te vieran cogerlas, incluso puede que temieras que alguien supiera que tenías una bolsa encima y quisiera robártela. Eso no lo sé, pero la bolsa se quedó aquí, así que sabiendo que mi marido volvería a recuperar sus tierras, temiste que encontraran la bolsa al levantar el colchón como dijiste antes. Tú has enfermado a mi hermana para regresar con esa excusa y así esconder tu botín.

Lena apretó los labios. —No acicateé a Keira sobre ti. Su rencor bastaba para que te odiara en cuanto se enteró de que tu

familia poseía su colgante. Y tampoco he enfermado a tu hermana, desde el mismo momento en que murió Douglas mi vida me da lo mismo. Estoy dispuesta a irme cuando Odín me reclame.

Evander no podía estar más asombrado. —¿Estás diciendo que todo de lo que te acusa mi esposa es cierto?

Le miró a los ojos. —Yo he ayudado a traerte al mundo, pero tu nacimiento fue el peor día de mi vida, porque fue cuando me di cuenta de que jamás sería mío. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Nunca ha sido mío. Le he amado mil veces más que ella y nunca ha sido mío. No soporté que estuviera preñada de nuevo.

Se le cortó el aliento mientras su esposo palidecía.

—Tenía que hacer algo.

—Mi madre no volvió a tener hijos —dijo Evander con furia.

—Sus heridas interiores se lo impidieron.

—¡Y para ti sería un alivio! —gritó fuera de sí.

Miró hacia ella y le dijo —Dale a tu hermana una pequeña cucharada del tarro cada día. Empeorará unos días, pero después mejorará. —Miró a Evander y sonrió. —Casi puedo verle en ti. Casi puedo verle. —Agarró el puñal de su cinturón y se cortó el cuello.

Yvaine gritó de la sorpresa antes de que su cuerpo cayera al suelo ante el laird que no salía de su asombro.

Se hizo el silencio y el jarl Frediksen levantó la cabeza. —No quiero ser insensible, ¿pero alguien está seguro de que lo que me ha puesto esa vieja me curará?

La vuelta a casa fue dura porque hubo que quemar muchos cuerpos incluidos los que aún estaban en la playa, pero quemar el de Lena fue triste para todos, pues había sido una parte fundamental de la comunidad. Se habían perdido muchas vidas, Aliastair, Douglas y Lena entre otros, por lo que pasaron unos días bastante desanimados. Se limpiaron las casas y se hizo que nada había pasado. El grano y los animales que Collin había llevado fueron repartidos y su cuñado se preparó para volver a sus tierras con las manos vacías porque a Evander se lo habían robado casi todo, incluso el medallón de la chimenea que aún no habían encontrado.

Esa noche habría una celebración a la que por supuesto el jarl Frediksen estaba invitado porque también sería su despedida. Era

hora de regresar a sus tierras y reclamárselas al rey después de su juramento de lealtad.

Yvaine estaba en su habitación durmiendo a la niña cuando llamaron a la puerta. —Adelante.

Esta se abrió mostrando a Agathe que sonrió. —¿Puedo pasar?

—Por supuesto, pasa.

Entró cerrando la puerta tan rápidamente que fue evidente que no quería que nadie las escuchara hablar. —¿Qué ocurre?

—Nos vamos al alba y… —Se apretó los labios muy preocupada.

Sonrió. —Y no quieres irte.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Tanto se nota?

—Quieres quedarte aquí con Erik. Le has entregado tu corazón.

Se echó a llorar. —Sé que no está bien, pero no he podido evitarlo.

—Shusss, no llores.

—Mi hermano nunca le aceptará. Aunque él nunca pondría los ojos en mí, no se atrevería, así que no pedirá mi mano.

—Creo que ha puesto muchas veces sus ojos en ti, Agathe. Yo misma lo he visto seguirte con la mirada. Te ama, pero como has dicho no quiere ofender a tu hermano.

Angustiada dio un paso hacia ella. —¿Qué hago?

—Pídele matrimonio.

Agathe parpadeó. —¿Cómo has dicho?

—Pídele tú en matrimonio. Yo lo hice.

—¡Y ofender a mi hermano!

—Al menos le habrás ofendido tú y no Erik, ¿entiendes?

—¿Y si me dice que no? —preguntó espantada.

—Lo habrás intentado. —Tumbó a su hija. —¿En serio quieres volver a tus frías tierras cuando puedes compartir lecho aquí con ese hombretón?

Se puso como un tomate. —Tienes razón, tengo que hacer algo.

La puerta se abrió mostrando a Evander que confundido preguntó —¿Interrumpo algo?

—No, nada de nada —dijo Agathe antes de casi salir corriendo.

Evander la miró con desconfianza. —Mujer, ¿qué has hecho?

—Nada —respondió haciéndose la tonta—. Cosas de mujeres.

—Los últimos acontecimientos me han demostrado que las cosas de mujeres no hay que dejarlas de lado porque provocan muchos problemas.

Jadeó. —¿Estás diciendo que yo creo problemas?

Gruñó yendo hacia el arcón. —Ya sé dónde está el medallón.

—¿De veras? —preguntó contenta—. ¿Dónde?

—Fue fundido en la isla de al lado. Uno de los capturados me lo acaba de decir. Fundieron varias piezas de oro y plata para llevarlas al norte más cómodamente en piezas del mismo tamaño.

Hizo una mueca. —Lo siento mucho. ¿Ese barco ya partió?

—Hace una semana. Frediksen ha prometido que lo buscará y me enviará la plata de vuelta.

—¿Pero para qué iban a enviar la plata a sus tierras cuando les buscaba el rey? —Se le cortó el aliento. —Para financiar una rebelión contra él, quieren derrocarle para regresar a sus tierras como el jarl Frediksen.

—Eso tememos. Harald es odiado por muchos que no se quedarán de brazos cruzados, aunque simulen que sí.

—Frediksen podría ponerse de su parte y no enviar la plata de vuelta, marido.

—¿Crees que no lo he pensado? —dijo cambiándose de camisa—. Pero nosotros ya no podemos hacer nada. Aquí hay mucho trabajo que hacer para que la comunidad esté a salvo, solo me queda confiar en su palabra. Hasta el momento no ha faltado a ella.

Entendía lo que quería decir y se acercó para abrazarle por la cintura. —Te ayudaré en todo lo que pueda.

Él sonrió y acarició su mejilla. —Mujer, solo queda una noche con él aquí, así que te pido que no origines ningún problema. —Se puso como un tomate. —¡Lo sabía! ¡La cara de culpabilidad de su hermana os delató desde el principio!

—Cariño, le ama.

Pasmado se apartó. —¿A quién?

—Es que los hombres no os fijáis en nada y los detalles son importantes. ¡A Erik, ama a Erik!

Ahora sí que no salía de su asombro. —Es la hermana de un jarl.

—¿Y?

—Su hermano querrá que se case con alguien importante no con un desertor.

Se mordió el labio inferior pensando en ello. —El jarl también desertó y no pasa nada.

—¡Ni se te ocurra mencionar eso en la cena!

—Cariño, ¿estás enfadado?

—No vas a ayudarla.

—No, lo va a hacer ella todo.

—¿Cómo que todo?

—Le va a pedir matrimonio a Erik.

Él suspiró del alivio. —Es un hombre cabal, dirá que no.

—¿Tú crees? Eso la decepcionaría mucho. Y no quiero que se decepcione.

—Mujer… ¡No te metas en esto!

—¿Ni como amiga?

—¡Ni como nada! ¡Qué bastantes líos hemos tenido ya! —Fue hasta la puerta y pegó tal portazo al salir que sobresaltó a los niños que se pusieron a llorar con fuerza.

Yvaine gruñó entrecerrando los ojos esperando que volviera, pero no lo hizo por lo que tendría que calmarles de nuevo ella sola. —Te vas a enterar.

Ya preparada con el vestido que había llevado en su encuentro con los reyes de Noruega, bajó los escalones con una de las cestas de los niños en la mano mientras Ada llevaba la otra. Sus hermanos flanqueándolas como si no quisieran perder ni un minuto de su tiempo a su lado, estaban pendientes de que las cestas no sufrieran ningún daño. Su perrito les adelantó para tirarse a un trapo que había en el suelo. Gruñó con ganas jugando con él y cuando Yvaine levantó la vista, se le cortó el aliento por las guirnaldas de flores de otoño que había colgadas del techo. Se sintió culpable porque no había colaborado en casi nada y se acercó a su suegra que ya estaba sentada a la mesa del laird. —Habéis trabajado mucho.

—Las guirnaldas las han hecho los niños. ¿A que ha quedado bonito?

Sonrió dejando al niño a su lado y las admiró. —Sí. Voy a ver si puedo echar una mano.

Amber dejó una jarra ante ella. —Ya está todo listo, vosotros solo tenéis que disfrutar.

Ada se sonrojó. —Oh, pero yo puedo traer bandejas. Estoy mucho mejor y…

—Siéntate y disfruta del hidromiel. Al fin podemos beberlo abiertamente sin preocuparnos.

Varios hombres entraron en la casa hablando en su idioma e Yvaine gruñó porque todavía no había aprendido nada. Su marido miró hacia ella y sonrió. —Estás realmente hermosa, esposa.

Se sonrojó de gusto. —Gracias, marido. ¿Has visto que bonito lo han decorado todo?

Él la besó en la mejilla. —Lo mejor para esta noche. —Se volvió hacia el jarl. —Karl, amigo, siéntate a mi izquierda, así verás todo el salón.

La que no lo vería sería ella pues su gemelo se sentaría a su derecha y si ella se sentaba a su lado quedaría a espaldas de todos, pero no debía protestar, solo sería una noche. Después de dejar a los niños con una de las mujeres, todos se sentaron a la mesa. Su

hermana a su lado y Agathe se sentó frente a ellas. El hidromiel estaba buenísimo y disfrutó de la cena porque todos se molestaron en hablar en su idioma como en los días anteriores para que no se sintiera excluida. Iba a decirle algo a Agathe cuando se dio cuenta de que apenas comía. Estaba muy nerviosa y miraba hacia el final de la mesa donde los guerreros más cercanos a Evander comían. Allí estaba Erik que reía de algo que había dicho uno de los hombres de Karl. Al darse cuenta de que Agathe le miraba dejó de reír poco a poco mientras ella se sonrojaba apartando la mirada. Yvaine suspiró. No, su amiga no se atrevería a declararse, eso estaba claro. Miró hacia Karl que hablaba con su marido. —Jarl Frediksen…

Este la miró con una sonrisa en el rostro. —Por favor, llámame Karl.

—Karl amigo… —Sonrió de oreja a oreja haciéndole sonreír. —¿Recuerdas que no me enfadé contigo a pesar de que me secuestraste?

Se hizo el silencio en la mesa y el jarl se tensó. —Marido, me llamó zorra. —¿La había llamado eso? —Bueno algo así, no recuerdo bien sus palabras exactas, pero me habló muy mal.

Su marido carraspeó. —Mujer, ¿tienes que sacar eso ahora?

—Es que es muy importante, cielo. No me he vengado ni he pedido reparación. —Miró a su marido maliciosa. —Y tú tampoco, con todo lo que me quieres.

—¿Eso es un reproche?

—No cielo, solo estaba diciendo que el jarl me debe una.

Este sonrió. —Te debo más de una. Tu ayuda fue inestimable en mis tierras, según me ha dicho mi hermana.

—Eso es cierto, me debes mucho, así que quiero compensación.

Este carraspeó incómodo. —Ahora no dispongo de mucho oro para…

—Yo no quiero oro, salvo el que le han robado a mi marido, que sé que encontrarás. Quiero otra cosa.

Su marido intentó evitar una sonrisa porque ya sabía por dónde iba.

El jarl cada vez estaba más inquieto. —¿Y qué podría hacer para saldar mi deuda contigo?

Al fin habían llegado a donde quería. —Quiero que me des el destino de tu hermana.

Agathe se atragantó poniéndose a toser con fuerza mientras Karl carraspeaba. —¿Perdón? Creo que no te he oído bien.

—Quiero decidir el futuro inmediato de tu hermana.

—Su futuro inmediato es volver conmigo a casa —dijo muy tenso.

—Y yo quiero que se case.

—Yo también quiero que se case y en cuanto regresemos a casa…

Negó con la cabeza.

—¿No? ¿No qué?

—Yo elegiré a su marido.

Casi pudo escuchar como a Erik se le cortaba el aliento.

—De esa manera saldarás la ofensa que me hiciste y agradecerás todo lo que he hecho porque recuperaras tu vida.

Karl miró a Agathe. —¿Tú no tienes nada que decir?

Asombrada susurró —Confío plenamente en su criterio.

—¿Y si no te agrada? —preguntó furioso.

—Oh, mi amiga me conoce bien, no elegirá mal, estoy segura.

El jarl frunció el ceño. —No sé por qué, pero siento que todo esto es una encerrona.

Esa frase demostraba lo listo que era.

—¿Me das su destino?

—Parece que ella está más que de acuerdo, así que adelante.

Ambas chillaron de la alegría y su amiga rodeó la mesa para abrazarla. —Gracias, gracias.

Erik se levantó y fue directamente hacia ellos. —Mi jarl… —le dijo a Evander que sonreía divertido—. Puesto que ahora Agathe está a cargo de tu esposa y ella a su vez te debe obediencia, te pido… —Miró de reojo a Agathe que sonreía de oreja a oreja. —Te pido su mano en matrimonio, jarl.

Karl jadeó ofendido. —¿Y por qué no me la pediste a mí?

Todo el mundo le ignoró para esperar la respuesta de Evander que le miró fijamente. —Es una mujer que está acostumbrada a un nivel de vida, amigo. ¿Puedes dárselo?

Este apretó los labios antes de negar con la cabeza. Se volvió haciendo que Agathe perdiera la sonrisa poco a poco. —Pero eso a mí no me importa.

La miró sobre su hombro. —El jarl tiene razón, no puedo darte todo a lo que estás acostumbrada.

—Pero se lo darás —dijo Evander sorprendiéndoles—, porque la isla que linda con la nuestra al norte necesita un jarl y como el rey de Noruega me ha dado el dominio de Las Órcadas, te nombro nuevo jarl de esas tierras.

Agathe chilló de la alegría antes de abrazar a Erik por el cuello mientras Yvaine miraba a su marido sin poder creérselo. —No me lo dijiste.

—Primero tenía que recuperar las islas como Harald quería, preciosa.

Ilusionada se levantó para rodear a Collin y sentándose sobre su marido le abrazó —¿De veras te dio el mando?

—Al parecer yo también te debo mucho, esposa, porque escuché como la reina hablaba con Harald cuando llegó de su visita en el barco y estaba encantada con vosotras. Apenas una hora después me cedía el mando de Las Órcadas. —La besó suavemente en los labios. —Te lo iba a decir esta noche, para celebrarlo como merecemos.

Erik carraspeó. —Siento interrumpir jarl, pero esto es muy importante para mí. ¿Podemos casarnos cuando queramos?

El jarl Frediksen gruñó mirando a su hermana que no podía ser más feliz. —Os casaré yo.

—Es un honor, jarl —dijo Erik abrumado.

—Esperaremos a después de la cena —dijo Evander antes de decir por lo bajo —. Para que te hagas a la idea, amigo.

Erik carraspeó. —Es un honor, pero… —Cogió a Agathe y se la cargó al hombro. —Prefiero hacerlo a mi manera.

Agathe rio yendo hacia la puerta.

Karl gruñó cogiendo su jarra mientras los novios salían de la casa. Sonrió satisfecha y Karl levantó una ceja. —Sí, has saldado tu deuda conmigo.

—Será un marido estupendo, amigo, alegra esa cara.

—Cierto, es buen hombre, no puedo pedir más.

Yvaine dijo —Pues celebrémoslo.

Bailó, cantó y habló con sus hermanos, pues dentro de unas horas ya no los tendría con ella. Disfrutó muchísimo con todos, que no dejaban de mostrar que a pesar de las pérdidas estaban realmente felices de haber regresado a sus hogares. Después de

bailar hasta quedarse sin aliento, salió con Ada fuera de la casa y caminaron ante ella a la luz de la luna.

—¿Te has dado cuenta de cómo ha cambiado nuestra vida? ¡Y todo porque te dije que te casaras con él! —Rio. —Soy tan feliz…

—Me alegro mucho, te lo mereces.

Ada la abrazó. —Tú sí que lo mereces.

En ese momento Ross salió con Amber cargada al hombro. —Amiga, ¿estás bien?

—¡Ha dicho que sí! —gritó loca de contenta.

Rio muy alegre por ella. —¡Felicidades!

Les observaron mientras se alejaban y escuchó la risa de su amiga entrando en su casa.

—Sí, nuestra vida ha cambiado mucho y para bien. Ahora tenemos amigos, familia. —Sonrió a su hermana. —Un futuro.

Ada hizo una mueca. —Apenas nos veremos y te echaré de menos.

—Eh… —Cogió sus manos. —Siempre que me necesites estaré contigo. Sois mi sangre, mi vida.

Sim y Angus salieron de la casa y corrieron hacia ellas. Emocionada les abrazó con fuerza. —Os quiero.

Collin salió en ese momento y sonrió. —¿Entráis un momento?

—¿Qué ocurre?

—Mi hermano va a decir algo a todos los presentes.

Todos fueron hasta la casa y el ahora jarl se puso de pie con una jarra en la mano. Evander alargó otra y ella se la cogió poniéndose a su lado. —Quiero brindar por una nueva vida. Distinta a lo que conocíamos. Que une lo mejor de un vikingo y un highlander. Sin kilt, pero sintiendo también nuestra parte escocesa. Mis hijos son el ejemplo de que podemos vivir unidos y en Las Órcadas se demostrará que puede ser así. Mitad escoceses, mitad vikingos, en unos años las gentes de estas islas no notarán la diferencia, como ahora no la notamos nosotros. Seremos uno. Muchos se han unido a nuestro pueblo, tendrán un futuro aquí y les daremos una oportunidad como el rey Harald me la ha dado a mí. Intentaré ser un buen jarl para todos respetando las decisiones de sus jefes, siempre que sea lo mejor para Las Órcadas, según el mandato del rey. —Levantó la jarra. —¡Por Las Órcadas!

—¡Por Las Órcadas! —gritaron los guerreros elevando sus armas y brindaron por el futuro.

Su marido después de beber dejó la jarra sobre la mesa y cuando los suyos se calmaron continuó —También quiero agradecer a mi esposa, mi bella, entregada y a veces inconsciente esposa todo lo que ha hecho por nosotros. Por mí. —Yvaine que no se lo esperaba sintió emocionada que sus ojos se llenaban de lágrimas. —No solo ha arriesgado su vida por liberarnos, sino que ha logrado hacerme feliz como nunca creí posible. Nos ha librado de una carga muy pesada, las ansias de venganza merman el alma y ella nos dio las claves que nos liberaron. Por eso mi familia y yo queremos darte esto, preciosa.

En su mano apareció un brazalete y a Yvaine se le cortó el aliento al ver que habían utilizado el anillo del abuelo para la parte central. —Pero…

—Es tuyo. A él le hubiera gustado que tú lo tuvieras porque gracias a ti se le ha vengado. Si alguien tiene que lucirlo esa eres tú. —Muy emocionada miró hacia Keira y Collin que también sonreían. Su marido se lo puso en el brazo antes de besar sus labios. —Gracias. Gracias por amarme y por no darte por vencida con mi carácter y mis malos modos. Gracias por entender mi vida y apoyarme siempre.

—Es que te amo y me haces feliz.

Él sonrió antes de besarla de nuevo.

—Aunque tus malos modos… Cielo, despertaste a los niños. —Evander frunció el ceño. —Diste un portazo.

—Preciosa, me disculpo por ello, pero me enfadé un poco.

Se sonrojó. —Yo también.

—¿Qué?

Gimió. —El aceite de ricino.

—Mujer, no te entiendo.

—Ya me entenderás, ya. Pero no olvides que me amas.

Él sonrió. —Eso nunca.

Epílogo

El medallón de hierro se colocó encima de la chimenea. Su suegra y ella lo miraron emocionadas. —¿Crees que se parece?

—Es idéntico, niña.

Se tocó el medallón que le había dado su suegra hacía ya un año. —El herrero se ha guiado por este.

—Es perfecto.

—Es una pena que no tuviéramos un dibujo de la otra cara del medallón.

—Lo tendremos para cuando podamos hacerlo de plata. Mi Collin tiene un tapiz en su casa. Lo traerá en el siguiente viaje.

Dio un paso atrás satisfecha, no era lo mismo por la calidad del metal, pero no estaba mal. —Odín nos protegerá.

Keira sonrió irónica. —A algunos más que a otros.

—¡Mujer! —Evander entró en la casa furioso. —¿Qué has hecho?

—¿Yo? —preguntó haciéndose la tonta mientras se acariciaba su enorme vientre. —Nada.

—¡Amber le acaba de decir a su marido, a mi fiel guerrero, que esta mañana has salido de la isla! —gritó furioso.

—Será chivata —dijo entre dientes.

—¡Mujer! —gritó sobresaltándola—. ¡Me vas a decir ahora mismo a dónde has ido!

Gruñó. —Era una sorpresa.

—¡Y menuda sorpresa me he llevado! —Dio un paso hacia ella. —¿A dónde has ido? Y lo más importante, ¿con quién has estado?

Jadeó del asombro. —¿Crees que he estado con otro hombre? —Se sonrojó. —Bueno sí, ¡pero no para lo que piensas!

—No te haces idea de lo que estoy pensando —dijo con ganas de matar a alguien.

—He ido a ver a Agathe.

Parpadeó sorprendido. —¿Para qué?

—Pues… —Se apretó las manos. —No te enfades.

—¿Más? —gritó a los cuatro vientos—. ¿Me voy a enfadar más?

—Era para… —Corrió hasta el arcón que había bajo la escalera y lo abrió.

—¿Qué haces, mujer?

Ella soltó una risita. —Es que esta noche haces un año de jarl de tu pueblo y quería hacerte un presente. —Sacó la espada con la empuñadura de plata y a Evander se le cortó el aliento al ver los grabados vikingos con el Aegishjalmur en el centro. Se acercó a él con ella en las manos y tímidamente sonrió. —¿Te gusta?

—¿Gustarme? —La cogió por la empuñadura elevándola para ver la hoja grabada. —Preciosa, es la espada más hermosa que he visto nunca.

—El herrero de Erik es un artista en lo suyo y también le he encargado eso.

Su marido miró hacia la chimenea y se emocionó al ver el medallón.

—No pude robar bastante plata para las dos cosas, pero ya la conseguiré. No quiero que gastes lo que te envíe Karl cuando lo encuentre. Que por cierto, ya está tardando.

Evander distraído con el medallón entrecerró los ojos. —¿Has dicho robar?

Se sonrojó. —¿Sabes que al otro lado del mar en las Highlands, apenas a mediodía de aquí han encontrado otra mina de plata?

Su marido se echó a reír y la abrazó. —Me vas a volver loco, mujer.

—Sí cielo, pero tú reúne a tres o cuatro hombres, que esos escoceses no la necesitan tanto como nosotros.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)

2- Brujas Valerie (Fantasía)

3- Brujas Tessa (Fantasía)

4- Elizabeth Bilford (Serie época)

5- Planes de Boda (Serie oficina)

6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

205- Sueño con un beso

206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)

208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

210- No soy lo que esperabas

211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)

214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)

215- La intensidad de lo que siento por ti

216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)

217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)

218- Mi otra cara de la moneda

219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti

220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)

221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)

222- Algo único (Serie Australia)

223- Volver a enamorarte

224- Empezar de nuevo (Serie oficina)

225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)

226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)

227- Juramento de amor 2 (Serie época)

228- Siento tu corazón

229- ¿Has pensado en mí?

230- La oportunidad de enamorarle

231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada

4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón
13. Lady Corianne
14. No quiero amarte
15. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.